

EL ESCLAVO BLANCO



Pedro Miguel Lamet



La lucha de Pedro Claver, un pionero de los derechos humanos

m̄r

PEDRO MIGUEL
LAMET

EL ESCLAVO
BLANCO

Índice

PORTADA

CITA

1. ZARPAR EN PRIMAVERA
 2. CAMINOS EN EL MAR
 3. DEL MUNDO NUEVO
 4. ESCLAVO Y LIBRE
 5. LA SED DE LA NOCHE
 6. AUTO DE FE
 7. AQUELLARRE DE TOLÚ
 8. AQUELLOS CÁNTAROS NEGROS
 9. FILIBUSTEROS EN BOCAGRANDE
 10. ¡MILAGRO!
 11. FUEGOS DE FIESTA
 12. EL AMIGO PORTERO
 13. TIENE QUE LLOVER
 14. PARECÍA LIBRE
 15. MAR ADENTRO
- NOTA HISTÓRICA
- ILUSTRACIONES
- BIBLIOGRAFÍA
- NOTAS
- CRÉDITOS

Somos libres, libres como barcas
perdidas en el mar.

JOHN DOS PASSOS

ZARPAR EN PRIMAVERA

Cuando arrecian en mi frente las alucinadoras calenturas que me tienen postrado, creo veros, amada Lucía, frágil y leve, con vuestro vestido de gasa blanco y el cabello al viento, pasear por el inolvidable y marinero Campo del Sur. Os imagino adolescente, menuda, y limpia como vuestra madre, cimbreadoos quizá como un junco a la luz insultante que refleja la cal, aquella cal emborrachada de azul que navega como un quejío flamenco entre el mar y el cielo gaditanos, y me pregunto: ¿Os veré, niña, alguna vez en esta vida?

Cada vez que arriban galeones a este puerto y plaza fuerte de Cartagena de Indias, que viene a ser una especie de Cádiz colonial en pequeño, con sus murallas, cañones y redondos baluartes –calcados me parecen, pero sin la sal de nuestras bailaoras, ni el olor a yodo, ni su apacible brisa del atardecer–, salto de la cama de un sobresalto y asomo mis ilusiones por el ventanal solitario que da al puerto. Entonces me quedo mirando el desembarcar de la flota, que aquí es todo un acontecimiento, un pedazo de España que viene, con la loca esperanza de que entre el pasaje variopinto de aventureros, soldados, clérigos y escribanos vinieras tú quizás algún día a alegrar la vida a tu viejo, enfermo y desconocido padre.

Luego reflexiono y no aliento ilusiones imposibles. A estas alturas deberías haber contraído matrimonio ya, supongo, e incluso ser una joven madre bien ajena a mis alucinaciones febriles. Entonces me vuelvo al cálamo y a la luz de la bujía y lleno mis interminables noches escribiéndoos con la remota esperanza de que alguna vez podáis leer a modo de testamento esta larga, y supongo que sorprendente, carta.

Tantas y tan variadas aventuras me han acompañado durante mi vida, a tales peligros he sobrevivido ya, que espero que mi relato y experiencia os sirvan de enseñanza o, en todo caso, si es que este escrito llega alguna vez a vuestras manos, podáis conocer, gracias a él, quién fue realmente vuestro desconocido, lejano y para vos supongo que descastado padre.

De todo tiene la culpa el mar o la mar, como solemos llamarla los marineros. Nacer en Cádiz es sentir la llamada del mar. Seguramente, tú misma debes de saberlo por experiencia y sentimiento propios. Tu abuelo, que era de la isla de León, solía decirme, cuando me paseaba en su barca de pesca entre las gaviotas del caño de Sancti Petri:

—Miguel, la mar es como una mujer hermosa. Te seduce y te vuelve loco. Te hace creer que la dominas, pero al cabo tú eres su juguete y acaba por dejarte triste y solo, como una barca derrotada en la playa.

Así fue para mí la seducción del mar, querida Lucía. Cuando apenas tenía doce años mariscaba semidesnudo entre las rocas y volvía con el cesto cargado de ostiones a casa, a medio camino del barrio de la Palma y la catedral. ¡No olvidaré el olor a mar en mi canasto y el fuego del sol en mi pecho moreno! Luego los vendía a la gente, a soldados, oidores y escribanos que paseaban con sus novias y esposas bajo las palmeras en las murallas que lame la bahía. Y, cuando zarpaba la flota, corríamos al puerto entusiasmados mis amigos y yo a ver largar velas a los galeones. ¡Qué colorido el del raso de las damas y qué trajín el de la marinería! Me imaginaba grumete gateando por los palos a las voces de mando y luego corría a casa de mi primo, porque desde su azotea blanca con minarete se veían a placer zarpar las naos y perderse luego en el horizonte de la vista de los pañuelos, en medio de un enjambre de veleros y petaches confundidos en el azul. Mi corazón, os lo confieso, navegaba con ellos.

No se puede vivir en Cádiz sin ver todos los días el mar, sin hablar de mar, sin pensar en el mar. Así que, cuando alcancé los quince años, una noche quieta de luna metí mi ropilla en un petate y me deslicé hasta el puerto entre las sombras. El espeso y húmedo silencio, sólo interrumpido por el crujir de la madera de los cascos y el chapoteo del agua en los embarcaderos, caía sobre los muelles, y las jarcias se confundían desde allí con los campanarios y torrecillas de la ciudad. Espejeaba la bahía a pedazos la lechosa palidez de la luna. Me había decidido a dar este paso sólo en tres días, sobre todo cuando advertí que tocaba puerto *O Explorador*, un bergantín ligero que parecía vacío de carga y escaso de tripulación, pero que intuí marinero y advertí equipado de cañones. Pensé que eso me concedía alguna oportunidad de aventura. En la taberna del puerto me comentaron que venía de Lisboa y que el capitán era un gaditano que se llamaba García, pero nadie sabía qué clase de carga o singladura ocupaba la nao.

Tres días antes de aquella noche, para mí histórica, me dirigí a un figón cerca de la Caleta. Rafael García era un marinero de estirpe, alto y seco, rápido e intuitivo, con la tez quemada por el sol, largas patillas y una mirada lejana y chispeante. Bebía en aquel momento oro claro de Sanlúcar con pescadores de gorra calada y busconas repintadas, de ligera blusa blanca y generoso escote.

Tuve suerte. Tras una larga espera aproveché la oportunidad, cuando vi que García batía palmas a una bailaora, flaca y flexible como una pescadilla, y se sentaba solo y serio a beber a una mesa. Le abordé sin más contemplaciones.

—Quiero navegar, señor.

—¿De dónde eres?

—De aquí, de *Cai*.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince, señor.

–¿Alguna experiencia?

–Ninguna. Sólo que mi padre y mi abuelo son pescadores y los he acompañado a veces en alta mar e incluso he sufrido con ellos marejadas y galernas. Me tira el mar, me llama, señor capitán.

García se reía con sus dientes menudos, negros de tabaco, aunque parecía habitualmente un hombre hacia adentro, con amargura en la mirada, hecha a entornarse como para escrutar horizontes y un ceceo en el habla muy de allí abajo.

–Te advierto que es dura la vida en la mar, muchacho. Mi barco es un bergantín muy marinero, pero frágil como la cáscara de una nuez y a veces tocamos puertos remotos y llevamos carga «peligrosa».

Dijo esta palabra entre risas como subrayándola de cierto sabor enigmático. Se escuchaba un poco a sí mismo, como el que presume de haber vivido mucho, aunque debería de ser, pensó, reservado, silencioso como una estatua cuando estuviera sobrio.

El capitán necesitaba gente, pues tenía sólo seis marineros de tripulación.

–Bueno, está bien, si tanto lo deseas vendrás, Miguel; pero a aprender y de grumete, sin más sueldo que el rancho de marinero y dispuesto a todo, como último mono del barco. ¿Lo saben tus padres?

–Sí, señor –mentí entusiasmado con la idea de hacerme en seguida a la mar.

Crecían en mi imaginación las aventuras, querida Lucía, al hilo de lo que me habían contado los navegantes de Indias que solían hacer corros, exagerando sus hazañas, en el puerto. Recuerdo cómo gritaba para hacerse oír un pintoresco aventurero:

–Poco saben vuestras mercedes de las tierras que manan plata, oro, marfil, quina, tabaco y clavo de olor. Países he visto, antes de desembarcar en Cádiz, donde todos los árboles dan frutos y albergan pájaros de los más variados colores que cristiano alguno pudo jamás soñar. Con esta espada que veis he abierto junglas intrincadas y he construido canoas para cruzar ríos que en poco se diferencian de los lagos y mares. ¿Nunca habéis oído hablar de las piedras de El Cuzco o del afamado reino de Moana, que aún los españoles no han podido encontrar, que dicen se ha visto en el corazón de la selva del trópico, y cuyos palacios dorados y cúpulas deslumbrantes extravían las expediciones y las devuelven al calor asfixiante, al hambre, al sudor y a la sed de selvas infranqueables, donde muchos españoles mueren víctimas más de las enfermedades que de las escaramuzas de los indígenas?

Mis ojos y los de otros muchachos se abrían como platos, admirados ante los gestos sobrecogedores de aquel arcabucero, que veíamos como un capitán aguerrido de los tercios que engrandecían aún más el imperio del rey constructor del monasterio-palacio de El Escorial. Al relumbrar el sol de abril en la espada, nuestra mente se iba, fascinada, por El Dorado.

Pues bien, ya estaba allí, pensé emocionado, en la cubierta de mi primer barco, *O Explorador*, el bergantín portugués, dispuesto a todo.

–Zarparemos al amanecer hacia Sevilla, donde embarcaremos al patrón para emprender nuestra ruta habitual –dijo García.

–¿Qué ruta? ¿Hacia adónde vamos, capitán?

–No preguntes, muchacho. Y no lo olvides: si quieres permanecer a bordo, obedece y calla.

Cádiz parecía una bandeja de plata abandonada cuando amanecía y largamos velas. En mi inconsciencia no me daba cuenta de cuanto dejaba: mi tierra, mis padres, mis tres hermanos, la casa que me vio nacer y esa alegría de vivir que convierten en arte y chascarrillo mis queridos paisanos. En adelante tocaría puertos remotos, países pintorescos y conocería centenares de hombres y costumbres. Pero entonces mis ansias de aventura me impedían valorar lo que dejaba y siempre añoraría.

García era un experto en entrar y salir por la barra de Sanlúcar. De modo que, sin práctico, enfiló su bergantín contracorriente rumbo a Sevilla, en aquel tiempo una de las ciudades más importantes del mundo, e inolvidable para mí, ya que allí encontré por vez primera a los dos hombres que de forma bien distinta más han influido en mi azarosa vida.

El primero de ellos se llamaba Pedro y se encaminaba entonces a pie hacia Sevilla. Cuando se sentó al borde del camino, el sol de Andalucía caía verticalmente sobre los olivares, que se distinguían en la llanura como manchas de gris metálico sobre la tierra roja. Faltaban pocas leguas para llegar a una venta. Pero habían caminado desde el amanecer y el sudor se deslizaba por la frente y el cuello de los dos viajeros. En sus rostros se leían las huellas de cuatro días de mal comer y dormir, con ojo avizor a los bandoleros que podían aparecer por cualquier recodo del camino y desvalijarles sus menguadas pertenencias.

Cuando Pedro se protegió a la sombra de un robusto y retorcido olivo, sus ojos miraron hacia atrás. El sendero de polvo se perdía amarillento en lontananza, dejando a su paso naranjales, pinares y fortalezas. Desde que salieron de Barcelona habían seguido el trazado mediterráneo por Tarragona y Tortosa hacia Valencia, desviándose luego en Chinchilla hasta alcanzar Córdoba, después de rebasar Jaén, que se quedó a la izquierda, sólo entrevista de lejos.

Mientras su compañero leía salmos apartado como a un tiro de piedra –ambos viajeros eran jóvenes estudiantes jesuitas–, Pedro se secó el sudor y, metiéndose la mano en el pecho, extrajo un papel que desplegó cuidadosamente.

Antes de leerlo repasó mentalmente estos dos últimos años, desde que en 1608 llegara a Barcelona a «oír teología» en el Colegio de Belén. Todavía estaban frescas en su mente aquellas horas de navegación inolvidables desde Palma de Mallorca, la alegría de su luz, las lágrimas de despedida. Parecía mentira, pero aquellos dos años habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. Y es que el tiempo transcurre más rápido cuando se espera algo, cuando todas las mañanas uno piensa que llegará una carta. Entre los tratados *De Deo Uno* y *De Deo Trino*, Pedro había releído los cuadernillos de Alonso

Rodríguez, su amigo, el sencillo hermano portero enamorado de lo pequeño con quien él ya se sentía tan identificado, sin dejar de esperar la llegada del correo cada día por si venía la «carta». Y la carta de su superior provincial destinándole a Indias llegó finalmente. Estaba allí, ahora, entre sus dedos. Por enésima vez Pedro volvió a leerla:

No hay que resistir más a la voluntad de Nuestro Señor, la cual bien he experimentado en los deseos que siempre le ha dado de emplearse en sus santos servicios con los indios, los cuales con la divina gracia confío que han de ser del hermano muy ayudados. Y aunque yo le he detenido todo lo posible, con todo, me parece no debo estorbar más sus santos y eficaces deseos y propósitos. Por tanto, en despachándole el padre rector, que será luego, porque da prisa, el padre Alonso Mejía desde Sevilla adonde le aguarda, se ponga en camino y venga a Tarragona para que se vaya junto con los demás hasta Valencia, de donde se partirá para Sevilla, con la compañía que le darán allí conforme a lo que yo ordenare. Y avíseme de su camino y llegada cuando estuviere en Sevilla, para mi consuelo. No más, sino que el Señor le eche su cumplida bendición y enderece todas sus cosas y trabajos a la mayor gloria suya como yo se lo suplico.

Tarragona, a 23 de enero de 1610.

JOSÉ DE VILLEGAS

¡Con qué ilusión había hecho todos los preparativos! Por un momento pensó en la conveniencia de pasar por su natal Verdú, para ir a despedirse de los suyos. Pero en aquella carta el provincial le metía prisa, y además prefería llevarse a América su más entrañable recuerdo, su imagen querida de la niñez. ¿Acaso no podía marcharse como Francisco Xavier? Pasar por su casa en las actuales circunstancias, con su padre con otra mujer, hubiera sido algo así como estar de visita. Volvió a doblar la carta y vio cómo su compañero se acercaba para reemprender el camino.

—Aquellos campesinos —dijo— me han dicho que sólo quedan como diez leguas para alcanzar la venta y que, aunque allí no faltan malandrines, el ventero es buen cristiano y afecto a la religión, y es posible que nos dé un refrigerio para reponernos y llegar a Sevilla.

Pedro, a quien yo encontraría por vez primera en Sevilla al día siguiente, era un joven serio, un catalán corto en palabras y largo en hechos, delgado, de porte sencillo y grandes ojos dulces y tristes.

Al bajar un altozano ambos jesuitas divisaron en seguida la venta, protegida por una considerable arboleda, una de esas sorpresas andaluzas con las que, como por encanto, se transforma el paisaje y surge un riachuelo y hasta alguna floresta, rompiendo la monotonía de llanos, las cepas o los olivares.

—Entren vuestas mercedes —los recibió el ventero junto a las caballerizas—, que aún queda más de media jornada para Sevilla y llegan a tiempo para la olla podrida de carnero, que donde comen ocho comen diez. Y más si, como dicen, son misioneros, que

honrarán mi mesa mejor que tanto viajero de mala catadura y peor vida que por aquí pasa.

Dentro la gente aplaudía bajo el rasgueo de una guitarra, el baile de una gitanilla, recortada y morena, que trazaba arrebatos de fuego en el aire con el contoneo de su cintura y el vuelo de sus volantes.

–¡Baila con donaire! –comentó un capitán a un caballero que le acompañaba.

–Cierto. Bien dice el refrán «que no hay mujer española que no salga del vientre de su madre bailadora».

Los dos religiosos se sentaron en un rincón apartado del ruido, entre los huéspedes más pobres. Allí tampoco faltaban los famosos pícaros.

–¡Sed bien recibidos en palacio! –exclamó con sorna un morisco tuerto que intentaba en vano galantear a una moza de la venta.

–Cállate, sarraceno, y conténtate con seguir con los pies puestos sobre estas tierras, que dicen que el rey os va a sacar de España para que todos estos reinos queden puros y limpios de gente como tú –dijo un viejo mendigo de los que iba de convento en convento en busca de la «sopa boba».

–¿A quinientos mil nos va a poner en la frontera el rey? Muchos somos para que su majestad pueda prescindir de nuestro valioso servicio –replicó el morisco, riendo a carcajadas.

El ventero, tras echar un ojo a la cocina, se acercó a acomodar como pudo a los jesuitas, y se sentó con ellos. Sin dejar de gritar para ser oído a pesar de palmas y castañuelas, preguntó:

–¿Qué? ¿A Sevilla, a embarcarse para las Indias?

–Sí, hemos sido destinados al reino de Nueva Granada. Hay allí mucha escasez de clero y nuestro padre general, Claudio Aquaviva, ha dado la orden de que todos los años se embarquen sujetos para llevar el nombre y la salud de Jesús a aquellas gentes.

–Pues anden vuestras mercedes con cuidado en Sevilla, que tras el oro de las Indias hay tanto pícaro y desalmado que dicen que la ciudad es un caldero hirviendo. ¿No lo saben vuestras mercedes? Todos van detrás de El Dorado: desde judíos que quieren cruzar los mares para dejar más trecho entre ellos y el Santo Oficio, hasta aventureros que sueñan con convertir en alegres venturas sus muchas desgracias y mala vida.

La olla recibió la bienvenida de aquella variopinta concurrencia. El buen olor de sus humos llenó la destartalada estancia y el hambre fue ocupando a la gritería.

–Eh, ventero, ¿dónde está el tocino? –rompió un estudiante el silencio–. «¡Olla sin tocino, sermón sin Acostino!

El ventero hizo poco caso de la manida ocurrencia y volvió a enfrascarse en la conversación con los religiosos, mezclando la piedad con el servicio a su majestad; lo que él llamaba «sus muchos pecados» y las noticias del principado de Cataluña.

Se interesó, sobre todo, por la celebración en Barcelona de la beatificación que había tenido lugar en Roma, subiendo a los altares a un caballero y gentilhomme que había cambiado su espada, su brillante futuro en la Corte y su casa solariega por seguir a Jesucristo, imitándolo paso a paso: un tal Ignacio de Loyola.

—Toda la ciudad se alegró —contó Pedro—. Al son de atabales y trompetas la noticia se publicó por todos los rincones. Cuando en una casa se tocó la campana, respondieron todas las iglesias de Barcelona. De noche se hicieron en toda ella muy grandes luminarias. Don Juan de Moncada, hermano del marqués de Aytona, que poco después sería obispo de Barcelona, emprendió el adorno de una iglesia con riqueza de tapicerías, muchedumbre de luces y variedad de cosas preciosas. Parecía un cielo y acudieron infinidad de gentes.

—También se levantó un altar en la casa que el santo había habitado —añadió el compañero de Pedro—, cuando en Barcelona aprendió la gramática, y allí se puso la imagen de un crucifijo ante la cual el santo había tenido muchas veces su oración. Y sucedió que en aquella casa, atendiendo un hombre en fijar unas colgaduras para el aderezo del altar, cayó la escalera, que estribaba en una mesilla, y el hombre tuvo tiempo de aferrarse a un palo, del que estuvo colgado en el aire. No había otro que le ayudase. Entonces invocó al santo y dicen que la escalera vino de la misma suerte que antes, estribando en la mesilla y arrimada a la pared.

Las mozas de la venta llenaban entre risas y contoneos las insaciables vasijas de los huéspedes, que aprovechaban para asomarse a sus escotes o alargar, si se terciaba, la famélica mano. Con los vapores del vino, el ruido fue creciendo. Fueron concitadas de nuevo las guitarras y castañuelas y todo se llenó de una nube de seguidillas, cascabeles, caponas y rastreados, los bailes más populares, mientras el vacío que dejó en la mesa la olla fue pronto sustituido por las cartas, los dados y, de vez en cuando, un juramento o una blasfemia.

Los jesuitas se apercibieron en un instante de que la venta comenzaba a convertirse en burdel de chaconas y teatro de fullerías para los jugadores. Con una sonrisa y con un «desearíamos llegar antes de la noche a Sevilla» dieron gracias por el hospedaje y se volvieron al polvo del camino.

Fuera los esperaba de nuevo el fuego del sol andaluz. De lejos aún se oían los gritos y el zapateo, el bullicio de una España entre devota y picaresca, grande y miserable, de caballeros dispuestos a morir por su honor y busconas o truhanes que no dudaban en venderlo todo por menos de un maravedí. Poco a poco iban dejando su mundo atrás: Verdú, Mallorca, el principado de Cataluña, un camino que no volvería a andar. De todo aquello conservaba sólo el polvo de sus sandalias y del camino, que serpeaba hacia la clara, embrujada y famosa ciudad de Sevilla.

Para él, como para mí, Sevilla fue una antesala del Nuevo Mundo. Como quien parte una naranja y aspira toda su frescura, el corazón de Andalucía se abría de pronto ante nuestros ojos. Tras atravesar la redonda muralla, Pedro aceptó que todos los epítetos

que había oído sobre Sevilla se quedaban cortos: «octava maravilla», «Chipre de los valientes», «Fénix del pobre», «gran Babilonia para España». Sin ser de hecho la Corte se había convertido en la capital de la monarquía española, y por tanto, la ciudad más importante y famosa del universo mundo. Como cantaba Fernando de Herrera:

*¡Que Nápoles ni París
le hacen comparación!*

De asombro en asombro, embriagados por el perfume de los azahares y naranjos, caminaban los jóvenes jesuitas por sus calles como en medio de un teatro de fábula. A pesar de la hora –llegaron al atardecer–, las calles eran una fiesta por donde cruzaban los más exóticos personajes, sólo una parte de cerca de los doscientos mil habitantes, una cifra astronómica para este siglo XVII. Damas, pajes, soldados y clérigos, junto a pícaros, estibadores, marineros, mendigos y artesanos, subían y bajaban la misma calle, retorcida y blanca como el lamento de una guitarra flamenca. A la luz de los candiles y de la luna, en las esquinas, en las recoletas plazas y jardines, departían sus habitantes sin prisa y alegremente sin contar el tiempo con otra filosofía de la vida; la ocurrencia se tropezaba con el doble sentido, y el engaño o la picardía eran más un homenaje al retruécano o a la palabra que una transacción productiva. Algo muy nuevo para Pedro, aunque no ciertamente para un gaditano como yo.

Al cabo de una encalada bocacalle descubrió en seguida el Guadalquivir, la arteria que comunicaba Europa con el Nuevo Mundo, por donde llegaban en las naos junto a viajeros de todos los países –sobre todo italianos, flamencos y franceses– cientos de carretas repletas de especias, ricas maderas, plata, oro y perlas preciosas, que a duras penas cabían tras desembarcarlas en la lonja de la Casa de la Contratación.

–Saludemos al Señor de esta ciudad –oyó Pedro que decía su acompañante.

La catedral estaba abierta. Oleadas de olor a incienso, que habían quedado de la bendición, llenaban las naves, sólo turbadas por el ir y venir acompasado de las gruesas voces de los canónigos que estaban cantando Completas. Pedro cerró los ojos. Recordó todas las visitas de su vida a templos en penumbra y pensó que ésta sería probablemente la última vez que penetraría en las naves de una catedral española en este lado del océano. Volvió a ofrecer sus sueños y aventuras al que él había descubierto amigo de los pequeños y miserables de este mundo, al Dios que le había puesto en la Tierra en una casita de Verdú, le había llamado por las calles de Barcelona, y habitaba, sonriendo con el viejo Alonso, en una pobre portería de Palma de Mallorca. El Dios de los caminos, el Dios que invocaba Sevilla, como cualquier otra gran ciudad española, en templos, fiestas y lujosas procesiones y luego malvendía o maltrataba en la pobre ralea que bullía por las calles, en torno a los capitanes, los clérigos, los señores.

Después de una oración ante el sepulcro del santo rey Fernando, salieron, acompañados de un canónigo, al claustro, donde un bosque de naranjos y la música de una fuente les hicieron creer que aquella ciudad era desde luego una Babilonia, pero con

paraísos ocultos en sus patios, donde por la noche los sevillanos murmuran secretos o cantan coplas con arcanas cadencias árabes; donde el agua y la vegetación conservan magia de amores antiguos que huelen a nardo y jazmín.

La quietud del templo y el fugaz encuentro con la naturaleza se transformaron en un santiamén en confusión, con sólo salir al ancho embaldosado de mármoles que rodea el claustro y la iglesia, cerrado con cadenas. El ruido era ensordecedor.

—A esto le llaman las Gradass —comentó el canónigo—. Dicen que es el sitio más bello de Sevilla, y está muy concurrido durante todo el día. Hidalgos y mercaderes, tratantes, pícaros y mendigos han hecho aquí su casa. Así que anden con cuidado cuando pasen por aquí, que el dicho «ancha es Castilla» se ha convertido aquí en «ancha es Sevilla» y los engaños o «encantos», como algunos los llaman, son los más agudos y mentirosos del reino.

Pedro admiró la gracia de la Giralda, que igual que contemplaba toda aquella farsa humana de cada día, le vería en seguida impávida empequeñecerse al partir de aquella España entre jaranera y triste.

—¡Dios los lleve con buena mar hasta las Indias! —deseó el canónigo—. Pero no partan sin visitar las Casas Capitulares, el Hospital de Sangre, el famoso Alcázar, la Audiencia de Grados, las Casas de Pilato y de la Moneda, que contienen cosas curiosas y raras maravillas.

Los viajeros agradecieron sus atenciones al canónigo y, obtenida una orientación por las calles de Sevilla, se fueron a reposar a una casa especial de la Compañía, creada para los que iban a misionar al Nuevo Mundo.

El recién llegado durmió alegremente, sin dar crédito a lo que guardaban aquella noche sus pupilas y repasando en su corazón las enseñanzas del viaje. ¿Qué otros caminos se le abrirían más allá de los mares, en medio de la feraz vegetación de las Indias?

Al día siguiente el amanecer de Sevilla y las voces de los primeros estibadores que se dirigían al puerto le despertaron. La ciudad le daba los buenos días con un sol recién estrenado y jovial como los compañeros que, después de la oración, le sirvieron el desayuno.

—Éste es el padre Alonso Mejía, que será a partir de ahora vuestro superior. Pedro, y por tanto jefe de la expedición, que, según la disposición del padre provincial, estará compuesta por cuatro jesuitas: Juan Gregorio, Juan Cabrera y vos.

—Sí, ya tenemos hartos adelantados los preparativos —añadió otro sacerdote—. Según las disposiciones reales y el compromiso que estableció Su Santidad Alejandro VI con los reyes de España, cuando fueron descubiertas aquellas tierras por Cristóbal Colón, tenemos aquí vuestro vestuario, el colchón, la frazada y la almohada que, como sabéis, son gastos que corren a cargo del rey, así como vuestra estancia en Sevilla y, desde luego, toda la travesía hasta desembarcar en las Indias.

—¡Ah! Y el cáliz y ornamentos para celebrar en la nave —añadió otro—. Hoy habéis de ir a la Casa de Contratación para dar cuenta de vuestra llegada y que os inscriban en la lista de pasajeros.

A duras penas, pese a su reducida eslora, encontró sitio en el puerto hispalense *O Explorador*, entre tanto galeón, embarcación de cabotaje y trasiego de carga y descarga. Varios insultos le costó a García amarrarlo. Durante la breve travesía el capitán me presentó a mis compañeros: tres portugueses, un vasco, un castellano y Noodt, un viejo holandés que fumaba en pipa y leía la Biblia.

De día Sevilla era una paleta multicolor. Los hombres de negocios, burgueses, marineros de cinco partes del mundo, hidalgos y caballeros, comenzaban a pulular a primeras horas de la mañana, con el ritmo lento y sensual de quien convierte la obligación y el trabajo en una fiesta. Un vino aquí, un chascarrillo allá, una parada en el puesto de flores y un requiebro a la primera lozana andaluza que cruzara ante los ojos.

De la Casa de Contratación entraban y salían los fardos, las bestias y los carruajes como de una torre de Babel. Detrás de aquel amplio portal no sólo se dirigían los hilos del imperio americano. Era además un señalado centro de estudios donde se enseñaba geografía y matemáticas, se investigaba sobre los grandes descubrimientos del siglo y donde estudiaron sabios cosmógrafos como Alonso de Santa Cruz, Jerónimo de Chávez y Rodrigo Zamorano.

Al entrar, al fondo, se destacaban grandes globos terráqueos e ingentes archivos donde los cartógrafos trazaban por primera vez las rutas recién descubiertas en el Nuevo Mundo. Desde el presidente, el factor, el tesorero hasta los aguaciles y porteros, pasando por un juez asesor, un fiscal y un relator, toda una serie de personajes se veían allí distribuidos en sus puestos o despachos.

—Ése es el piloto mayor, que va con los dos visitantes de naos y otros oficiales reales a revisar las averías con que llegaron algunas de las naves de la última flota —me explicó García—. Allí probablemente los aguardará el contador de averías.

Mientras García buscaba a su patrón, advertí a unos religiosos que hacían cola. Fue entonces cuando vi por primera vez a Pedro. Aunque se esperaba que su expedición tardaría algunos meses en zarpar, había tal avidez por embarcarse rumbo a las Indias que los jesuitas consideraron prudente inscribir sus nombres. Nosotros hacíamos cola al lado para obtener el flete de *O Explorador*.

Observé cómo el escribano buscó el legajo correspondiente: «Relación de pasajeros número 35. Contratación. Legajo 5 318».

—A ver, a ver —se enderezó los lentes, que resbalaban por su puntiaguda nariz, y leyó con atención y tono de rutina: «Lista y memoria de las personas que el señor Diego Canales, proveedor general por su majestad de la Real Armada y Flotas de la guarda de la carrera de las Indias, tiene noticias van este presente año de mil seiscientos e diez en la Real Armada de Galeones del cargo del señor don Gerónimo de Portugal y Córdoba,

capitán general de dicha armada, según consta por las visitas, etcétera, etcétera». Sí, aquí están las relaciones: ésta es la del galeón *San Felipe*, la capitana; y ésta de la almiranta, galeón *San Pablo*. A vuestras mercedes les corresponde en el galeón *San Pedro*. Díganme sus nombres.

El padre Alonso Mejía pronunció el suyo y el de Gregorio y Cabrera. Al final añadió: «y Pedro Claver».

Los anteojos volvieron a resbalar por la nariz del escribano.

—¿Cómo habéis dicho?

—Pedro Claver.

«Pedro Clavel», escribió el funcionario, sin darse cuenta de que aquella errata desafiaría a los siglos y quedaría en el Archivo de Indias con una impresionante carga detrás de evocación e historia: aquel apellido mal escrito de «uno más» que se embarcaba para las Indias era el de un hombre que, de puro querer pasar desapercibido, estaba entrando en los anales de los que no pueden olvidarse. Le miré y algo especial me cautivó en el rostro serio, casi triste, de aquel joven que no se me borraría de la memoria.

—¿*O Explorador*? —preguntó a García nuestro funcionario.

—Sí, sí, ese mismo —contestó con media lengua el capitán.

—Ya vino el patrón esta mañana y tiene el flete.

En las cercanías del puerto el olor a brea se superponía en el malecón al de los azahares, y los galeones, meciéndose sobre el Guadalquivir como troncos huecos, parecían añorar desde su presuntuosa fragilidad el mar abierto.

Pude ver cómo los estibadores desembarcaban los grandes fardos recién llegados de Flandes y Portugal, y oí cómo el sacerdote de más edad comentaba delante de mí al más joven, a quien había oído llamar Pedro:

—Ahora compraremos palo de fiebre y la panacea mercurial para las calenturas, vómitos, perlesías y pasmos, a los que estaremos expuestos una vez arribemos a las tórridas latitudes. Otro día haremos buen acopio de camándulas, medallas y estampas religiosas para ofrecer a indios e infieles. No conviene ir desprovistos de estos objetos, que en las Indias no se consiguen sin mucho trabajo y que aquí en Sevilla, con tanta religión y convento, andan sobrados de ellos.

Caminábamos a trompicones en medio del trajín del puerto, los puestos de fruta y los mercaderes en telas preciosas, bálsamo, ambrosía, especias y aves de vivos colores, que pregonaban atestiguando su calidad, su procedencia indiana o del norte de Europa, y sus raras virtudes y propiedades.

Junto a una de aquellas tiendas observé a un hombre imponente, con aire desenvuelto y de perdonavidas, que sacaba de su bolsa abalorios de oro y collares de piedras brillantes para adquirir a su cambio lo mejor de la mercancía. Tenía la cara cruzada por una herida y por la camisa entreabierta en medio de un oscuro bosque se adivinaban tatuajes sobre la piel quemada. Parecía olfatear la mercancía con su nariz sudorosa y escrutarla con una orgullosa mirada de fuego.

—Es nuestro patrón, don Marcial de Andrade —me lo presentó en voz baja García.

—¿Pretendéis pasarme por indianos esos paños tejidos en Talavera? —decía el extraño personaje—. Tengo muchas horas de marear y muchas leguas andadas por el Nuevo Mundo para que me engañe un viejo estúpido como vos.

—No me regateéis, don Marcial —respondió el tendero—, que se os ve próspero y con los bolsillos sobrados de oro, y que no os va mal en la trata de los infelices negros.

—¿Qué creéis, viejo pestilente —se sulfuró el negrero—, que esto es coser y cantar? ¿Para qué creéis que ando midiendo a zancadas las calles de Sevilla? Aquí doy inicio cada año a un negocio repleto de afanes y peligros. ¿O creéis que los doblones germinan en tierra de Indias como la caña de azúcar?

El negrero daba tales voces que un grupo de ociosos viandantes le rodeó. Pronto se acercaron también hasta él dos corchetes que hacían la vigilancia en el puerto, a ver si había algún tumulto. García se detuvo sin abrir la boca.

—¿Sabéis dónde he gastado toda la santa mañana? Obteniendo licencias esperando en colas y haciendo pasillo en esa endemoniada Casa de Contratación. Todo, ¿para qué? Para fletar un maldito barco que he traído de Lisboa y desafiar tempestades o atorarse en las calmas chichas de mares calientes de Angola o Guinea. Y luego perderse en los infiernos de selvas y animales salvajes hasta encontrar poblados y negociar con reyezuelos, que no doblan sus voluntades si no los obsequias con cuernos de pólvora, aguardiente, hierro o abalorios. ¡Entonces empieza la caza, que, si no es lo más fácil, vive Dios que es un divertido espectáculo que haría regocijarse a un emperador!

Don Marcial subrayó su discurso con una catarata de carcajadas. Se crecía con el espontáneo auditorio que le rodeaba, y gritaba más y más para darse importancia.

—A fe que es una caza aguerrida. Pumberos y cargadores atrapan tierra adentro a los esclavos y los arrastran hasta el puerto, asidos en el cepo o atraillados con horquillas de palo y lazos de cuerda. ¡Cómo se retuercen y lloran de rabia los miserables! ¿Sabéis qué piensan? Que son atrapados para teñir con su sangre la bandera de los navíos o que los freirán para ser comidos u obtener la manteca y carenar las naves.

El alto negrero volvió a reír estremeciéndose todo, y miró orgullosamente en derredor a su auditorio.

—Cientos de veces he empuñado yo mismo el látigo para enderezarlos hacia las bodegas, donde permanecen encadenados y apretujados todo el viaje, hasta arribar a Portobelo o Cartagena de Indias. ¡Qué asco, qué peste, cada vez que hay que abrir la sentina para tirar al mar los muertos o regar esas bestias inmundas para prevenir la malaria o el escorbuto! Porque, además, enferman o mueren casi el diez por ciento de cada armazón. ¿Veis, viejo zorro, lo que me cuesta a mí ganar este oro que os ciega los ojos? ¡Y encima hay estúpidos tratantes de Indias que te discuten por un escudo de más o menos!

Una pequeña mujer del pueblo, que volvía de la compra y se había quedado a escuchar las bravatas del gigantón, se atrevió a preguntar:

—¿Y no se os conmueven las entrañas por esa pobre gente?

—¿Gente? —exclamó don Marcial—. Teólogos hay que afirman que los negros no tienen alma. Además, ¿qué sería del Nuevo Mundo si la lusitana dinastía de los Núñez de Sosa, de los Silva, los López de Setúbal, los Gómez Correa, los Fernández Daveira, no lo surtieran de esclavos? ¿Sabéis, buena mujer, cuántos esclavos hay ahora en esta cristiana e imperial Sevilla? Nada menos que seis mil, y en su mayoría negros.

Entre los que se quedaron escuchando estaban también los dos jesuitas que había visto inscribirse en la Casa de Contratación. El más joven miraba a don Marcial pálido y con los ojos desorbitados. Entonces caí en la cuenta de cuántos negros había en Sevilla que o portaban bultos o arrastraban cabalgaduras. A la luz del día llenaban el puerto trabajando como estibadores, azuzados a punta de látigo. Tras un minuto de silencio oí que Pedro preguntaba a su acompañante, el padre Mejía:

—¿Esclavos? ¿En Sevilla?

—Sí, Pedro. Es lo más bajo de la escala social en nuestra ciudad. Al comienzo eran prisioneros de guerra que llegaron en 1487 a raíz de la rendición de Málaga. Vinieron unos dos mil trescientos musulmanes que se vendían a treinta doblones la pieza. Después fueron los moriscos de Hornachos, que quisieron escapar a Portugal y que fueron subastados. Y no han faltado quienes quieren convertir en esclavos también a los indios, pero, gracias a la intervención de los reyes y de fray Bartolomé de las Casas, un dominico valiente y de lengua suelta, la trata se ha quedado para los negros, que hasta sirven de esclavos en los conventos. Además, Pedro, ya sabéis que no faltan moralistas y doctísimos y píos obispos que toleran esta trata y no la condenan.

Aquellos rostros de ébano que iban y venían, su piel reluciente bajo el sol andaluz, sus cuerpos flexibles, fuertes, espigados, parecían multiplicarse por todos lados. De pronto uno de los esclavos cayó a tan sólo unos pasos, hundido bajo el peso de un inmenso barril. Pedro se estremeció, volvió el rostro y miró con una intensa ternura a los ojos de aquel muchacho. En sus pupilas blancas y ensangrentadas, sobre los pómulos hinchados y bajo la frente sudorosa, descubrió una infinita dulzura y tristeza. Él conocía aquellos ojos, como más tarde supe: le recordaron los de un Cristo dolorido que veía de niño entre las sombras de la iglesia de su pueblo.

Cuando la gente dejó de escuchar a don Marcial, García se acercó a saludarle.

—¡Hombre, García, ya aquí! Hacía días que os esperaba.

—No nos acompañaron los vientos desde Lisboa, don Marcial.

—Bien, bien, pues hay que darse prisa y prepararlo todo.

Aquella mañana también se abrieron mis ojos. Me había enrolado sin saberlo en la tripulación de un barco negrero que hacía la ruta entre África y América. Comenzaba a pagar mi arrojado aventurero y mi ingenuidad. Aunque entonces la trata de negros era tenida como algo habitual y yo conocía en Cádiz armadores y hacendados que poseían esclavos, esa mercancía me repugnaba instintivamente.

Pasamos aquellos días sin parar, preparando el viaje. Para decir verdad, a mí me tocaba fregar la cubierta y acarrear bultos para García y don Marcial, que estaba cada vez más nervioso desde que le dijeran que *O Explorador* no obtendría autorización para soltar amarras hasta que zarpara la flota de galeones.

—¡Esos canallas, siempre los primeros!

El aire se iba haciendo poco a poco más limpio, las tardes más largas y las noches más misteriosas y perfumadas. Las guitarras comenzaron a quejarse del dulce sopor de las jornadas cálidas, y la brisa del río traía y llevaba coplas con lamentos de amor y una nostálgica pena muy saboreada, muy andaluza. Era difícil callejear por Sevilla en primavera y no tropezarse con varias sorpresas de color y de vida: el bermellón de los geranios sobre la cal soleada, el vaivén de las mecedoras en la hora muerta de la siesta, un botijo que rezuma en la ventana y una reja que guarda secretos a media voz. Dicen que, al llegar la primavera, los patios sevillanos y los escondidos y frescos jardines de pozos y enredaderas guardan en la noche una extraña mezcla de embrujo árabe y senequismo romano, aunque entonces era demasiado joven para saborear esas cosas que más tarde hallé en los libros y comprendí con la experiencia de la vida.

Abril era el mes señalado para que la Real Armada de Galeones zarpara del puerto de Sevilla y hasta entonces tampoco podíamos zarpar nosotros. El encuentro silencioso con Pedro me había dejado intrigado. En cierta manera, me sentiría cercano a aquel joven misionero, como aventurero a lo divino. Pero no entendía entonces una forma de ir por el mundo a la que se le pueda privar de alcanzar fortuna y los placeres de la vida. No imaginaba hasta qué punto nuestras vidas iban a ser paralelas.

En casa, los jesuitas daban los últimos toques a sus preparativos. Unos días antes del embarque el padre Alonso Mejía, que iba como superior de la expedición, reunió a sus tres súbditos y les dijo:

—Sabéis que zarpamos dentro de quince días. Cuando embarquemos en el galeón *San Pedro* hemos de hacernos a la idea de que lo más probable es que no volveremos a pisar la Península, que dejaremos España para siempre. Hemos, pues, de prepararnos espiritualmente para tamaña empresa, ya que nuestra vocación, como dijo el santo padre Ignacio, es «para discurrir por cualquier parte del mundo». Con este motivo he dispuesto que aquellos de vuestras mercedes que aún tienen órdenes menores puedan acceder al subdiaconado.

Los jóvenes Juan de Gregorio y Juan de Cabrera acogieron con alegría la iniciativa. El subdiaconado los acercaba al sacerdocio y les permitía subir una grada más del altar, que era el sueño de sus vidas. En las Indias su ilusión apostólica se vería cumplida como diáconos y presbíteros, pudiendo así bautizar, predicar la palabra de Dios, confesar a los indios y administrar en aquellas lejanas tierras los sacramentos de la Iglesia.

Pedro no dijo palabra. Es más, algunos adivinaron en su rostro una ligera turbación. Se marchó de la estancia y se hundió en el silencio de la capilla, donde en medio de la oscuridad sólo parpadeaba la lámpara del sagrario. Tenía clara su vocación a las Indias,

se sentía desprendido de todo, dispuesto para entregarse a una misión llena de esfuerzos e incomodidades. Todo eso era verdad. En Mallorca lo había visto con la luz de una corazonada definitiva, que le daba la certeza de que Dios había hablado por los labios de Alonso Rodríguez, su amigo portero del colegio. Pero ahora, al afrontar el paso definitivo hacia las órdenes mayores, las dudas le angustiaban de nuevo. Incluso el recuerdo del hermano Alonso le turbaba, porque en el fondo envidiaba su rincón, su portería entrañable, el cubo y la escoba, que él no cambiaría en ese momento por una casulla bordada y un incensario de oro.

Debía pensarlo más. Era preciso meditar muy en serio el compromiso que suponía las órdenes mayores como nuevos pasos que le acercaban a la dignidad del sacerdocio.

Fue al cuarto del padre Mejía y, con toda libertad de espíritu, le espetó:

—Aún no me siento preparado para acceder al orden de subdiáconos.

Mejía no acabó de comprenderlo. Pero el recibir órdenes sagradas es algo libre. Según la disciplina de la Iglesia, a nadie se le puede obligar a que le sean conferidas contra su voluntad.

Desde un banco de la iglesia, contempló la ordenación de sus compañeros. Tenía dudas, pero ya no estaba perplejo. Cuando el obispo impuso la estola a los nuevos subdiáconos, Pedro sintió paz, aunque no sabía, se limitaba a esperar voces en el camino.

El Guadalquivir fue reflejando en sus aguas un creciente hormiguar. Los galeones anclados se estremecían con la carga que depositaban en sus vientres de madera. En las aguas del río, como en un espejo mal azogado, temblaban la famosa Torre del Oro y los naranjos brillantes ya con la sazón de su fruto.

Sevilla hervía, crecía la agitación en los muelles: pipas de agua hacinadas; cargamentos de garbanzos, tasajos y judías eran transportados en barriles, para guardarlos de las inclemencias de la mar, que se colaría pronto en la bodega, apenas se aflojase un clavo o cediese una cuaderña. Ristras de ajos, condimento principal de marineros y grumetes, orzas de miel, cajones de higos, azúcar rosada, agua de azahar por arrobas y otros mil refrigerios, que serían pronto necesaria medicina. Todos atravesaban las pasarelas para precaver aquel largo viaje. No faltaban jarcias, velamen y áncoras de repuesto. Mientras tanto, bullían también las cuatro esquinas de la ciudad. Entre los barracones del Arenal y el puerto de las Muelas, al son de pífanos y tambores, eran leídas las ordenanzas que rigen durante la travesía:

—Se hace saber, por orden del Rey Nuestro Señor, que nadie puede embarcarse en la flota sin haber confesado y comulgado, que se prohíben juegos de naipes y dados, se pondrán grandes penas a los blasfemos, y que serán excluidas de las naos mujeres sospechosas de libertinaje.

Silva, uno de los marineros portugueses de *O Explorador*, reía con sorna mientras escuchaba aquella retahíla de órdenes de rutina que suscitan el bisbiseo y los comentarios y que resbalan entre los grupos de marineros, soldados y gente de peaje.

Ellos sabían muy bien que, una vez en alta mar, se abrían las bulas personales y la veda de los que emprendían aquel viaje como una liberación.

Por fin llegó la víspera del 15 de abril de 1610. Carretas, caballos enjaezados y un estallido de flores se llevan los sevillanos a las romerías de la Virgen de Ganda; la de «Norabuena lo pariste»; de Rocamador; de la Antigua o de la Victoria, patrona bien probada de los azares de la mar; de los Buenos Temporales, patrona de los barqueros del Guadalquivir; o del Buen Aire, ermita situada a la orilla del río.

Las cofradías de mareantes, entre la devoción y la algazara popular, cruzan la ciudad: la Hermandad de la Luz, compuesta de calafates y carpinteros de ribera, escogidos desde Bonanza a Cádiz, pasean su admirable Virgen de la Esperanza de Triana.

Sé que Pedro, solitario siempre en medio de las fiestas, oraba en silencio aquel día mientras la ciudad estallaba en una nube de coplas y se dormía con el sopor del vino, aquella noche de últimos abrazos e incontrolables nervios de víspera. Yo aquella noche, no lo puedo negar, tuve mi bautizo de vino. Al tercer barro caí cuan largo era en medio de las risotadas de la marinería, que me tuvo que arrastrar al barco.

Entre los estorbos del matalotaje el sol de Sevilla, al día siguiente, convertía el puerto en un abigarrado cuadro de ruidos, perfumes y colores. Una turba de gente, Sevilla entera, se agolpa en los muelles para decir adiós. En aquellos rostros aprendí mucho del otro lado de la aventura. Unos lloraban, se despedían quizá para siempre, y se prometían entre lágrimas sueños de oro que comenzaron a bailar en sus ojos en las besanas de Andalucía o en las quemantes dehesas extremeñas. La tripulación de la flota se abría paso para distribuir el cargamento, dar los últimos toques al aparejo y dejar lista la impedimenta.

En el puerto de las Mulas, enfrente del Arenal, bajo la Torre del Oro y a lo largo de la ribera, se alineaban los galeones, zabras, petaches y carabelas. Las velas estaban recogidas en el bauprés. Sólo los estandartes y gallardetes, colgados en lo alto de los tipos, caían lacios hacia el agua, se rizaban y se tendían después al capricho de la brisa.

Como mi barco no partía aún, me acerqué a contemplar el espectáculo. De pronto divisé a Pedro, que abrazaba a sus compañeros jesuitas que quedaban en tierra. Los pitos de los cómitres y el estampido de las lombardas dieron el último aviso. Vi caer blandamente las velas. Sevilla se convirtió en un solo grito, un sollozo prolongado, un pañuelo al viento.

Gimieron las maderas, se hincharon de brisa las velas y perezosamente los galeones comenzaron a crujir y navegar río abajo. Se oyó el eco sordo del llanto y la gritería cuando la almiranta, el *San Pablo*, dio las salvas de despedida a la Virgen María, en su monasterio de los Remedios; que repetirán después el galeón *San Felipe*, la capitana, y el *San Pedro*, en el que viajaba Pedro Claver. Por huertas, blancos pueblecillos y aldeas que surgían al margen de la corriente, se asomaban pañuelos, los «buen viaje» de los vecinos, los adioses de España.

Regresé callado a nuestro barco mientras la ciudad se sumía como huérfana en un silencio espeso. La flota se había ido. ¿Cuándo comenzaría nuestra aventura?

—Zarparemos mañana al alba —anunció García a la tripulación de *O Explorador*.

Al atardecer los galeones arribaban a Sanlúcar, donde se detuvieron para la rutina de registro y recuento de la flota. También a Pedro le fue revisada su licencia, para evitar con todo rigor los polizones, el embarque de extranjeros y recontar los soldados enganchados que con frecuencia se escabullían a la vista del mar. Entonces, después de cargar carne fresca para los primeros días, se esperaba viento y marea propicios para salir de la barra de Sanlúcar.

El piloto de barra, práctico del lugar, dio las órdenes. Uno tras otro, los galeones cruzaron el difícil paso, que yo había atravesado hacía poco tiempo, y esperaron a encontrarse todos juntos en alta mar.

El infinito horizonte los recibía. Todos estaban listos para el momento solemne. Se alzaron las anclas. Dos grumetes se encaramaron a las vergas de los trinquetes para dejar caer las velas a la voz del piloto. El piloto de barra asió el gobernalle y dio su señal. El piloto de mar gritó con todas sus fuerzas:

—¡Larga trinquete, en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, que sea con nosotros y nos guarde, guíe y acompañe y nos dé un buen viaje a salvamento, y nos lleve y vuelva con bien a nuestras casas!

Pedro y sus compañeros sintieron en sus rostros un fuerte golpe de brisa marina y un áspero sabor a salitre. De pie, toda la tripulación y el pasaje, en cubierta, contemplaba en silencio la operación. El padre Mejía fue invitado a subir al puente de mando. Dirigiéndose a todos, dijo en voz alta:

—Recemos a Nuestra Señora la Santísima Virgen María, Madre de Dios, para que alcance de Nuestro Señor Jesucristo, su precioso Hijo, que nos conceda buen viaje a salvamento.

Un murmullo de olas sirvió de fondo a aquella solemne avemaría. Las velas hinchadas engolfaban ya las naos en el océano.

En los ojos de todos se adivinaba un mundo de sueños, tierras de oro, ansiadas libertades e imaginadas maravillas. Todas las ambiciones tenían un nombre. Con el tiempo llegué a saber hasta qué punto aquel día Pedro se sintió frágil entre el cielo y el mar.

Al día siguiente nuestra partida fue el reverso de aquella fiesta. Nadie nos dijo adiós. Antes de que amaneciera, García dio las órdenes de zarpar y pese a que, como de costumbre, no necesitó piloto de barra en Sanlúcar, cruzamos el paso entre blasfemias de don Marcial, que no se le quitaba el mal humor por el retraso. A mí me ordenaron fregar la bodega. Cuando bajé y vi las cadenas y grilletes clavados a las amuradas se me heló la sangre. Por mucho que fregaba no conseguía que se fuera aquel característico olor que

jamás podría ya borrarse de mi mente. Sentí un impulso loco de volver a cubierta y respirar aire puro. Cuando subí, me sentí turbado y como perdido. Todo era horizonte, incógnita y alta mar.

CAMINOS EN EL MAR

La choza en que estaba don Marcial se hallaba fuera de la empalizada de la factoría de Da Souza, por sobrenombre Cha-Cha, el príncipe de los negreros. Rodeada de maleza, se destacaba del entorno en una ligera plataforma natural. Por una de sus ventanas veía yo la selva, tan cercana que la podía tocar, con su lujuria deslumbrante de verdes estrepitosos y el ulular de animales salvajes. Por otra divisaba más abajo el mar con las velas lánguidas de los barcos negreros y los vigías de la factoría siempre de guardia, encaramados en sus torres de madera. Cerca pasaba el camino por donde desfilaban las negradas hacia los embarques, mandadas por pumberos o mulatos traficantes, que eran quienes mediaban entre los factores y los reyes del interior.

Mis ojos todavía adolescentes lo estrenaban todo. No acababan de acostumbrarse a aquel verdor insultante del paisaje y, sobre todo, a los acontecimientos que se habían precipitado torrencialmente en mi vida. Nuestra singladura desde Sevilla fue sin incidentes, si no es el hecho de que el patrón don Marcial cayó enfermo nada más tocar tierras africanas. El clima nos tenía enervados a todos.

Unos hierbajos que le recetó Cha-Cha y los cuidados de una mulata cuarterona habían dado sus frutos. Vi cómo don Marcial se palpaba la frente y comprobaba que las fiebres habían bajado. Desde el porche pude observar cómo se incorporaba en su catre y se acariciaba el corte que le cruzaba de lado a lado la mejilla. Escupió en el suelo y comprobó que podía tenerse en pie. De modo que se dirigió sin más demora a la factoría de Cha-Cha, guiado por la cuarterona.

Los barracones de la factoría portuguesa habían sido contruidos en un claro de la selva. Eran como una media docena: viviendas, enfermería y casa del jefe.

Cha-Cha vestía de claro, botas charoladas, tocado de un sombrero de amplias alas. Se hallaba sentado en el porche del mejor barracón y abanicado por dos esclavas octoronas, de unos trece años, desnudas, que le miraban entre inocentes y asustadas. Cha-Cha era un inmenso mulato portugués de origen brasileño, con ojos de carbón y risas estentóreas. Se había convertido en el típico hombre doble. Su madre había sido esclava, y conocía el alma negra palmo a palmo. De polizón había aprendido las artes de marear hasta alcanzar suficiente confianza de los blancos para entrar en la trata y llegar a ser una especie de reyezuelo africano, que dominaba en aquel reino de tablas, con sus propios guerreros, taberna y harén.

Ambos negreros se estrecharon las manos e intercambiaron miradas que más parecían medir sus fuerzas que una salutación de amistad. Da Souza no se echaba fácilmente en brazos de nadie y menos de don Marcial de Andrade, del que sabía había huido de su casa, como yo, a los quince años, pero él tras ser apedreado y acusado de dormir en el mismo lecho de su hermana. Ambos habían recibido muchos golpes de mar y ambos habían descargado centenares de latigazos sobre las espaldas negras. La diferencia entre ellos era que, además de que Cha-Cha estaba establecido y prácticamente no viajaba, el mulato era capaz de vender igual blancos que negros. Da Souza no sólo vendía seres humanos, vivía de prostituirse y prostituirlos.

Después de beber y reír juntos, el príncipe de los negreros invitó a don Marcial a una extraña ceremonia que se desarrollaría esa noche, en medio de un festín que Da Souza había inventado, remedando ancestrales costumbres africanas. Se victimaba a una virgen entre las danzas provocativas de las muchachas de su harén, custodiadas día y noche por eunucos. Era un festejo anual que a Cha-Cha le llenaba de orgullo y hacía que se encendieran momentáneamente sus ojos apagados y fieros de lobo estepario. La virgen, elegida entre las más bellas de diversas tribus, era atada y llevada en parihuelas hasta Cha-Cha, con quien pasaba la noche, y sacrificada al día siguiente antes de amanecer.

Observé que don Marcial no mostraba demasiada satisfacción ante el festejo, pero estaba convencido de que había que jugar con la misma baraja del mulato portugués. El español sólo quería el permiso y la gente necesaria para adentrarse sin demora en la selva y preparar cuanto antes su almacén de negros.

—Iréis, iréis, don Marcial —sonrió Da Souza—, pero no sin que antes os tribute los honores de gran huésped de Cha-Cha.

Aquellos honores no eran otra cosa que una juerga dentro de otra barraca, con vino y mujeres en abundancia, y un baile monótono y excitante que hizo dar cabezadas a don Marcial, débil y demacrado aún por las pasadas fiebres. De alguna manera, el resto de la tripulación participó del festejo sólo que en el interior de una gran choza, menos García, siempre solitario, que dijo que estaba cansado y prefería dormir.

No olvidaré aquella noche. Los marineros, borrachos, se pasaban las mulatas más entradas en carnes como barriles de vino. Yo los veía sudar babeantes desde un rincón, con cierta repugnancia y entre asustado y tímido, cuando una muchacha flaca, también mulata, que asomaba el alma por sus grandes ojos negros, se me aproximó contoneándose y pensando quizá que era yo quien más se le asemejaba en edad. Bailó ante mí con los pechos desnudos uno de aquellos sincopados ritmos africanos, mientras debí de sonrojarme hasta las orejas. Luego me tomó de la mano y me envolvió en su ritmo arrastrándome fuera de la barraca, detrás de unos matorrales. La noche era espesa, llena de estrellas. Entre los sopores de la cerveza, el calor enervante y los ruidos de la selva, creía vivir en otro mundo al que la vida me había trasplantado de golpe. Después, la mulata me rodeó con sus brazos, y sólo sé que me perdí en aquellos labios gruesos y

carnosos como en un abismo de fuego. Con los ojos cerrados pensé que nadaba ciego en el mar gaditano de la Caleta, durante uno de aquellos buceos al sol en que me sumergía desnudo y me olvidaba de mí mismo.

Nunca volví a ver a aquella muchacha y casi he olvidado su rostro. Pero aún hoy tengo vívidamente grabada aquella para mí inesperada iniciación sexual en plena selva y una imagen que llevo desde entonces clavada en mi alma como un puñal: sus ojos solitarios y tristes. Pensé entonces que, si el sexo es el único camino del amor, por qué me dejaría más huérfano aquel lujurioso puerto africano.

A los dos días el negrero español tenía el permiso y los hombres necesarios que, junto a todos nosotros –la tripulación de *O explorador*–, le posibilitaría adentrarse en la selva y llegar hasta una de las canteras de esclavos.

Serpeaba nuestra comitiva a través de la feraz maleza. Delante iban los intérpretes y manfucas del rey, con sus taparrabos encarnados, sus lanzas y gorros de plumas. Luego los esclavos con balas llenas de presentes sobre la cabeza. Y detrás los embajadores blancos de traje claro.

El camino, a medida que avanzábamos, se espesaba más y más. Los ruidos hacían volver nuestras cabezas a cada paso, temerosos del asalto de algún animal salvaje. Cruzamos zonas tan tupidas que no dejaban pasar el aire. Durante algunas horas seguimos en el margen del Gran Popo y de vez en vez tropezábamos con algún claro ocupado por aldeas tributarias de aquellas tierras.¹ Por la noche hacíamos altos para descansar y comer algo. Entonces la selva se convertía en un zumbido continuo, del que subían raros presentimientos: arrastrarse de serpientes, aletear de aves, lamentos de fieras y rasguños en los árboles. Casi todos permanecíamos despiertos porque el fuego no nos daba una garantía total de seguridad.

Don Marcial y su gente alcanzamos a los tres días la ciudad de Abomey. Los guerreros del rey Andazu III habían alertado al grueso monarca de la llegada de los europeos. Así que éste fue a recibirnos por una vereda de la selva, sentado en una silla de madera, con una calavera en cada pie. Relucía como el charol y sus carnes derramadas se estremecían con el movimiento. Detrás, también en sus respectivas sillas, seguían su mujer e hijos. Andazu agitó las vistosas plumas de su cabeza y nos invitó, a través del intérprete, a unas solemnidades que se iban a celebrar en honor de don Marcial. Ocupó el monarca su lugar en el trono, se revistió de una gran capa roja, mientras el negrero observaba detenidamente el gran número de calaveras, clavadas en pértigas y situadas alrededor del trono.

–Son de los reyes conquistados por la dinastía –aclaró a don Marcial el intérprete.

El negrero se sentó junto al rey, cuando aparecieron en cada flanco del palacio las guardias Amazonas, armadas de cuchillos, marchando y marcando con la cadera el redoble de los tambores. Al llegar el rey levantaron el brazo con el cuchillo y profirieron gritos de victoria. Luego desfilaron con la punta de los cuchillos a la altura de sus cabezas, haciendo sonar las argollas de lata; pasaron varias veces frente al rey y don

Marcial. Auullando, cruzaron después una empalizada y aparecieron cada una con dos vigorosos esclavos negros, fuertemente atados, que presentaron a De Andrade. A éste le brillaron las pupilas cuando los vio, e hizo entregar sus presentes al rey. Las Amazonas, tenidas por amantes del monarca, se retiraron, pero las fiestas duraron aún cinco días. Al final de ellos, don Marcial, que no se había repuesto del todo de sus fiebres, supo que podía contar con cuatrocientas cabezas, amontonadas por el emperador de Dahomey, como fruto de sus correrías guerreras.

El camino de regreso no fue de rosas. Aparte de las espesuras, que siempre dificultaban la marcha, tropezamos varias veces con esqueletos de esclavos de antiguas expediciones, que habían caído enfermos, rendidos del viaje, o que se habían rebelado. Los cautivos marchaban atrahillados con cangas en el cuello y atados por los brazos en parejas. Con el brazo libre sujetaban sacos de arroz que transportaban a la factoría. Los pumberos no llevaban ociosos sus látigos y cuchillos con los que azuzaban a aquella mercancía humana. Un tambor marcaba el paso de la caravana. De las aldeas cercanas se asomaban sigilosamente y con miedo otros africanos para verlos pasar, sin poder a veces contener el llanto cuando se trataba de familiares o amigos de los esclavos.

Don Marcial iba contento, a pesar de que sudaba copiosamente y los insectos le importunaban el corte de la cara. «Ya está dado el primer paso –pensaba–. Pero queda lo peor: acarrear a estos “animales” por el océano, llevarlos hacinados hasta las Indias, conducir a puerto un armazón lo suficientemente sano como para poder venderlo a buen precio y, sobre todo, luchar con el primer enemigo para su «cáscara de nuez», el mar, sujeto al azar de las tempestades, los piratas y el viento.» Sonrió, y se vio ya aposentado en su casa colonial, frente a la bahía del trópico, servido de esclavos y ante una mesa repleta de piñas, guayabas y tamarindos. Sólo dos o tres amazones más y quién sabe si podría comprar aquel campo en Cintra y conseguir la mano de alguna dama linajuda y hasta ser admitido en los salones de los grandes de España, que hasta ahora le habían despreciado y arrinconado. El oro lo puede todo.

Entonces mi imaginación voló a aquellos galeones que habían partido poco antes de nuestro barco en Sevilla y aquel joven misionero llamado Pedro que conocí en la Casa de Contratación, un aventurero con propósitos bien distintos de los míos. ¿Qué sería de ellos? Hoy, querida hija, gracias a encrucijadas de mi vida, puedo también daros cuenta de sus azarosos caminos.

El capitán del galeón *San Pedro* estiró su catalejo y pudo comprobar que el *San Felipe* había encendido ya su farol a popa, a pesar de que todavía podía divisarse bien con el crepúsculo la bandera del capitán general en el mástil mayor. Dispuso que se dieran las salvas de ordenanza del atardecer y volvió tranquilo a su camarote, convencido de que tanto la almiranta como la capitana guardaban las distancias de rigor y no se divisaba ningún peligro en lontananza.

—Vigilad esa aguja de marear —dijo el capitán al contramaestre, que le salió al paso—. Me han dicho que tiene trocados sus aceros cuasi una cuarta del punto de la flor de lis, y así no acierta a nordestear ni a noroestear. Servíos mejor del astrolabio. Y no os olvidéis de calafatear las escoperaduras, que empieza a colarse agua por las amuradas. ¿Habéis encendido nuestra linterna?

—Sí, capitán, ya está prendido el farol y avisado el guardián de la nao para que encargue a los grumetes escanciar la ración de agua dulce, que empieza a escasear.

Sentado en su camarote, el capitán abrió su diario de bitácora y escribió:

Ocho días ha que hemos zarpado de las islas Canarias, donde completamos el avituallamiento de la flota. Allí fue adelantado, conforme a las ordenanzas, un petache para Cartagena y Portobelo, con cartas informativas a la corte y anunciando el futuro arribo de la flota. Hoy, viento fuerte a la bolina y mar gruesa, con marejadas por el costado y ventanas de popa. De cincuenta a sesenta días, con buen viento, podríamos arribar a las primeras islas de Indias. Se agotan las últimas naranjas de Canarias y merman los tinajones de agua dulce. Menudean ya a bordo los enfermos de disentería.

Pedro Claver, sentado en un pequeño barril en cubierta, hojea los cuadernos de su amigo Alonso, mientras una brisa fuerte le ahueca el manteo. De vez en cuando contempla el mar, que ha amainado. Su bramido sordo se ha convertido ya para él en una habitual música de fondo, junto al chirriar de la madera de los corbotones, y los gritos de los marineros, entre los que no faltan juramentos y blasfemias.

No lejos de Pedro y a escondidas de los alguaciles, que por otra parte lo toleran, un grupo de marineros han sacado los dados y las barajas prohibidas por las ordenanzas. Más allá cotillean tres pintadas mozas, que serán en América madres de encomenderos y tendrán esclavos y haciendas de caña y cacao. Un oidor de ropilla negra conversa con un fraile franciscano. Pedro puede oírlos:

—¿Y decís que es inquisidor? Por lo enjuto y poco hablador así lo parece. Al menos ha de ser oficial para la Casa de la Inquisición de Cartagena, que no anda precisamente ayuna en trabajo. Dicen que la brujería ha hecho allí su fuerte y que los demonios negros andan desnudos por sus calles a la medianoche, perpetrando mil sacrilegios y obscenidades hasta delante del Santísimo Sacramento.

—Pues a fe que ese inquisidor o quienquiera que sea ya tiene trabajo en esta misma nao. He oído que entre nosotros viaja algún cristiano nuevo de los que se signan muy devotamente, y a hurtadillas siguen guardando el sábado. Ya sabe vuesa merced: esperan que El Dorado les abrirá las puertas de la libertad.

—Bien decís, que para algunos las Indias es un refugio de los desmanes y bellaquerías del imperio. Os aseguro que no nos faltarán nuevas sorpresas y sobresaltos.

Pedro contemplaba navegar aquella España ambulante como un mundo que huía de sí mismo, refugiándose en los sueños de grandeza. En aquel momento se le acercó el padre Mejía, que le invitó a que le echara una mano para cuidar a los enfermos de

disentería o atacados por alguna mala fiebre o picazón; tales eran los síntomas de bultos y amoratamientos en la cara.

Fueron a prepararles la comida. De las habichuelas hervidas tuvieron que filtrar, como pudieron, hasta cucarachas y chinches que lo invadían todo. Claver y Mejía se daban codazos con la gente que llenaba la cubierta: desde un carpintero y un maestro calafate, a un barbero cirujano o un comandante de petache.

—Tomadlo caliente —recomendaba Pedro a un viejo sastre extremeño—, que os hará bien y estáis con los vómitos muy debilitado.

Cerrada la noche, una calma enervante dejaba lacias las velas. Entonces el padre Mejía, nombrado capellán del barco, dio orden de tocar la campana e inició el rezo del rosario. Muchos de aquellos aventureros pusieron su pensamiento en las Vírgenes de sus pueblos y añoraron sus procesiones bajo el sol, al son de cajas y timbales; recordaron sus madres hablándoles de Santa María y revivieron sus casas blancas o terrizas bajo la tibieza de un cielo estrellado en España.

Pedro dejó rodar su corazón en el desgranar de las cuentas y vio a la Virgen María, como tantas veces en las meditaciones ignacianas, como si él fuera un «esclavito indigno» y barriera la casa de Nazaret y pudiera contemplar los ojos grandes y serenos de Nuestra Señora, tan pobre y silenciosa, con su cántaro de agua sobre la cabeza, con su «he aquí la esclava» en los labios, con su sabor a soledad en el alma y sus noches largas, abandonadas al misterio, esperando que un día volviera Jesús.

¿Dónde estaba Jesús? El mar era como un desierto negro. En cualquier momento su masa móvil podría devorar aquel montón de tablas. El viento podía no volver a crujir en los mástiles y condenarlos a morir de sed o de hambre, o ser bonancible y conducirlos pronto a puerto en pocas singladuras.

Así que derramó su silencio y su confianza en las oscuridades de aquel mar y sintió un amor escondido y profundo, como el de un niño reclinado en el regazo de su madre, que quiere mucho, pero sin saber nada. A la luz de una linterna, junto al trinquete, en un castillo de popa, la figura espigada del jesuita Alonso Mejía parecía una aparición, con su mirada en el cielo, la barba puntiaguda y el rosario entre los dedos. A su lado, el piloto, aferrado al timón, luchaba por mantenerse despierto. Las avemarías venían y se iban monótonamente, oleadas sobre olas perdidas en medio de la soledad. Olía fuertemente a brea y en los labios amargueaba un sabor a salitre, acuciado por el racionamiento de agua dulce. Algunos pasajeros dormían ya sobre un jergón o envueltos en un capote o manta. Una mujer se deslizó sigilosamente hacia el otro extremo de la nave en busca de amor. El viento seguía en calma. A veces un grito marinero rompía la magia de aquellos momentos. A todos España se les figuraba ya como un pasado irrecuperable, y su mundo, unas cuantas tablas clavadas, mecidas por el océano.

Entonces el padre Mejía entonó la *Salve Regina*. Y en medio de las tinieblas, Pedro creyó ver una estrella que reverberaba en el horizonte. *Vita, dulcedo, spes nostra, salve*. Fue entonces cuando una leve brisa comenzó a soplar. Todo el galeón crujió y sus velas,

como desperezándose, cobraron forma. *A te suspiramus, gementes et flentes, in hoc lacrimarum valle*. El joven catalán sintió un sabor acre en sus labios. Esta vez no era el salitre sino la sensación de su propia pequeñez, el sabor de sus propias lágrimas.

O Explorador por su parte no era un galeón, pero maniobraba bien, aunque, como dije, iba escasamente tripulado. Comprobé por mí mismo que era un bergantín muy marinero y sus dos palos desplegaban un considerable velamen cuando soplabla el viento. García conversaba con don Marcial sobre el puente y ambos reían comentando las rarezas de Cha-Cha. Da Souza le había dicho a García que don Marcial no podría ser otra cosa que un pirata. El capitán del barco iba siempre armado y recorría continuamente toda la eslora de la nao que, como en todos los barcos negreros, no podía ser demasiado grande. El agua estaba muy próxima a la borda y cuando la nave zozobraba había que ir con cuidado de no caer al mar.

—Buen lastre, ¿eh, don Marcial? —dijo García señalando con la cabeza la bodega.

A mí me inquietaba que *O Explorador* fuera por debajo de su línea de flotación. Cargaba cuatrocientos esclavos y navegaba como un pez al noroeste con galerno favorable. La costa de África había desaparecido ya como una línea verde, y don Marcial no ocultaba en su rostro cierta sonrisa por el éxito de la expedición. Del vientre del buque salía un ruido sordo, como si procediera de una jaula hermética cargada de vida y sentimientos. Aquel bramido negro me estremecía con una mezcla de compasión y pavor. Me di cuenta de que no dejaba a don Marcial conciliar el sueño, por lo que se le veía pasar continuamente por cubierta todas las noches.

Cada vez que se abría una escotilla salía una bocanada de aire fétido del interior de la bodega y se oían lamentos. Don Marcial había aprovechado al máximo el espacio. Tumbados en hileras y hacinados sobre tablones, en tres pisos, los esclavos no podían moverse. Las mujeres ocupaban aún menos sitio. Todos defecaban allí mismo y al chocar los cuerpos se cumplían todos los contagios y promiscuidades.

De pronto don Marcial percibió que el barco perdía lastre. La noche anterior la embarcación se había movido ya con cierta pereza y, con el día, el viento cesó completamente y una calma enervante se adueñó del mar. García se movía de un lado a otro con los ojos hinchados, mientras los marineros trepaban palos y escudriñaban el horizonte.

El capitán, después de revistar la cámara del gobernalle, fue a buscar a don Marcial y le dijo:

—Estamos mal.

Luego se quedó callado. En las miradas de todos se leía la angustia de la inmovilidad. Noodt, el marinero holandés, que llamaba a los negros «cananeos», cogió su Biblia y se fue a un rincón.

A los pocos minutos las escotillas estaban abiertas. García y don Marcial vieron brotar una masa negra, jadeante y exhausta. Salían con la boca abierta, la lengua negra y las bembas blancas. La mancha oscura fue llenando pronto la cubierta. No daba crédito a mis ojos. Muchos se tambaleaban y caían, incapaces de servirse de sus extremidades, atenazadas. Cuando todos los esclavos salieron a cubierta, varios marineros entramos por las escotillas y acarreamos afuera a los muertos. Era la primera vez en mi vida que tocaba a un muerto. Algunos estaban ya rígidos y eran difíciles de mover. En la bodega la pestilencia resultaba irrespirable. Cuando subimos los cadáveres, si uno caía al mar, desaparecía en unos segundos arrebatado por los tiburones.

García dio la orden de bañar a los vivos. Entonces, al baldearlos con agua de mar, los negros se estremecían y abrían sus bocas como chacales en el desierto. Sus alaridos se mezclaban con sus vómitos y lágrimas. Lloraban y se revolcaban por el suelo pidiendo agua dulce.

Pero el tonelero del *O Explorador* había olvidado reponer la suficiente agua en la factoría y sólo quedaban dos barriles corrompidos. Hasta tal punto, que también los marineros nos movíamos como sombras de fantasmas por cubierta y me di cuenta de que mis compañeros ni siquiera temían un motín de los esclavos. Nadie respondía ya a las órdenes de García, que daba gritos sin ton ni son con los ojos desorbitados.

Fue entonces cuando Marcial contempló impasible otro descubrimiento. Los marineros no habíamos sacado a todos los muertos de la bodega. Uno de los guardianes arrastró por la escotilla a una mujer con un último resplandor de vida en los ojos. Creyéndola muerta, el sicario le había clavado el gancho en el costado y la arrastraba con él. Su sangre estaba aún caliente y los ojos acabaron por cuajarse después de una última mirada a don Marcial. Éste dio orden, airado, de que la echaran de una vez por la borda.

—No hay salida —comentó García con fatalismo andaluz—. Las islas de Cabo Verde no deben de estar lejos. Pero aquí no hay asomo de aire, ni para atrás ni para adelante, señor.

La angustia y la confusión crecían por momentos, entre el grito de los guardianes y el lamento de los negros, desplazados a punta de látigo. El tonelero había preparado un extraño bebedizo de agua salada, agua dulce corrompida y sangre extraída de un negro sano. Pero aquello no podía engañar la sed. Los tripulantes se chupaban el sudor de los brazos. Cada noche la calma se cobraba una nueva víctima. Todas las supersticiones se pusieron en juego: rascar el mástil, tirar un zapato y jubón al agua, barrer con una escoba el cielo.

—¡Haced bailar a la negrada! —gritó don Marcial.

Un marinero sacó el tambor. Pero aquellos músculos guerreros no podían arrastrar su cuerpo y bailaban pesadamente como elefantes aguijoneados. Ni el látigo los hacía moverse. Antes de morir, se sacrificaba a los enfermos para alimentar a los sanos.

De pronto García creyó ver visiones. A estribor le pareció vislumbrar una vela. Oteó su bandera. Sí, efectivamente, era un corsario inglés dedicado a la trata. Detrás asomaron dos negreros más, todos iguales. Iban en flotilla, unidos para la defensa, dispuestos a todo. García hizo señales de auxilio. Los ingleses se acercaron. Respiré hondo. Al menos esta vez podríamos contarle, habíamos salvado la vida. Don Marcial estallaba por dentro. Había conseguido salir de aquello. Pero ¿tendría que comenzar de nuevo? La negrada, con los ojos enrojecidos, no reaccionaba. No parecían seres de este mundo.

Han pasado los años, querida Lucía, y es como si acabara de atravesar ahora aquel trance. Conservo vivos hasta los últimos detalles. Todas las noches me persiguen aquellas miradas y aquel mar quieto como un desierto, que es para mí el símbolo mismo del horror.

A bordo de los galeones españoles tampoco parecían por el momento buenas las expectativas. Los días se hacían eternos y muy raros los de «papo de viento». El número de enfermos crecía y no faltaban los que, entre fiebres, desvariaban fantaseando con haber alcanzado la meta de su viaje y verse nadar ya en oro o en plena libertad. No eran frecuentes los días de galerno. Así que la tripulación y pasaje del *San Pedro* se entretenía como podía para matar el tiempo. Cuando ya habían sido narradas todas las historias, consejas y creaciones de la imaginación, se inventaban juegos buscando semejanzas con las nubes, o se creaban extraños nombres de genios escondidos en la mar y mentados a media voz, para que no llegaran a oídos de los hombres de Iglesia menos tolerantes.

Ya se iban a cumplir los dos meses cuando, un buen día, un grumete vino gritando la noticia:

—¡He visto un pájaro! ¡Un gran pájaro con alas grandes y largo pico!

La novedad corrió como la pólvora por la nave. En efecto, el *San Felipe* había hecho ya señales y todos los rostros, con el ansia desbordando por los ojos, se dirigieron al puente de mando para conocer el veredicto del capitán.

—¡Alcatraces, alcatraces ha visto el muchacho!

Pedro, que tenía los ojos hinchados y como chupado el rostro del mal comer y dormir, pudo ver también con ilusión y asombro un par de aquellas extrañas aves de gran tamaño que volaban juntas y, al divisar un pez desde la altura, se lanzaban sobre la superficie del mar, en picado, taladrándolo de canto para ofrecer menos resistencia. En seguida levantaban el pico, que descubría un enorme buche, lleno por la presa.

Un grito electrizante, que sólo puede valorar quien navega muchos días a la deriva sufriendo inclemencias del mar y temporales, sonó por fin a proa, como una exhalación, como el anuncio del cielo, como el abrazo de una añorada novia.

—¡Tierra!

Los alaridos de júbilo se transformaron en saltos, glorias al Creador, abrazos desencajados de alegría. Corría en todos los ánimos la experiencia de los descubridores y conquistadores. Detrás de un mar sin orillas amanecía una tierra verde, cuajada de aves exóticas, plantas descomunales, frutos exquisitos y todas las cosas, hechas a la medida de los corazones que las soñaban.

Nueva Granada,² la tierra fundada por el cordobés Jiménez de Quesada, abría sus puertas a los navegantes españoles con la apacible y cálida bahía de Cartagena de Indias.

El *San Felipe* enfiló por Bocagrande, una de las entradas naturales que aún no había cerrado la estudiada estrategia de los españoles. Tras él fueron penetrando el *San Pablo* y el *San Pedro*, mientras las salvas del castillo de San Matías se cruzaban con las de la plataforma de Santángel, fortificación construida en la isla de Carex.³ En los fuertes y las naves fueron izadas las banderas, y el júbilo de los navegantes y el de los soldados de tierra superaba al de las explosiones de pólvora. Se agitaban paños al viento y brillaba al sol tropical el oro de las lombardas.

Crujían las amuradas de los galeones, forzados a engolfarse en la bahía, por el gobernalle y el esfuerzo de trincar y pairar los navíos.

—¡Tended velas! ¡Largad escotas!

Las montañas de madera se hacían gráciles y hasta muy marineras al comenzar a surcar el espejo quieto de la bahía. En los oídos de Pedro comenzaron a resonar nombres que serían hitos de su futura vida: Getsemaní, Manzanillo, San Felipe.

Las piedras graníticas de aquellos fuertes, arrastradas en balsas por los primeros españoles, parecían una profanación en medio de un trópico lujuriente, el graznido de las aves y el grito de los nativos, que saludaban desde aquellos istmos e islas del Nuevo Mundo.

El joven jesuita no podía creer que se encontraba allí, a un paso del destino acariciado durante años. Apenas se daba cuenta de que ya sudaba con un calor húmedo y pegajoso, y de que le envolvía una atmósfera de calma que le acompañaría durante toda su vida.

Poco a poco fueron surgiendo a proa, como una Andalucía milagrosa y distinta, pintada de blanco sobre la hierba salvaje, un aprisco de casas con balconada de madera, unos campanarios nuevos y familiares, una inconclusa muralla de recio sabor castellano: ¡Cartagena! ¡Cartagena de Indias!

Los ojos de todos se asomaron a cubierta desencajados de anhelo. Descubrían detrás cuanto deseaban ver: el refulgir de los doblones de oro y el horizonte de las haciendas, tierras, posesiones, anonimato, libertad. Pedro meditaba cómo el mar había podido unir en la lejanía aquellos mundos tan diversos y se soñaba otro Javier, el gran amigo de Ignacio, cuando tocó puerto por primera vez en Oriente.

Las salvas, que continuaban disparándose, habían alertado ya a la población de Cartagena de Indias, que esperaba la flota desde hacía días, avisada por los petaches. Para los habitantes de Cartagena aquello era un acontecimiento no menor. Cartas,

noticias, órdenes, provisiones y sangre española, que venían de la Corte, rompían en aquel momento una distancia que se antojaba sideral.

Cartagena de Indias se había volcado en el puerto. La amplia plaza Real se abría como un ventanal al mar, y la Contaduría y la Casa de Su Majestad de Contratación desplegaban colgaduras en sus balcones. En medio de la plaza, los mercaderes ya habían montado barracones para hacer su granjería con la llegada de la flota. Muy pronto los fardos de las más variadas mercancías, conocidas por todos con el nombre de «ropa de Castilla», se amontonarían en aquella explanada y aquel lugar estallaría de gritos, música y saludos.

Pedro, como me confesaría con los años, no pudo aquel día contener la emoción, aunque al mismo tiempo se sentía fuera, distante de aquella explosión de fuegos de artificio. Cuando desembarcó y el obispo, precedido de cruz alzada, el gobernador y la milicia rindieron homenaje a la flota, tuvo la impresión de entrar en una nube de confusiones, un mundo de oropel, una especie de teatro o representación, como de los autos sacramentales que se montaban en las gradas de la iglesia parroquial de Verdú. En un rincón, linajudas damas sudaban apretadas en pleno cenit del sol por el tormento del corsé, para lucir el verdugado, la cofia adornada de plumas, velo y amplio manteo. Los inquisidores, de negro, junto al cabildo catedralicio, aguzaban su nariz olfateando cristianos nuevos y demonios disfrazados que pudieran bajar, importados de España, por las recién descolgadas pasarelas. Los caballeros españoles y señores de la ciudad blandían al aire el chambergo y se empinaban para ver, como saliéndose del cuello rígido y alto, sobre los zapatos de terciopelo carmesí, raso y tafetán. La piel de los esclavos negros semidesnudos relucía aquí y allá, para conducir silenciosamente parihuelas o sostener sombrillas.

Un mundo variopinto y exótico llenaba la colonia mientras avanzaba la procesión que se dirigía a la catedral para dar gracias de una travesía sin naufragios, ni asaltos de herejes y berberiscos. Los navegantes prendieron sus candelas que habían ofrecido a la Virgen. Por las calles blancas y señoriales de Cartagena de Indias serpeaba la procesión, que avanzaba lenta y sudorosa entre las airosas balconadas, en aquel contraste de la excitación de la llegada y el enervante clima, que los recién arribados comenzaban a experimentar en propia carne.

El colegio de los jesuitas, todavía provisional y edificado a medias, estaba situado en la plaza del muelle junto a las Carnicerías, encima de donde se proyectaba edificar las murallas de circunvalación de la ciudad, a la orilla del mar. La iglesia, de mediana fábrica, no tenía más de cien pies, aunque había un proyecto de ampliación por el elevado número de fieles y frecuencia de sacramentos en dicho templo, que había fundado la Compañía en 1603.

Al pasar cerca de unos barracones, camino ya de la residencia jesuítica, Pedro oyó un murmullo de gemidos asordados. Mayoriales, con el rejo en diestra, montaban guardia en derredor de aquellos almacenes. Eran esclavos llegados en el último almacén

al puerto. Amontonados, como bestias en el corral, esperaban ser trasladados a Mompós, Antioquía, Popayán, o los lugares de tierra caliente, de donde acababan de llegar encomenderos a Cartagena para comprarlos.

Aquella noche, la primera de Indias, durmió mal el joven estudiante español, a pesar del cansancio, en su catre de la estrecha residencia de los jesuitas. Nubes de mosquitos –los penetrantes zancudos– le dieron la bienvenida de América. El ruido de la ciudad en fiestas hacía correr el vino como las noticias de la Corte. Cuando ya empezaba a secarse el pegajoso sudor que le recorre todo el cuerpo, se asoma a respirar al mar anochecido, un mar tenebroso, que sin saber por qué le recordó el pecho de un inmenso africano moribundo.

–¿Y por eso os vais a desanimar? Miradme a mí, que tengo en mi haber más naufragios que pelos en la cabeza –rió el príncipe de los negreros mientras tendía a don Marcial un cuenco de coco lleno de ron–. ¡Que no se diga, don Marcial, de un aguerrido castellano!

A miles de leguas de distancia de Cartagena, *O Explorador* se balanceaba desmantelado en el puerto de la factoría africana. Exhaustos, heridos, deshechos, los esclavos yacían bajo el azote del sol. Otros siervos baldeaban sus cuerpos con cubos de madera. Don Marcial miraba con desesperación y asco su negrada enflaquecida y macilenta. Cha-Cha se mecía al compás de los abanicos, siempre atendido por sus mulatas, entre los cocoteros, y añadía riendo con un acento portugués muy arrastrado:

–Otra vez será, Marcial, otra vez será...

Un niño, retenido a la fuerza por un pumbero, lloraba loco por volver a abrazar a su madre. Ésta, tumbada en tierra, entumecida y seminconsciente, no tenía fuerzas para alzarse y correr hacia su hijo, al que había creído no volver a ver jamás. Sus ojos eran ya como los de una perra moribunda que había vertido todas las lágrimas. Rojos y exhaustos, sólo anunciaban muerte.

Tardó don Marcial dos semanas en calafatear el barco, recuperar a los negros vivos y adquirir otros esclavos para disponer de un nuevo armazón. En el puerto africano el tiempo se nos hacía muy largo. Da Souza se preocupaba de entretenernos cada día a su modo organizando festejos que iban de la orgía al desfile de guerreros. Yo andaba obsesionado con reencontrar a la muchacha que me abrazara en el viaje anterior. Pero nadie supo darme respuesta de ella. Muchas veces me pregunto si aquella criatura fue una aparición o sueño fuera del mundo real.

Por fin don Marcial juntó otra negrada y zarpamos para Portobelo. Esta vez nos fueron propicios los vientos y pudimos entregar sin problemas nuestro cargamento de esclavos. En el puerto nos esperaban más de veinte hacendados y encomenderos para asistir a la subasta de negros. El patrono disfrutaba al ver colocada su mercancía, mientras los compradores examinaban sus maxilares y palpaban sus músculos como hacen en las ferias de ganado de mi tierra andaluza.

No quiero ahorrarte, querida Lucía, estos detalles que pueden herir tu sensibilidad, a costa de enviarte edulcorado el libro de mi vida. Por entonces era yo un muchacho inconsciente que andaba ligero sobre aquellas atrocidades sin que me marcaran, como sobre ascuas. Buscaba vivir aventuras como fuera. Pero mi sensibilidad comenzaba a rebelarse al roce con los negros. Los había visto llorar, mirarme desde una profunda tristeza y, sobre todo, los había visto morir. Es cierto que en aquel tiempo no podía aceptar que ellos fueran nuestros semejantes, tan arraigada estaba la opinión de la inferioridad de su raza; pero tampoco podía comprender por qué los tratábamos con acémilas.

—Mañana zarpamos —exclamó don Marcial a los tres días.

García, por su parte, me dedicó una de sus escasas sonrisas y me dio una palmada en la espalda.

—Alégrate, Manuel, pronto vas a ver a tu gente.

La noticia me consoló. Las duras experiencias vividas habían empañado algo en mi alma el deseo de aventuras. Añoraba volver a ver a mis padres y los blancos minaretes de Cádiz. ¿Sería posible tanta maravilla? Sabía por experiencia que el mar no era un camino fácil. Pero, a pesar de ello, del insoportable calor y de que no se borraban de mi mente las bodegas de *O Explorador* repletas de negros hacinados, aquella noche me acunaron dulces sueños, donde la desaparecida joven mulata bailaba y reía para mí solo.

DEL MUNDO NUEVO

Por aquellos días, mientras navegábamos de vuelta a España a toda vela, esta vez llenos de ilusión y sin «carga humana», Pedro Claver se aclimataba en Nueva Granada. El joven jesuita, que por entonces se encontraba aún en Cartagena, se sintió desde el primer instante atraído por la figura de un curioso personaje, Alonso de Sandoval. Limpio, elegante y enérgico, solía encasquetarse el bonete perpendicularmente y mirar al mundo como desde fuera, con sus ojos ardorosos, claros, escrutadores. El padre Sandoval era una de esas personas capacitadas para la observación, la reflexión y el estudio. Andaba con un aire distinguido, como llevando con fatiga dentro de aquel cuerpo frágil su alma exquisita, sensible, difícilmente comprendida.

Desde uno de los balcones que daban al mar, mostraba a Pedro la prodigiosa bahía de Cartagena de Indias.

—Allá podéis ver la plazuela e iglesia de San Francisco, donde al principio se alojó la Inquisición. Está en plena isla de Getsemaní, separada de la ciudad por un caño de agua y unida a ella por un puente. ¿Veis su fachada, sencilla y airosa, y su ventana central coronada por un frontón y por simpáticas curvas? Y más hacia la derecha asciende el cerro de la Popa, desde donde no hace mucho se lanzó al agua la imagen de un enorme cabrón, cierto demonio llamado Buziriago, ante el que se reunía el aquelarre. No acabaría de contarte nunca las sorpresas, maravillas y contradicciones de esta sin par Cartagena.

De pronto la mirada de Alonso de Sandoval tropezó con los galeones españoles que aún permanecían en el puerto. Se le heló la sonrisa. Pedro pudo observar cómo el rostro de aquel singular jesuita se contraía y el sudor tropical se enfriaba en su frente. Por las escalas, vigilados por los capataces, los negros estibaban los fardos de especias, frutas, aves exóticas y manufacturas destinadas a España. El joven recién llegado guardó un discreto silencio y sólo se atrevió a dirigir al sacerdote una mirada de interrogación en demanda de una respuesta.

—Perdonadme —dijo Sandoval—. Por un instante, imaginé que había arribado a puerto un armazón de esclavos. ¿Sabéis, hijo? Es algo que no puedo remediar. Un sudor frío me invade la frente. Comprendo que escasa es mi virtud, pero con esta imagen se me revuelve el estómago y me vienen a las narices las heces de los negros apestados de viruela, sarampión y tabardillo. Y aunque voy con gusto a darles un refrigerio y bautizarlos, es humano, no puedo evitar una instintiva repulsión.

Desde los saludos del día anterior, Claver comprendía que aquel jesuita era un tipo distinto, fuera de lo común. Mientras en el resto de la comunidad la impresión confirmaba la de siempre –sacerdotes que unían su ministerio al honor y la grandeza de la España imperial y que, aunque con buena voluntad, no soltaban de sus labios los títulos de sus parroquianos y el renombre de las «almas conquistadas para Dios»–, Sandoval parecía sentirse incómodo, casi un ser al margen. O al menos muy distinto, quizá, salvando las distancias, como Alonso Rodríguez, como él mismo, que seguía preguntándose cuál sería su futuro definitivo en aquellas tierras.

Alonso invitó al estudiante a abandonar el balcón y entrar en su cámara. El cuarto tenía sabor a rancio, olía a libros y papel almacenado, que se mezclaba con un extraño perfume a bajamar y brea que ascendía del puerto. A la luz de la clara mañana tropical, el joven se quedó extasiado contemplando los volúmenes encuadernados en pergamino. Inundaban las estanterías y estaban incluso apilados en el suelo o regados sobre el sencillo lecho del sacerdote. En la pared, mapas impresos en Sevilla o Brujas mostraban el perfil de las costas africanas y el itinerario de la trata.

Sandoval se quitó el bonete, lo colgó y, tras ofrecer una silla a Pedro, se sentó detrás de su mesa de trabajo, también cubierta de papeles. Tomó un sobre sin lacrar y, advirtiéndole que el joven estaba interesado en el tema, le confesó:

–Acabo de escribir al provincial, padre Gonzalo de Lyra. Le cuento en esta carta que cuando llegaron los ocho navíos de Angola y de los ríos, con más de dos mil negros, tuve que pedir ayuda a cinco más de la Compañía, para atenderlos. Los más de los negros venían apestados del mal de Loanda y otros hinchados de ponzoña de otra fruta silvestre a manera de manzana, que comieron en las montañas, por haber varado en tierra un navío. Muchos lastimosamente murieron sin remedio. Yo anduve entre ellos, remediándolos, con tanto gusto mío y consuelo tan extremado, que ni me acordaba de comer y beber, ni reparaba, una vez allí, en el sudor ni en el mal olor, ni otras incomodidades, que hay muchas. Todo inexplicablemente se me hace llevadero y gustoso por ayudarlos. Luego, cuando lo recuerdo, apenas lo puedo soportar.

Pudo advertir cómo Alonso de Sandoval iba creciendo en entusiasmo en el transcurso de su narración y cómo adquiriría en poco tiempo una singular confianza con él, a pesar de que Pedro permanecía en silencio o contestaba con monosílabos desde su catalana sobriedad. Algo debió de advertir aquel intelectual en la mirada del joven para hablarle así.

–Recuerdo –prosiguió Sandoval– que entré en uno de esos armazones. Ya sabéis que son un número de trescientos a cuatrocientos negros los que bastan para armar un navío. Y pregunté al dueño si había enfermos. Rehusó que entrase a donde estaba una negra, diciendo que su mal era largo. Pero yo entré y halléla tan asquerosa y tan acabando que no tenía más que el pellejo y los huesos. Busqué luego intérprete y la consolé y la confesé. A las cuatro horas había muerto.

—Pero además, según me han dicho, os pasáis muchas horas encerrado en esta cámara.

—Sí, ¿veis esta pila de papel? Es un libro que estoy escribiendo desde que me ocupo de los amazones.

Pedro relacionó en seguida el íntimo desorden de aquel cuarto, los infolios diseminados, los libros abiertos, la escribanía sobre la mesa. Encima de la montaña de papel se podía leer en buena caligrafía un título latino: *De Instauranda Aethiopum Salute*.

—No he hecho más que empezar. Pretendo con el tiempo, si puedo consultar amplia bibliografía, escribir sobre los negros algo parecido a lo que hizo el padre José de Acosta sobre los indios en su obra *De Procuranda Indorum Salute*. Intento recoger en él las costumbres de los negros orientales y occidentales, la miseria de los esclavos y qué sentido tiene bautizarlos, cómo deberían ser catequizados y muchas cosas más.

El joven Claver se mostró tan interesado que se le pasó el tiempo volando con la amenidad de la charla. Sandoval le contó mil detalles: cómo el navío que llegó a Cartagena hacia el 1606 cargado de negros con la peste del tabardillo (especie de fiebre que afloraba en unas pintas moradas) ancló en mar abierto. La justicia no dejó entrar la nao en la ciudad. Hubo, pues, que navegar hasta ella con gran trabajo y convencer a los intérpretes, que no querían ir tan lejos ni andar entre apestados. Por fin algunos aceptaron acompañar a Sandoval. Éste se dirigía a los más hinchados y próximos a la muerte. Sus manos eran las primeras que los acariciaban después de tan terrible travesía. Les daba el consuelo y les anunciaba la buena noticia de Jesús el Cristo. A la mañana siguiente los encontró, como animales, muertos en cubierta.

—Pedro, ¿os dais cuenta? Y en esta ciudad, llena de falsa nobleza e hipocresía, no hay nadie que se ocupe de ellos.

Al mediodía ambos se reencontraron en el refectorio para comer. El recién llegado se confirmó en su primera impresión. Sandoval era otra persona en comunidad. Recobraba su aire más intelectual y misterioso. Respondía con educación y esbozaba una sonrisa durante el recreo y la conversación con sus compañeros jesuitas. Se preguntó por el pasado de este hombre, que se propuso conocer a fondo. ¿Por qué aquella distancia, por qué aquel aire enigmático en el trato? Y, sobre todo, ¿por qué aquella amistad que había nacido casi tan fácilmente como la que le unía a aquel santo hermano, portero del colegio de Montesión de Mallorca, que curiosamente tenía su mismo nombre, Alonso?

Se refugió, como solía, en la conversación con otro hermano lego de la comunidad, cordial y sencillo, Bobadilla, y le preguntó detalles sobre el pasado de aquel jesuita que tanto le intrigaba y que ya presentía de un modo o de otro ligado a su vida.

—Llegó aquí hacia el 1605 —le contó a Bobadilla, mientras ambos paseaban por el claustro—. Vino caminando desde el Perú. Creo que contaba por entonces veintiocho años y ya estaba ordenado sacerdote. A veces dicen de él que es toledano, porque así lo era su padre Tristán Sánchez. Pero él nació en Sevilla, cuando su padre se aprestaba a

venirse a Indias con su esposa doña Beatriz de Aguilera. En Lima estudió en nuestro colegio y allí sintió la llamada de la vocación. ¿Sabéis? Su familia debía de ser muy devota. Tiene seis hermanos y los seis han seguido la vida religiosa.

Pedro seguía con interés la relación de Bobadilla, mientras contemplaba por las blancas arcadas del claustro en construcción una pequeña muestra de la feraz vegetación tropical. Desde cualquier rincón ascendían los vivos helechos arborescentes, interrumpidos por una palmera moriche, las enredaderas y las rosas alpestres. Mil gamas de agresivo verde que deslumbraban sus ojos europeos.

—Cuando el padre Sandoval vino a Cartagena no fue fácil para él. Se dedicaba a predicar, confesar, administrar los sacramentos. Pero la casa, recién fundada, era tan pobre que no tenía ni cocina. Pues bien, como él era el más mozo le tocó en suerte ir a pedir limosna. Tenía que salir todas las mañanas, de puerta en puerta, a conseguir algo. Cuando juntaba bastante provisión o bastante dinero para una miserable compra, conducíalo todo a casa de una virtuosa mujer. Todavía recuerdo el nombre: Beatriz López, que aderezaba la comida para la comunidad. Tres años pasó el padre Sandoval en este avergonzado oficio, hasta que llegó un hermano coadjutor y pudo entregarse de lleno al ministerio sacerdotal. Aunque nunca se libró, como sabéis, de ser procurador y ministro, que no es pequeña responsabilidad, sobre todo en tiempos sin dinero como los que se han pasado en esta casa.

Pedro supo que más tarde Sandoval fue a misionar el interior del país, las tierras mineras de Antioquía: Cáceres, Remedios y Zaragoza, donde estuvo a punto de morir de una enfermedad junto al padre Perlín, quien ofreció la vida de ambos a san Ignacio. Más tarde este último le recordaría en una carta dirigida a Sandoval que, si vivían los dos, «vivían a título de negros».

El hermano Bobadilla condujo a Pedro a la pequeña y destartalada capilla, que estaba sin embargo limpia y encalada. Se paró delante de un cuadro de la Virgen.

—Es la Virgen del Milagro —explicó—. La tenemos en este altar porque se la regalaron al padre Sandoval en Zaragoza. La llaman así porque un rayo había reducido a cenizas el lienzo que la defendía sin tocar la imagen.

Había, además, otro extraño dato en la vida de Alonso de Sandoval. A pesar de su inteligencia y su categoría humana, no era profeso. El término no tiene ningún valor para el que desconoce las constituciones de la Compañía de Jesús. Pero Pedro sabía lo que en ésta significaba no tener los cuatro votos jesuíticos (el cuarto es el voto de obediencia al papa acerca de las misiones) y cómo, por decirlo así, el grado más «selecto» o vértice de la orden era el de los profesos. ¿Por qué razón el padre Sandoval no había sido considerado merecedor de la profesión?

A los pocos días Pedro comenzaba a sentir los primeros efectos del clima tropical: sarpullido, calenturas, diarreas. La llegada de la noche no aliviaba el persistente calor, que aplastaba inmisericorde a la colonia durante todo el año. El sudor y los mosquitos se habían convertido en sus compañeros inseparables de noches de insomnio, que Pedro

solía dedicar a la oración. En aquellas horas admiraba aún más al padre Sandoval, tan trabajador y entregado a la tarea apostólica. ¿Cómo era posible que aquel hombre encontrara además tiempo y humor, en un clima así, para escribir libros?

Al día siguiente Sandoval le invitó a dar un paseo por las callejuelas de la ciudad, detrás de la aduana. Vio con ojos de asombro las tiendas de los portugueses, los patios enjabelgados, donde las gentes se reúnen al frescor de los aljibes, las mansiones de los caballeros de España y los barracones de los pobres. Todo tenía el sabor de una exótica Andalucía o Extremadura trasplantada, en donde se armonizaban madera, cal y piedra, recortándose siempre en un horizonte azul.

Sandoval explicó al pasar junto al mercado de negros cómo había centrado su lucha en dar otro sentido al bautismo. Se los bautizaba de prisa, como si fuera un arte de magia, rociándoles agua antes de venderlos. A latigazo limpio, andaban de dueño en dueño como cabalgaduras. ¡Cuántas veces había oído él resonar la fórmula rutinaria de los contratos!: «Este negro vendemos con todas sus tachas malas o buenas; alma en boca, costal de huesos, con todas sus enfermedades ocultas o manifiestas, exceptuando solamente gota coral o, por otro término, mal de corazón». Los pobres no tenían otra salida que sus supersticiones que mezclaban con ritos diabólicos y el culto a Buzirago, que hace estragos en Cartagena, al ritmo de tamtan y bajo el efecto de elixires excitantes o cocimientos de yerbas, cabellos, sapos y lagartos. Sandoval prometió informar otro día a Pedro de las famosas brujas de Cartagena, que en medio de aquel calor pastoso cumplen las más procaces obscenidades nocturnas, que sustituyen a las amantes en los lechos de sus maridos, que promueven promiscuidades hasta en el interior de las iglesias.

—¡Qué culpa tienen ellos! —exclamó Sandoval—. Brujas hay también en España. Lo que estos negros necesitan es evangelio y buen ejemplo. Gentes que pongan buena cara a sus pestes y heridas y que les enseñen con sus vidas que existe el amor que predicó Nuestro Señor y que es también para ellos.

Era mediodía y ya el sol comenzaba a doler sobre la cal, mientras las estrechas calles hervían de animación con el trasiego de los viandantes y los polícromos puestos de yuca, mangos, aguacates y tamarindos. Un negro anciano, esclavo de confianza de algún hacendado, cantaba en español:

*Mi señora no me quiere,
mi amo no me puede vé,
mi señora la chiquita
dice que me va a vendé
por un plátano maduro
y una totumita e mié.*

Al pasar junto al portal de la mansión donde el viejo esclavo fregaba el suelo, Sandoval le saludó:

—¡Queda con Dios, José!

José se levantó como movido por un resorte, se quitó el sombrero e hizo una reverencia al sacerdote. Una sonrisa sincera relampagueó blanca en el arrugado rostro del esclavo.

—¿Esclavo? —exclamó Claver—. ¿No parece increíble que exista este término para bautizados?

—¡Ah, querido Pedro! He pensado mucho sobre esto. Tengo esbozado un capítulo en mi libro. Al principio del mundo no pobló Dios Nuestro Señor la tierra de señores y esclavos ni se conoció entre los primeros vecinos de él mayoría, hasta que andando el tiempo y creciendo la malicia, comenzaron unos a tiranizar la libertad de los otros. El pobre y el rey, dice Salomón, nacieron de una misma suerte y pasaron por unas mismas leyes; no se esmeró más la naturaleza en la forja del príncipe que en la del plebeyo; ni se vistió de más galas para vestir al caballero que al villano; no dio más ojos ni más pies y brazos al noble que al pechero. Todos tenemos un principio y hemos de tener un fin. Todos viven debajo de un cielo, a todos alumbra un mismo sol, a ninguno se niega el aire y los demás elementos, como muy bien dice Séneca.

—Pero he oído decir que se alegan razones para la esclavitud. Pues no se entendería que haya negros en los mismos conventos para el servicio de frailes y monjas.

—Se suele decir que la guerra justificaría la esclavitud, por aquel argumento de que, si se me permite matar a los vencidos, cuánto más reducirlos a la esclavitud. Pero contra esta razón brutal yo estaría dispuesto a defender en Alcalá o Salamanca, si fuera necesario, que es muy difícil probar la guerra justa. He visto negreros que tienen escrúpulos. Tengo muchas cartas y narraciones de las inmensas cacerías africanas en las que siempre interviene más la agresión provocada que la defensa. También se arguye que puede reducirse a un hombre a la esclavitud por castigo de un crimen, sometiéndole a trabajos forzados. Es otra falacia, pues una cosa es el castigo temporal y otra la esclavitud de por vida.

—En España he oído decir —comentó Pedro— que dan como razón de la esclavitud del negro salvar al indio del trabajo rudo de las minas y de las haciendas en las regiones tropicales, ya que el negro, por su complexión física y ambiental, dicen que es más apto. Y hay teólogos que lo ven natural, igual que los mahometanos hacían esclavos a los cristianos.

—Sí, y es triste que fray Bartolomé de las Casas, tan defensor del indio, haya caído en el lazo de este argumento, recomendando esclavizar una raza para salvar a otra. Tengo cartas del padre Luis Brandao, del colegio de nuestra Compañía en Loanda, en las que me explica que obispos, teólogos y religiosos no tienen escrúpulo en que se compren y vendan esclavos y hasta justifican que se compren de tercero, cuarto o más poseedor. Yo, Pedro, me limitaré a contarte lo que me sucedió con dos negreros que vinieron un día a consultarme.

El sol caía ya verticalmente sobre las obras del baluarte. Sin darse cuenta, ambos jesuitas habían cruzado prácticamente la ciudad, que era como una isla o península, y se encontraban de nuevo frente al mar. Sobre inmensas balsas de madera, negros semidesnudos arrastraban piedras enormes hasta la playa, donde se construía día y noche una gran muralla. El aire de la fábrica y las garitas redondas de los vigías recordaba mucho las murallas de Cádiz.

—Digo, y lo tengo escrito en mi libro —prosiguió Sandoval—, que llegaron una vez dos armadores de Angola a consultarme un caso, queriendo saber de mí el modo cómo traían cautivos sus negros y si la razón que daban era fuerte, porque ellos entre sí estaban disconformes y querían asegurarse con mi parecer. El caso propuesto era: «Padre, yo voy por negros, pongo por ejemplo a Angola, paso en el camino grandes trabajos, gastos y muchos peligros; al fin salgo con mi armazón, sean los negros bien habidos, sean mal. Pregunto: ¿satisfago yo la justificación de este cautiverio con el trabajo, expensas y peligros que tuve en ir y venir hasta llegar a poder venderlos en tierra de cristianos, donde lo quedan siendo, y allá quedarían gentiles toda la vida?».

—Difícil caso —apuntó Pedro—. ¿Qué respondisteis?

—Respondíle: «Vaya usted desde aquí a San Francisco, que está algo lejos, y, en llegando, corte el cordel de la lámpara y llévesela a su casa, y si cuando la justicia le prendiera por ladrón y le quisiera ahorcar (como el otro día ahorcó a otro que había hurtado la de Santo Domingo), le dejare por decirle que no hurtó la lámpara, sino que la había tomado para satisfacer con ella el trabajo y no le castigare, diré que trae con buena fe sus negros y que la razón en que se funda es buena». A esto se volvió a él su compañero y le dijo con despecho: «Alá, vive Dios que soy extraño; ¿no dije yo que no preguntase nada a estos padres? Catad aquí ahora cuál quedamos en nuestros pensamientos y corazones».

Claver y Sandoval rieron de buena gana con la anécdota. Detrás de la risa una comezón le hería el alma desde que viera junto al negrero don Marcial aquella mirada en Sevilla. Ahora, en Cartagena de Indias, el cuadro se le presentaba más abigarrado y terrible. Miró a Alonso de Sandoval y admiró aquella mezcla de pensador y apóstol, un verdadero sabio, que había tenido el valor de mendigar de puerta en puerta cuando los jesuitas de Cartagena de Indias no tenían con qué comer. Cerca ya de la residencia, ambos sudaban a chorros. En la bahía la raya perfecta del horizonte brillaba de un azul añil.

También la proa de *O Explorador* hendía aguas del azul en otra bahía muy querida: Gades, Gadir, Cádiz reaparecía ante mis ojos aventureros como una alucinación blanca. Imaginé qué sentirían aquellos marineros fenicios y romanos de los que me habló el maestro de escuela al tocar puerto con tanta claridad por primera vez.

—¡Las murallitas de Cai! —exclamó mi paisano el capitán, que tampoco pudo evitar sonreír al divisar su tierra.

Para mí contemplar aquel racimo de casas encaladas precedidas por un enjambre de jarcias y velámenes era tanto como volver a los míos abandonados tan de improviso. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Me abrirían las puertas de casa tras mi sorprendente huida? Uno de los mozos, el cargador del puerto que recogió la maroma que le lancé en las faenas del atraque, me reconoció al instante:

—¡Miguel! ¡Pero si es Miguel! ¿Dónde te habías metido, bergante?

Como una exhalación corrí hacia mi casa por aquellas estrechas y familiares calles morunas resguardadas del sol con velas de galeones. Conocía tan bien sus esquinas, la tienda de aparejos de pesca, el figón de Braulio, la casa del almirante, la iglesia de la Virgen del Rosario, que llaman la Galeona, los mariscadores que vocean cañaillas, cangrejos y «bocas de la Isla»; pero sobre todo aquel olor a yodo y mar que no he encontrado comparable en ningún otro lugar del mundo. En un santiamén estaba en casa.

La puerta estaba abierta y, como era habitual, la cortina corrida. Todo parecía igual. Sólo me llamó la atención que en las macetas de la ventana los geranios languidecían mustios, sedientos de agua. Cuando entré, mi padre estaba junto al fogón haciéndose la comida. Se volvió sorprendido al verme, como paralizado, sin que saliera de su asombro.

Un momento después me estrechó llorando.

—¿Y madre?

Me imaginé lo peor desde que había entrado en la casa, que se me anunciaba más vacía y triste. Los ojos de mi padre apenas se abrían sobre su piel quemada por la brisa.

—¿Por qué nos abandonaste, hijo?

—Quería navegar, padre.

Efectivamente, mi madre había muerto hacía tres meses, víctima de una epidemia de disentería. Mi padre parecía mucho más viejo y no salía a pescar desde entonces. Eran mis tres hermanos los que faenaban en la mar a aquellas horas.

—Estás hecho un hombre, Miguel. ¿Dónde has estado, hijo? ¿Qué has hecho? —me preguntó mientras sacaba el puchero del fogón.

Entonces le conté por encima mis aventuras, cuidadoso de ocultarle lo de la trata de negros y cuanto creí pudiera herir sus sentimientos. Me escuchaba con la mirada perdida, como ausente, y no cesaba de repetir:

—¡Hay que ver! ¡Hay que ver! Si te viera tu madre, tan crecido y fuerte.

Pero mi madre ya no estaba allí y las cacerolas de la cocina, los paños del armario, el jarrón sobre el arca no eran los mismos. ¿Por qué las cosas están revestidas de la presencia de las personas? «No lo vayas a tirar», me parecía oírla cuando, aún niño, me acercaba a aquel jarrón chino que nos regaló un primo navegante. Me parecía que iba a aparecer por la puerta con su canasto de ropa para remendar, que recogía en el barrio mariner. Las noches enteras sabían de su trabajo por darnos de comer.

Tras almorzar un plato de berza que sabía a niñez con mi padre en un embarazoso silencio, corrí fuera de casa, necesitado de respirar al Campo de Sur. Allí estaba de nuevo el mar. Su horizonte había dejado de ser un sueño para mí y se había convertido

quizás en una realidad demasiado dura. Mi alma aventurera sabía algo más de sus secretos de altura, de sus diversas tonalidades y de deseados atraques al amanecer en puertos de África o de Indias. Pero también el mar había recibido mis vómitos de grumete, la calma enervante sin agua potable, los vientos, las tempestades y, sobre todo, estaba ya inevitablemente asociado a aquel hedor y hálito negro de las bodegas. Sin embargo, por nada del mundo me quedaría en casa. Para mí soltar amarras era estar amarrado a ese mar y a la pasión del navegante, con tantos mundos por conocer aún.

Como el recuerdo de mi madre me llenaba de melancolía y cierta culpabilidad por no haberla podido despedir en esta vida, aquella tarde me encontré sin pensarlo en el figón donde García solía beber con otros marineros. Media tripulación de nuestro navío estaba ya beoda cuando entré y al rasgueo de una guitarra apenas pude ver los brazos morenos y bien torneados de dos bailaoras, que taconeaban sobre un tablao de madera de barca en el enrarecido ambiente de la taberna.

Fue allí donde la conocí. Estaba charlando con un marinero inglés de barba rubia que la escuchaba impertérrito, probablemente sin entender una palabra. Era menuda y morena, fresca como una manzana y con los dientes muy blancos. Cuando reía, la tarde de su piel se llenaba de luna. Pero lo que más me impresionó fueron sus misteriosos ojos verdes, que contrastaban con su faz morena y que clavó en mí nada más abrir la puerta con un descaro muy andaluz.

¿Quién me iba a decir a mí, querida Lucía, que acababa de ver por vez primera a tu madre?

Al rato Rosario dejó al marinero inglés y se sentó conmigo. Sólo bebimos un vaso.

–Yo te conozco –dijo la muchacha–, tú eres Miguel Orozco, el hijo de Rafael, el pescador.

–¿Y tú, niña bonita, cómo te llamas?

–Rosario –dijo con una música muy gaditana e iluminado el rostro con su perfecta sonrisa.

–¿Qué Rosario?

–La de Paco, el carpintero de Santa María.

–¿Aquella niña? No, no es posible –me eché a reír.

Cuando salimos, las olas del mar abierto batían con fuerza el acantilado y acompañaron nuestro paseo del brazo por la arena dorada de la playa. Nos sentamos junto a una roca. La tristeza por la muerte de mi madre me movió a abrirle mi alma y le vertí de un golpe toda mi vida en su regazo, espontánea y fácilmente, como si la conociera de toda la vida. Mis noches de insomnio en el barco, el horror de las negradas, la fría crueldad de don Marcial, la mirada del joven misionero que había conocido antes de partir de Sevilla, todo lo recibía ella con paz, como una orilla.

Luego, con un gesto casi maternal, me quitó la gorra y acarició mis cabellos. No había nadie en la playa, apenas iluminada a retazos por la luz que reflejaba la espuma, todo lo que quedaba del bravío océano al tocar la arena. Ignoro por qué mis amores han

sido siempre fuegos incendiados de repente con una chispa, que luego apaga la distancia como el fuerte viento. Incliné como un niño desvalido mi cabeza sobre su pecho, mientras ambos escuchábamos de fondo la palabra del mar que yo tenía asociado a las nanas de mi madre. Después era ya inevitable que nuestras bocas juntaran compartiendo un sabor compartido a bajamar y salitre.

Fue entonces, amada hija, cuando en la orilla y frente al océano de mis sueños, tu madre y yo, inconscientes pero incendiados de un amor joven e incontenible, te engendramos a la vida. Luego, no sé por qué, durante la misma noche, disuelto en aquel sabor a infinito, sentí dos miradas tristes clavadas en mi nuca: la de Pedro, cuando lo conocí por primera vez en Sevilla, y la de aquel esclavo negro que tuve que rematar en cubierta.

Como es lógico, no llegué a saber que era padre hasta meses después. *O Explorador* sólo estuvo atracado en Cádiz cuatro días, que García aprovechó para dar un repaso a su maltrecho casco en los astilleros. Rosario y yo vivimos un idilio corto, lleno de promesas. Nos casaríamos en seguida, nos juramos, en cuanto hiciera un poco de fortuna, y viviríamos felices en una casita blanca cerca del mar y tendríamos muchos, muchos hijos. ¡Cómo somos dados a los sueños imposibles, sobre todo los navegantes!

Pero llegó la hora de la partida y vi cómo se borraba de mi vista su hermoso rostro moreno regado de lágrimas, que se iba confundiendo a medida que el barco se alejaba con el agitar de su pañuelo. ¡Había visto en tantos puertos perderse en la lejanía tantos pañuelos. Pero ¿por qué llevo especialmente esa imagen blanca de aquel pañuelo virgen bordado con la «R» de Rosario, una redonda letra clavada desde entonces en mi alma?

Mientras, Pedro contaba con pena los días que le quedaban en Cartagena de Indias. Las órdenes del provincial, padre Gonzalo de Lyra, eran claras: tras unas jornadas de descanso y aclimatación, debía dirigirse a Santa Fe de Bogotá para terminar sus estudios de teología.

Tenía que partir cuando empezaba ya a encajar en el ambiente de Cartagena, descubrir plazuelas y campanarios, intrigarse por sus bellezas y miserias. Ahora, que apenas había comenzado a ayudar al hermano Bobadilla en los pequeños quehaceres domésticos, se iba casi sin descubrir al que ya consideraba el segundo gran amigo de su vida: Alonso de Sandoval. ¡Cuántas cosas le quedaban por oír a Claver de labios de este compañero! Datos sobre las razas y tribus de donde procedían los negros, el trato que se les daba en los navíos, sus revolucionarios métodos de bautismo y catequesis, las dificultades que comenzaban a ponerle los otros sacerdotes y religiosos, que nunca se habían interesado por los negros, las incomprensiones de sus propios hermanos jesuitas.

Claver preparó su hatillo con nostalgia, pero a la vez con gusto. Se sentía bien sin echar raíces, con el alma alada de peregrino, con aquella disponibilidad que quería el andariego Ignacio de Loyola. Volvió a mirar por las ventanas de la residencia. Allí estaban aún, meciéndose en el mar, los galeones que le habían traído de España. Se oía

el grito de los capataces y el hormiguar de los esclavos negros arrastrándose por el puerto. Su última mirada fue para el mar. ¿Volvería a verlo? Fijó en sus ojos aquel ondear inquietante, como para recuperar imágenes lejanas que escondían en su vaivén: el irrecuperable Verdú, ocre y hogareño, agazapado en los labrantíos de la Segarra; las quietas playas de Mallorca, ungidas por la media sonrisa del viejo Alonso Rodríguez; Barcelona, Sevilla, España, las largas semanas en el mar. ¿Cuál sería su futuro?

El fondo plano del champán se deslizaba suave y blandamente sobre las aguas del caudaloso río Magdalena. Ya era el tercer día de navegación y los pronósticos no habían exagerado. ¡Será arduo el viaje a Santa Fe! Pedro, secándose el sudor, observó cómo la vela cuadrada se hinchaba apenas de aire y vio una vez más que los dos arcabuceros apuntaban, arma en ristre, vigilando las márgenes. En cualquier momento podía acechar el peligro. Atento al timón, los marineros sorteaban varias veces al día las corrientes de agua. De vez en cuando el joven jesuita fijaba sus ojos en las riberas de la selva y los bajucos floridos, en la algazara polícroma de los papagayos, monos y guacharacas, e imaginaba a los conquistadores españoles que tuvieron que atravesar por vez primera aquella arteria natural que cruzaba, hasta Santa Fe, el Nuevo Reino de Granada, después de una interminable caminata por el trópico. Aprendieron a comer iguanas, a cazar caimanes, y a luchar con fiebres y enjambres de insectos. También comenzó a distinguir pronto, por propia experiencia, los tábanos, moscas que de una picadura hacen saltar la sangre y arder la piel. Cuando entraba uno de éstos en el champán y no lo podían cazar inmediatamente, los bogas daban señal de alarma. ¡Tan temido era! Los ejércitos de mosquito gaguén, por el día, y los millones de zancudos, por la noche, picaban las manos, las caras, los pies, sin avisar siquiera con un zumbido, levantando con su veneno una inmediata y violenta irritación.

—Tal hambre padecían aquellos infelices españoles —comentó un boga evocando a los pioneros que surcaron el río mientras hendía la pértiga— que se comían no sólo a los perros y gatos que traían, sino hasta los cueros de las vainas de sus espadas. Cuentan incluso que un soldado, Juan Duarte, redolero, engulló un sapo deforme y en seguida perdió el juicio y quedó enfermo para siempre.

De vez en cuando un banco de arena obligaba a un desvío o a desembarcar, para hacer más ligera la flotación. Entonces Pedro pudo ver culebras desenroscándose y bandadas de caimanes irrumpiendo en el agua. La palanca y las cuerdas salvaban de los bancos de arena o de las corrientes que formaban los peñones y palos caídos. En esos momentos el riesgo más temido era caer al agua y ahogarse en los remolinos o ser presa de los caimanes, cuando no surgían de la maleza cientos de flechas envenenadas.

Día a día iban salvando la inmensa distancia que mediaba entre el mar y el altiplano; hasta que más allá de Honda iniciaron una ascensión difícil por cuevas fangosas, caminos rodados y gibas de granito. Veinte días duró su viaje en el río y diez en cabalgaduras.

Fue entonces cuando Pedro y los demás expedicionarios, tras escalar páramos y contemplar el horizonte cerrado por las cumbres de Suma Paz, descubrieron, como una sorpresa, una planicie que parecía soñada: entre trigos europeos, melocotones y fresas propios de zonas templadas, pacían rebaños como arrancados de un cuadro flamenco. Alcanzadas aquellas cordilleras, casi inaccesibles, el otro mundo de atrás, de armadas y negreros, parecía sumirse en el olvido. La realidad respondía al nombre: Suma Paz.

Hasta el aspecto de las gentes era distinto. Pudo contemplar campesinas envueltas en pañoletas a lomos de borriquillos, labriegos silenciosos de mirada melancólica cubiertos con ruanas oscuras. Otra Castilla colgada de los Andes, sólo que coronada por blancas ermitas con espadaña y leve campanario. Todo conservaba un raro sabor a simbiosis del pasado indio y el ceremonial español. A ratos el clima era suave y primaveral. Al anochecer soplaba el viento como en el invierno de España y había mediodías que podían confundirse con los más cálidos agostos de Cataluña.

Pronto intuyó Pedro que aquella geografía de Santa Fe de Bogotá, cultivada y amena, había forjado el alma de sus habitantes. En un circo de montañas, lejos del mar, sin comunicaciones fáciles, el santafereño era casero, reconcentrado, amigo de tertulias; y era culto, intelectual y dado al intercambio ideológico. Por eso, cuando la expedición penetró en las calles de Santa Fe de Bogotá, el tiempo parecía tener otra dimensión, como un ritmo quieto y contemplativo.

En la sencilla arquitectura de San Francisco, Santa Clara y la Tercera se escondía el gusto por lo primitivo, la armonía patriarcal de aquella ciudad del virreinato sin grandes sobresaltos. En unas casas recién compradas con mucho agobio económico en el mejor sitio de la ciudad, entre los palacios de los presidentes y los arzobispos, se alzaba provisionalmente el colegio de los jesuitas.

Casi al mismo tiempo que los ojos del que con el tiempo llegaría a ser mi gran amigo descubrían Bogotá, yo, encaramado en el palo mayor, arriaba velas y me admiraba de la grandeza de Lisboa cuando *O Explorador* entró como en casa propia en el mar de la Paja. Arracimada en dos vertientes de cara al puerto, la gran ciudad, sólo comparable entonces con Nápoles y Sevilla, se abría al mar como siempre se abrió el melancólico corazón de los portugueses. Cuando, una vez atracados, bajé a tierra, sentí como si en Lisboa hubiera arribado a la vez en todos los puertos.

—Mar en Portugal, muchacho —me decía García, que había navegado mucho—, es tanto como decir aventura, seda, oro, especias, marineros engolfados en el océano a las órdenes de aquel soñador enfrascado en sus mapas y esferas de Sagres que fuera don Enrique el Navegante. Le llamaban el «príncipe de la mar». ¿Sabes que Bartolomeu Dias dobló el cabo de las Tormentas, bautizado en seguida como de Buena Esperanza? ¿Que Magallanes consiguió dar la vuelta al mundo y que las naos de Vasco de Gama llegaron

a Calcuta y las de Álvares Cabral a las lejanas playas del Brasil? Aquí, hijo, verás maderas preciosas de Ceilán, lacados de Malaca, vinos aromáticos de Madeira y negros que bailan tan rítmicamente como en Guinea y Cabo Verde.

Sí, todo esto y más evocaba el mar en Lisboa. Hasta las piedras de sus edificios florecían en forma de caprichosas jarcias, cuerdas, sextantes, algas y aparejos en los monasterios de Belem, Batalha o Tomar, un arte que llaman *manuelino*, por fomentarse en tiempos de don Manuel el Afortunado. No me cansaba de pasear la graciosa ribera con el laberinto de las variadas *vendeiras*, los puestos de sedas de Oriente y raro tafetán, el olor penetrante de la pimienta y la canela, el clavo y el jengibre, los remedios ultramarinos hechos con perfumado sándalo, áloe, opio, alcanfor o bezoar; o bien pasear las grandes *ruas novas* con sus mercaderes, oficiales *e tantas mulheres formosas e tanta gente estrangeira*, asomándose desde balcones y *janelas* a la *fermosura do rio*. Me gustaba contemplar desde la plaza del Rossío el monasterio de los carmelitas y los palacios que la rodeaban. O subir al barrio de la Alfama para contemplar desde allí la llegada de los galeones. Y eso que aquéllos eran tiempos de unión con España bajo Felipe III y Portugal sufría una gran carestía. Con todo, Lisboa seguía siendo la ciudad más populosa de la Península, con más de ciento sesenta mil habitantes, de los cuales diez mil eran esclavos.

Mis paseos turísticos se interrumpieron en cuanto don Marcial terminó de negociar con los armadores un nuevo flete para *O Explorador*. Pero el navío seguía sin estar en condiciones para navegar. Una mañana García me dijo:

—Manuel, don Marcial quiere hablar contigo.

Me presenté con la gorra en la mano.

—Muchacho, quiero que me acompañes a mis tierras de Extremadura, como mi criado personal. No me fío de mis esclavos.

Y fue así cómo nos encaminamos bajo un sol de justicia hasta Trujillo y pude conocer más de cerca a mi patrón el negrero. Era un hombre impaciente, irascible y de incontenible apetito sexual. Cada noche llevaba a su tienda a una esclava distinta o contrataba prostitutas de las villas y pueblos por donde pasábamos. A veces me llamaba a mí para que hiciera de alcahuete y yo pasaba mucha vergüenza, pues tenía que ir a elegirlas en aldeas perdidas de Extremadura, cometido nada fácil, puesto que don Marcial era muy exigente con la belleza de las mujeres que llevaba a su lecho.

Cerca ya de Trujillo encontré a una joven muy hermosa y virgen que estaba lavando la ropa a orillas del río Duero junto a su madre. Cuando esta última vio la bolsa repleta de marevedíes que le ofrecí, obligó a la muchacha, que se llamaba Francisca, a que me siguiera. Lloraba la niña a lágrima viva mientras me acompañaba a regañadientes por aquellos riscos. Yo la llevaba de la mano e intentaba consolarla mientras nos dirigíamos al campamento. Al atravesar un bosque, la joven cayó rendida de cansancio. Nos sentamos junto a una fuente, pues yo temía a don Marcial y quería que llegara fresca y descansada.

—Báñate en el río —le dije—, que mi señor os querrá ver hermosa y aseada.

La muchacha se desnudó y se bañó a mis espaldas, aunque yo la miraba de reojo por miedo a que escapara, no sin admirar su extrema belleza. Se vistió y peinó lentamente sus cabellos, como si quisiera prolongar el tiempo de su libertad. Luego me preguntó cómo era don Marcial y a qué se dedicaba. Yo no le oculté la verdad.

—Es un negrero cruel y altivo. Pero no os preocupéis, sólo será un rato y luego os dejará libre, y con ese dinero vuestra madre y vos misma saldréis de la pobreza —le aseguré.

Ella se abalanzó a mis brazos. Su intuición femenina debía de dictarle que, si había de perder su virginidad, mejor hacerlo con un joven de su edad que con el negrero que le había descrito. Estábamos solos, el lugar era apacible, la corriente del río me recordaba el mar lejano. Sucumbí a sus encantos y ojalá nunca lo hubiera hecho. Una honda tristeza nos anegaba a los dos cuando oímos los relinchos de los caballos y vimos de lejos las luces del campamento.

Marcial de Andrade esperaba borracho con la botella en la mano y los ojos encendidos de lascivia.

—¡Bien, muchacho, bien, veo que tienes buen gusto! —exclamó riendo a carcajadas cuando entramos en la tienda.

Noté que Francisca temblaba a mi lado. No pude dormir aquella noche pensando en la joven, dulce y frágil como un polluelo, en brazos de aquel monstruo. Y me preguntaba: «¿Qué aventuras son éstas? ¿Es aquí, Miguel, donde querías llegar?» Añoré como nunca el horizonte del mar, pues cuando navegaba, y aun en los momentos peores, me hablaba de libertad.

A medianoche oí el fuerte grito de una mujer. Me sobresalté, pero lo atribuí a algunas de las salvajadas del patrón. Al levantarme al día siguiente, observé que los criados, mulatas y esclavos de la comitiva murmuraban en voz baja. Nunca olvidaré el atroz espectáculo que contemplé en la tienda. Don Marcial roncaba a pierna suelta sobre su diván, mientras Francisca yacía en el suelo cubierta de sangre y con un puñal clavado en el pecho que le había hincado repetidas veces. Pálida y con los labios entreabiertos, Francisca parecía más hermosa todavía. Aquella escena me obsesiona aún, me persigue día y noche, y golpea mi conciencia con una insistencia insoportable desde entonces. En seguida comprendí lo que había ocurrido aquella noche. Marcial había descubierto que la aldeana no era virgen y una vez consumada la violación la mató sin piedad. Yo me quedé temblando, no sólo por el estremecedor cuadro que tenía ante los ojos, sino porque temí que la muchacha me hubiera delatado. Pero el patrón nada más despertarse me dijo:

—¡Tengo hambre! Di que me traigan el desayuno. Ah, esa moza te ha engañado. Sólo era un furcia.

Luego me ordenó que la hiciera enterrar y que no volviera por la aldea. Tres esclavos cavaron la fosa y yo estuve allí todo el tiempo contemplando cómo la tierra roja caía sobre aquel cuerpo blanco que había abrazado la tarde anterior para entregarla a la

muerte, sin saberlo, como un cobarde, incapaz de enfrentarme con lo que aborrecía.

Sé cuán duro y amargo es este episodio y cuán poco habla a mi favor. Me hubiera gustado hurtaros su vergüenza. Pero me propuse contaros desde el comienzo de este relato, querida hija, toda la verdad de mi azarosa vida incluido este episodio, nacido una vez más de mi inconsciencia e inmadurez, que me marcaría para siempre.

Cuando caía el día, las sobrias torres de Trujillo nos daban la bienvenida. Aquel episodio acabó sin perjuicio para don Marcial, que era todo un «señor» en aquellas tierras extremeñas. Preguntaron, es cierto, dos corchetes si habíamos visto a una muchacha. Los ocho meses que pasé en la hacienda de don Marcial, adquirida con sangre de esclavos, fueron un infierno. Al atardecer miraba más allá de la dehesas extremeñas soñando con veleros que creía columbrar en lontananza y que sólo eran anhelos de libertad.

Desde la ventana del colegio de los jesuitas se veía bien la empinada calle, flanqueada de casas de dos pisos, al estilo colonial, con la balconada de madera recortándose en verde o marrón sobre la blancura de la cal. Todas las calles desembocaban en un perfil de montañas y eran interrumpidas de vez en cuando por la piedra vieja, íntima y recoleta de una iglesia de aire familiar, con su amplio portal y su claustro ajardinado.

Pedro salió, como todas las mañanas, escoba en ristre, a barrer el portal y a recoger la leche y el pan que llegaba al amanecer en cabalgaduras.

Se sentía feliz en aquel rincón de la casa, haciendo de portero. Ya hacía más de un año que había llegado a Santa Fe, y al no existir cátedra de teología en el colegio de los jesuitas, se vio obligado a trabajar en un oficio para colaborar en la marcha de la casa. ¡Con qué ilusión había tomado el de portero, recordando al hermano Alonso! Como su amigo segoviano, gustaba Pedro de imaginar que cada padre, alumno o recadero que entraba en el colegio era Jesús o María que llamaban a la puerta. Y como el hermano del lejano colegio mallorquín, al oír la campana, Pedro decía para sus adentros: «¡Voy, Señor!».

Precisamente en aquel momento de sosiego de la mañana, mientras Pedro leía el oficio de la Virgen, alguien había llamado a la puerta. Venían por el padre Dadey, para acompañarle a decir misa. Dadey, con su aire señorial de la ilustre familia de Mondoví, sobrino del mayordomo mayor del romano pontífice, y relacionado con la nobleza italiana, devolvió la sonrisa a Pedro al salir. Éste lo miró con admiración. Sus conocimientos de filología, astronomía y letras le habían hecho famoso en la ciudad. Pedro repasó con la imaginación a los ilustres españoles que enseñaban en aquel colegio, como el padre Martín de Funes, gran letrado y de admirable santidad, que predicaba como los ángeles, o el padre Coluccini, arquitecto genial que uniría su nombre a la iglesia de San Ignacio de Bogotá y otra serie de construcciones civiles de Nueva Granada. Por el colegio pasaba la flor y nata de Santa Fe.

¡Qué pequeño se sentía él al lado de aquellos próceres de la Compañía! Pero ¡qué contento a la vez en aquel rincón de su portería, sirviéndolos y atendiéndolos, pensando que eran los apóstoles de Jesús! Toda la vida se hubiera pasado en aquella portería, si no es porque un día de 1612 llamó a la puerta un recién llegado de España, el zaragozano Antonio Agustín, que había enseñado filosofía y teología en Tarragona.

Ahora Pedro tuvo que dejar la portería y encerrarse en su cuarto a estudiar a santo Tomás. Antonio Agustín le recibía todos los días en su habitación y le orientaba en los estudios teológicos. Miraba sobre los lentes, y era uno de esos hombres amables y suaves, que el roce de los libros y el pasar muchas horas estudiándolos le había hecho a la vez profundo y flexible. Estuvo un tiempo en Roma como revisor de los libros de los jesuitas. Era el primero que leía teología en Santa Fe y fue profesor de Claver y otros hasta que el clima le quebrantó la salud y tuvo que trasladarse a Cartagena de Indias, donde alternaría el rectorado de la casa con la catequesis de los niños.

Pedro sintió que podía confiarse a aquel hombre, por lo que lo eligió de consejero espiritual. Las horas pasaban largas a la luz de la bujía o paseando en el claustro. Los maestros de la escolástica martilleaban su cabeza cuando iba al refectorio o se retiraba a dormir. Pero a veces, un dolor muy fuerte, como una losa que le aprisionara, le impedía concentrarse en el estudio.

Fue un brillante día de 1613. Pedro Claver cruzaba contento el claustro, camino de la cámara del padre superior. Le había llamado y él sabía que era para algo importante. Por las ventanas abiertas se oía el rumor y el trasiego de las gentes que con sus ponchos y sus animales llenaban la gran plaza de la catedral a esas horas de la mañana.

—Pedro —le dijo el superior—, habéis cumplido plenamente con todos los estudios que exige la Compañía de un jesuita. Ahora debéis dar el examen *ad gradum* sobre todas las materias filosóficas y teológicas juntas, pues ya sabéis que es necesario para ordenaros sacerdote.

El estudiante se quedó un instante en silencio. El padre superior le miró intrigado. Tenía ida la mirada, fija en no se sabe dónde. En la imaginación de Claver transcurría una escena: se veía adolescente con su tío canónigo en Tárrega y sentía como un temblor de piernas. ¿Honra? ¿Prestigio? ¿Reverencia? ¿Era eso ser sacerdote? Miró de nuevo al superior y le preguntó:

—Pero padre, para recibir órdenes y catequizar a unos pobres indios, ¿es menester tanta teología?

Al cabo, fue convencido, rindió su examen y finalmente le fue concedida la profesión de cuatro votos en la Compañía de Jesús. Había alcanzado el nivel previsto de virtud y conocimientos intelectuales.

—¡Serás profeso, Pedro!

—Os aseguro que si lo hubiera sabido no habría respondido nada. Yo no merezco esa honra.

Pero aquella tarde un hermano le pidió ayuda para fregar un pasillo. De rodillas, aljofifa en mano, se oía al fondo el canto de los pajarillos desde la jaula del hermano enfermero. Un rayo de sol brillaba en el cubo, como un diamante, «¡Serás profeso!», resonaban las palabras del superior. Sintió que estaba en Nazaret, que ayudaba a María en la limpieza y que Jesús y José regresaban de la carpintería. ¡Qué tenía que ver todo aquello con la dignidad del sacerdocio y de los profesos de cuatro votos! Luego, acurrucó su alma en el silencio.

Pero el clima de Santa Fe no le sentaba bien. Fueron varios los que avisaron a los superiores de que, cuando el estudiante de teología paseaba por los tránsitos, se solía proteger del sol con el vademécum, porque incluso éste le perjudicaba en su salud. Le dolía la cabeza y le oprimía el pecho. Así que Pedro fue trasladado a Tunja, a veintidós leguas de Santa Fe.

En la cima de la colina, donde los Zagues de Tunja, arrodillados en grandes piedras, invocaban a sus dioses telúricos, Pedro contemplaba el ascético panorama de tierra roja y ocre, que constituía su nuevo destino, mientras hacía la Tercera Probación, el último año dedicado en la formación del jesuita al cultivo espiritual.

Aquel cerro de temple fresco que fundara el capitán Gonzalo Suárez dando el nombre de su reyezuelo, Tunja, conservaba el austero embrujo de los viejos dioses. Llamen los «cojines del Zaque» o los «cojines del diablo» a aquellos sillares de granito vinculados a la tradición de la raza chibha. Desde la cima observaba la media docena de torres e iglesias conventuales, los escudos que habían labrado los españoles en piedra, aplastando con ellos a veces tradiciones y ritos de las antiguas civilizaciones. Aquellos campesinos tenían un aspecto dócil y complaciente. Alguien contó a Pedro que los soldados de Suárez de Rendón habían entrado a saco en las viviendas de la nobleza indígena, no parándose en nada, asolándolas con sus robos y violaciones y que hubo un príncipe, Aquiminzaque, que escapó a las aguas del bautismo de los frailes y a las espadas de los invasores. Hasta que el cruel Hernando Pérez lo condujo al patíbulo sobre una mula enlutada. Otros nombres de caciques de Samacá, Suta, Tumequé, Motavita y Boyacá están escritos con sangre por la intransigencia española. Hijos, nietos de conquistadores, que, desdentados, cuando ya no pueden acumular más oro ni dejar preñadas a más esclavas e indias, intentan que Dios les vuelva los ojos por sus testamentos y donaciones, la fundación de capellanías, lámparas y doblones de oro. Los nombres están escritos en piedras y lápidas de las sillerías bien labradas y las portadas de buen parecer: Suárez, Maldonado, Núñez, Patiño, Rojas, Rubio.

La meditación y el silencio son los principales protagonistas de este año de desierto de Pedro Claver. Las parameras y las colinas, los vericuetos de los alrededores, la capilla y la catequesis saben mucho de los ires y venires del jesuita.

Los muchachos indios le ven llegar de lejos con su manteo y su bordón. Se arremolinan junto a él quemados por el frío, protegidos por una corta ruana. Han trabajado todo el día en los trigales o apartando los sembrados de papas.

–Veréis, Jesús no nació entre holandas, ni fue hijo de conde o de marqués. Se parecía a vosotros. Era un muchacho de pueblo. Y Nuestra Señora, su bendita madre, una aldeana como son vuestras madres.

Tenía Pedro Claver el don de lo popular. Sus palabras pintaban cuadros catequéticos en la imaginación de los niños, que le seguían con la mirada fija, reviviendo los pasajes bíblicos como si fueran contemporáneos de Jesús.

Después se volvía, con su misterio y su soledad a las espaldas, al colegio-noviciado de Tunja. Se sentía mejor con aquel clima frío y entregado a un espeso silencio que lo arropaba mientras leía por los rincones los apuntes de Alonso. Una tarde, mientras paseaba y contemplaba a los novicios recién entrados en la Compañía de Jesús, se hizo a sí mismo un propósito: «Esté donde esté, antes de morir, enviaré a este noviciado los cuadernos del hermano Alonso Rodríguez. Será el mejor regalo que puedo hacer por haber vivido en este rincón de paz».

Pero lo bueno dura poco. E iba a llegar la hora de las decisiones. Un día de 1615 lo vieron regresar a Bogotá, a lomos de una cabalgadura de alquiler. Primero, una venta, más allá una ermita; indios e indias ladinos acuden sin armar ruido a la llamada del campanario. Detrás, quedó Tonja con un sabor a quieta hidalguía y conquistadores venidos a menos. El pausado trote de la mula le llevaba ahora a Santa Fe. ¿La Providencia? Él no sabía aún adónde le llevaba.

Para entonces yo había regresado a la mar. Don Marcial había fletado de nuevo *O Explorador*, que, rejuvenecido su casco, parecía volar a las velas desplegadas rumbo a las costas africanas. Mi único amigo, García, estaba de nuevo al mando de la nave que aquel año tocaría repetidas veces puertos de Angola, desde donde llegamos a transportar hasta tres armazones de esclavos. El patrón estaba contento por mis servicios y me dobló desde entonces la paga. Yo había aprendido a no llevarle la contraria y seguirle la corriente, cumpliendo un consejo muy gaditano que había aprendido de mi añorada madre: «Si uno no quiere, dos no discuten, hijo» y «No hay cosa más sana que hacer cada uno lo que le da la gana». Quizá por eso, cuando subía al trinquete y, siguiendo órdenes de García, dejaba la vela al paio, sentía que ésta, lacia a veces, otras hinchada de viento, se parecía algo al destartalamiento y lasitud de mi propia vida.

ESCLAVO Y LIBRE

No sabría decirte a ciencia cierta, querida hija, cómo al cabo me fui ganando la confianza de don Marcial hasta tal extremo que al año siguiente me llamó un día a su camarote mientras estábamos atracados en la isla de Cabo Verde a la espera de negociar un nuevo armazón de esclavos con un tratante que, por cierto, era pariente lejano del inefable Cha-Cha. No sé si te he dicho que por entonces la trata estaba prácticamente en manos de portugueses. Desde la claraboya se veía un mar y un cielo perfectos en dos niveles de azul atlántico dividido por la línea del volcánico perfil terroso de la isla.

El patrón tenía la pierna en alto sobre una banqueta y apoyada sobre un cojín de raso rojo, puesto que en los últimos meses sus excesos en la mesa le torturaban con periódicos ataques de gota.

—Mira, muchacho, estoy contento de ti, a qué negarlo. Te has convertido no sólo en un buen marinero sino en una persona digna de mi confianza —dijo mesándose la entrecana barba—. Por eso estoy pensando que ha llegado el momento de concederte mayor responsabilidad en mis asuntos.

Alzó su altanera mirada, se rascó la cabeza y, sin más preámbulo, me propuso que me convirtiera en su adelantado en Indias para ocuparme allá de administrar sus bienes y negocios.

—He visto que no eres mal escribano y que podrías llevar mi contaduría mientras miramos la forma de adquirir una hacienda en Cartagena, para afincarnos allá y disfrutar finalmente de mis bienes, que tantos trabajos y sinsabores me han costado.

Por un momento —lo confieso— me quedé perplejo. No podía imaginar que el imprevisible don Marcial, propicio tan pronto a echarte una bronca como a situarte en las nubes, me hiciera tal proposición. Es cierto que, a medida que crecía su aprecio por mí, llegué a pensar en la posibilidad de un ascenso, que incluso un día podría ocurrírsele hasta confiar a mis manos el sensible timón de *O Explorador* o que me alzara con el tiempo al privilegio de ser el segundo del capitán García. Pero esta salida del patrón me cogió por sorpresa. Me sentí turbado y permanecí inmóvil unos instantes en un embarazoso silencio sólo interrumpido por el crujir de las amuradas. Era tanto como dejar de navegar o hacerlo mucho menos; asentarme en un puerto y recortar por ahora mis sueños de viajes y aventuras. Pero ¿quién se atrevía a decir que no a don Marcial? De tanto ver de cerca sus frecuentes crueldades le había cobrado pavor. A ello se unía, confieso, mi inoperancia y falta de voluntad, mi carácter tan dado a dejarse llevar como una chalupa a la deriva.

—Lo que vos decidáis, mi señor —le contesté sin mostrar demasiado entusiasmo, no sin manifestarle además agradecimiento por su alta consideración y confianza.

De modo que, seis meses después de aquella conversación, en cuanto tocamos puerto en Cartagena de Indias para descargar esclavos, don Marcial me dio instrucciones y se marchó de nuevo, insaciable, en busca de más mercancía. Por primera vez era yo quien se quedaba en puerto aunque, a decir verdad, aquella ciudad tan llena de sobresaltos, crueldades y misterios era como un barco agitado en alta mar.

Los primeros días anduve como alma en pena buscando casa para don Marcial. Antes que tierras y hacienda mi señor pretendía poseer, por lo pronto, una señorial vivienda en el centro de la ciudad. Con doblones en mi mano no fue difícil encontrarle una casa bien situada y espaciosa, con balconada y soporte de madera no lejos del bello edificio de la Inquisición, que antes perteneciera a un viejo deán. Pretendía De Andrade en sus incontenibles ansias de grandeza que blasonara con sus armas la fachada, por lo que tenía que buscar un buen artesano cantero a quien encomendar esculpiera en piedra un hermoso y señorial escudo. Pero ¿qué escudo? Don Marcial, pese a su sonoro nombre, no era más que un aventurero como yo, hijo de modestos campesinos extremeños, pastor de cerdos en su infancia, que, como ya he dicho, salió huyendo de su familia, acusado de haberse acostado con su hermana y que, tras las Indias, se estaba enriqueciendo con la trata.

Por aquellos días entablé amistad con un capitán español del fuerte de San Felipe, de nombre Antón Galíndez, que había sido destinado a Indias por delitos de sangre en una pendencia de faldas con otro soldado amigo del rey.

—¿Quién puede entender en Cartagena de heráldica y blasones? —le pregunté.

—De heráldica no sé, pero puedo aseguráros —dijo limpiándose la boca de vino con el envés de la mano— que el más sabio de todo Cartagena y sus alrededores es un jesuita, el padre Alonso de Sandoval, que escribe libros y dicen que es una biblioteca viviente. Pero, andad con cuidado, os advierto, pues bautiza negros y está contra la trata.

Una mañana me decidí a visitarlo, puesto que temía que, entre una y otra gestión, no me diera tiempo de tener el escudo listo para cuando regresara mi señor. Me dirigí, pues, a la residencia de los jesuitas, que como indiqué a la sazón estaba cerca del puerto. El padre Sandoval, dentro de su impoluta sotana, me pareció todo un gentilhomme y hasta un tanto cortesano en sus refinados modales. Se rió de buena gana ante la ocurrencia de don Marcial y me prometió investigar en sus libros si la familia De Andrade tuvo algún antepasado egregio y poderle adjudicar un escudo útil para lisonjear su orgullo.

—No es nueva tal pretensión, hijo, que en llegando a Indias pastores de ovejas quieren convertirse en hidalgos y pintadas busconas en damas de la Corte. ¡Cosas veréis en esta ciudad que os harán llorar y reír al mismo tiempo!

Comentamos noticias de España y yo me cuidé mucho, alertado como estaba, de mencionarle en qué negocios andaba mi patrón. Que «fletaba barcos y transportaba mercancías», le dije sin más dibujos.

En el transcurso de la conversación, y a propósito de la navegación a la patria, me comentó que un joven jesuita catalán, recién llegado de Tunja y Santa Fe, de nombre Pedro Claver, iba a recibir del obispo los próximos días las órdenes sagradas y que me invitaba al evento, pues era la primera vez en la historia que un jesuita era ordenado en la ciudad de Cartagena, por lo que luego habría abundante convite y asistiría lo más granado de la plaza fuerte, personas que a mí, sin duda, recién llegado, me interesaría conocer.

En seguida me vino a la memoria la mirada triste de aquel joven religioso que conocí en la Casa de Contratación de Sevilla.

—¿Pedro Claver? ¿No se embarcó ese clérigo en el galeón *San Pedro* hace unos seis años en Sevilla, con la flota?

—Sí, así lo creo. ¿Le conocéis acaso?

—No del todo, simplemente se inscribió junto a mí en el puerto antes de zarpar y se me quedó grabado su nombre.

No era yo muy dado a ceremonias religiosas, aunque todas las noches rezaba a la Señora tres avemarías, como desde muy niño me enseñara mi santa madre, devota, como buena gaditana, de rosarios y procesiones. Pero me picó la curiosidad y no falté el 19 de marzo de aquel año de 1616 a su primera misa. Nunca me arrepentiría de haberlo hecho.

Cuando se dio la vuelta, pensó seguramente que no era él, que estaba representando otro ser, que Pedro Claver se había quedado en cualquier cabaña de Tunja o en una de las haciendas cercanas a la ribera del río Magdalena. Cuando se dio la vuelta y dijo *Dominus vobiscum* y sus ojos contemplaron la pequeña iglesia de los jesuitas llena a rebosar, bajó la cabeza como queriendo despertar en otro mundo y vio que efectivamente estaba revestido con una casulla bordada en oro, que estaba celebrando su primera misa en el altar de la Virgen de los Milagros y que dentro de unos minutos sus pobres manos, tan amigas de la bayeta de fregar y del cubo de basura, iban a repetir los gestos de Jesús en la Última Cena.

El aire estaba enrarecido. Aunque se habían abierto todos los ventanucos de la destartalada iglesia, la atmósfera sudorosa de Cartagena de Indias flotaba espesa y húmeda para resbalar luego por la frente de los señores de la villa y las bien ornamentadas damas. A Pedro tanto calor seguramente le haría olvidar hasta el ardor del cilicio que, desde hacía años, acostumbraba a llevar en la cintura.

Era él, no había duda. Lo reconocí al momento, aunque se le veía más pálido y reseco. Estaba de pie frente al altar, rodeado de la flor y nata de Cartagena. A un lado del presbiterio, el obispo aragonés fray Pedro de la Vega, O. P., le miraba de hito en hito. Aquel prelado que acababa de conferirle las órdenes en la catedral tenía los pies apoyados en un cojín de damasco rojo. Al repasar su mirada por los representantes del

alto clero, del Tribunal de la Inquisición y de la aristocracia cartagenera, me pareció que al misacantano le tambaleaban las piernas. Se volvió, pues, y contemplando los ojos dulces de la Virgen del Milagro pareció recuperar fuerzas para seguir celebrando su primera misa.

Sé hasta qué punto Pedro había temido la llegada de aquel momento. Debíó de evocar la media sonrisa de Alonso Rodríguez, su amigo el coadjutor de Palma; el rostro de Ana, su madre, inclinado sobre el libro de santos y a la luz de una bujía; la mirada del muchacho negro de Sevilla; de los esclavos en los barracones, de los silenciosos indios del altiplano; el gesto de sus manos nada tenía en común con los damasquinados que engalanaban la iglesia y con el aire indiferente con que las damas más distinguidas le miraban luciendo sus mejores brocados traídos de Castilla para los días grandes. Él sabía que iba a venir el cuerpo y la sangre. Pero ¿qué cuerpo, qué sangre?, debíó de preguntarse. En el instante en que se inclinaba para consagrar recordé cuál iba a ser el trabajo de aquel cura tímido y flaco, y me vino a la mente un alarido de cientos de voces que yo conocía bien, como si brotara de la bodega de un navío. El sudor chorreaba por el cuerpo del neosacerdote desde la frente. Una dama apartaba con su abanico las moscas pegajosas. De lejos, se oía llegar el rumor asordinado de los estibadores en el puerto. Sus dedos temblaron. Dijo:

*–Hoc est enim corpus meum.*⁴

El silencio se apoderó de todo el templo. Una campanilla de plata vibró en el aire y aquel cuerpo ensangrentado, apaleado y pateado por los poderosos de este mundo, el cuerpo del hijo de María, el cuerpo del hombre roto, el hijo de la «esclava» estaba en sus manos. Y sólo en aquel momento, tal como me confesaría más tarde, comprendió Pedro que para él ser sacerdote era cuidar de aquel cuerpo, traerlo, repartirlo, hacerlo tan grande que su debilidad pudiera transformarse en fuerza.

Volvió a mirar los ojos de la Virgen del Milagro y repartió aquel pan frágil y distinto en las bocas de las damas y caballeros de la colonia, que lucían su mejor vellorí y acudían al comulgatorio por riguroso orden, según su rango. Todos miraban con curiosidad a aquel hombre joven de treinta y seis años que no había tenido impaciencia por llegar al sacerdocio, que parecía dejarse llevar por una obediencia oculta, y que, con lágrimas en los ojos, apenas dibujaba una sonrisa entre el bigote y la barba.

La sonrisa llenó su boca cuando se acercaron los últimos a comulgar, esclavos negros vestidos de lino para la fiesta, los primeros cristianos de raza africana que recibieron la forma rápidamente y con aire temeroso después de mujeres sencillas del campo y marineros de ropa gruesa y aire taciturno.

Luego, a la mesa del convite se sentaron aquel día más comensales junto a los miembros de la modesta comunidad jesuítica de Cartagena. Reinaba un ambiente de fiesta y los clérigos más destacados aprovechaban la ocasión para ganar tantos ante el obispo dominico con sus comentarios y lisonjas. Pedro observaba cómo, detrás de los manjares que se servían, se movía un mundo urdido de intrigas y conversaciones

cargadas con los intereses humanos de la mercantil Cartagena de Indias, plaza fortificada, sede de la Inquisición, puerto de la plata y el oro y el más importante mercado negrero de las Indias.

Todo se comentaba: el último convento fundado; la recuperación de los dominicos tras el asalto de los piratas, que profanaron los ornamentos y vasos sagrados; los irrelevantes escarceos de los inquisidores, que tenían que contentarse con brujas de cuatro hierbas, algún clérigo solicitante o aquel pobre artesano que blasfemó un día por casualidad.

—¿Para cuándo el próximo auto de fe?

Los comerciantes de la plaza, soldados y damas de tres al cuarto, se aburrían como ovejas en aquel puerto olvidado en la otra esquina del mundo, por lo que los días de auto de fe eran un morboso festín para los sentidos.

—¡Hace tiempo que no queman a nadie! Ocioso anda el inquisidor.

Aquellas conversaciones y red de mezquindades parecían el reverso de los sueños del tímido misacantano que apenas abría la boca entre los comensales. Advertí que se refugiaba en una mirada cómplice de Sandoval. Todo lo demás era como un desierto de incompreensión, que preludiaba para Pedro una difícil tarea apostólica.

Claver sabía que, como era costumbre, los primeros meses se encargaría de ayudar en ministerios sencillos al padre Fernando Núñez y que en seguida pasaría a las órdenes de Sandoval para trabajar con él en la pastoral de los esclavos. Cuando se quedó solo, seguramente se miró las manos como las de un dispensador de los misterios. Aún ignoraba el sufrimiento a las que estaban destinadas.

Una vez terminado el almuerzo me dirigí a él:

—Padre Claver, me llamo Miguel Orozco, natural de Cádiz. Le conocí hace algunos años cuando os aprestabais a zarpar para Indias en Sevilla.

—¿Ah, sí? ¡Qué lejos me parece ya todo eso! ¿Y de qué os ocupáis en Cartagena, Miguel?

—Administro los bienes de un hacendado español.

—Bien, bien, pues ya nos veremos, que la ciudad es pequeña —exclamó sonriendo.

—Os doy la enhorabuena por vuestra ordenación.

—¿Enhorabuena? Ah, sí, gracias. Pero os confesaré la verdad, yo sólo me he ordenado «a título de negros», es decir, para servirlos soy presbítero, y cuando pronuncie mis votos definitivos en la Compañía haré lo mismo, juraré ante Dios convertirme en «esclavo de los esclavos para siempre». Ésa será mi vida.

Me quedé mudo y me extrañó esa confidencia con un desconocido. Lo dijo con tal convicción que no supe qué responderle. Habitado a moverme entre desgarrados marineros, medio piratas y vendedores de esclavos, me quedé sin voz. Yo sí sabía bien lo que era en realidad un esclavo. Los había visto cazar en la selva a lazo y punta de lanza, como fieras, arrastrarlos traillados a la sentina y hasta yo mismo los había precipitado

medio podridos y sin remedio a la sepultura del mar. ¿Sabía este cura lo que decía? Tras conversar con otros españoles –me presentaron al gobernador y su esposa, al inquisidor y al alcaide del fuerte–, me fui a dar una vuelta.

¿Qué ciudad era aquélla? Me parecía una España de cartón, de corral de comedias y caricatura, donde todos pretendían medrar y convertirse en grandes señores, y que en realidad movían a risa con sus vanidades en medio de un asfixiante calor y a tantas leguas del reino de España, en aquel desvencijado puerto en el que se comerciaba, junto a oro y especias, con carne de esclavos y en el que acababa de aparecer aquel extraño cura que quería convertirse en esclavo blanco de los esclavos negros. Caminé sin rumbo fijo hasta que me senté en una taberna. Me preguntaba sobre el sentido de mi vida y cómo mi cáscara de nuez había arribado a aquella playa, a dar con mis huesos en aquel remoto lugar, donde la vida era como su clima, aplastante, y los zancudos te asediaban por las noches.

Para entonces había recibido la noticia de que habías nacido a este mundo, mi muy querida Lucía, gracias a las cartas que de tu madre me trajo en una escala en Angola un marinero de la flota. Me preguntarás por qué no abandoné entonces definitivamente al loco de don Marcial y corrí junto a Rosario, tu hermosa y nunca olvidada madre. ¿Por qué esperé que ella se casara con un bodeguero de Sanlúcar y nunca contesté sus cartas? No lo sé; quizá mi miedo a perder libertad o a ser domesticado por una mujer. No me daba cuenta de que vivía ya aherrojado por mi debilidad a otras cadenas.

Bebí solo y lentamente, vaso tras vaso, hasta el amanecer. De regreso por las solitarias calles, que me evocaban con nostalgia las de mi tierra, se oían perdidas coplas de esclavos. Me crucé con varias sombras solitarias, hasta que tropecé con un bulto en la oscuridad. El moreno Calepino se levantó de un salto y se quitó las legañas, y cuando fue a incorporarse se dobló por la cintura, atenazado por un intenso dolor que le recorría la espina dorsal hasta los riñones. La calle de la Media Luna, apenas transitada a aquella hora, se bañaba de la luz pálida del amanecer. El negro, asustado al verme, corrió hacia la esquina más próxima, donde se oía un forcejeo. Vi que se frotaba las muñecas en el sitio de la hendidura que le habían dejado las argollas. Luego se acercó sigilosamente para mirar sin ser visto. Tres corchetes estaban arrancando la camisilla a otro negro bozal.

–¡Negro insensato! ¡Esto le va a costar un puñado de pesos a tu dueño, por dejarte tan libre! ¡Pero contigo vamos a cumplir ahora mismo la sentencia!

El negro volvía los ojos como un perro atormentado. El cuerpo del delito yacía en el suelo: dos manzanas recién hurtadas de un miserable almacén del puerto. Uno de los hombres armados sacó un látigo y comenzó a descargarlo sobre su piel de azabache, contando rítmicamente los latigazos.

El otro guardia comentó:

–¡Tantos son los esclavos que llegan a puerto que no daremos a basto para controlarlos! ¿Sabéis cuántos arriban cada año?

—A fe que muchos. Pero no sabría deciros una cifra cabal.

—Pues yo sí; sorprendí el otro día a mi capitán conversando en comandancia con el portugués don Antonio Rodríguez Delvas, uno de los más famosos negreros que se conocen. Y dijo que en sus almacenes él tenía el compromiso de traer cada año a Cartagena un máximo de cinco mil y un mínimo de tres mil quinientos negros. ¡Buena mercancía! ¿No os parece?

Su interlocutor rió a carcajadas, mientras el tercer corchete se acercaba ya al número estipulado de latigazos: cincuenta. Calepino escuchaba atentamente con ojos muy abiertos, más blancos aún en la penumbra del amanecer, sin advertir que yo también me ocultaba detrás, en la sombra de un portal.

—Por cierto, ¿sabéis que han llegado noticias de que entre hoy y mañana puede llegar un armazón de Guinea?

—¿Para hoy? Primera noticia. Tan ocupado estoy con la caza de cimarrones a campo traviesa, que nada sabía de eso. Me alegro, así al menos correrá el ron en abundancia.

—Pero también habrá que andar despiertos toda la noche, atentos a los desmanes de brujos y endemoniados. Que ya sabéis, el inquisidor no quiere festines nocturnos y menos estos días.

La noticia acabó por despabilar del todo a Calepino, que puso pies en polvorosa, deslizándose suave y limpiamente por entre los callejones como un animal en la selva. Cruzó el puerto, donde ya se movía pesadamente, arrastrando fardos, una ristra de esclavos. Procuró esquivar preguntas inoportunas de los capataces y enfiló hacia la muralla, por detrás de la aduana. Ya era de día y el mar tenía grises tonalidades plateadas y un raro olor a limpio. Yo, intrigado por cuantas cosas ocurrían en aquella ciudad, decidí a mi vez seguirle.

Jadeante y resplandeciente por el sudor, tiró de la campanilla de los jesuitas.

—¿Cómo tan madrugador, Calepino? —le recibió el hermano Bobadilla—. Muy atolondrado te veo. ¿Qué te trae tan de mañana?

—Novedades urgentes, muy urgentes, para el padre Sandoval y el *padresito* ese que ahora le acompaña. No se demore, hermano, que me lo va a *agradesé*.

Bobadilla sonrió al negro con una secreta admiración. Cuando conocí mejor a Calepino, supe que manejaba nada menos que once lenguas nativas y era uno de los principales colaboradores de los padres como intérprete en el ministerio de bautizar a los esclavos. Un negro como él prueba lo que defiende el padre Sandoval: que entre ellos los hay tanto o más listos y despabilados que muchos blancos. Le hizo pasar al zaguán y subió la escalera. Los tiestos del patio, recién regados por Bobadilla, dejaban un olor de helecho fresco en el aire de la mañana. Yo, que había entrado después, esperaba en la sala de visitas, en parte movido por la curiosidad y en parte para preguntar a Sandoval cómo llevaba lo de mi escudo.

El jesuita acababa de terminar su tiempo dedicado a la oración mental y bajó con un cartapacio repleto de trozos de gacetillas y otros papeles. Eran, seguramente, nuevos datos para su libro.

Me saludó cordialmente.

—¿Qué os trae por aquí?

—Ya sabe, padre, lo del escudo de mi señor.

—¡Ah, ya! Ahora hablamos. Pero antes mirad, mirad qué curioso.

Abrió la carpeta y dio lectura a algunos anuncios que decían: «Se vende negra, mediana ladina, en doscientos pesos; un negro ladino y hábil para todo, sano y con la tacha de cimarrón en doscientos cincuenta; y dos mulas, buenas para volanta, en equidad...».

Otro decía: «Se vende una magnífica negra de veinticuatro años de edad, de hermosa y bonita presencia, excelente lavandera, planchadora y cocinera, más que regular costurera, nacida en la casa, acostumbrada a buenas maneras con sus amos y particularmente con los niños; no tiene vicios, tacha, ni enfermedades, muy robusta y sana...».

Más allá tenía la lista de una donación de esclavos a un convento. Detrás de sus nombres cristianos, se leía su procedencia: Bran, Angola, Lucemí, Arará, Congo, Biáfara, Biojo, criollo de Santomé y sus características. En algunos la lista añadía datos espeluznantes: «Con clavos en los pies», «tullida de las manos», «que está apostemado». Me mostró, además, cartas africanas llegadas de tierra de Mondongos y los Carabalis;⁵ se mezclaban con mapas y raros infolios, que recibía de lejanas imprentas de Amberes, Venecia o Sevilla, con anotaciones en latín y castellano. Horas de trabajo que el jesuita ordenaba como un coleccionista de raras mariposas. Me dijo que tenía datos muy precisos de los negreros Juan Rodríguez Calderón, Juan de Salcedo y Silva, Jacinto Núñez de Loarca, Juan de Astueta y Alonso Venegas de Córdoba, junto a reales cédulas que prohibían que esclavo alguno, aunque fuera siervo de la Inquisición o de gobernadores, justicia o estado eclesiástico o militar, llevara armas, ni cuchillo, aunque sea acompañado de su amo, sin particular licencia y los severos castigos estipulados.

—¿Y vos qué queréis? —se dirigió al hermano Bobadilla.

—Calepino, que está aquí y ha oído que se anuncia un armazón de esclavos.

Sandoval se puso tenso ante la noticia y se olvidó de todo lo demás.

—Hermano, decid a Pedro que baje cuanto antes.

A los pocos minutos el esclavo negro, Sandoval, Claver y yo nos encontrábamos asomados al mar, avizorando el horizonte desde la muralla o fuerte llamado de San Ignacio, donde rompían las olas. Un soldado que montaba guardia saludó militarmente a los clérigos, junto al cañón de fundición que sobresalía por la muralla, dispuesto siempre a repeler las naves enemigas.

—Ninguna señal en lontananza —dijo Alonso de Sandoval, al que se le seguía notando un reprimido nerviosismo—. Aún tendremos quizás horas de espera. No nos vienen mal. Así no nos cogerá por sorpresa y lo tendremos todo preparado.

—¿Procederemos hoy a los bautismos? —preguntó inquieto Claver.

—En eso hay que andar con mucho tiento, Pedro. Tengo para mí, según datos de experiencia, que son escasos los negros que llegan a Cartagena bien bautizados, y de esos la mayoría no entendieron nunca para qué les echaban agua, que más es un lavatorio de cabeza que la profesión de una nueva ley. Ni les piden consentimiento ni saben el significado de la ceremonia. Tienen tanta voluntad como si durmiendo los bautizaran. He echado cuentas, y no puedo decir sino que de cada doscientos negros habrá doce o catorce de cuyo bautismo conste, y éstos suelen ser negros ladinos que vienen en guardia de los demás. Los no bautizados absolutamente suelen ser de cincuenta a sesenta, y los restantes han recibido el agua al tiempo de embarcarse, pero no supieron para qué. Como si fueran bestias a quienes les echan agua para lavarlos materialmente.

Yo no abrí la boca, aunque todo aquello me resultaba, por desgracia, demasiado familiar. Lo de los bautismos por aspersión lo sabía por otros, pues don Marcial no se andaba con tanto escrúpulo y siempre tenía prisa por zarpar.

—Es menester, pues, primero informarse —apuntó serenamente Claver.

—Cierto, y tratarlos con cristiana caridad, pues en su mayoría vienen aterrorizados, convencidos de la idea que corre en los poblados antes de su captura: que con su sangre se pintarán los cascos de los navíos o que vienen para ser comidos. Pequeños regalos, dados con amor, frutas tropicales y un trago de aguardiente les anunciarán mejor la nueva ley que muchas palabras. Luego, hay que instruirlos por grupos, acudiendo antes a los enfermos peligrosos con mucho consuelo. Es aquí cuando se nos hace imprescindible la intervención de intérpretes como Calepino. Explica tú, Calepino, al padre Claver, cómo procedemos.

Calepino enseñó sus blancos dientes y, con el pausado ritmo de los morenos, contó cómo frecuentemente era necesario servirse de varios intérpretes para hacerse entender a negros de tribus raras, cuya lengua era más desconocida. Tenía entonces que ser trasvasada la palabra de salvación cristiana del misionero por dos o tres negros escalonados, que habían tenido que ser adquiridos por los sacerdotes, a pesar de su horror a la esclavitud, como de su propiedad y como mal menor para servirse de ellos en el ministerio apostólico.

—Sólo después de la instrucción hacemos bautismos de treinta o cuarenta y a cada uno de los bautizados les damos una medalla de estaño con un cordón para que se la ponga en el cuello, como recordatorio de su bautismo. Tienen en alta estima los negros esta insignia y la relacionan con los padres de la Compañía y nos buscan, cuando la pierden, para que se la repongamos.

—¡Uuh, *señó* —completó Calepino—, hay que vé al padre Sandoval por las calles de Cartagena! ¡Tanto negro que besa su mano y le quiere bien!

—Este trabajo nos lleva a veces días enteros sin salir del navío, sobre todo cuando vienen contagiados de viruelas, sarampión y tabardillo. Entonces el Señor nos ha de dar ánimos para inclinarnos sobre las apostemas y llegar a darles algo de amor antes de la muerte. Pero os aseguro, Pedro, que hay que prevenir el estómago, tal es el estado en que llegan a estos puertos.

El aire cartagenero se había hecho más denso al avanzar la mañana. La luz ardiente, reflejada en los blancos edificios coloniales, dolía en los ojos. Tan enfrascados estaban en la conversación que la primera salva de cañón los cogió desprevenidos. La señal atestiguaba que el navío negrero acababa de cruzar las primeras fortalezas que flanquean la bahía de Cartagena de Indias. Yo permanecía mudo recordando escenas que había pretendido hurtarme al recuerdo. El puerto comenzó a agitarse. Vi que un sudor frío inundó la frente de Sandoval. Claver lo miraba con admiración. En la línea azul del horizonte marino despuntaba la primera vela.

Me excusé:

—Os veo muy ocupados, padres. Ya volveré en otro momento.

Hice ademán de marcharme a casa, pero en realidad me escabullí entre la gente que se arremolinaba en el puerto. Acuciado mitad por morbosidad, mitad por contemplar por primera vez el desembarco de un negrero desde el muelle, me quedé observando.

Alonso de Sandoval, Pedro Claver, Calepino y media docena de negros intérpretes contemplaban a los marineros del *Nuestra Señora del Rosario* lanzar amarras entre gritos al malecón. El navío negrero, de una considerable eslora, tocó puerto con presura. Era visible el júbilo de la tripulación desde que avizó tierra. No se veía un solo negro en cubierta. Pensé, por triste y propia experiencia, que arribaba algo parecido a un ataúd flotante. Desde el puente, un hombre alto, acompañado del práctico de la plaza, dirigía las operaciones de atraque.

El capitán Gaspar Carvallo recibió a las autoridades del puerto y mientras éstas departían con un alto negrero portugués, los jesuitas subieron a bordo. Carvallo los saludó, distante y serio, como quien cumple un rito mortuario. No había dado aún la orden de abrir las claraboyas de las bodegas, por lo que Sandoval se apresuró a preguntarle datos para su obra, que Carvallo no tuvo inconveniente en confirmar. Sandoval, aprovechando la ocasión, tomó nota allí mismo del siguiente juramento para su libro: «En veinte veces que he estado en San Pablo de Loanda, de Angola, de veinte años a esta parte, he visto que cuando quieren bautizar a los negros, los ponen a todos, chicos y grandes, sin prisiones, y que tampoco suben unos como otros, y el cura les dice por intérprete lo siguiente: “La ley en que habéis vivido es ruin y en ella os condenabais, y con esta del bautismo os salvaréis”, y que, si se muriesen después de ser bautizados, se irán al cielo. No me acuerdo de otra cosa que se les dijese a los negros, sino que en una mañana se suelen bautizar seiscientos o setecientos negros y que algunos llegan al tiempo que no oyen la plática, y con todo eso, sin oírla, los bautizan; es más, el cura hace esto lo más de prisa que puede, por ser la tierra muy calurosa y quererse ir».

Era tal el tumulto que casi no podían oír la declaración del capitán. Debajo de sus pies ascendía un intenso lamento encajonado que era también familiar a mis oídos. Imaginaba los tres o cuatro pisos de planchas, repletos de carne negra apretujada. De un lado, hombres; del otro, mujeres, hacinados, revueltos en sus propias heces, un enterramiento en vida.

El capitán dio la orden de que abrieran las escotillas. Un grito a la vez estremecedor y mortecino llenó el puerto. Los curiosos se empinaban morbosamente para ver por encima de cabezas y sombreros desde el muelle. Una dama española lucía un guardainfante escarlata y se atusaba el pelo como si estuviera en un circo. De los vanos de la nao subió un vapor cálido y pestilencial como del horno de un basurero. El capitán hizo una señal para que se sacaran los muertos. Calculé que eran como el veinticinco o treinta por ciento del armazón. Luego la marinería comenzó a arrojar barriles de agua, uno tras otro, para limpiar el «cargamento». Hasta el día de la venta tenían que permanecer a bordo, y durante ese tiempo, el patrón, el sobrecargo y el «doctor» se encargaban de adecentar la mercancía. Pedro sabía por Sandoval lo que les esperaba: se corta y se afeita el pelo gris de barbas y cabellos de los viejos y las viejas, se les frota la piel con aceite de palma, de modo que los compradores inexpertos se lleven algún esclavo viejo tomándolo por joven. Luego, en medio de la noche o al amanecer, a palos y latigazos, son obligados a danzar y saltar durante media hora. Si alguno muere, se le tira al mar, para evitar la mala reputación de la mercancía. ¡Y cuántos años de horror – pensé– desde que el rey Fernando y sus sucesores abrieran la mano a esa mercancía ignominiosa que aprovecharon sucesivamente asentistas portugueses, holandeses, ingleses y españoles!

Sandoval pidió licencia para entrar por una de las claraboyas e hizo señal a Pedro para que le siguiera. En un primer momento Claver creyó desmayarse. Cuando bajó, pensé en la primera vez que con sólo quince años descendí a la sentina de *O Explorador*. Aquella bodega era la imagen misma del infierno: encadenados a las baldas, los esclavos tenían el aspecto de aherrojados animales de matanza. Era entrar en una nube de húmeda peste y lamento. Sandoval –me refirió después Calepino– tenía hinchadas las venas de la frente y sudaba a mares. Sobreponiéndose al asco, pidió a un marinero que comenzaba a desenganchar cadenas de los tablones que le indicara dónde estaban los más graves. Al fondo de la bodega, para evitar en lo posible el contagio, había dos mujeres, un viejo y un niño muy enfermos. Entre los ojos de terror de cientos de negros aún encadenados, que torcían sus cuellos para verlos, los sacerdotes se deslizaron lo más rápidamente que pudieron hasta el extremo de la nave. Se podía cortar la calima salitrosa almacenada allí durante largas semanas. Al llegar a los enfermos, la pestilencia se hizo aún mas insoportable. Sandoval pidió agua. Vertió un jarro sobre la cabeza de cada uno de ellos. Extendían la lengua para beber la que les resbalaba desde la frente. Sus ojos, como de

animales famélicos, no creían ya en caricias. Claver sacó aguardiente, dátiles y otros frutos de un cesto. Una chispa de vida alumbraba ahora en sus miradas. Sandoval miró a Claver:

—¡Se nos van!

Luego, pidió a los intérpretes que identificaran las lenguas de los enfermos. Eran yoloños, berbefies, mandingas y fulos, concluyó Calepino.

—Dios os ama. Jesús os salva. Él ha muerto por que tú seas salvo —repetía el padre Sandoval, pidiendo a los intérpretes que comunicaran a los negros, en su lengua, aquel mensaje de esperanza.

Pero ellos sólo necesitaban mojar sus lenguas secas y ásperas como tejas. Los vocablos rítmicos de los dialectos africanos retumbaban en la bodega como un imposible perfume a aire libre, a añoradas selvas y sabanas de tierra verde y viva, al raso, bajo las estrellas.

Supuse que Pedro, en su bautismo de armazón, tendría la sensación de haber tocado el fondo mismo de la degradación del hombre. Posiblemente allí dentro descubriría del todo el sentido personal de su misión. Debíó de darle fuerzas para no vomitar, mientras repetía, abrazando al anciano moribundo, su firme propósito de pronunciar su voto de «esclavo de los esclavos para siempre».

Sandoval administró en seguida los primeros bautismos de urgencia y pidió a Claver que hiciera lo propio. Mientras la bodega estaba ya semivacia, en cubierta restallaban los látigos y retumbaba, al compás del tamtan, la danza sin vida de los miembros yertos y el arrastre de las cadenas. Con lágrimas en los ojos Claver y repetía una y otra vez en voz muy baja:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Fuera, Cartagena se había volcado en el puerto, con sus mejores colores de mañana de labor. Los vendedores de frutas y zumos no habían dejado pasar la oportunidad. Bullían en la Plaza Real los preparativos para la subasta de los negros, según razas y cualidades, puesto que el armazón se componía de diversas razas, unas más negras que otras. Había, como dicen, unos de color membrillo cocho, otros «loros» o «sambos»; o de color bajo, medio amulatados, y de color tostado. Recibían los baldes de agua como una bendición y, con los ojos encandilados, parecían intoxicarse de tanto color y aire puro.

El «armazón» —sólo se llamaba así cuando eran más de trescientos negros, si no, tomaba el nombre de «lote»— fue distribuido; los enfermos, llevados aparte; el contingente importante de esclavos, conducido a un par de barracones. Los jesuitas en cubierta, seguían dando a beber agua dulce entre los más sedientos. Fácilmente se veía que Sandoval tenía experiencia. Hasta tres jarros repletos de agua se bebía cada uno de aquellos infelices. Claver seguía con avidez todos estos detalles, que adivinaba muy valiosos para el resto de su vida.

Después se ajustaron con los negreros que acudirían diariamente a los barracones para prepararlos al bautismo. El capitán Carvallo los saludó con una respetuosa indiferencia, mientras un grupo de marineros escupían bromas soeces a propósito de los pechos de unas avergonzadas y tristes muchachas negras. Pedro parecía estar bajando del monte calvario, cuando, abriéndose paso entre la gente, cruzó el muelle de madera, en dirección a la casa de los jesuitas.

Le vi pasar delante de mí ensimismado y ausente, y por primera vez en mi vida me sentí avergonzado de haber navegado seis años en la trata y ser cómplice de un cruel negrero. ¿Por qué sólo desde fuera se justiprecian los acontecimientos y únicamente cuando nos vemos a nosotros mismos como espectadores logramos cierta objetividad? ¿Qué movía a aquellos hombres de sotana a tratar de otra manera a seres que entre los marineros mirábamos poco más que como venales bestias de carga? Sin duda las correrías con Sandoval del colegio a los barracones, de los barracones al puerto, iban perfilando la nueva forma de trabajar de Pedro. Sandoval sabría en seguida que su elección no había andado descaminada, ya que Claver actuaba más que hablaba y había llevado un comportamiento ejemplar en sus primeras experiencias apostólicas. Todo entraba en su alma sin estridencias: la fetidez de los negros enfermos y hacinados, el impacto de verlos agolpados en el primer negrero arribado a Cartagena, la desazón que suponía entenderse con ellos, a través de intérpretes, en sus respectivas lenguas. Se identificó pronto con aquella gente a la que intentaba transmitir la fe.

Volví a verle con ocasión de ir a retirar de manos del sabio padre Alonso un esbozo del proyecto de escudo para don Marcial.

—He consultado genealogías y escrito a expertos en heráldica. Ayer mismo recibí un correo de Salamanca. Ramas de Andrade vienen de Galicia, Portugal y Extremadura. Uno de ellos fue famosa en la historia porque ayudó a don Enrique II de Castilla cuando combatía con su hermano don Pedro, dándoles la vuelta con aquella famosa frase: «Yo no quito ni pongo rey, sino libro a mi señor». Las armas propias del solar de Andrade, que datan del 1562, son en campo de sinople una banda de oro engolada en cabezas de dragones del mismo metal y abajo bordadura en plata con este lema en letras de sable: «*Ave Maria, gratia plena*». Hay quienes añaden cinco lobos en campo de oro. Pero haced lo que os plazca que vuestro señor no va a ir investigando sus antepasados y cuanto más ostentoso seguramente le agraderá más —me dijo sonriendo.

—Muy agradecido os quedo, padre. Lo llevaré cuanto antes al cantero, no sea que don Marcial se presente de pronto.

Se aproximaban por aquellos días los últimos votos de Pedro en la Compañía de Jesús, su incorporación definitiva. Tenía que decidirse a escribir al padre general de los jesuitas, Mucio Viteleschi. Obsesionado con la humildad, le pidió que no se le concediera el don de ser profeso de cuatro votos en la Compañía y permanecer sin grado fijo. De nuevo afloraba su nostalgia de no superar el grado de hermano coadjutor, a pesar de que había sido ya ordenado sacerdote.

El general de la Compañía le contestó el 7 de junio de 1619 en una carta que pude conocer años después. El superior de Roma le alababa su humildad, pero le recomendaba que se abandonase a la dirección de los superiores y se pusiera en un estado total de indiferencia.

Llegada la mañana solemne de su compromiso, se peinó y se puso su manteo limpio. Abrió la sencilla carpeta y junto a la carta del padre general sacó una hoja de papel cuidadosamente redactada y caligrafiada. Era la fórmula de sus votos. El texto manuscrito, al que también llegaría a tener acceso con el tiempo gracias al simpático hermano Bobadilla, iba precedido por este encabezamiento:

Amor, Jesús, María, José, Ignacio, Pedro, Alonso mío, Tomé, Lorenzo, Bartolomé, santos míos, patronos míos, maestros y abogados míos y de mis queridos negros, oídme.

Era como una asamblea concitada para aquella fecha memorable por Pedro Claver. Junto a los nombres de la familia de Nazaret, el del fundador de la Compañía, el patrono de su nacimiento, los apóstoles de la raza negra y su «santo particular», no canonizado aún, que se había metido de rondón en aquella convocatoria entrañable: «Alonso mío». El inolvidable portero de Mallorca, caído de hombros, y con su rosario entre los dedos, también estaba allí.

Después seguía la consabida fórmula del compromiso definitivo de los sacerdotes profesos de la Compañía, con el cuarto voto de obediencia al romano pontífice acerca de las misiones.

Al final Pedro había añadido, también de su puño y letra, la divisa de su vida:

*Petrus Claver, ethiopum semper servus.*⁶

Aún ignoraba el verdadero alcance de aquellas palabras.

Cuando, de rodillas ante la hostia eucarística sostenida en manos del superior, leyó aquella fórmula, imagino que Pedro debió de sentir algo muy especial. Sus últimas palabras, pronunciadas ante el coro de los testigos del cielo y la tierra, con los que se comprometía, no dejaban en el aire precisamente la impresión de que un nuevo jesuita se adhería al «estado mayor», por entonces claramente minoritario, de los profesos de la orden. Sino que él no era más que un esclavo toda la vida y de los seres más despreciables e infectos de la sociedad de su tiempo.

Tenía cuarenta y dos años y, cuando se volvió, después de recitar aquel programa de vida, alguien no olvidaría su aspecto exacto aquel momento y lo dejó por escrito: «De estatura media, el rostro magro y alargado, la nariz afilada, los ojos grandes, la mirada melancólica, las cejas espesas, la barba negra y poblada; la boca era grande con el labio inferior un poco caído, su tez naturalmente pálida, como de oliva, un poco amarillento, inclinado ligeramente su talle por el hábito de mirar siempre a tierra». Así lo recuerdo yo también durante aquellos años, como si estuviera vivo.

Por entonces el blasón de piedra de los Andrade ya emergía ampuloso sobre la blanca cal de la fachada, para asombro de propios y extraños, que al contemplarlo y ver los tapices y lujosos muebles que ordené introducir en la mansión se preguntaban: «¿Qué gran señor o condestable es éste, que se viene a vivir a Cartagena?» Y yo a mi vez preguntaba al mar por qué sus olas me habían arrastrado a aquel lejano puerto. El mar, como siempre, me respondía con su única estrofa igual y distinta, como la vida, que parecía repetir en su oleaje: «Yo te mando y tú me obedeces».

LA SED DE LA NOCHE

Movido en parte por la curiosidad que habían despertado en mí aquellos sacerdotes o quizá por un recóndito sentimiento de culpabilidad que me torturaba hacía tiempo, desde mis primeras experiencias en el barco negrero, en parte para matar el tiempo, me decidí a cultivar la amistad del hermano Bobadilla e incluso del negro Calepino, que estaban al cabo de la calle de cuanto sucedía en Cartagena.

Ellos me indicaron dónde daban la catequesis a los esclavos y una tarde, tras encargar a un criado que supervisara las obras de la casa –los albañiles trabajaban por entonces en la instalación de una fuente de azulejos en el patio interior de descarado estilo andaluz, con la que pensaba sorprender a mi señor–, me dirigí a las barracas, siguiendo instrucciones de Calepino.

Sandoval y Claver habían llevado naranjas, limones, aguardiente, tabaco, y algo de ropa usada para tapar las partes pudibundas de los bozales de ambos sexos. Las barracas, a las afueras de Cartagena, parecían arrancadas de una estampa de Guinea. Curas e intérpretes se abrían paso hasta los enfermos, dos de los cuales habían obtenido aquella misma mañana la libertad de la muerte. El suelo era húmedo y anegadizo, por lo que habían clavado pedazos de ladrillo y teja, que era la cama donde yacían desnudos. Había dos clérigos del obispado que miraban sorprendidos la diligencia con que se movían Sandoval y Claver. Todo era dar de beber, repartir frutas, acariciar, sonreír. Ambos jesuitas, pálidos, no paraban un momento y era fácil captar que luchaban contra sí mismos para que no se les notara la lógica repugnancia. Los otros dos clérigos se taparon con un pañuelo las narices. El olor «a negro», como ellos decían, y el del sudor y las inmundicias salían por las rendijas del barracón. De fuera llegaban las risotadas de vigilantes y capataces que jugaban a los dados, maldecían y blasfemaban.

Mientras tanto, los intérpretes habían dividido a los negros sanos en grupos lingüísticos.

–Fuera he visto unas tablas, padre Sandoval, quizá nos sirvan.

Se quitaron los manteos, entablaron el sitio de los enfermos y, cargándolos sobre sus hombros, los dispusieron del mejor modo posible. Luego repartieron la ropa vieja. Los esclavos bebían una y otra vez inagotables jarros de agua dulce.

Sandoval comenzó la catequesis. Arrancó su exposición del agua, el agua que los estaba aliviando cuando andaban muertos de sed. Y les prometió, como Jesús decía, otra agua, «el agua que salta hasta la vida eterna», y que nadie podría sustraerles, aquella agua que ofreció junto al pozo de Samaria.

–Tu alma, dentro de tus carnes, tiene sed de esta agua que convierte a los esclavos en hijos libres de Dios.

Sandoval hablaba con ternura, sonriendo, repitiendo muchas veces la palabra «padre». Y para que le entendieran con los ojos, los acariciaba y les ofrecía regalos.

–Nadie, nadie os arrancará la libertad del agua, la libertad de Jesús. ¿No lo veis? También yo os quiero bien.

Desde las diversas lenguas africanas, rítmicas y sincopadas, los intérpretes repetían las frases evangélicas, las preguntas y canciones. Los pobres esclavos, asombrados de aquella sorprendente ternura, respondían que sí con palabras y gestos.

–Pues Dios es Padre, hijos, y os ama más, mucho más; por eso os quiere salvar. Durante unos días os enseñaremos todas estas verdades y al final os pondremos un nombre nuevo, os daremos el agua por la que podréis llamaros hijos de Dios.

Cuando dejamos el barracón y entramos en Cartagena, empezaba a caer la tarde. Por las puertas y ventanas abiertas de las casas coloniales salía un exótico perfume, mezcla de frijoles, flores y especias. Lánguidas damas españolas reposaban su ocio tendidas al vaivén de mecedoras, que evocaban otros patios perdidos, mientras sonaba algún lejano laúd. Una provocativa luna recortaba su desnuda impavidez detrás de las murallas, y el mar comenzaba a ser sólo ese constante bramido de la noche, negro, misterioso.

Los dos clérigos del obispado caminaban taciturnos, desencajados. Bobadilla me contó las razones por las que había acudido a inspeccionar. Se habían presentado horas antes en la residencia de los jesuitas, muy impacientes y enojados, a entrevistarse con Claver y Sandoval.

–Vengo con autorización del señor obispo –había dicho uno de mirada fría y amplio manteo–. Es notorio en esta diócesis el ministerio que vuestras paternidades ejercen con los morenos; pero, a fuer de sincero, he de decirles que se murmura de los jesuitas que actúan por comodidades e intereses temporales, que se meten en mies ajena, y que no tienen privilegio de bautizarlos fuera del artículo de la muerte, y donde no hay cura, como aquí lo hay.

–Sabéis, además –añadió el otro sacerdote, de baja estatura y aspecto de pequeño cortesano episcopal–, que siendo obispo fray Diego de Torres Altamirano, ya escribió al rey de España sobre esta intromisión de bautizar a los negros bozales.

–Por favor, ruego a vuestras mercedes –cortó Sandoval– que no volvamos a esta cuestión ya zanjada. Sobre el tema hubo en su día proceso, y la Compañía tuvo que nombrar juez, y la ciudad entera testimonió cómo vamos a los armazones, y el puro interés que nos lleva. Por tanto, rogamos al prelado que se dignara nombrar algunos sacerdotes y prebendados que nos acompañasen en la catequización de los esclavos y bautizaran a los instruidos.

–Así es, padre, y por eso hemos venido. Nosotros somos los designados para dicho ministerio.

Con ello no pidió el asunto más conversación y quedaron los clérigos en acompañar esa misma tarde a los jesuitas para participar en la catequesis de los esclavos. Ya habían visto en qué consistía aquel gran «privilegio» de bautizar morenos.

Cerca de la catedral oí cómo se despidieron.

—¿Vienen vuestras mercedes mañana a la catequesis?

—No, no, padres. Mejor otro día.

—¿Vendrán, al menos, a bautizar a los bozales, una vez que estén preparados?

—Pues no; hemos pensado que ya vuestras paternidades lo hacen con gran celo de las almas y hemos de reconocer que con cansancio y mortificación por sufrir tan cerca la hediondez de los bozales. No queremos privarlos de este ministerio. Informaremos cumplidamente al señor obispo y os aseguro que quedará hartos edificado.

Sandoval sonrió y dirigió a Claver, que se limpiaba el sudor con el borde del manteo, una mirada inteligente. Caminaban en silencio.

—¿Queréis un pañuelo, Pedro?

—No, gracias, tengo uno.

—¿Y por qué os limpiáis con el manteo?

—Porque de ahora en adelante —exclamó Pedro, pálido y mirando al suelo— los pañuelos los utilizaré para «ellos».

A medida que nos acercábamos al puerto respirábamos el aire del mar. En el muelle el navío negrero flotaba desierto, como un ataúd vacío. Una nube ocultaba la luna. El cielo, el mar y la ciudad yacían en el silencio. Todo había perdido la luz, el color, la vida.

Me asomé a la muralla y mi corazón navegó en la noche añorando mi lejana bahía, la esposa que nunca tuve, a ti, la hija que de forma tan torpe e injusta abandoné sin tan siquiera haber conocido, mientras, casi sin saberlo, me encontraba en aquella ciudad que era como una isla recóndita perteneciente a otro mundo, que llamaban Nuevo, habitada por petimetres pretenciosos, soldados desgarrados, desertores, delincuentes convictos, prostitutas, viejos piratas, cristianos nuevos, clérigos altivos, armazones de esclavos y aquellos locos jesuitas que se empeñaban en defender que los negros eran personas y tenían alma. ¿Por qué la vida era así, como una olla hirviente que nos abrasa nada más acercarle los labios? ¿Qué clase de Dios era ese que predicaban ellos como el amor y la salvación y que permitía tales desafueros? Sobre todo no cabía en mi cabeza que hubiera organizado este teatro de la vida y creado a los hombres para sufrir, como solía decir sobre el enigma de la vida aquel lobo de mar que conocí en el puerto de Madeira y que se había quedado sin las dos manos por manipular un barril de pólvora: «Lo más seguro, hijo, es quién sabe». Por mi parte, ni creía, ni dejaba de creer; simplemente no entendía la vida.

Acabé, como tantas noches, en la taberna de Romero, ahogando mis penas en vino. Meditaba ante el vaso, cuando sentí casi a un gigante a mis espaldas. Era Antón Galíndez.

—¡Aquí está el príncipe de los mares! —dijo el capitán descargando su inmensa mano sobre mi hombro—. ¡Muy solitario os veo! ¿Acaso no conocéis aún ninguna guapa moza en Cartagena que os alegre la vida? Dicen que a los gaditanos os va tanto la fiesta, el cante y el baile, que en aquel puerto no se oye otra cosa que el taconeo, los tanguillos y las alegrías. No parecéis tal. ¡Miradme a mí, que soy de Zamora y no hay moza que no se me rinda en una hora!

Otros soldados y marineros se acercaron a reír las carcajadas y bravatas de Galíndez, que ya había vaciado en su gacete poco menos de seis jarras de valdepeñas, que, como importado de Castilla, costaba a precio de oro.

—Pues habéis de saber, amigo Miguel, que doña Inés de la Cruz, la hermana de doña Elena, dama famosa en Cartagena, se muere por vuestros huesos. ¿Acaso no habéis observado cómo os mira de hito en hito? No desaprovechéis las ocasiones de yacer con españolas, marinero, que aquí no hay sino negras esclavas que apestan e indias o mulatas ignorantes para llevaros al lecho.

El corro de bebedores le rió la gracia al capitán. ¿Tendría razón Galíndez? —pensé—. ¿Cómo yo, tan despierto a los encantos femeninos, no me había fijado en aquel detalle? Desde que desembarqué en Cartagena andaba como dormido y arrastrado por la languidez de su clima y el calor de sus contrastes, además de la prisa por adecentar la casa de don Marcial, quien por cierto se retrasaba demasiado esta vez. Así que me propuse enterarme al día siguiente de quién era tan importante dama.

En la plaza de la hierba amanece muy temprano. Desde las primeras horas hacen su aparición las esclavas negras a vender sus bollos de maíz y casabe, sus cuartillos de chocolate, la tierra de maquimanquí, que sana las erupciones del gran calor, el llamado «bejuco de habilla», que es el mejor antídoto contra las mordeduras de serpientes. Aquí y allá florecen puestos de cocos, mangos, plátanos y diminutos y ácidos limones. El loro palabrero compite con los retales, el paují, vestido de negra, y la seda importada para la señora, con mantilla y copete.

En los soportales, bajo las umbrosas casapuertas, dormitan los escribanos en espera de otra flota que mueva de nuevo sus dormidos cálamos en nuevas escrituras o transacciones de esclavos. De tarde en tarde, como un rito, redactan una carta para tal encomendero o propietario de Tolú o Monpós. En los corros de blancos españoles abundan los comentarios sobre las cárceles secretas de la Inquisición y el tormento del potro o la prueba del peso, aplicada a la última pretendida bruja cazada en las noches de Cartagena.

—Aseguran que Daveyra está mano sobre mano en sábado, guarda la lumbre desde el viernes y reza salmos suprimiendo el *Gloria Patri*. ¡Nariz tiene de cristiano nuevo! ¡Feliz él si no cae en manos del Santo Oficio para el próximo auto de fe! Dicen que el inquisidor anda olfateando más presa, para que sea muy sonado.

Con una raja de coco en la mano, un viejo soldado contaba hazañas a un niño de tez mulata, que abría desmesuradamente los ojos transportado en sus relatos.

—¿Que por qué tantos fuertes en Cartagena de Indias? Ay, Lopito, cómo se ve que apenas naciste ayer. Aquí no han cesado las batallas y escaramuzas desde que don Pedro de Heredia sentara reales en lo que apenas era el villorrio indígena de Calamarí. Conquistadores, mercaderes y aventureros han traído mil penas y glorias a esta ciudad, apetecida siempre por los más afamados bucaneros.

—¿Habéis visto, abuelo, algún pirata de cerca?

—¿Cómo? ¡No hay militar de guarnición en San Felipe de Barajas que no haya tenido experiencia de esos barbarrojas! Pero el más sonado de todos fue un tal Francis Drake, temible inglés, que sabía tan bien como vos jurar en castellano, y apareció en Cartagena un malhadado Miércoles de Ceniza de 1586 con veintitrés navíos que enarbolaban banderas y gallardetes negros, amenazando de muerte la ciudad. Tocóse a rebato en los campanarios, y se juntaron en la playa con el obispo, canónigos, clérigos y frailes. Acudió la población. La tropa se aprestó. Drake supo de la estrategia española por negros que apresó en la boca del puerto y la batalla con dos goletas cañoneras en la bahía fue encarnizada. Hasta los indios disparaban flechas desde los manglares. Dicen que desembarcaron tres mil hombres y libraron combate de armas blancas cerca de Bocagrande; que Drake destruyó como cien casas y cañoneó la catedral. Más de cien mil ducados de oro tuvieron que dar en rescate de la ciudad las autoridades, además de todo el oro, joyas y piedras preciosas que pudieron pillar en los joyeros de sus damas y las sacristías de las iglesias. Que no quedaron contentos y hasta el bronce se llevaron a Inglaterra: campanas de conventos y más de ochenta cañones.

El niño, insaciable de historias, iba a preguntar de nuevo, cuando oí un murmullo en una de las bocacalles. Un hombre flaco, vestido de negro, de tez cetrina y mediana barba, iba a cruzar la plaza, bajo los ojos ociosos de los comerciantes, que se volvían para verlo pasar. Llevaba un cayado en forma de cruz, un zurrón cargado de frasquitos de ungüento para sahumeros, fruta, aguardiente y medallas. Del costado izquierdo pendían, en otra bolsa, la sobrepelliz y los óleos santos. Iba de prisa, con la mirada fija hacia adelante y silencioso, con un deje de misterio y paso decidido bajo el sol, secándose el sudor con el borde del manteo. Reconocí en seguida a Pedro.

—Es el padre Claver —indica en voz baja el viejo soldado al niño—. Dicen que con este calor duerme vestido para acudir más pronto cuando alguien le llama en la noche. Tiene fama de santo, porque siempre anda entre las pestes de los esclavos y los hospitales.

Pedro cruzó la ebullición de la plaza con su solitaria independencia de siempre. En sus ojos brillaba una llama, resaltaba ya el gris de prematuras canas en sus sienes, y de toda su personalidad emanaba la firmeza propia del que está seguro de adónde va. Visto así de lejos, tenía algo extraño, quizás una mezcla de fragilidad y fuerza, la dulce penumbra de un hombre maduro y comprensivo.

—A fe que el padre Claver irá a estas horas a cuidar a algún menesteroso o moribundo.

Vi cómo sacaba del bolsillo de su sotana un pequeño cuaderno, su lista de enfermos incurables. Iba camino del mar, por detrás de la iglesia de Santo Domingo, a las afueras de la ciudad amurallada donde frecuentaba lo que llaman el jardín de Larate, más allá de donde vivía la familia de Alfonso Portillo. La cabaña a la que se dirigía, abierta y destruida por las brisas marinas, estaba construida de viejas maderas y palmas. Por el agujero de entrada surgía, entre el rumor de las olas cercanas, un continuado lamento. Pedro solía entrar decidido y dejar a un lado su faltriquera para ponerse luego de rodillas. En un rincón de aquel sombrero dormitaba hacía años con los ojos abiertos un viejo negro. Como pude comprobar, el lugar olía a orín, a heces del viejo. Cuando Pedro entraba, el moreno le enseñaba sus largos dientes amarillos en una amarga sonrisa. El pellejo y el escaso cabello blanco casi dejaban transparentar los huesos de su cara.

—¿Cómo estamos, José? Hoy os he traído esos dulces tan ricos que cocina la negra Margarita, ya sabes, la de doña Isabel de Urbina. Me los ha dado ella para ti.

Brillaba entonces de emoción, luchando por abrirse paso entre un bosque de emblanquecidas arrugas, la mirada del anciano. Pedro tomaba entonces una jofaina y lo limpiaba sin prisas, hasta con mimo. Sabía bien que eran los minutos más felices para José, el centro de su día. Porque Claver iba a verle todos los días, sin excepción, desde hacía tres años.

—Volveré, volveré pronto. Nuestro Señor os ama, José.

Mientras tanto, por aquella época a mí me interesaban otros asuntos. Dejando a las espaldas algunas mansiones señoriales e íntimos patios con un andaluz subido de verde y cales, me dirigí en busca de la casa de doña Elena de la Cruz, conocida en toda Cartagena por lucir enormes guardainfantes. Tanto, que la llamaban doña Guardainfante.

La criada negra, vestida de blanco de los pies a la cabeza, me condujo hacia el patio.

—Sentaos, don Miguel, que la señora vendrá en seguida.

Elena bajó la escalera como si fuera la de un palacio, pausada y solemnemente. Detrás, tímida, silenciosa, venía su hermana Inés, que me pareció bellísima. Tendría como diecinueve años, la piel muy blanca, los ojos azul cielo y un largo y rizado cabello rubio que le caía en cascada sobre los hombros. Se ruborizó nada más verme y desvió la mirada, permitiéndome disfrutar de su perfil helénico.

—Perdonad que mi esposo no os cumplimente, señor, como es debido —saludó la dueña de la casa—. Pero es que Francisco no puede moverse a causa de un fuerte ataque de gota. Con estos calores... ¿Decís que os llamáis?

—Miguel Orozco. Me ocupo de los asuntos del hacendado don Marcial de Andrade aquí en Cartagena.

—Sí, sí, ya he oído hablar de él y he visto la hermosa mansión que le estáis habilitando en la plaza, junto al tribunal. Ésta es mi hermana Inés.

Ruborizada, Inés apuntó una sonrisa desde sus labios bien dibujados y ligeramente carnosos, que como todo su cuerpo resplandecían sin afeites. Todo lo contrario de su hermana, que ocultaba su no disimulada gordura tras una máscara de polvos y coloretes.

– Pues decidme, ¿qué se os ofrece, señor?

– Vengo a saldaros y ofreceros mis servicios y la casa de mi señor, como estoy haciendo estos días con todos los nobles y autoridades de la ciudad.

Aquello halagó en extremo a doña Elena, que se abanicaba sin parar, mientras la esclava negra servía limonada en vasos de Talavera. Otros dos fornidos esclavos nos abanicaban con grandes sopletes de palma detrás de los asientos. La tarde pesaba como un fardo sobre nuestras cabezas y la insulsa conversación avanzaba sin prisas como el sol, que atravesaba ya sin piedad los toldos protectores del patio.

– Venga, venga vuestra merced por aquí cuando deseéis. Siempre seréis bienvenido a esta casa.

Al volverse para despedirse, Inés dejó caer hábilmente un pañuelo en el suelo de mármol, según conocida costumbre palaciega. A pesar de mis escasos conocimientos en la materia, no era difícil intuir el significado de aquel gesto. De marinero inculto me estaba convirtiendo a grandes zancadas en un administrador de la colonia, casi un caballero. Pero ¿quiénes eran aquellas damas, sino las hijas de un pobre mercader de paños de Segovia que habían hecho fortuna en Indias? No había realmente otra aristocracia en la ciudad, sino arribistas de poca monta. ¿No podía entre aquellos nuevos ricos y nobles de pacotilla convertirme yo también en todo un señor? Al devolver el pañuelo a Inés, me atreví a susurrarle al oído:

– Mañana en la noche, en un bosque que hay detrás del fuerte de San Felipe de Barajas.

Ella esbozó media sonrisa, que me bastó para albergar esperanzas.

Calepino, según mis instrucciones, me esperaba en la puerta.

– Hoy son las catequesis del último armazón. Me dijisteis, señor, que os avisara.

El negro me acompañó a la calle de Alcibia. El gran corral estaba ya dispuesto y lleno de esclavos. Los intérpretes esperaban en la puerta.

Andrés Sacabuche era el más vivo y expresivo de todos ellos. Se movía como un gato salvaje y se adelantó a saludarle nada más aparecer Claver. Además de Calepino, estaban allí Francisco Yolofo, que hablaba bien la lengua mandinga y la yolofa; Ignacio Angola y Alfonso Angola, José Monzolo, Manuel Biáfara, Domingo Folupo, Joaquín Halu, Diego Folupo y otros.

– Los hemos contado todos y son cuatrocientos, padre – señaló Andrés.

– ¿Y los habéis dividido ya por lenguas? – preguntó Claver.

– Sí, padre, y son tantas y tan variadas que os habéis de cansar hoy en la catequesis. Hay de los Ríos, de Guinea, de Cabo Verde y Angola, araraes, yolofos, mandingas, lucumíes, minas, biáfaras.

El corral era amplio. En las esquinas, látigo en mano y ojo avizor, se apoyaban los mayores, pendientes de cualquier movimiento de los esclavos, como si vigilaran reses de ganado.

Pedro hizo la señal de la cruz. Los intérpretes iban trazando sobre el propio cuerpo el signo cristiano. Después, se iban demorando con cada uno, corrigiéndolo, repitiéndolo. Un mandinga lo aprendió a la primera con gran destreza. Pedro sacó tabaco de su bolsillo y se lo obsequió con una amplia palmada en el hombro y una sonrisa. Un yolofo no se aclaraba, no sabía ni dónde tenía su mano derecha. Con la baqueta del crucifijo le dio un golpecito, un «capón» en la cabeza.

—¡Así no!, ¡así no!

Pasaron dos horas que, dada mi morbosa curiosidad, aguanté sentado en un rincón del corral. En mi vida había visto una instrucción igual. El sacerdote y los intérpretes sudaban, agotados. Un negro cayó desmayado, a consecuencia de la deshidratación y del horrible y largo viaje, del que no se había recuperado aún. Pedro se adelantó, se quitó el manto, lo extendió en el suelo y colocó sobre él al debilitado enfermo. Después sacó un pañuelo de su bolsillo y le secó el sudor. Llevó lentamente agua a sus labios. A continuación pidió a uno de sus colaboradores que le sustituyera para él dedicarse a la catequesis.

El jesuita colgó en la pared un gran cuadro pintado en tela que representaba a Cristo en la cruz. De sus manos, su costado, sus pies, caía sangre. Debajo, una pila recogía toda esa sangre. Al lado de la pila, un sacerdote con capa y estola estaba bautizando con la sangre-vida que chorrea del Cristo a un grupo de negros. Por un extremo del cuadro se veía salir a los esclavos con un rostro radiante y feliz. Por el otro, los que no aceptaron a Jesús «aparecen —les explica Pedro— muy brutos». Cerca merodean demonios con la boca abierta.

Pedro se entusiasma describiendo el ingenuo y teológico cuadro. Les hablaba con palabras sencillas de la Trinidad, del Hijo que vino a liberarnos. Saca luego más estampas con la vida de Jesús, convencido desde su infancia en Verdú de que no se olvida cuanto entra por los ojos. Aparecía ante los asombrados y doloridos africanos un mundo distinto, un mundo de amor, que respondía a nombres concretos, como María, José, Pedro, Magdalena.

Con la fuerza del Señor —vino a decirles— podrían arrepentirse de sus idolatrías, lujurias y embriagueces. Podrían descubrir un padre. Fue entonces cuando levantó la voz y con lágrimas en los ojos exclamó para que todos lo oyeran:

—Señor mío, Hijo de Dios. Tú eres mi padre. Me duele haberte ofendido. Yo te quiero mucho. Yo te quiero mucho...

Se hizo un gran silencio. Pedro había repetido más de diez veces: «Yo te quiero mucho»; sus palabras habían resonado detrás de la tapia por las calles de Cartagena de Indias. ¿Habrían entrado por las ventanas de la casa de la Inquisición? ¿Llegarían hasta los claustros, teatro de rencillas? ¿Las oiría desde lejos mi señor, el negrero don Marcial,

que seguramente iba a forzar aquella noche a la más joven de sus esclavas? Sólo el mar sereno de la bahía parecía recibir con paz aquellas palabras, «yo te quiero mucho». Yo mismo estaba emocionado por tanta sencillez, pero no acababa de creermela tanta belleza, que hubiera un ser invisible que de veras devolviera ese amor y se fijara en aquella gente desvalida.

Vi cómo Pedro quedaba como en suspenso, concentrado en una profunda oración. En seguida volvió en sí para repetir varias veces más que Dios los amaba y añadió:

—Hay que cambiar de piel, como la serpiente...

Entonces, dejando el crucifijo colgando del pecho, con las dos manos se cogió la piel, empezando desde la cara hasta la cintura, como desgarrándose.

Los intérpretes repitieron en diez lenguas diferentes:

—Hay que cambiar la piel, como la serpiente.

Y los cuatrocientos negros —niños, mujeres, antiguos guerreros— se estiraban sus pómulos, la tersa piel de su frente. No, no era su hermosa piel negra la que querían quitarse; se despojaban del hombre viejo. Adquirían la libertad del hombre nuevo. Era al menos lo que Claver intentaba explicarles con aquel gesto.

Habían pasado cuatro horas de catequesis, ocho desde que el jesuita había salido de casa a socorrer a los enfermos. El sol ardía en su frente, bañaba todo su cuerpo. Era como si un fuego mucho más intenso lo devorara todo.

Al día siguiente me levanté nervioso, atrapado por dos imágenes que me habían desvelado durante la noche. De un lado, la sonrisa de Inés y la incertidumbre de si acudiría a mi cita aquella noche. Del otro, Claver cuidando a esos negros que yo mismo había maltratado a las órdenes de don Marcial. ¿Por qué aquel cura me producía tal fascinación? ¿Por qué me atraía oír sus catequesis y aquel aire de marginado y silencioso con que se movía por la ciudad?

Me dirigí a supervisar las obras. Todo iba a pedir de boca y en una semana don Marcial contaría con una de las más lujosas mansiones de la ciudad. El negrero se estaba retrasando en demasía y hasta el momento yo no había recibido ningún correo suyo en las embarcaciones que habían atracado aquel mes.

Con el fin de informarme si se esperaba alguna nao, tomé la dirección del puerto. Callejeando tropecé con algunos negros colaboradores de Claver. La ciega de la puerta de Santa Catalina hacía muchos aspavientos con la cara y solía hablar moviendo las manos como quien caza moscas.

—¿Acaso miento? Vos lo habéis visto con vuestros ojos. Pero yo sé del tibio calor de sus manos y de sus bizcochos mojados en vino. Todos los días pasa por esta puerta. Mi amigo, mi amigo el padre, es mi único y queridísimo amigo.

Andrés Sacabuche mordisqueaba un plátano frente a la mendiga ciega, mientras veía jugar a suerte de piedras en el suelo a Diego Folupo y Francisco Yolofo. Más lejos, el astuto Calepino intentaba comprar diminutos calamares a una vieja por un cuartillo.

—Demasiados amigos tiene el padre —dijo el negrito Andrés, que era delgado y vivo como un cervatillo—. Esa capa ancha que llevan los curas, con tantos pliegues, ha hecho maravillas. Burdo, raído, amarillento es el manteo del padre Claver. No sé cómo aguanta, porque sirve de mortaja, venda y lecho a los enfermos más repugnantes. Hay quien dice que despide un raro perfume. Pero yo he visto lavar al padre hasta siete veces su manteo. Con él arropó ayer a un enfermo durante la catequesis.

—Pues cuando yo estuve enfermo de una perlesía —dijo Diego Folupo—, me cuidó en su propia cama. Que el padre dice que sus intérpretes somos sus manos y sus pies.

—Ahora nos espera en Getsemaní —me dijo Calepino.

Getsemaní, unido a la ciudad por un puentecillo, era como puerto de infortunio y desengaño final de las Indias. Vagos, desesperados, españoles vencidos por el vicio y la miseria engendraron allí pálidos hijos mulatos que engañaban su tristeza jugando sobre las ciénagas. El olor a úlcera y pescado seco se mezclaba con los gritos de los borrachos, que apestaban a aguardiente de caña. De noche las sombras se deslizaban en la complicidad. Allí la Inquisición solía hacer su redada de brujos y hechiceras, y la lepra su estrago rojo en la piel negra o su mordisco incurable en la blanca. Niños aquejados de elefantiasis paseaban por sus calles sus monstruosas formas paquidérmicas, y en medio de aquel infierno viejas prostitutas vendían sus bocas mal pintadas por los rincones. En Cartagena cundía el terror cuando algunos de esos leprosos se escapaban por hambre del hospital y los soldados apostados en el puente no conseguían cerrarles el paso.

Pedro caminaba por Getsemaní y el lazareto como por su casa. Andrés Sacabuche solía seguirle, vivaracho, llevándole un morral.

—Hoy visitaremos a Magdalena.

El bohío de la negra Magdalena se veía nada más entrar en la calle primera de Getsemaní. De lejos el corazón le decía a la esclava que llegaba Claver. El suelo de su choza estaba medio anegado. Los niños rodeaban al sacerdote, le tiraban de su sotana, mientras él les regalaba dulces o jugaba con ellos.

Más arriba se moría un anciano de Angola, cubierto de lepra. Lo echaron ya, por imposible, del hospital y nadie quería acercársele. Lo primero que hacían Pedro y Andrés en el lazareto era entrar al descampado donde se aislaba a los moribundos. Andrés no podía soportar el hedor que despedía la cabaña y se quedaba fuera. Claver no dejaba que se le notara la instintiva repugnancia contra la que luchaba. Quienes los acompañaban advertían cómo en tales ocasiones solía ponerse en tensión por dentro, y, a veces, hacía algo que yo nunca pude comprender: para vencer el asco, se tiraba al suelo de rodillas y besaba las llagas del leproso. Entonces me contaba Calepino que el viejo moribundo se echaba a llorar de gratitud, mientras la cabaña se había llenado de una extraña luz, la de las manos consoladoras, el cariño fuerte de aquel hombre increíble.

Toda la tarde la dedicaba al dolor de los más abandonados. Cuando, al anochecer, volvía al centro de la ciudad, los niños de Cartagena le gritaban:

—¡El santo! ¡Que viene el santo!

Yo me preguntaba si podía ser feliz un hombre viviendo aquel terrible género de vida. Bobadilla me confesó que Claver se sentía más solo e incomprendido que nunca. Cuando regresaba exhausto a casa solía preguntar al hermano:

—Si viene alguien, llamadme, porque tengo un rato desocupado. Y si alguno llama esta noche, hacedme la merced de avisarme, que los demás padres tienen mucho trabajo y yo poco hago, que duermo en demasía.

—¿Queréis arreglaros la barba? ¿Os pongo en la lista? Ha venido a casa el barbero.

—Sí, hermano, pero ya sabéis que me pido el último.

—¡Ay, el padre Claver y su afición por la navaja mellada! —reía Bobadilla.

—Descanse hoy, padre, que mañana son los bautizos.

Con lo años conocí su estrecha habitación que daba al mar. Cuando Pedro abría la puerta y miraba el jergón, su primer impulso era tumbarse en el lecho y reposar tanto dolor como llevaba encima. Pero aun entonces se reprimía. Miraba un instante al sol ponerse sangrante sobre el Caribe. Por la tronera de su ventana los azules sombreados del mar y el cielo eran para él como la mirada mansa que le reconfortaba desde arriba. Entonces se arrodillaba y escuchaba las olas golpear sobre la muralla de San Ignacio. Cerraba sus ojos y decía para sí:

—Nada, Señor, no hice nada.

Era precisamente la hora en que yo, excitado, acudía a mi primera cita con Inés. Desde mi llegada a Cartagena no había estado con una mujer. Quizá porque había asociado mis escauceos amorosos a las tabernas de los puertos que tocábamos a bordo de *O Explorador* y a la inestable vida del marinero, que ama como vive, a golpe de vela y viento. Entre mis muchas aventuras de escaso mérito, y más allá de alguna buscona portuaria y mozas de taberna, flotaban en mi vida tres experiencias señeras: la mulata de Cha-Cha, aquella gran noche de amor en Cádiz con Rosario y el terrible abrazo anterior a la muerte de la muchacha extremeña que adquirí por encargo de don Marcial en Extremadura. Distintas formas de un amor atravesado siempre por el sufrimiento. La primera como iniciación. Tu madre, porque fue mi única novia y mi esposa imposible, convertida para siempre en un irrecuperable pañuelo. La joven extremeña porque, por mi culpa, don Marcial la mató a sangre fría, mostrándome hasta qué punto el amor es hermano del dolor y la muerte.

Ahora me sentía solo, arrojado por el mar en aquellas playas de clima perenne, sin barco bajo mis pies y, por tanto, sin aquel acunar de las olas y el desértico horizonte alrededor, que aliviaban mis querencias de adolescente. Paradójicamente, tanto silencio me hacía compañía. Marinero varado en tierra, me sentía atrapado por sentimientos contradictorios.

Sigiloso, me deslicé por el bosquecillo, más allá de las garitas de los centinelas detrás de San Felipe de Barajas. Inés se hizo esperar. En un primer momento llegué a pensar que jamás acudiría, puesto que para mí, por la elegancia del vestido e importancia

de su casa y hermana, era una gran señora que no iba a plegarse a los deseos de un recién llegado. Pero no acababa de saber que Cartagena era otro planeta, e Inés apareció en un claro del bosque, silueteada de luna y embozada con un gran manto para no ser reconocida. Su extrema palidez rompió como un relámpago la oscuridad cuando al oír mi silbido y verme, descubrí su rostro.

—Callad, Miguel, que creo que me han seguido unos guardias.

—No os preocupéis, señora, que a mi lado estáis a buen recaudo —le dije estrechándole ambas manos, que se escurrieron como palomas.

Nos deslizamos hacia una cabaña abandonada que yo de antemano conocía. Y sin más preámbulos me miré en sus ojos, que eran ovalados y tristes. Su perfume embriagaba la noche, y por un momento creí estar en otro país, quizás en un lejano puerto oriental de los que narran maravillas al calor del vino los silenciosos navegantes portugueses. Ella parecía tan segura de sí, tan decidida, que me sorprendió. Nuestros cuerpos poseían la misma música y nuestras caricias una melodía que para siempre asociaría a las estrellas, las que nos contemplaban cuando después del amor yacíamos mirando al cielo. Inés era como una arpa sensible a cada arpegio. Nunca imagine que tan frágil criatura pudiera ser tan ardiente. Dijo:

—¿De dónde sois?

—De Cádiz —le respondí sin dejar de mirar al firmamento—, una tierra rodeada de mar que contemplan esas mismas estrellas. ¿Y vos?

—De Segovia. Aunque yo nací en Coímbra, donde mis padres abrieron su primer comercio de paños. Por eso hablo también portugués. Luego hicimos las Indias y aquí estamos.

Apenas habíamos mediado unas palabras entre nosotros antes de abrazarnos. Pese a su aparente timidez, supe al instante que no era la primera experiencia carnal de Inés y que sólo en aquel mundo aparte podían ocurrir las cosas tan de repente, hasta el extremo de que una mujer tan bella y delicada cayera entre mis brazos a la primera insinuación.

No hubiera querido levantarme nunca de aquel lecho de hierbas ni soltar la mano de Inés. No quería volver a la vida, a aquel mundo de pobres y hacendados, negros y blancos, intriga y violencia, conquistadores y conquistados. Pero Inés dijo que tenía prisa, no descubriera su hermana el lecho vacío, que volveríamos a vernos.

Salió corriendo y cuando quedé solo, volví al puerto lentamente. En la habitación de Pedro, junto al mar, permanecía una bujía encendida.

Al día siguiente no quise perderme el bautismo de los negros bozales. Andrés, Calepino y Yolofo se lo sabían de memoria. Todo estaba listo. Y en la negrada había como una expectación novedosa, quizá la única posible antes de ser vendidos y dispersos por las minas o haciendas de tierra adentro. Era el gran día.

Andrés llevaba con mucha atención un jarrón de porcelana china.

—Ve con cuidado, que el padre trata con mimo ese jarrón —le dijeron.

Brillante y floreado, el precioso vaso era lo único de valor que conservaba en su cuarto el padre Claver. El famoso cuadro del Cristo estaba ya dispuesto, junto a una pila de barro medio rota.

Llegó el sacerdote y se revistió con la sobrepelliz y una estola tan raída que no había forma de adivinar su color. En una mesita, el jarrón de porcelana china sobre la palangana a juego destacaba más en medio de la pobreza del marco: el corral, los negros, gallinas sueltas, el propio Pedro Claver.

Uno a uno, acompañados de sus respectivos padrinos –con frecuencia los propios intérpretes–, se iban acercando los catecúmenos y se iban poniendo sucesivamente de rodillas.

–Esta agua es santa. Lava y salva. ¿Veis el sol cómo resplandece? Así por dentro os salva, porque os hace hijos. ¿Queréis ser cristianos?

A la respuesta afirmativa, Pedro vertía el agua con el frágil y exótico jarrón chino, venido de tan lejos, destinado sin duda a la rica cómoda de algún hacendado. Era para los negros un símbolo del valor de aquella agua, que se identificaba con el amor con que los habían tratado por primera vez tras su cautiverio, con el mensaje de aquel Cristo que, como ellos, chorreaba dolor y sangre.

Cuando tenía duda de que el neófito hubiera sido bautizado en las costas de África, añadía la fórmula condicional: «Si no estás bautizado, yo te bautizo...».

Después le colgaba una medalla de plomo, un recuerdo de su bautismo y una señal para los demás. La efigie de Jesús en una cara y la de María por otra los acompañaría siempre, cuando los capataces descargarán sobre ellos los golpes en las galerías de la minas o sobre el surco de las plantaciones. Alguien les había dicho que eran personas, nada menos que merecedoras de la sangre de un Dios.

Brillaban los ojos de los bozales al ver la sonrisa de Pedro. La piel de éstos, especialmente limpia para aquel día por ruego del sacerdote, parecía por una vez recibir con el agua el halago de la fiesta.

Pedro abrazó después uno por uno a los miembros de aquel rebaño que nadie quería abrazar, cazados como animales salvajes en la selva para el desaforado enriquecimiento de una sociedad enloquecida. Abrazaba a cristianos, a hermanos suyos, no a hombres de segunda categoría. Tendía sus brazos, queriéndolos de igual a igual, a su altura, al compás de sus risas infantiles y sorprendidas, después de aquellos ritos nuevos.

Luego se multiplicaban los abrazos entre ellos. Crecía una alegría como las cascadas junto a los ríos en que nacieran, desde una extraña fe que, en una sociedad sin derechos, mostraba ante mis atónitos ojos que para algunos los hombres podían llegar a ser iguales; que detrás de sus rostros, cualquiera que fuera el color de su piel, se podían encontrar en algo. ¿Quizás en la capacidad de amar, creer, superarse? Las mujeres eran más expansivas y daban gritos de alegría. Los niños saltaban. Unos se buscaban a otros.

Por un momento creyeron haber vuelto a sus fiestas libres y alegres, al son del tamtan, cuando corrían por la selva con la libertad de las panteras y escalaban los árboles para saborear el fruto del coco.

Pedro reía hoy con su sonrisa entera. Debió de acordarse de un enfermo que vivía cerca del puerto y que llevaba tiempo sin visitar. Se puso el manteo y salió apresuradamente. Cuando Claver desapareció, irrumpieron los capataces.

Uno gritó, empuñando el rejo:

—¡Silencio! ¿Callaréis de una vez, cochinos negros?

De un golpe se acabaron las risas y concluyó la breve fiesta. Los esclavos fueron conminados a salir cuanto antes hacia los destinos de sus amos.

Al volver a casa me embargaba una indescriptible tristeza, sobre todo al pensar que tarde o temprano tendría que reencontrarme con Marcial de Andrade. Sólo la ilusión de volver a ver a Inés era motivo para seguir viviendo por entonces. Aquella noche soñé con mi madre, que cantaba una nana. Luego la cuna crecía y crecía hasta transformarse en un barco grande lleno de niños esclavos y negros, que cantaban bailando con sus caras levantadas hacia el frescor de la lluvia.

AUTO DE FE

Cuando don Juan de Mañozca preparaba un auto de fe, su pálido rostro de ave huraña y carnicera cobraba un aire triunfante. Se sentía el dueño y primer personaje no sólo de Cartagena de Indias, sino de todo el amplio campo de jurisdicción de su Tribunal, que comprendía el reino de Nueva Granada, el de Tierra Firme, y todas las islas de Barlovento y provincias dependientes de la audiencia de Santo Domingo. Mañozca, que miraba desafiante por la ventana de su despacho de la Casa de la Inquisición, la plaza más céntrica de Cartagena de Indias, a dos pasos de la mansión de don Marcial, aquella mañana debería estar recordando las instrucciones con que llegó allí la fecha memorable del 21 de septiembre de 1610, «a fundar tribunal en aquella ciudad, como puerto de mar y como entrada de extranjeros en aquellos dominios, para que así los ministros del Santo Oficio pudieran vigilar de cerca el que no se introdujeran las personas infectas de herejía».

Pero no había más que verle para saber que estaba nervioso y se sentía insatisfecho. Se podían contar con pocos dedos de una sola mano los autos de fe organizados desde entonces. Sus colegas, viejos curas gotosos, no sabían superar las perlesías y los reumatismos tropicales. Mañozca era ambicioso y nunca había podido conformarse con que, en la fundación del tribunal, se asignase el puesto más antiguo a su colaborador Salcedo. Mientras éste se entretenía en contar historietas de cuando sirvió en la Inquisición aragonesa, a él le tocaba llevar con el máximo rigor los asuntos inquisitoriales. Con todo, sabía ser amigo de sus amigos y formar un solo cuerpo con el notario Luis Blanco de Salcedo, tan insolente y atrevido como él, y con el nuncio Francisco Caparra, con el que disponía a su antojo, dejando a su paso una sombra de miedo al atravesar las calles de Cartagena.

Vi, asomado al balcón, cómo Mañozca regresaba a su mesa a revisar los papeles pendientes, para comprobar si quedaba algún encartado sin incluir en el auto de fe que preparaba: si alguno guardase la ley de Moisés, encendiera candelillas, rezara oraciones judaicas, salmos sin *Gloria Patri*, o ayunase los ayunos de la reina de Ester o el de Rebeaso; si acaso fuera un seguidor de la secta de Mahoma, poniendo a sus hijos nombres de moros, o dijera que la casa de Dios es la Meca, o cantara zambras de moros con instrumentos prohibidos; si alguno creyese en la secta de Martín Lutero y sus secuaces diciendo que no es necesario que se haga la confesión al sacerdote y que no ha de haber imágenes en las iglesias; o, en fin, fuera «alumbrado», o «blasfemo heretical» o «cura solicitante», o «si sabéis o habéis oído decir que alguno o algunas personas, so

color de astrología o que lo saben por las estrellas y sus aspectos, o por las rayas de las manos o por cualquier arte o ciencia, respondan y anuncien las cosas por venir». En fin, brujerías, libros incluidos en los índices de la Sede Apostólica, y mil detalles más que se contenían en el prolijo Edicto de la Inquisición de Cartagena de Indias.

Todos aquellos pormenores estaban presentes en la mente detallista de Mañozca, que hoy se había levantado rezongona, dominando la situación. Huesudo y nervioso, daba vueltas en torno a la mesa, como si algo le preocupara. Sabía que no era bien visto en Cartagena, ni siquiera del cabildo y el gobernador; y que algunos habían descubierto sus malas artes y enviado cartas a su majestad. Había alguien que conocía sus alambicados disfraces, sus secretas bacanales en el campo, a las que acudía pintándose el rostro de negro en medio de la noche. Sabía que alguien había llegado a llamarle el «cambrón que abriga culebras y lagartos», falsificando papeles para que sus mancebas no fueran desterradas. Otros que no ignoraban aquella ocasión en que en pleno calor ardiente del mediodía pidió silla llevada por esclavos para visitar al gobernador e impedir que se proveyera auto contra la negra Juana de Brito, gran favorecida suya; el contrabando que tiene organizado cuando llegan las naos; o los desafueros de su lujuria hasta en la propia sala del secreto de la Inquisición.

Pero él levantaría vuelo sobre todos aquellos mastines que merodeaban a su alrededor para comérselos a mordiscos. Él tenía vara alta en la corte española. Y más ahora, cuando llegara a oídos del rey el auto de fe que preparaba, que sería comentado con loa en los cuatro costados del reino y las Indias.

En ese momento se oyeron unos golpes secos en la plaza. Se asomó. En medio del apacible lugar, flanqueado de árboles y soportales, sobre los que el sol empezaba ya a aplomar cansinamente el ritmo de la ciudad, un grupo de curiosos contemplaba cómo se clavaba sólidamente el tablado para el anunciado auto de fe: Juan de Mañozca parecía feliz con ello y se dirigió a visitar las cárceles secretas del Santo Oficio y a disponer qué notables de la ciudad empuñarían las treinta y cuatro varas de autoridad en la procesión del día siguiente.

Apenas había terminado su revista, se corrió la nueva en los lóbregos sótanos y entre la gente ociosa de la plaza:

—Me han dicho que hoy vendrá a las mazmorras el padre Claver.

Pedro era también muy conocido en aquellos rincones de soledad y tortura. Acudía a visitar a los encarcelados varias veces a la semana. Entraba, dejaba el manteo en la puerta y rezaba un rato ante el crucifijo retorcido y sangrante de la capilla. Luego, reunía a los presos.

—Para escapar de esta tormenta —les decía— no hay otro remedio sino acompañarse de este Señor, como los que padecen naufragio se asen de una tabla para salir del mar. Aquí tenéis, hermanos, la tabla verdadera.

Pero aquel día le vi entrar más silencioso y frágil que otros días, tras saludar a los guardias que le conocían como a otro de casa. No le preocupaban las hechiceras reconciliadas, ni el bígamo de turno, ni otro encarcelado judaizante, con el que había conversado tantas veces.

—¡Si me escuchara! —murmuró

Quien de veras le interesaba era el protestante inglés, Adan Edon, cuya mala suerte le arrastrara al golfo de Paria como ingenuo comprador de tabaco y que se resiste a todas las discusiones de teólogos. Pedro le trató desde el primer momento con respeto y afecto, como a todos los condenados. No se hablaba de otra cosa. Él iba a ser el «gran acontecimiento» del día siguiente. Y todo por negarse a besar una imagen de Nuestra Señora y no ser papista. He ahí, en resumen, su tremenda herejía.

El alto Edon, rubio y delgado, tenía treinta y tres años y la fría dignidad de un británico convencido de su opción religiosa, que no quería dar su brazo a torcer. Pedro le obsequiaba con sus dulces y le pasaba entre los barrotes una copa de aguardiente que Edon se tomaba de un solo trago. Consecuente con sus ideas, se negaba a abjurar de su fe, aunque en la penúltima noche había encontrado a un sacerdote católico que hacía algo más que intentar convencerle con palabras: estar a su lado, por lo que Edon le devolvía la sonrisa.

Desde las primeras horas de la mañana se había visto a Claver recorrer de puerta en puerta las mansiones más linajudas de Cartagena para pedir algo con el fin de comprar pequeños obsequios a los que iban a condenar en el auto de fe. La víspera, la ciudad respiraba verdadero aire de fiesta a altas horas de la noche, por el acto inquisitorial. Aprovechando la confusión de aquella noche me cité en secreto con Inés, que estaba muy excitada con el acontecimiento.

—Nos lo pasaremos muy bien. Engalanan la ciudad entera casi como en el día de la procesión del Corpus y todo el mundo luce sus mejores trajes. Os divertirá el espectáculo.

—¿Divertirme ver quemar en público a personas por sus ideas?

—¡Sus ideas son contrarias a nuestra santa fe católica!

—Y lo que hacemos nosotros, ¿no es también contrario a la fe y a las costumbres según predica la Iglesia? Nunca he creído en una Iglesia que quema a sus disidentes mientras se sienta a la mesa de los poderosos y no practica lo que enseña. A eso lo llamo yo hipocresía. No creo que muchos obispos e inquisidores sean mejores que negreros y piratas que conozco y malviven como pueden.

—¡Ay, ay, os vais a condenar! —dijo Inés asustada.

—¿Acaso no estamos ya los dos condenados, fierecilla mía?

Reímos los dos mientras iniciábamos nuestro juego amoroso en una playa retirada, pues cambiábamos con frecuencia para no despertar sospechas.

Sabía por sus colaboradores que Pedro, identificado con las víctimas, no conciliaba el sueño aquellas noches de vísperas de auto de fe y escuchaba al mar lleno de negros presagios, repitiendo la misma estrofa junto a su cámara: dolor y muerte.

A la luz limpia de la mañana, los tambores comenzaron a anunciar por las bocacalles que dan a la plaza la entrada de los cuerpos de guardia con sus banderas y capitanes al frente. No sólo no pude sustraerme al espectáculo, sino que mi balcón se había convertido en la mejor tribuna. Se estremecían ya con temblor de pánico sacro las colgaduras aderezadas en el tablado, sobre la cual operarios del Tribunal martilleaban los últimos clavos.

En seguida la banda de música dejó flotar sus compases en la plaza. La arcabucería de las seis banderas, además de las del presidio, fulminó una descarga; y, mientras cargaban de nuevo los arcabuces, salió el estandarte de la fe en público, acompañado de los señores inquisidores, fiscal y demás ministros. Sonaron chirimías, trompetas, cajas y pífanos; se enarboló la bandera y, cuando la infantería dio la segunda descarga, Mañozca parecía crecerse varios palmos sobre el suelo y flotar con su ampulosa capa. Ése era el fruto de todas las horas de potro, los interminables interrogatorios, las intimidaciones, la «prueba del agua» o «del peso», a ver si la bruja en la balanza era o no espíritu maléfico. Entonces abatieron sus banderas los alféreces.

Los miembros destacados de órdenes religiosas y la clerecía se aprestaron, revestidos, a acudir a la procesión a las cuatro de la tarde. Ésta irrumpió en la plaza, donde acudía como a un gran festejo Cartagena entera. Todo, como afirmaba Mañozca desde el primer auto de fe de 1614, «a honra y gloria de Dios Nuestro Señor y exaltación de la fe católica».

Al son de las campanas, nuevas descargas y música militar, salieron en primer lugar ocho de las varas. Venía después el gobernador con el pendón de Santo Domingo, servido de dos borleros. Detrás, la cruz que llevaban dos comisarios del Santo Oficio luciendo sus capas. Luego iban a caballo Mañozca y sus ayudantes. Por la calle de la Media Luna y la plaza de la Cebada, las señoras lucían sus basquinas y los hidalgos su mejor vellorí, admirándose de las rojas gualdrapas de los corceles bien enjaezados, las espuelas de plata y los petrales. Detrás iba también en procesión la gente más granada de Cartagena. Doña Elena de la Cruz, del brazo de su marido, parecía una muñeca de ruedas, dado el tamaño de su guardainfante. Al otro lado caminaba Inés, que, dirigiendo sus bellos ojos al balcón, me saludó disimuladamente con un gesto de su abanico.

El cortejo, a través de las calles limpias y engalanadas, se dirigió al tablado donde esperaban los penitentes con el sambenito. Adan Edon no se movía. Permanecía impertérrito, destacando por su altura anglosajona sobre todos los demás. A su lado, las cuatro brujas reconciliadas.

—Mirad —señaló un muchacho desde el público—, ésas son las negras María Lindú, Leonor y Ponia, todas hechiceras. Y la blanca es la portuguesa Isabel Noble, que ya ha sido otra vez penitenciada de la Inquisición.

A su derecha temblaba de miedo el pintor Juan de la Cueva, cuyo delito había sido «casarse dos veces». Otro de los encausados era el portugués Francisco Simón, denunciado en Antioquía por haber porfiado que el hombre carecía de libre albedrío. A estos últimos los esperaban los azotes, la ruina, el destierro.

Era el comienzo. Toda la noche del sábado habían desfilado las banderas rondando la Casa de la Inquisición. Los condenados atravesaban la oscuridad de la víspera en la desesperación, a pesar de que eran conscientes de que sin ellos no sería posible el festejo del triunfo de la fe. Según las ordenanzas, la procesión del día siguiente se desarrollaba en medio del silencio. Revestidos de sus insignias y conducidos de sus celdas al patio de la Casa de la Inquisición, salían sin ruido los penitentes. Sobre el tablado, sillones y cojines de damasco rojo: misa, prédica y relación de las causas, por cuatro lectores, dos en un púlpito y dos en otro. Aquel acto duró varias horas hasta que se dieron lectura a las sentencias. Todo estaba previsto: el dosel del fiscal, la mesa con aderezo de escribir para el secretario, la silleta sin espaldar en la que el Tribunal tomaba asiento.

Al salir los encausados, la chusma los abucheó mientras les lanzaban tomates y naranjas con mucha diversión de todos. Entre los condenados, como uno más, confortándolos, dándoles un traguito o un bizcocho, advertí una figura insignificante que se deslizaba de aquí para allá, que intentaba pasar inadvertido. Era Pedro.

Pero aún no había llegado el número fuerte de aquel increíble espectáculo. Después del desfile de los caballeros de hábito, los miembros del cabildo con mazas de plata, que entonaban invocaciones al Altísimo, había que cumplir las sentencias estipuladas: a azotes, a galera, sambenitos o la hoguera sin más.

Adan Edon avanzaba sin flaquear, derecho y con pie firme. Caía la tarde cuando se comenzó a cantar el *Miserere mei Deus*. Aquel hereje, aún joven y apuesto, avanzaba con la cabeza alta entre la multitud. Se acercaban para verlo mejor, agolpándose a los estrados, negras y sirvientas, risueñas mientras mascaban gofio y almendras de maní. Edon las miraba con frialdad y paseaba su vista un tanto desafiante por la plaza repleta de curiosos. Imaginé qué estaría pensando, en medio de aquel puerto tropical y exótico, aquel infierno adonde le había conducido su triste fortuna desde las tranquilas aguas del Támesis. Pero estaba dispuesto a morir impertérrito, haciendo honor a la dignidad y flema inglesa en manos de los papistas españoles.

Pedro contemplaba desde un rincón, ajeno al ruido de la fiesta, con qué decisión el inglés se puso en pie sobre la leña. Con un gesto decidido rechazó ser atado. Todo Cartagena contenía el aliento y exhaló un suspiro casi animal cuando acercaron las teas ardiendo a la pira. Vi cómo el fuego lamía primero sus vestidos y luego sus pálidas carnes. No se movió. Después se hizo en la multitud un pavoroso silencio, entre expectante y espeso. La fe había sido «salvada», pensé. ¿Qué fe? Mañozca sonreía desde el estrado. Pedro se arrodilló desde un rincón con la cabeza inclinada. «Si parecía un santo —comentó en voz baja—, un santo mártir cristiano...»

Las llamas del tormento presenciado aquella noche se quedaron bailando en mis pupilas durante largos meses. En la plaza desierta, las cáscaras y frutas estrujadas aquí y allá manchaban el aire de la melancolía que sigue a la fiesta, y qué fiesta. Pero en realidad eran el olor a chamusquina y el sordo grito de la chusma los que sobrenadaban en el ambiente, revistiendo el anochecer de un temblor a injusticia y muerte. Pedro, que se había quedado hasta el último minuto cerca de los penitenciaros y sus familias, acompañándolos en sus lágrimas, cruzaba solo entre los árboles de la plaza desierta. Se volvió y dedicó su última mirada grave y misteriosa al lugar del suplicio, donde unos esclavos de la Inquisición barrían las últimas cenizas.

Ya era de noche, una noche muerta en la que no corría ni un soplo de brisa. Caí como un saco de piedras sobre el lecho. A eso de las dos y media de la madrugada alguien aporreó la puerta de la casa.

—¿Quién es?

—De parte de doña Elena de la Cruz.

Era su criada negra.

—Doña Elena quiere que vayáis a buscar al padre Sandoval, que dice que vos le conocéis bien, que se muere su madre.

Me vestí apresuradamente y nos dirigimos a la residencia de los jesuitas.

En el pequeño aposento, situado en la portería del colegio, Pedro encendió temblorosamente una vela. A su luz resaltaba fantasmagóricamente su rostro «pálido y demacrado». Por entonces había perdido algo de su viveza, que los informes jesuíticos de su juventud calificaban de «temperamento colérico». Ahora destacaba más la soledad, el misterio y la melancolía en sus ojos. Sus dedos, huesudos y sensibles, aquellos que los negros de Cartagena conocen y recordarán siempre, se deslizaban por las ilustraciones evangélicas de la obra del padre Ricci. Amarilleaban las páginas del viejo libro con la imagen de Cristo atado a la columna. Fuera, el mar era como una larga pregunta, como el silencio infinito de aquel Dios que callaba ante la torpeza y la injusticia del hombre.

¿Cómo estar cerca de todo aquel dolor? Tomó como tantas noches una disciplina y se azotó. Bajo la ventana, los soldados de la muralla se miraban y comentaron estremecidos:

—¡Otra vez, el padre Claver! ¡Como siempre, tres veces cada noche!

Luego dedicaba cinco horas a la oración. Hasta antes del amanecer no concedía tiempo para el sueño: tres horas justas, sobre la manta junto a la cama. Eran tiempos difíciles. La angustia parecía recorrer como un fantasma la noche de Cartagena. ¿Podría dormir él?

De la pequeña estantería saca un cuadernito, que empieza a deshojarse por el tiempo. La tinta se ha corrido algo sobre el papel, pero la letra conserva aún el calor humano del amigo. Parecía recordar sus palabras: «Lleváoslo a las Indias, que allí no hay tanta facilidad de libros espirituales».

Y leyó: «Andar en la presencia de Dios como está un amigo con otro..., andando o estando con su Dios a solas sin discurso alguno; el cual modo es gran descanso no sólo del espíritu, sino también del cuerpo, porque el amor de los dos causa gran presencia del amado».

En aquellos momentos el tiempo no pasaba, no sentía su propio cuerpo. Era algo así como si estuviera vacío de sus entrañas. Como si él fuera el mar, el grito de aquella tarde, el fuego del patíbulo, el alma serena del pobre Edon.

Algo parecido a aquella noche en Barcelona, cuando un compañero le señaló el lugar: «Mirad, aquí fue donde molieron a palos al padre Ignacio, aquí fue, aquí fue». Entonces se quedó arrobado, sin moverse de su sitio. Ahora, al volver a recordarlo, fluían las lágrimas.

O aquel otro día que el éxtasis le vino en pleno ajeteo por la populosa calle de las Carretas en Cartagena de Indias. Venía de visitar enfermos y se dirigía a dar una catequesis de negros. Ensimismado en su calor interior que le arrebatava el alma, se le echaron encima las mulas y el coche del señor gobernador. Una mano le cogió del brazo y le apartó. Hasta ese momento no advirtió que en la calle casi no se cabía de gente y que muchos le habían gritado, advirtiéndole la proximidad del accidente. Recordó la frase de Alonso Rodríguez, de lo que le ocurría a su amigo el hermano portero, «su Alonso»: «Iba tan absorto en Cristo crucificado que no veía a las gentes, sino a manera de sombras».

En esos momentos él ya no era él, sino el amor que le arrebatava. Corrían historias de haberle visto en esas ocasiones como levitando en el aire y hasta despidiendo una extraña luz de su rostro.

Son las tres de la madrugada. Acaba de sonar la campanilla. El hermano Nicolás González, que duerme junto a la portería, se levanta y abre la puerta, palmatoria en mano.

—¡La madre de doña Elena de la Cruz se está muriendo y quiere que le lleve los óleos el padre Sandoval! —le dije.

—El padre Sandoval no está. Pero el padre Claver siempre está bien dispuesto —respondió Nicolás.

Yo pensé que doña Elena no tragaba a Pedro, por confesar a negros, pero en aquellas circunstancias no iba a imponer exigencias. González subió con cuidado la escalera y llamó a la puerta de Claver. Ni un ruido, nadie contestaba. Volvió a llamar. Sólo se oía el rumor del oleaje cercano.

—Padre... —musitó.

Entonces se atrevió a abrir. De rodillas, la mirada entreabierta, el rostro inclinado y media sonrisa en los labios, Pedro estaba sólo físicamente en su aposento. El hermano Nicolás hizo ruido, le llamó repetidas veces. Hasta que no lo tomó por un brazo, no volvió en sí...

Pocos minutos después parecía una sombra deslizándose a nuestro lado y envuelto en su manteo por las calles de la ciudad, sobre piedras ajedrezadas de luna. Llevaba la frente bañada en sudor.

La paz entró en la habitación de la enferma cuando llegó el jesuita y le administró la extremaunción dulcemente, sin hacer ruido. Junto a la cama vi a Inés, que lloraba como una Magdalena. Sufrí de no poder consolarla pero le dediqué una mirada que valía por mil palabras.

Doña Elena me increpó en voz baja:

—¿Cómo habéis traído a este cura de negros?

—El único que había dispuesto, mi señora.

Pasada una hora, cambió el relevo de guardia en el baluarte de San Ignacio, sobre la muralla. Los soldados que venían de refresco, como todas las noches —lo atestiguarán después— miraron al ventanuco. Una tenue luz de vela permanecía encendida, la palmatoria de barro de Pedro Claver, que aún no duerme.

Bajo el dosel carmesí y entre las holandas de su lecho, había otro español en Cartagena que no lograba conciliar el sueño aquella noche por razones bien distintas: don Juan de Mañozca, bachiller en Letras por la Universidad de México y licenciado en Cánones por Salamanca, inquisidor y subdiácono de la Santa Madre Iglesia. El calor no le dejaba dormir; ni el ruido de la chusma que resonaba aún en sus oídos, ni sus planes de medrar en la Corte, ni aquellos ojos azules y tranquilos que le miraban fijamente en medio del fuego. Estaba a punto de amanecer en la ciudad amurallada y heroica de Cartagena de Indias, cuando finalmente, exhausto, caí en la cama.

AQUELARRE EN TOLÚ

Olía a nuevo, a mar y a especias, aquella mañana de domingo. La blanca plazuela de enfrente del colegio era un hormigüear de fieles, españoles y criollos de Cartagena de Indias, que con sus mejores galas acudía a cumplir el precepto dominical, un auténtico acontecimiento y ocasión de lucir galas e intercambio de noticias y rumores para la sociedad cartagenera.

—¡Predica el padre rector de los jesuitas, que es muy letrado! Es la misa que más gente atrae de toda Cartagena. Catad allá: ¿no es ésa la mujer del señor gobernador?

Un esclavo negro, con camisa de lino, salta del pescante para abrir la puerta a la distinguida dama. Pese a mis crecientes dudas de fe, me gustaba no perderme aquellas animadas misas, que competían con las que celebraba el obispo en la catedral, y que me permitían estar al cabo de cuanto ocurría o iba a ocurrir en la ciudad. Aunque el verdadero motivo para mí era volver a contemplar al menos de lejos el perfil suave de mi amada doña Inés, que solía acudir acompañada de su hermana Elena. Efectivamente allí apareció, detrás, y se bamboleaba dentro de su guardainfante. Inés vestía un sencillito vestido celeste y se tocaba con un velo blanco de encaje. Las campanas doblaban ya su último toque, cuando de pronto apareció una extraña comitiva. Era Pedro Claver, que irrumpió en la plaza al frente de un centenar de negros del último armazón, que, ya bautizados, acudían a la misa. Los cuchicheos, las miradas tensas y rumores recriminatorios se propagaron por los corros de españoles como una chispa en azufre. Pedro esperó pacientemente a que los hidalgos entraran sin prisa, agitando sus abanicos ellas, destocándose ellos, en el umbroso recinto del templo. Luego dio Claver una señal para que avanzara su pobre gente, que lo hizo con timidez entre miradas huidizas, gestos de temor. Algunos, como solían ir habitualmente, entraron semidesnudos.

La iglesia, todavía pequeña, no podía albergar a mucha gente, a pesar de que había sido extendido un toldo para ampliar la cabida.

Desde el presbiterio, el padre Alonso de Sandoval, convertido tras un viaje al Perú en nuevo rector del colegio, se volvió para pronunciar el *Dominus vobiscum*. ¿Estaba el Señor con sus fieles? No pudo dejar de advertir vibraciones de tensión y malestar en su distinguida feligresía. Pedro Claver se había sentado ya en su confesonario, desde el que serpeaba una larga fila de negros de toda edad y sexo, vestidos con cuatro trapos de vivos colores, que guardaban cola silenciosamente. Empolvadas damas españolas se retiraban sin disimular su indignación de aquella parte del templo. Tras el abanico, una de ellas comentó a su compañera en voz no tan baja como para que no se la oyera:

—No soporto esa pestilencia. Para mí que el padrecito éste no sabe lo que hace. ¿Cree vuesa merced que nosotras vamos a demorarnos tanto como para esperar que se confiese un esclavo? ¡Faltaría más! Dicen que es un santo, pero para mí que no es más que un loco que no guarda respeto a la patria, a la sangre y la hidalguía. ¿Sabéis qué os digo? Que yo ya no me confieso con ése. Siempre huele a negro y jamás se perfuma.

Dirigí mi atención al confesonario. Los esclavos tenían la mirada baja y el sombrero entre las manos. Agucé la vista. El sacerdote había dispuesto una canastilla junto a él. De vez en cuando, y después de dar la absolución, sacaba un pequeño regalo —una golosina, un frasquito de aguardiente o un pañuelo— y se lo daba a uno de sus penitentes negros, por lo general desarrapado o enfermo.

—Dicen que hay días que aguanta hasta siete horas en el confesonario y que el hermano Nicolás ha de traerle un poco de vino o vinagre para que no se desvanezca.

—Pues ¿qué se me dan a mí esos malos olores si es, en verdad, un hombre santo? —comentó doña Jerónima de Urbina—. Mi hermana Isabel y yo somos bien devotas del padre.

Doña Jerónima se levantó de su banco y, muy decidida y derecha, se aproximó al padre Claver. Pedro, que la vio acercarse y ponerse delante de las negras que guardaban cola, le dijo con tono mesurado:

—Señora, ¿no os importaría esperar? Los negros son pobres y deben servir a sus amos. Nadie los consuela y confiesa. Siempre encontraréis sacerdote a punto para confesaros, pues a las señoras como vos nunca les faltan. Además, ya sabéis: yo no sirvo de otra cosa que para confesar negros, y mi confesonario es hartito estrecho para guardainfantes.

A pesar de todo, doña Jerónima, que no era señora altiva, se puso en cola. También lo hicieron dos caballeros tras ella. El murmullo creció y el gesto provocó el rechazo de no pocos fieles, que se marcharon mostrando su indignación, porque aquélla era su misa, «misa de blancos». Fueron inútiles las insinuaciones evangélicas que desde el púlpito hizo el padre Sandoval, el único de los jesuitas que, junto a los hermanos coadjutores, comprendía de veras al padre Claver.

Según me contó Bobadilla, aquella mañana crecieron las críticas y comentarios dentro y fuera del colegio-residencia. Claver, cansado de confesar, cruzó el patio para subir a su cámara. El hermano Pedro Lomparte se dio el encontronazo con él, y le dijo con una amplia sonrisa:

—Bien duro habéis estado con esas damas españolas, Claver.

—Lomparte, no ignoráis que esas «exquisitas damas» no son sino «tartanas al viento». Os diré un secreto: en realidad tengo sólo dos penitentes españolas fijas y, ¿sabéis?, ¡jellas dos me dan más trabajo que todos los negros de Cartagena juntos!

A los pocos minutos volvió a bajar la escalera con un pequeño libro de música en las manos. En un rincón del patio esperaban los niños, que palmotearon de alegría cuando le vieron. Con un regusto especial, como si se permitiera un descanso, Claver

abrió el libro. Como buen catalán, era aficionado a la música. Entonó una alegre canción. Sacabuche y otros intérpretes siguieron la melodía. Los niños la repitieron. Y el claustro se colmó de voces, llenándolo todo de sabor a fiesta y regocijo dominguero. Nicolás González, al pasar junto al corro de niños en dirección a la portería, le miró sonriendo. Luego me dijo:

—Este bendito Claver no descansa. ¿Cuándo se dedicará un rato a sí mismo?

Apenas hube salido del templo, mientras yo saludaba muy formalmente a Inés y a Elena, se me acercó Calepino pidiendo venia:

—Señor, tengo noticias para vuestra merced. Hermanos negros acaban de avistar las velas de *O Explorador* desde el fuerte de Bocachica.

No pude ocultar mi nerviosismo y, con una atolondrada reverencia, me despedí de las señoras, para preparar el recibimiento. Tenía el tiempo justo, pero lo había previsto todo con mucho detalle: una banda de música, un grupo de bellas esclavas y un banquete para impresionar a don Marcial.

Por la línea de flotación advertí en seguida que el barco venía con las bodegas vacías. Probablemente, pensé, De Andrade había desembarcado el armazón en Portobelo. Algo me dio mala espina cuando *O Explorador* comenzó a arriar velas y ponerse al paio del viento para lanzar maromas y atracar. Di orden a los músicos de que tocaran pífanos y chirimías y que los esclavos extendieran una alfombra roja hasta donde estaba atracando el barco, mientras las negras bailaban. Pero en el puente sólo vi a García, el contramaestre y un par de marineros. No saludaban a nadie, parecían serios y don Marcial no asomaba por ninguna parte.

Finalmente, abierta la escotilla del camarote principal, salieron dos marineros portándolo en parihuelas. Don Marcial llegaba contagiado de tabardillo y con una cara que evidenciaba sus malas pulgas.

Ni el festejo le hizo gracia, ni las mulatas de hermoso cuerpo que le tenía para su solaz. Rascóse la cicatriz sobre la aceitunada piel y se limitó a decirme:

—¡Vamos a casa, Miguel, que vengo muerto!

Sólo esbozó una sonrisa cuando le mostré su escudo de armas labrado en piedra sobre la puerta señorial. Ya en el patio le pregunté:

—¿Os gusta vuestra mansión, señor?

Se dignó asentir con la cabeza y gritó:

—¡Vamos, portadme al lecho!

Depositado en la gran cama con dosel y mosquitero que le había aparejado, di orden a los criados de que fueran a buscar los mejores médicos de Cartagena, aunque fuera domingo y cobraran precio de oro. Pero don Marcial, que dejó caer su gigantesco cuerpo como un saco de piedras sobre las sábanas, se quedó al instante dormido.

En el patio ofrecí un refresco a García, que me puso al cabo de los últimos acontecimientos con aquel ceceo gaditano que despabilaba recuerdos dormidos y despertaba en mi alma una sonrisa teñida de añoranza.

—Dejamos Angola con buen viento y cuatrocientos bozales sanos y fuertes. Pero luego, ya en alta mar, estuvimos casi un mes con las velas tan lacias como verga de anciano. No se movía ni una pluma de la gorra de don Marcial. Barrimos el cielo, juramos, rezamos. Todo inútil. El mar parecía un plato, hijo, mientras la negrada bramaba en la bodega. Tuvimos que sacar a cubierta a los esclavos y hacerlos danzar como otras veces, ya sabes, además de tocar puerto de Guinea para embarcar seis tinajas de agua y provisión de alimentos. A pesar de todo, los negros se iban muriendo como ratas, más de la mitad del cargamento, lo que encabritaba cada día más al patrón, que gritaba en cubierta sin parar de zarandearnos: «¡Por cada negro que muera os bajaré de la paga diez pesos, hijos de perra!». Tantos sinsabores le sacaron de sus casillas y le predispusieron al contagio. En Portabelo hemos entregado apenas un centenar de negros, los más medio muertos, y ya has visto que don Marcial, que ha cobrado una miseria, viene insufrible.

A García, también demacrado y hambriento, le di abundante comida y bebida amén de una aseada habitación en el piso bajo de la casa para que descansara, y bien que lo hizo, que no se levantó en tres días.

Ya anochecido aproveché que el patrón dormía a pierna suelta para concertar cita con Inés. Calepino, tan hábil como rápido y eficaz, se había convertido en mi mensajero para con mi amada, que por cierto aquella tarde había asistido a la famosa tertulia de doña Isabel de Urbina. Tan pronto nos vimos, me cotilleó pelos y señales de los dimes y diretes de las féminas más encumbradas de la ciudad.

Como en Andalucía, en Cartagena hay rincones donde se juega al escondite con la canícula y se engaña al sol con los aljibes, cubiertos de yedras y musgos, y las altas paredes que conservan secretos de amor y de muerte de aventureros españoles, convertidos en Indias, como dije, en pequeños señores feudales.

En el patio de doña Isabel de Urbina, al compás del vaivén de los abanicos de chaguaramos y corozos, fue, según Inés, muy animada la merienda. Entre chisme y chisme, manos que perfilan un afeitado o se aflojan el miriñaque, ir y venir de esclavas con la jícara humeante de chocolate y los dulces de hojaldre, doña Isabel y doña Jimena celebraban cotilleo de postín: las Estrada, Delgado, Bancarel, Alvisu, De la Cruz y Peralta. Con la taza de chocolate se pasaban una a otra miradas de complicidad, rumores de última hora y algún que otro silencio de «dignidad ofendida». No asistían caballeros, que organizan su solaz aparte o quizá se hallaban lejos, en las encomiendas del interior, navegando o sirviendo a las armas del rey en las fortalezas costeras.

Doña Isabel, quieta y dulce, era distinta de todas ellas. Mujer refinada, se la veía pendiente de todo y en su ambiente. Pero Inés decía que veía en sus ojos un no sé qué de nostalgia e insatisfacción, como si hubiera un afecto imposible en ellos y como si, por excepción, entre las asistentes a aquel conventículo, careciera de recámara y dobles intenciones.

El reciente auto de fe de la Inquisición, las esperanzas de que llegara la flota, las pretensiones de brujería de fulanita; los bienes que adquirió menganita con su reciente boda de campanillas; el calor, los negros, los corsarios fueron algunos de los temas de conversación.

—Pues sabed, hija —comentó una—, que mi marido y yo hemos tenido mala suerte con los esclavos. Este año compramos un guineo y una angola, que parecían de buena raza y capaces de criar, pero ni tan siquiera un esclavito nos han parido. Y nada os cuento de nuestro lucumí, que cayó en manos del Santo Oficio por echar la suerte de habas y robar en Santo Domingo.

Al observar los cauces que tomaba la conversación, doña Isabel despidió a los esclavos, ordenándoles que dejaran el servicio de plata sobre una pequeña mesa de jardín. El sol había desaparecido detrás de un espeso nublado, cosa que no conseguía sino filtrar la húmeda calima, haciéndola más pesada y excitante, pese al cal y canto de los gruesos muros y a la fresca vegetación del patio interior.

—No sé cómo vuestras mercedes tratarán a sus negros —dijo Isabel—, pero yo no obtengo de ellos sino buen servicio y satisfacciones. ¿Habéis visto, por ejemplo, a esa mujer que acaba de servirnos? Es Margarita Caboverde, y no sólo me sirve y cocina como los ángeles, sino que también me acompaña y ayuda en todo lo que intento colaborar con el padre Claver.

Al tocar este tema, doña Elena de la Cruz cambió de cara. Doña Isabel continuó a pesar de todo y se hizo lenguas del padre Claver: cómo al principio despreciaba, como todo el mundo, a aquel religioso insignificante, que iba de tugurio en tugurio, era amigo de los negros y rehuía, con su carácter hosco y ensimismado, a los grandes e influyentes de Cartagena. Hasta que un día, al pasar por su casa e ir a atenderle Margarita Caboverde, como siempre que se acercaba a pedir para sus negros, Isabel pudo conversar con él y descubrir que no era ni lego ni ignorante, sino docto en teología, versado en latín y griego, y que conocía incluso la lengua de Angola, que había aprendido para catequizar a los morenos.

Isabel contó con pormenores cómo se había hecho buen amigo de su familia; que Margarita Caboverde cocinaba dulces para sus enfermos y los grandes bienes que le había traído aquella amistad. Sobre don Hipólito Salazar, su difunto marido, que murió de peste cuando era comandante del castillo de la Punta del Indio, al que llevó una reliquia del santo hermano Alonso Rodríguez, le aseguró que había alcanzado la alegría del cielo y que «convenía que muriese porque nunca estaría mejor dispuesto». Contó otros favores hechos a doña Juana y doña Jerónima, sus hermanas, aconsejándolas en sus males y avisándolas también de cosas futuras. Porque, ¿cómo olvidar cuando su pariente, el jesuita padre Francisco de Urbina, venía del Perú, camino de Cartagena y se puso gravemente enfermo? El padre Claver adivinó que vendría sano y «que nos mandaría a todos —dijo— en el colegio». Como así fue, que cuando llegó a Cartagena fue nombrado padre ministro de los jesuitas.

Inés, pendiente de la boca de su hermana, se esperaba lo peor. Doña Elena no pudo aguantar más.

—Me parece, Isabel, que no sabéis de la misa la media. Yo os contaré cierta historia que no es precisamente de santo y que me ocurrió a mí misma con el padre Claver.

Por un momento se detuvieron los abanicos y dejaron de tintinear las cucharillas. Todos los ojos, ávidos y curiosos, se posaron en la repintada señora, que se arrellanó en su guardainfante e irguió con orgullo displicente su talle, como dispuesta a afilar sus uñas ante doña Isabel. Se detuvieron las mecedoras y reinó el silencio sólo turbado por interrupciones de un loro que canturreaba igual el *paternoster* que una copla lucumí.

—Un día de la Semana de Pasión entré en la iglesia de los jesuitas con mi mejor guardainfante.

Todas se miraron unas a otras, pues, como advertí, eran famosos los guardainfantes de doña Elena en todo Cartagena de Indias. Bajo aquella amplísima armadura de aro de hierro había toda clase de cuerdas, ballenas, paja y pelo para ahuecar más el ruedo, que parecía una barrica de exagerado y casi no le permitía pasar por las puertas.

—Pues apenas entro en la iglesia —continuó doña Elena—, cuando veo al padre Claver, que estaba con sus infectos negros en el confesonario. Se me acerca y me dice que no es tiempo la Pasión para pasearse así como iba vestida cerca de la capilla del Milagro. ¡Imaginaos vuestas mercedes qué iba a hacer yo! Grité en medio de la iglesia que eso era ofenderme y afrentarme en público. Menos mal que el hermano Nicolás se acercó a consolarme y le dijo al padre Claver que no debía entrometerse en eso y que por su causa iba a quedarse la iglesia vacía. El padre Francisco Sarmiento, que era entonces el rector, debió de oír el alboroto, bajó a la iglesia y reprendió severamente al padre Claver, en presencia de todo el pueblo, diciéndole que los religiosos no eran los reformadores de los hábitos de las mujeres y que para eso estaba el confesonario o el púlpito, si había razón para ello. El padre Claver tuvo que callarse y me ha confesado el hermano Nicolás que al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, se postró ante él en la sacristía sin decir palabra.

La última frase la subrayó doña Elena con retintín, como si hubiera salido vencedora de un pleito con un criminal. Isabel callaba. Se le habían saltado las lágrimas. Aquella frívola de Elena, desde su colorete y su mesa camilla ambulante, había dado en rostro al hombre santo que vivía, hora a hora, el infortunio, las lágrimas, la miseria y el desprecio de los pobres negros.

—¡Loco, os digo que está loco! —repitió la opulenta dama—. Y no soy la única que lo afirma. Que otras me han comentado que tiene ojeriza este padre a los guardainfantes y que si alguna quiere confesarse con él ha de esperar cola detrás de las esclavas negras o tocarle el corazón por el hermano Nicolás, que es al único a quien hace caso.

Doña Jerónima Urbina, que hasta el momento había permanecido en silencio, luchaba consigo misma sobre si intervenir o no en la conversación. No soportó las últimas palabras de aquella presumida y terció, muy decidida:

—Se ve por todas las trazas que no conocéis al padre, Elena. Como a Isabel, a mí me han ocurrido con él cosas maravillosas, pero siempre a favor de los negros que vos despreciáis. Un día, como sé que los quiere, le rogué que encomendara a Dios a los esclavos que tengo en mi hacienda. No bien le dije estas palabras, cuando se le mudó el rostro y con la mirada perdida sólo exclamó: «Y aquel pobrecito, y aquel pobrecito como un mártir». Me dejó tan impresionada que sentí como un resorte interior que me impelió a salir corriendo hacia la hacienda. Tomé una cabalgadura y llegué lo antes que pude. Todavía lejos de la casa de los esclavos, oí un lamento largo como de ánima en pena, que no lograba silenciar ni las voces de los capataces ni el ladrido de los perros. En los ojos de los esclavos que vinieron a ayudarme a descabalar se leía la tragedia. Entré en el calabozo. Aherrojado, casi exhausto, se debatía entre la vida y la muerte uno de los mejores negros de la plantación. Todavía descargaba golpes sobre sus espaldas un taimado capataz, cuando di al instante orden de que cesara. El capataz me presentó, con miedo, mil excusas: que si estos negros sólo con látigo, cadena y cepo, responden a su obligación; que si es así como hacen en todas las haciendas; que si son pícaros y tienen malas artes. Pedí que lo desencadenara y me trajeran agua en una jofaina para curarle. Jadeaba con la lengua fuera. «Estoy enfermo —hipeaba en un estertor— y no me quieren creer.» Los moretones y heridas le cubrían todo el cuerpo. Ya no era hombre. No podía hablar, daba estertores y lloraba, lloraba sin cesar.

Doña Jerónima ponía también el alma en la narración y se había excitado al llegar este momento. Todas la seguían sin perder palabra. Elena miraba de soslayo; detrás de la puerta del patio, los negros del servicio escuchaban con ojos desorbitados.

—En aquel momento —continuó doña Jerónima—, ya los demás negros de la hacienda habían hecho un corro y también lloraban. A los pocos minutos se nos fue aquella vida, con una mirada de ansiedad y en un último estertor. Me quedé atónita, como de piedra, cual si tuviera el mundo entre mis manos, un mundo sin vida y sin amor. Miré al capataz y debió de ser tal mi mirada que desde entonces se quita de en medio cuando voy, y no lo he vuelto a ver. Recordé allí las palabras que acababa de oír de labios del padre Claver: «Y aquel pobrecito, aquel pobrecito como un mártir». Desde entonces es el viejo Lucas, nuestro más veterano esclavo, el nuevo capataz y nunca usa de látigo, sino persuasión y buenas palabras. Yo misma no conozco el clima de amor y entendimiento que hay en la hacienda, que suele visitar el padre para predicarles el Evangelio y comer con ellos el mismo cazabe. En mis tierras no ha vuelto a oírse el restallar del látigo ni el lamento de los apaleados. ¿Comprendéis ahora, Elena, por qué esta mañana yo guardé cola entre las que llamáis «apestosas esclavas» para confesarme con el santo padre Claver?

Todas las damas, Inés incluida, se quedaron sin palabra al oír la narración de doña Jerónima. Todas conocían a Pedro Claver y lo habían visto, atónitas, cruzar ante ellas con su mirada brillante, su color cetrino, su barba, que comenzaba a blanquear, y su aire melancólico. Lo vieron en los basureros y hospitales de la ciudad, recogiendo todas las

lacras y olores de un mundo miserable, metido hasta el fondo en las sentinas de los barcos negreros, cargando a los esclavos moribundos sobre los hombros, acostándolos en su manto y penetrando sin más en las haciendas para suplicar que no los golpearan. Para ellas, bienquistas y perfumadas señoras de la colonia, aquello era una bofetada demasiado fuerte.

Inés, que se encendía al relatármelo, añadió que doña Isabel rompió el embarazoso silencio con un cambio de conversación y, tras los últimos refrescos, llegó la hora de las despedidas. Fue entonces, cuando las sombras empezaban a descoyuntarse por los rincones de la intrincada Cartagena, que Inés recibió mi discreto recado a través de Calepino. El olor a limoneros y magnolias del patio de doña Isabel invadía ya la noche tropical y esclavos negros con faroles colgados de pértiga iluminaban el camino a las damas, que regresaron sin dejar de parlotear a sus casas. Inés vio al salir por una celosía cómo Isabel de Urbina se arrodillaba en su reclinatorio de caoba, mientras en el candelabro de plata temblaba la llama de una vela, que proyectaba sus pálidos reflejos sobre un crucifijo barroco, amarillo, ensangrentado. Luego, de vuelta a casa, esperó que su hermana Elena se durmiera para encontrarse conmigo.

—Pero ¿queréis creerlo? Cuando salí hacia aquí me tropecé con una sombra que estoy segura era la de mi hermana.

—¿Elena? No es posible.

—Como os cuento. Nada más llegar, apagó las luces del comedor y dio orden a los esclavos para que se retiraran. Minutos después se había quitado el guardainfante y, ataviada de sirvienta, se deslizaba calle Candilejo arriba. Y es que hoy hay aquelarre. No es la única. Otras mujeres notables, negros, mulatos y españoles disfrazados salen a esa misma hora amparándose en las tinieblas. Pero lo que menos podía imaginar es que Elena participara también en cosas de brujas, aunque está muy rara desde que pretende los amores de un engolado capitán que vino de tierra adentro.

—Siempre oí hablar de esos encuentros, pero nunca los he presenciado ni sé cómo se desarrollan —comenté intrigado.

—Yo os llevaré hoy —dijo Inés sin ocultar cierta excitación morbosa—; lo veremos desde algún escondite.

La cita era bajo la luna y en torno a una gran hoguera, en Tolú. Las brujas, impregnadas de emplasto de sapo, danzaban junto a los árboles de bálsamo, contorsionándose y extendiendo sus manos al cielo, como en ademán de volar. Una de ellas, estremeciéndose toda, profería palabras ininteligibles, mientras preparaba para doña Elena un hechizo, que le había prometido, fulminante: polvos de calavera, sesos de asno, cabezas de gato prieto, uñas de pie y cabellos del cogote.

Inés y yo, envueltos en un manto y escondidos entre la gente, nos deslizamos hasta poder oír:

–Tendrás que dárselo a beber a su marido. Y al capitán al que pretendéis enamorar le daréis este otro brebaje conjurado que se obtiene de una hierba de Tolú; hierba muy buena, que tomándola en la mano y untándose el cuerpo con ella se muere de amor el hombre por la mujer. De ello había tenido mucha experiencia Lorenza de Acerato, célebre bruja cartagenera, que había llevado a mal traer a la Inquisición.

El paraje, solitario, estaba vestido de otro embrujo, el de la noche de Tolú, con el mar al fondo. Las últimas casas se habían quedado atrás y Taravira, un enano «diablo», vestido de indio, se acercó a doña Elena y le dijo al oído con voz aguda:

–Antes debéis hacer una cruz en el suelo y borrarla con el trasero. Luego, debéis dejaros arañar en señal de posesión.

Entre las llamas fantasmagóricas comenzó la danza del aquelarre en torno a la figura de «cabrón». Ellos y ellas, protegidos por el antifaz, se desnudaron de medio cuerpo y besaban a la figura en el trasero. Doña Elena, que había acudido por vez primera, por intermedio de un mulato, estaba asustada. Era difícil saber si los danzantes eran blancos o negros, porque todos iban pintados o disfrazados. Advertí en sus ojos desencajados que en definitiva aquello no era sino un desahogo, algo prohibido y excitante, como una loca liberación de una pobre gente que intentaba romper el cerco de un mundo terrible de amos y esclavos, ricos y pobres, santos y pecadores.

–Habréis de decir la «oración de la estrella» –le dice el enano–, que os irá bien con ese capitán:

*Estrella luminosa, linda eres y bella:
una merced y un don me has de otorgar,
esas dos que a tu lado están
por compañeras te las doy;
de la otra parte de las mar iréis,
los cuchillos de las cachas negras llevaréis.
en el monte Olibete entraréis,
tres baritas de cedro negro cortaréis,
en la piedra de Satanás las amoleréis,
y en la pila de Barrabás las sancocharéis,
y al corazón del Capitán se las pasaréis
para que se muera por mí, queriéndome bien.*

–Veréis cómo se ríe con vuestros encantos y muere por vos. Y si no, venid otro día y os enseñaré la suerte del pan, el conjuro de las naranjas o la suerte del agua.

No cesaba de atemorizarse doña Elena, cuando, por el otro oído, se le echa encima una boca desdentada y le susurra entre risas, mientras le muestra un filtro con el cual un demonio puede sustituir al amante en el lecho de la mujer:

*Francisco, con dos te veo,
con cinco te ato,
la sangre te bebo,
el corazón te parto;
que me quieras,
que me ames,
que por mí te mueras;
cuantas mujeres vieras
te parezcan feas y viejas.*

Para que tuviera mayor eficacia, había que gesticular con manos y boca, y su poder de seducción «era infalible», pero mejor aún si se hacía, como las brujas al amparo de la noche, «desnudas de la sinta arriba y con un pañuelo blanco a la cabeza».

El aire se había cargado, y el fuego, el calor y los gritos desencajados habían producido su efecto. Los pechos se agitaban temblorosos y el sudor borraba la tizne de su piel. Se acercaba el momento de la promiscuidad, o el de correr a una iglesia e intentar hacer sus desmanes de brujería delante del Santísimo. Las brujas llamaban entonces cerca a los «demonios» de carne y hueso, que respondían a los nombres de Mantelicos, Taravira, Huebo, Rompesantos y Moncayo.

—Iremos al amanecer a «sagrado» —dijo Taravira a doña Elena—. ¿No queréis venir?

Le brillaban las pupilas como tizones a la luz del fuego. Y soltaba a cada paso una carcajada nerviosa.

—Iremos, iremos a desenterrar un muerto y moverle el trasero, para renegar luego dentro de la iglesia.

Elena estaba fuera de sí, sentía a la vez gusto y repugnancia. Sudaba como ellos en aquella infernal noche de Santiago de Tolú, mientras las brujas preparaban en hoyas y matraces sus malolientes hechizos. Las nubes, como madejas sucias, entrecortaban con su paso el verdadero sortilegio: la palidez desnuda de la luna. Las chicharras y los gritos estaban a punto de ensordecernos. «Para la primera noche ya es bastante», debió de decirse la esposa del cirujano De la Cruz. Se retiró, con el fuego del diablo en la cara, enrojecida de excitación y regusto a cosa prohibida, mientras repensaba en su mente los encantos y embrujos recomendados, jugando por primera vez a bruja, una de las que llegarían a ser más famosas en todo Cartagena de Indias. ¿Cómo iba a imaginar ella que todas estas experiencias de noche loca y aquelarre acabarían por figurar, con todo lujo de detalles sobre conjuros y sortilegios, en minuciosos expedientes del Santo Oficio y que a mí mismo también salpicaría su desdicha? Ahora sólo pensaba en burlarse de todos, vivir su vida, satisfacer sus apetitos.

Como una exhalación se esfumó todo el aquelarre. Detrás de un árbol vimos partir a los danzantes, recortados por el amanecer, dando brincos no se sabía hacia dónde. Quizás a llevar a término alguno de los sacrilegios proyectados, o perpetrar las

obscenidades de rigor en una cercana playa. Sobre el mar lucían primeras irisaciones de un metal pálido de amanecida. La leve claridad comenzaba a lavar la cara encalada de la variopinta y llena de contrastes ciudad de Cartagena. Con cuidado de no ser vista, doña Elena de la Cruz caminaba de prisa, tapándose el rostro, hacia la calle del Candilejo, una estrecha vía de rejas y macetas copia casi literal de la lejana Sevilla. Su sombra, con apariencia de sirvienta, se cruzó con otra desconocida. Era la de un hombre vestido de negro, con un sombrero que de puro viejo se le había gastado la tinta, sin forro ni cultura, un manteo raído y una sotana remendada. También ha permanecido casi toda la noche en vela, pero por motivos distintos. Elena de la Cruz no advirtió que acababa de cruzarse con Pedro Claver.

¿Por qué siempre aparecía Claver en Cartagena en cualquier parte y a todas horas? ¿Dónde iba tan temprano? Inés y yo lo vimos desde lejos caminar de prisa entre las primeras luces. En descampado cerca del puerto le esperaba un grupo de esclavos. Tras quitarse el sombrero contempló al derredor, pasando lista con la mirada. Aquél era su aquelarre de vida, los únicos que aliviaban el dolor y las injusticias de Cartagena: sus amigos, los intérpretes, el grupo de colaboradores íntimos. Con Claver se adentraban en la pobreza y postración de los pequeños, los esclavos y los enfermos, las cuevas donde se escondían los verdaderos pobres diablos de la colonia.

—¿Estáis ahí, Margarita Cervera? ¿Tenéis a punto los pasteles para los leprosos? ¿Qué hay, Ángela, de esos bohíos solitarios? ¿Me recordaréis qué enfermos quedan hoy por visitar? ¿Tenéis algo para el hospital de San Sebastián, Bernardina? Ay, esta Bernardina, ¡cuántos años ya, de puerta en puerta, pidiendo para los enfermos que nadie quiere!

Todos alumbraban su ojos mansos al amanecer mientras iban dando su parte de desdichas y socorros. Isabel Folupa, que se cuida de la organización de la catequesis; la negra Antonia, especializada en limosnas a los leprosos; Justina y Margarita, que cumplen el nada grato oficio de embalsamar y enterrar a los muertos que mueren sin nadie en la vida.

—José se murió ayer, padre. La perlesía acabó con él.

—¡Nos falta fruta y aguafuerte para los leprosos!

—¿Qué sabéis, padre, del armazón que viene? Hay quien dice que a la nao no la dejarán entrar porque viene apestada de tabardillo.

Pedro sacó su libreta llena de horas incansables y sin brillo. ¿Llevaría como dicen tenso, prieto el cilicio en la pierna, para no dormirse? El superior le ha amonestado una y otra vez que cuide su precaria salud. Sacabuche y los demás están allí para recibir instrucciones para la catequesis. Una racha mañanera de brisa mueve el manteo, mitad mortaja, mitad paño de lágrimas.

Ya no queda traza de las brujas y demonios de Tolú. Todos han regresado a sus casas, a cumplir sus oficios de «personas decentes». Doña Elena bajará en seguida muy empolvada a desayunar con su marido y le comentará: «Esta noche me dolía la cabeza y

di una vuelta para despejarme».

Antes, al clarear y desperezarse apesadumbradas en el horizonte las torres de este puerto de asombro y desdicha, me perdía yo exhausto, como muerto, en un prolongado beso de Inés, que, inerte y pálida entre mis brazos, se diría una virgen mártir sobre la blanca playa. Por un momento, extático, creí navegar de nuevo.

**AQUELLOS CÁNTAROS
NEGROS**

Durante seis largos meses, mi señor el negrero Marcial de Andrade estuvo debatiéndose entre la vida y la muerte, arrebatado por las mismas fiebres que habían diezmado su preciada mercancía. Tuve que aguzar todos mis ingenios para salvar al patrón, que sudaba y se estremecía en su lecho como una enclenque ave de corral y que juraba y blasfemaba por todos sus gloriosos antepasados, cabreros y ovejeros, cuando recuperaba en algún momento la lucidez, lanzándonos a la cabeza el primer objeto que veía a mano.

Diez esclavos tenía yo en alerta para acudir a cuanto el cruel tratante pudiera necesitar: desde continuos lavados, curas y plantas medicinales, a las frecuentes consultas al cirujano De la Cruz, el burlado marido de doña Elena, que, con sus lentes en la punta de la nariz y su inconfundible acento gallego, repetía cada dos por tres:

—Habremos de sangrar de nuevo, don Marcial. ¡Tened paciencia!

Entre taza y taza de láudano y las largas horas que el enfermo dormía muy agitado y soñando despierto, aprovechaba yo para escaparme de la casa. No podía, era cierto, verme en secreto con mi amada Inés, ya que no me atrevía a dejar al patrón solo en casa por las noches en tales circunstancias. Pero aprovechaba las horas de siesta para saciar una de mis grandes curiosidades en Cartagena: desvelar en lo posible algunos enigmas de ese hombre para mí desconcertante, que había decidido convertirse en esclavo voluntario, lo más aborrecido para un mortal de aquellos tiempos.

Así que me refugiaba en la umbrosa portería de los jesuitas y allí, con el recurrente flujo del oleaje como fondo, le arrancaba historias del pasado al íntimo amigo de Pedro, el hermano Bobadilla, que no paraba de rascarse la calva como consecuencia de las múltiples visitas que durante la noche le hacían los inevitables zancudos.

—¿Y vos, cómo no usáis mosquitero para dormir, hermano?

—Claro que lo uso; pero tiene un agujero por donde se cuelan los condenados, y nunca alcanzo a encontrar tiempo para remendarlo.

En seguida desviábamos la conversación hacia Claver. Mi curiosidad era insaciable. Comencé por preguntarle sobre su infancia. Me intrigaba saber cómo había sido de niño un hombre que no parecía ni haber jugado ni haberse divertido jamás. Bobadilla era de los que se toman tiempo para contar y se pierden en los detalles. Yo, como no tenía prisa, le escuchaba con atención, sólo interrumpida por los que llamaban a la puerta

preguntando por algún padre de la casa o para pedir limosna o acarrear suministros a la comunidad, ratos de pausa en que se me escapaba la mirada a navegar por el estrecho ventanuco.

Joan Borrell dedicaba la mejor de sus sonrisas al pequeño, mientras que con el pie derecho en el pedal se entregaba al ondulado quehacer de dar forma a la arcilla sobre la plataforma giratoria. Pedro miraba fascinado las manos de su padrino, desde donde el barro informe y aplastado ascendía en forma ligera y redondeada cuando el tío Joan introducía sus dedos en la masa, prestando oquedad, gracia y alma a un pedazo de tierra húmeda. Más tarde el horno y el humo darían aquel gris oscuro, casi negro, a los botijos de Verdú, famosos por su color y su encanto más allá incluso de la tierra catalana.

Entonces Pedro era un niño ensimismado, encerrado en su mundo de timidez y sueños infantiles.

—Me gusta veros trabajar, tío —se limitó a decir, y dando media vuelta se fue corriendo, con otros muchachos que le esperaban en la puerta, calle Nueva arriba, a aprovechar los últimos minutos de juego que le quedaban antes de entrar en la escuela.

La escuela era para Pedro como un inmenso teatro donde se representaba el mundo, que manejaba entonces la espada de un rey en cuyos dominios no se ponía el sol. Su graciosa majestad don Felipe II gobernaba un reino que era el ombligo del orbe. Pedro repetía, canturreando, las posesiones de España, adonde llegaban las leyes y ordenanzas del rey Felipe: Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellón, los Países Bajos, el Franco Condado, Cabo Verde, Túnez, Orán, México, Perú, Nueva Granada, Chile, Paraguay, La Plata, Cuba, La Martinica, Santo Domingo, Guadalupe, Jamaica.

En seguida zarpaban en su imaginación los mil galeones españoles que traían y llevaban el oro, hazañas y saberes al surcar todos los mares del mundo. Y prendidos del movimiento del dedo de su maestro sobre el mapa, los ojos del rapaz imaginaban las estancias de los palacios romanos, de donde se importaban a la Corte española obras de Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Rafael, Ticiano, de los que se decía ya habían hecho escuela en Madrid, Sevilla y Toledo. Algunos que venían de la Corte mencionaban de paso otros nombres como Velázquez, Ribera, Zurbarán, Alonso Cano, el Greco, el divino Morales.

El mapa de la escuela se animaba de color y de vida inalcanzable a un niño de pueblo. Cuando el maestro pasaba a las letras, el pequeño catalán alcanzaba a revivir las inolvidables representaciones de los autos sacramentales de Lope y Calderón ante la *esglesia parroquial*, con la bullanguera *troupe* de cómicos que acudía por las fiestas a Verdú y que escandalizaban a sus tías y a su madre con sus saltos, sus extrañas vestimentas de bizarros colores y sus atrevidas aventuras de medianoche. «Ojo con los cómicos —solía decir el mosén—, que ocultan con galanura costumbres licenciosas.»

Aunque seguramente no llegaría a cabal conocimiento del gran florecimiento teatral de la época un pueblo perdido como Verdú, los dramas y las comedias crecían en el imperio más aún que las artes, pues los cómicos representaban la *Electra* de Sófocles y la *Hécuba* de Eurípides, que arrastraba en aclamaciones el nombre de Lope de Vega, el autor que merecía llevar sus comedias a las puertas mismas del palacio real. Herrera, Hurtado de Mendoza, el caballero Garcilaso, la picaresca de *El Lazarillo de Tormes* y *El Buscón* eran nombres que brillaban por sí mismos y temas que inspiraban a escritores franceses como Corneille, Racine, Molière. Lo que los niños de Verdú sí tenían muy claro era que España se había convertido en la reina del mundo y tenían una acusada conciencia de sus hazañas y empresas caballerescas.

Al salir de la escuela, se iba a corretear con sus compañeros por los aledaños del castillo, que dominaba aquella altura de La Segarra con su redonda torre almenada, feudo de la abadía de Poblet, y que dio en el siglo XIII nombre a la villa: *Castrum de Verduno*, del antiguo principado de Cataluña, a diez leguas de Barcelona, doce de Solsona, diez de Tarragona y ocho de Lérida, su provincia. ¡Cómo agradaba a Pedro y a toda la chiquillería de Verdú atisbar el espacioso lugar para la gente de armas, la bóveda subterránea de la fortaleza e imaginar el amplio salón gótico, desde el que habían oído se divisaba gran extensión de tierra de labranza y en el que la nobleza del lugar celebraba sus grandes bailes y fiestas!

—¡Moriréis bajo el ímpetu de mi lanza! —retaba con una estaca a Pedro su amigo Luis.

—¡Bien se ve, don Luis, que no conocéis aún la fiereza de mi brazo que ha derribado tanto gigante y malandrín!

Y los dos muchachos se entregaban a la sin par batalla caballeresca en las afueras del castillo y frente a la iglesia parroquial de San Nicolás, donde ambos, siete u ocho años antes, habían recibido las aguas bautismales. «Dios le haga un buen cristiano», figuraba al final de la partida de bautismo de Pedro. «Y vaya que lo hizo», pensé mientras escuchaba el relato de Nicolás.

Amadís de Gaula y otros libros de caballería sorbían el seso de chicos y mayores, que identificaban el idealismo y las proezas de la época con los fantásticos caballeros del norte. De aquellas historias oía criticar el niño a sus mayores:

—Ya es una extendida peste ésta de los libros de caballerías. No se piensa en otra cosa y mucho me temo que tales historias acabarán tarde o temprano con el sano juicio de los españoles.

—Tan cierto es que, según un hacendado y buen amigo mío que vive en Valladolid, no son pocos los que ya comienzan a tomárselo a befa y risa. Que un tal don Miguel de Cervantes Saavedra, soldado y hombre de letras, que estuvo cautivo de los berberiscos en Argel, tiene escrito y pendiente de publicación un donoso libro sobre cierto hidalgo manchego que pierde el seso por leer libros de caballería y se entrega a toda clase de disparates por las llanas tierras de La Mancha.

Cervantes podía reírse a placer de los caballeros andantes, pero Pedro, como cualquier otro niño de la época, al llegar el atardecer gustaba verse más allá de los viñedos imaginándose embarcado en cualquier galeón de la armada española, luchando contra el moro o misionando en las lejanas Indias en medio del peligro de las selvas y los ríos infectados de caimanes. Los ojos del niño guardaban aquella tarde la profundidad y la querencia de una heroica nostalgia. Recordaba un refrán que oía repetir con frecuencia a sus mayores: «Cuando se mueve España, la tierra tiembla», o el orgullo con que en el reino de Aragón el pueblo coronaba al rey: «Nosotros, que separadamente considerados somos como vos, y en conjunto más que vos, os hacemos a vos rey. Si guardáis nuestras leyes y nuestros privilegios, os obedeceremos, si no, no».

Hasta los santos, como Ignacio de Loyola, el gentilhomme de Azpeitia, herido de pelota de cañón en el sitio de Pamplona, besaban sus espadas y velaban sus armas para sellar sus increíbles aventuras a lo divino. «¿Qué harás tú, Pedro?», se decía en sus ensoñaciones de caballos blancos y princesas encantadas.

Sin embargo, pronto supo que la vida real siempre es cruel con los sueños. Llegaba a la llanura catalana la primavera de 1593 y ya habían emigrado las golondrinas hacia el mediterráneo africano cuando levantó sus ojos hasta los gorriones y vencejos, que planeaban sus giros en torno a la torre del castillo.

Abril venía lleno de promesas. Los feriantes ya habían invadido el Arrabal, fuera de la muralla, y el muchacho podía oír el alboroto de la trata de ganado de advenedizos, los recién llegados de las proximidades, desde el Pirineo al reino de Valencia. Junto a los familiares cántaros negros de Verdú, extendidos en venta sobre el suelo, la plaza era un sarpullido abigarrado de animales, lanas, botijones de aceite, cueros y mantillas. Todo Verdú era una fiesta; y por una vez al año, las austeras callejuelas, las casas añosas, el aire discreto de la villa, cambiaban de tono, para regocijo de mozos y mozas que bailaban, y grandes y pequeños que se detenían ante el titiritero, el vendedor de dulces o los soldados mutilados, que se complacían en narrar sus batallas en Nápoles o frente al turco.

Pero aquel año el estallido de color no ilusionaba a un cabizbajo Pedrito, que aunque no había cumplido los trece años y junto al primer esbozo de bigote, había crecido por dentro, haciéndose, si cabe, más callado y misterioso.

Mientras caminaba bajo los soportales, las incitaciones de la feria le resbalaban, como si fuera una persona mayor que hubiera caminado mucho. Entre la música y el griterío reaparecían ante sus ojos, como fogonazos, las imágenes tétricas del pasado enero.

Un ataúd acarreado en hombros de su casa que baja para siempre la calle Mayor. Una imagen de padre, el campesino pobre y honrado Pedro Claver, que apenas puede contener su entereza catalana y sorbe en un rincón las lágrimas junto a sus hijos Juan, Jaime e Isabel, ante la pérdida de Ana Corberó, la intachable mujer.

¿Para qué iba Pedrito a seguir a sus compañeros en la alegría de la feria, si su corazón estaba lejos, prendido de unas nubes grises que escondían el cielo por los retorcidos callejones de Verdú? Volvió a subir la calle Mayor y entró en su casa, no sin antes mirar con cariño el ventanuco por donde Ana, su madre, le daba, cuando vivía, las últimas recomendaciones al ir todas las mañanas al *mestre d'estudis*.

La casa se había quedado desierta. Todos estaban de feria. El vacío tenía ese silencio y esa temblorosa vaciedad que dejan los hogares sin madre, donde faltan sus huellas, el pañuelo a medio bordar sobre la silla, el jarrón con flores frescas, otro olor, otra limpieza. Dejó a un lado la estancia de los aperos de labranza y subió por una escalera de piedra hasta la salita y la habitación de sus padres. Con pavorosa melancolía miró el lecho y la cabeza de viga, labrada en madera, donde su madre, el 24 de junio de 1580, según costumbre del lugar, se agarró con todas sus fuerzas, empujándose sobre la cama, para traerle al mundo a él, Juan Pedro Claver, en seguida «Pedro» a secas, para no confundirle con su hermano.

Pasó Pedrito su mano por la tibia lana de la colcha y miró el crucifijo que Ana había apretado entre sus manos antes de expirar. Una nube de recuerdos le fue invadiendo mientras contemplaba los enseres de aquella sencilla casa de labradores: alegres desayunos con *pa amb tomàquet*; los rostros enrojecidos de los trabajadores del campo, amigos de su padre; las idas y venidas de su madre al fogón. Pero, sobre todo, aquellas noches en que mamá, antes de dormir, abría con reverencia sagrada grandes libros de imágenes, el *Año Cristiano*, donde se narraban historias de hombres grandes que habían amado lo pequeño y cuyas gestas contrastaban tanto con los pendencieros caballeros andantes de su infancia.

—Mira, Pedro, hoy leeremos la historia de san Francisco, que prefirió los campos y pajarillos a las ricas telas de su opulento padre Pedro Bernardón.

Entonces entraba Claver padre de regreso de sus labradíos, atusaba la cabeza de su hijo y le contaba que también él, aunque modesto labrador, propietario sólo de unas viñas, tierras aceituneras y un par de asnos, estaba emparentado con los condes de Benavente y con don Luis de Zúñiga y Requesens, el hábil comendador mayor de Castilla, gobernador de los Países Bajos y lugarteniente de don Juan de Austria en Lepanto.

—Pero ya ves, hijo, mi hacienda tan sólo es mi trabajo; mis cabalgaduras, un par de asnos; y todas mis armas, esos aperos con los que me gano el pan para ti, tu madre y tus hermanos.

¡Qué bien sonreía entonces Ana con la ternura de todas las madres, levantando el embozo a su hijo, trazándole en la frente la señal de la cruz y apagando de un soplo los temblores de la bujía!

Pedrito volvía entonces a abrir sus ojos y a tropezar de nuevo con la fría realidad de una casa sin madre. De lejos venían a oleadas las pujas de la subasta, los amortiguados ecos de la fanfarria, las ganas de gozar de una gente tan dada a no ir más allá del instante en que vive.

Con pasos lentos, como quien deja los días felices y los inviernos cálidos, gracias a la madre y a los cuentos escuchados a la luz del fuego, el adolescente se dirigió como un autómatas hacia el ruido, hacia la plaza, hacia lo que todo el mundo llamaba vida. Por un instante creyó volver a ver, doblando la esquina de la calle Mayor la comitiva que se llevara entre llantos a su madre al cementerio. Pero la fúnebre visión se esfumó. No era obsesión. Había sido muy duro para él, aun naciendo a los descubrimientos de la vida, verla partir, y unos pocos meses después a su hermano Jaime. De modo que ya siempre para él la muerte sería un familiar cercano, para devolver otra dimensión y otro peso a los hechos y a las cosas.

—¡No me conocéis, no me conocéis!

Con antifaces y caretas le sacaron de su meditación los muchachos de Verdú, arrastrados como todo el pueblo por el frenesí que traían consigo siempre las ferias de ganado.

—¿Qué haces, Pedro, que no vas a la plaza? ¡Tu padre, como *jurat*, está en la tribuna de concejales! Vamos, que ha llegado esta tarde un soldado que narra bellas historias de países lejanos, de elefantes con gualdrapas de perlas y rubíes del reino de Malabar; y de extrañas selvas, conocidas gracias a las naos de Magallanes y del que fuera virrey de las Indias, Cristóbal Colón.

Arrastrado por la muchachada, se encontró en pocos minutos sentado en un corro, bajo los amplios soportales de la plaza, escuchando las hazañas, mezcla de experiencia e imaginación de un aventurero español, uno de esos soldados de tropa, ennegrecidos por el sol, ya viejo, con más de un costurón, avezado tanto a luchas y travesías como a las mayores fanfarronadas.

Los ojos de los muchachos se abrían como platos y al relumbrar el sol de abril en su espada, la mente de los labradores de Verdú se iba, fascinada, a aquel Nuevo Mundo recién conquistado

—¿Qué hemos de hacer para servir a su majestad en las Indias? —preguntó al soldado un joven vivaracho y despierto.

—No es fácil empresa, muchacho, que hay que atravesar Castilla y alcanzar las tierras del sur de España; hasta Sevilla, donde son tantas las peticiones en la Casa de Contratación y duros los reglamentos y ordenanzas del rey don Felipe, que hay que estar muy empecinado para salir airoso en la empresa.

Y Verdú toda, como el principado de Cataluña y cualquiera de los reinos de España, se llenaba de los exóticos aromas y cálidos colores de las Indias, que surgían, entre las piedras austeras de los pardos pueblos castellanos, como la aparición de un paraíso perdido.

Pedro oyó todo aquello medio ausente, con la madurez de un niño que iba dándose cuenta de que ser hombre sabe a lágrima y empeño. Se escabulló del corro de asombrados comentarios y entró por las murallas, calle arriba, hasta la iglesia parroquial, en aquella hora de la tarde, completamente vacía.

En el templo, ya casi oscuro, dos cabos de vela encendidos proyectaban los brazos del Cristo medieval sobre la nave matriz de la hermosa iglesia románica. Las sombras en el suelo eran interrumpidas por el color salpicado de reflejos del rosetón abocinado y gótico.

El muchacho sólo veía el rostro de un Cristo que expresaba entre un escalofriante dolor y una serena ternura. Como la de su madre al morir, como el silencio de todos los que en su niñez, nobles labradores, catalanes de una pieza, le habían arropado y querido.

Jesús, con su enigmático rostro coronado de espinas, brillante por la policromía de los siglos, no hablaba. Permanecía en el silencio de su eterno dolor, el gesto de cuantos sufren aquí y allá angustia, injusticia, miedo, desesperación.

«¿Qué decís de mí?», pensó, meditando, el muchacho.

Detrás del silencio sólo encontró su propia respuesta. Desde aquel día el mundo comenzaría a ser distinto para él, como una tierra cobre por labrar bajo el sol. Había crecido, se sabía solo, sus ojos estaban abiertos a un tiempo a la muerte y a su reverso, la vida. Pedro ya no era Pedrito. Fue entonces cuando tragó saliva y supo que se llamaba Pedro a secas, Pedro Claver.

Bobadilla describía con tal cúmulo de detalles y viveza las confesiones que había obtenido de su amigo que, por un momento, perdí la conciencia del tiempo y creí haberme trasladado a Verdú y revivir los sentimientos del huérfano.

—Absorto en vuestro relato, se me ha ido el santo al cielo. Me voy, que don Marcial debe de estar a punto de despertarse, si es que no lo ha hecho ya. Y, aunque le he dicho a Lucía que esté atenta y con la taza de láudano lista, si no me encuentra, sus blasfemias se van a oír más allá del fuerte de Bocachica.

—Terrible patrón el vuestro, Miguel.

—¡Y que lo digáis! Nunca me acostumaré a sus bravuconadas y crueldades.

—Lo que no acabo de entender es cómo seguís a su lado y no lo habéis abandonado ya.

—Os aseguro que no me atrevo, hermano. Comencé a navegar con él siendo aún niño y, pese a su todo, es como si fuera mi padre. Aunque, lo confieso, a veces pienso que no podré soportarlo durante mucho tiempo.

—¿Saben Claver y Sandoval que servís a un negrero?

—Supongo; pero creo que ellos no han visto nunca a don Marcial. Desde que atracó su barco en Cartagena está enfermo y no ha salido a la calle, aunque todo el mundo está enterado de que se dedica a la trata. Por eso, yo no me atrevo a dirigirle la palabra al padre Claver. ¡Es tan serio! Además, creo que se me caería la cara de vergüenza.

—Hacedlo, hacedlo sin miedo. No se puede decir que hable mucho, pero es un amigo de verdad, sobre todo de las personas sencillas. ¡Y vos los sois!

—No me atrevo. Nunca traté con curas, ni siquiera en mis años mozos en España, que mis ideas y costumbres no son las de un fiel cristiano, sino las de un navegante sin ruta, ya sabéis. Aunque reconozco que la vida de este hombre me desconcierta, igual que todo en esta ardiente ciudad donde se vive a flor de piel. Aquí todo quema. ¡Como esas picaduras de vuestra calva!

Reímos de buena gana y nos despedimos hasta la próxima.

Don Marcial, a medida que iba mejorando, se me hacía más insoportable. En los días siguientes se le antojó de todo, desde cecina de su lejana tierra a vinos del Duero y castañas pilongas, productos que aquí se pagan a precio de oro.

Una noche de mayo me atreví a salir de noche y concertar una nueva cita con Inés, que estaba muy apenada de permanecer tanto tiempo sin poder verme. Sentados en una roca y contemplando el mar una vez más, supe aquella noche la verdad que la animaba, que la joven estaba seriamente enamorada de mí. Lo que yo tomé en un principio como una aventura más de mi brujulear de marinero era en ella un sentimiento auténtico. Me miraba con ojos brillantes y un sonrojo que acrecentaba la belleza de su piel fina y transparente.

—¿Y si nos casáramos, Miguel?

—No sabes lo que dices, niña. ¡Menudo escándalo! ¿Tú crees que tu orgullosa hermana iba a aceptar la boda con este marinero de poca monta, lugarteniente de un negrero?

—¿Elena? Mi hermana está loca, enajenada por sus brujerías. Cada día que pasa sale más noches a entrevistarse con hechiceros; recibe en casa y da consejo y conjuros a quien se lo pide, hasta el punto de que ya se han presentado varias veces en casa dos oficiales de la Inquisición a pesquisarla. Aunque ella se zafa como una anguila, ya sabéis, citando nombres de Grandes de España que dice conocer y que la avalan.

—Pues que ande con cuidado, que Muñozca no para en mientes y necesita montar pronto otro auto de fe.

En realidad me alivié de que nuestra conversación se fuera por otros derroteros, pues la idea de casarme con Inés me asustaba, como siempre sucedió en mi vida con cualquier compromiso que supusiera fijeza, y más con éste, lo confieso, que con cualquier otro, porque era una atadura a mi alma aventurera y porque además nunca me había olvidado del todo de Rosario y de vos, querida hija, pues os llevaba clavadas dentro a ambas, pese a la lejanía y el tiempo transcurrido.

A medida que pasaba el tiempo y don Marcial recuperaba fuerzas, pasó de pedirme toda clase de viandas a exigirme mujeres hermosas, algo que me hacía temblar pues, no podía evitarlo, me evocaba el terrible episodio de Extremadura, culpa que seguía pesando sobre mis hombros como una gran losa. Afortunadamente, esta vez no me exigía vírgenes, que escaseaban en Cartagena, sino mujeres hermosas que no fueran

esclavas. Si bien, al cabo de un mes, acabó por encapricharse de Lucía, una dulce esclava negra yolofa de ojos tristes, generosos pechos y lindo talle que se cimbreaba por la casa como una caña de bambú. Ella sufría en silencio y acudía a su lecho como al tormento del potro, pero yo, por más que me repugnaban todas estas imposiciones, no era capaz de rebelarme y seguía transigiendo, como siempre, con el único deseo de tener contento a mi señor.

Tanto trasiego y prematuras ganas de ayuntamiento agotaron a don Marcial, que volvió a recaer en las fiebres. El médico fue terminante. Había que empezar de nuevo y abstenerse de relaciones carnales, si quería reponerse de una vez.

—Ya no sois un mocetón para esos trotes, don Marcial. ¡Andad con cuidado!

Marcial al final acababa obedeciendo al cirujano De la Cruz, porque tenía más miedo a la muerte que a una flota de mil bucaneros. Ello me dio ocasión de aprovechar las siestas y seguir indagando a Bobadilla sobre la juventud de Claver.

—¿Y cómo se le ocurrió hacerse clérigo? —le pregunté un día nublado en que Cartagena parecía aplastada entre un cielo fúnebre y un mar plumizo.

—Muy sencillo. Veréis, Pedro tenía un tío canónigo en Tárrega.

Mi imaginación gaditana y las gráficas descripciones del hermano jesuita completaban el cuadro y me devolvían de nuevo con viveza a la historia.

Casi tenía que empinarse para mirar por la ventana de la adusta estancia la agitación, el ir y venir de los habitantes de Tárrega en las primeras horas de la mañana. Población mayor que Verdú, disfrutaba también de más vida y comercio. La menuda figura de Pedro, su rostro delgado y de una distinción natural, podía atisbarse bien desde cualquier rincón de la plaza, asomado a la ventana de la casa rectoral.

Un golpe seco en la habitación le hizo volver el rostro. Cerrando la puerta tras de sí, acababa de aparecer en la clerical habitación el beneficiado Juan Claver, único eclesiástico de la familia. Grueso, colorado y un tanto pretencioso, dijo sin preámbulos:

—Pedro, ¿habéis estudiado bien el ablativo absoluto? Ayer las declinaciones poco decían a vuestro favor. Debéis aplicaros, si queréis progresar en la carrera eclesiástica. Vuestra madre, piadosa mujer, me encomendó cuidaros, y mi hermano Pedro tiene mucho interés en que aprovechéis. Ya sabéis que a Juan corresponden, como primogénito, la herencia de la casa y las tierras de vuestro padre en Verdú. No creáis que para vos es la peor parte. Ninguna dignidad puede compararse al sacerdocio. Además, ya os he dicho que vos tenéis no escaso talento para hacer carrera en la Iglesia.

—Sí, tío, no es la primera vez que me lo decís —se limitó a responder el muchacho.

—Pero la tonsura que recibisteis en Verdú, aun niño, de manos de don Pedro Jaime, obispo de Vich, no os transmite la ciencia infusa. Muchas noches en claro me costó a mí llegar a beneficiado. Y ahora ya veis, con el reajuste de la diócesis se da ya por seguro que iré a ocupar canonjía en la catedral de Solsona, a la que ahora pertenecemos.

Dijo esto como quien sienta cátedra y, colocándose sus lentes, tomó el fajo de papeles que había escrito Pedro y los revisó paseando con solemnes zancadas.

El muchacho, mientras, se refugió en sus recuerdos más recientes. Primero vio al arzobispo de Tarragona y virrey de Cataluña don Juan Teres, que era oriundo de Verdú, entrar en su pueblo, vestido de pontifical a lomos de una mula y rodeado de un sinfín de clérigos y pajes. ¡Cómo refulgía su casulla bajo el sol cuando cruzó el umbral de la entrañable iglesia del pueblo y la consagró espléndidamente aquella fecha memorable de 1586, cuando él apenas tenía seis años! Después se vio a sí mismo recibiendo la tonsura el 8 de diciembre de 1595 de manos de don Pedro Jacobo. Luego miró a su tío. Arzobispos, obispos, canónigos, beneficiados... Ser sacerdote, ¿no era otro poder de este mundo?, ¿otro modo de insertarse en la vida de los hombres?, ¿una salida para el segundón de la familia? ¿No había sentido él otra cosa después de morir su madre, a los pies del impresionante Cristo de Verdú?

—Bien, bien, Pedro —dijo el canónigo acariciándose la sotobarba—, no lleváis mal camino. La traducción de Cicerón es correcta y aceptable vuestra redacción latina. Más duros, como siempre, os resultan los caracteres griegos. Pero hablando de otra cosa, ¿nada me contáis de mi hermano Pedro, vuestro padre?

Pedro empalideció.

—Pues, ya sabéis cómo están las cosas en Verdú, tío. Con el nuevo matrimonio de mi padre todo ha cambiado en casa. Y no es que Ángela Escarrer sea mala mujer. Ella pretende agradar a todos. Pero...

El canónigo escuchaba con atención por encima de sus lentes.

—Pero —continuó con esfuerzo Pedro— madre era tan diferente. Esta mujer ha cambiado todo en casa, y hasta mi padre parece distinto. Después, la boda de mi hermana Isabel con Jaime Cabestany. Sabéis lo unido que estaba a mi hermana. En fin, tío, para qué explicar más. Vos comprendéis.

—Catalán corto en palabras —sonrió el sacerdote cariñosamente, poniendo su mano sobre el hombro del muchacho—. Sí, sí comprendo. Así es la vida, hijo, al andar el camino nos vamos quedando solos. Éste es solamente el primero de muchos sufrimientos que traerán los años. Pero animaos porque la vida tiene también otras compensaciones. Por cierto, ¿sabéis que ya he escrito a Barcelona para que comencéis vuestros estudios de Gramática y Retórica en el Estudio General de aquella nombrada universidad? Os veremos pronto —puntualizó entre pequeñas risitas que le hacían enrojecer y estremecerse todo— convertido en conspicuo filósofo y más tarde teólogo. Será fácil después encontraros algún pingüe beneficio en la clerecía de Solsona.

El muchacho, pensativo y en silencio, desvió con un gesto nervioso la mirada hacia los apergaminados libros de la nutrida biblioteca de su tío. Lo cierto era que no le apetecía demasiado seguir la carrera sacerdotal como una escalera de triunfos, como otro medio de medrar, ser considerado, ganar ducados e ir viviendo. Bien sabía él, desde luego, cuántos buenos sacerdotes se entregan al pastoreo de almas. En su interior, sin

embargo, aunque se veía impelido a seguir adelante, nacían las dudas juveniles sobre el camino mejor. Enfrascado así en sus reflexiones, las parrafadas de su tío habían pasado a ser la música de fondo de su peripecia interior. Hasta que, de improviso, los libros, la biblioteca fueron esfumándose lentamente y en su lugar surgía como por encanto la arboleda y los edificios distinguidos y gotizantes de un hermoso paseo.

Bajo la alegría de los naranjos y envuelto en el perfume de los puestecillos de flores y frutos, la Rambla de los Estudios se diría más un salón de un raro palacio que una calle de la capital del principado de Cataluña. Caballeros, damas, estudiantes, caminaban sosegadamente luciendo tules y brocados con el aire de estar animando un cuadro, una fantástica acuarela donde rivalizaban los colores del velarte y el velludo en calzas y jubones. Lindas palomas, diminutos canarios, periquitos recién llegados de las Indias se estremecían revoloteando dentro de las jaulas junto a los pregones de vendedores y mercachifles, y el «ungüento mágico que quita los malos humores» y «las verdaderas historias de santos de devoción, con prodigios y milagros nunca oídos en todo el imperio».

Al fondo, en el extremo occidental de la Rambla barcelonesa, junto a la puerta de San Severo, hay un remolino de voces, ires y venires. Los jóvenes salen del estudio, la universidad, con sus apuntes bajo el brazo.

—A fe que el licenciado ha dictado aprisa su lección.

—A este paso nunca entenderé las *Summulas*; que si ya es bien desabrido y áspero el arte del silogismo, no es justo que ni siquiera nos dejen tiempo de mojar el cálamo y seguir el razonamiento.

—Decís verdad, que ya me está cansando este maestro Fonseca. Más tranquilo y apacible era el estudio de la Retórica.

De la multitud de estudiantes que ríen, comentan las lecciones y preparan sus tretas nocturnas —las secularmente famosas «bromas de estudiante» y sus planes de galantería— surge, con su aire tímido de siempre, la figura de Pedro Claver Corberó. Está en su tercer año de Retórica. Tras saludar a unos amigos, baja decididamente la Rambla, de regreso a casa, una pequeña habitación dispuesta en la vivienda de unos familiares, parientes de la tercera esposa de su padre, Juana Grenyó, antes viuda de Juan Managuerra, ciudadano de Barcelona.

Pero antes de dejar la Rambla, se detiene en la iglesia del colegio de Belén, regentado por los padres de la Compañía de Jesús. Se arrodilla unos minutos, hace una inclinación a la cruz y se dirige al claustro. Entra en la biblioteca del colegio, intercambia dos palabras con el bibliotecario, y vuelve a la calle con un grueso libro, encuadernado en pergamino, bajo el brazo.

Ya en casa abre el libro con la solemnidad de un rito sagrado. En la primera página puede leerse: «Libro primero de la vida del padre Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, por el padre Pedro de Rybadeneira». «Del nacimiento y de Ignacio, antes que Dios le llamara a su conocimiento.»

A medida que pasaba las páginas su cara se encendía. Veía a Íñigo, caballero de capa y espada, galanteando entre las damas de los regios salones. Dando órdenes, como gentilhomme intrépido, desde las almenas de la muralla de Pamplona. Absorto en sus pensamientos, cuando herido de bala y tendido en el diván de su casa solariega de Loyola, sus ojos escrutaban las estrellas comparando las gestas de caballería con hazañas de los hombres de Dios que se narraban en aquellos libros que le dejara su cuñada Magdalena. Lo vio cambiar la seda por el saco, velar armas ante Nuestra Señora; escuchar a Dios en el silencio de Manresa; enseñar doctrina «como un loco» por las calles de Alcalá; estudiar en Salamanca, Barcelona, París; comprometerse con los primeros compañeros en Montmartre; peregrinar por Europa, Jerusalén; gobernar, en fin, desde Roma, con aquella lúcida prudencia y buen sentido, la Compañía de Jesús.

Por un instante levantó Pedro la mirada del viejo libro y se asomó a la ventana. Anohecía, mientras dos alguaciles iniciaban su ronda a la manzana. Se imaginaba a Ignacio, pequeño de cuerpo y grande de alma, caminando con su «graciosa cojera» por las solitarias calles de Barcelona, peregrino, soñador, loco por Cristo. ¿No era en su pequeñez más grande que los conquistadores de América y los capitanes de Flandes? Pensó en los amigos de Ignacio de Loyola, predicando el Evangelio de Jesús por los rincones del mundo: Pedro Fabro, incansable, de pueblo en pueblo, convencido de la fuerza apostólica del trato humano «persona a persona»; Francisco Javier, con los brazos agotados de bautizar en el lejano Oriente o escribiendo de rodillas a sus amigos, «como si presente os tuviera», aquellos amigos que llevaba en los trazos de sus firmas, pendientes del cuello, mientras conversaba con los inteligentes bonzos del Japón.

Le fascinaba aquella mezcla de arrojo y sencillez, de sabiduría y pobreza. Maestros en artes, filósofos y teólogos que brillaban en Trento, al atardecer daban catequesis a los niños desarrapados y dormían en los hospitales de la ciudad. Hombres empeñados en la lucha ecuménica y en la escuela oculta de los Ejercicios, un mes de silencio «para buscar la voluntad de Dios». Encerrados en las aulas de enseñanza, fomentando el teatro, las humanidades y entrando para sembrar la fe en las misteriosas tierras de Goa, Ceilán, las Molucas; o muriendo abrazados a la cruz y al libro de los Ejercicios como el mártir Pedro Martínez, víctima de los indios de la Florida. Sin ir tan lejos, ¿no había visto él ir de misión a los padres del colegio de Belén, de dos en dos, repartiéndose por las aldeas, ir a las galeras de forzados y a las cárceles y acompañar a los ajusticiados o catequizar a los niños?

Los postergados, los pobres, los pequeños, los maltratados por los poderosos, ¿por qué le causaban a Pedro esa extraña fascinación desde su niñez? Todos aquellos hombres encadenados al remo en las galeras, mendigos, leprosos, esclavos que los portugueses y españoles compraban y vendían para trabajar en las Indias, ¿no tenían unos rasgos conocidos, no se parecían al derrotado Cristo de Verdú?

Dispuesto a ingresar en la Compañía, escribió a su padre pidiéndole autorización y al provincial, Melchor de Pedrosa, para solicitar su entrada en la casa noviciado de Tarragona.

Tan silencioso y reservado era Pedro que la noticia cayó como una bomba. Sin embargo, no hicieron comentario alguno aquellos parientes lejanos de Barcelona, aceptando sin más su voluntad.

Luego el jugoso relato del hermano Bobadilla me trasladó a otro paraje, a un vericuelo que bajaba y subía, serpeando por la montaña por la que dos jóvenes escalaban con ilusión, llevándose consigo la incertidumbre de los caminos. Pedro tendría entonces veintitrés años y estaba en su segundo año de noviciado. Atrás habían quedado las aldeas, y él ha dejado algo de sí a los niños que habían oído su catequesis, a las gentes que habían querido compartir con ellos su comida. Pues Ignacio quería que todos los jóvenes jesuitas peregrinaran un tiempo como él, para aprender del polvo del camino.

«Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles –resonaban en la montaña las palabras del rey temporal de la contemplación ignaciana–; por tanto, quien quisiera venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir..., ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, porque así después tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos.» Andar con Cristo, ser otro Cristo hasta desear cambiar de piel apeteciendo ser maltratado por la vida, despreciado, marginado, con tal de alcanzar algún parecido.

Agotados, sudorosos, los dos jóvenes descansaron sobre una piedra. Durante la pausa de su peregrinación, Pedro sacó de su morrón un cuadernito. La brisa fresca traía un perfume a campo que le era familiar, que parecía venir de las no lejanas llanuras de labranza de su querida Verdú. En su cuaderno Pedro llevaba escritas unas frases que harán historia:

Consideraré la obligación grande que tiene el que de una vez ha hecho esta consagración de sí a Dios. Hasta la muerte me he de consagrar al servicio de Dios, haciendo cuenta que soy como esclavo, que todo empleo ha de ser en servicio de su amo y en procurar con toda su alma, cuerpo y mente, agradarle y darle gusto en todo y por todo.

Al releer aquellas frases y mirar más allá de los horizontes verdes, ¿sentiría Pedro un escalofrío, como una llamada secreta de las lejanías, como un eco que repitiera en el alma la mágica palabra: «esclavo»?

Tras doblar una loma se produjo el milagro: la piedra se hizo fantasía, se levantaba hacia el cielo como gigantescos dedos graníticos, como una catedral surgida de la entraña misma de la tierra, un fantasmagórico ensueño, una estampa arrancada de un libro de cuentos, las torres de un monasterio natural recortándose en el cielo e invitando a levantar el corazón, a escuchar el silencio.

–¡Montserrat! –gritaron los dos a la vez, sin poder contener una iluminada sonrisa.

Montserrat, sí; habían llegado a la cumbre de su peregrinación, al corazón de Cataluña, de su espiritualidad y cultura durante siglos. Recordaron los jóvenes compañeros al padre Ignacio, cuando veló allí sus armas antes de emprender sus andanzas de pobre peregrino por los caminos de España y Europa. El joven novicio reclinó su cabeza ante María, la Virgen Negra. Sin saber por qué, sintió una alegría interior ante aquella imagen morena. Veía cómo el rostro de la Señora, dulce y oscuro, recogía un lejano lamento, un extraño mar de lágrimas reflejado en sus pupilas.

*Rosa d'abril, morena de la serra,
de Montserrat estel,
il·lumineu la catalana terra,
guieu-nos cap al cel,
guieu-nos cap al cel.*

Los monjes benedictinos, el pueblo todo, cantaba. A oleadas venía la llamada, que aún no sabía a ciencia cierta concretar, una voz de auxilio que le hacía sentirse muy poca cosa.

Desde lo más hondo hablaba en un susurro, sin palabras. Las candelas daban un tono exótico, ultramarino, a aquella entrañable imagen ante la que se habían postrado héroes y santos a través de los siglos.

—Dicen que he de estudiar, que Ignacio y sus compañeros entendieron así la fuerza de la Compañía. Sabéis que no soy una lumbrera, pero podré con los estudios, dándole horas y empeño. Aun así, sigo con miedo al sacerdocio, pues la palabra «dignidad» me aterra.

El joven hundió entre sus manos la cabeza, embriagado de olor a incienso y cera. Una vez más las dudas lo torturaban. Todos le miraban como el novicio ejemplar. El padre maestro le había incluso pedido que, después de pronunciar sus «votos del bienio» (compromiso para siempre después de los dos años de noviciado), se quedara un par de meses en Tarragona para instruir a los recién llegados. Pero nadie en realidad llegaba a conocer el alcance de sus dudas, las nuevas preguntas de aquel niño retraído que había nacido a la soledad por las calles de un Verdú en fiestas.

—«Ponme con Jesús» —se atrevió a pedir simplemente, utilizando las palabras de Ignacio. Él también había dudado y sufrido: el contraste de espíritus, los escrúpulos de Manresa, el primer proyecto fallido de vivir en la tierra del Señor.

Los acordes del órgano colmaron de temblores arcanos el templo; y Pedro, entre sus dudas, sintiéndose diminuto, barquichuela entre olas, se dejó llevar, fijos los ojos en la Virgen morena.

La tercera parte del relato de Bobadilla tenía como fondo las murallas de Gerona con el dorado color miel de la media tarde, durante una primavera en la que las huidas golondrinas volvían a retornar en bandadas hacia el bajo Mediterráneo. Dos clérigos estudiantes paseaban por el campo junto a la ciudad amurallada.

—¿Sabéis que no cesan de llegar a Roma peticiones para la beatificación de nuestro padre Ignacio? Tengo entendido que ya no hay obispo catalán que no haya firmado una carta adhiriéndose a este deseo de otros muchos prelados, príncipes, universidades.

—Muy cierto. Si el padre maestro Ignacio levantara la cabeza y leyera las cartas que llegan hoy de Angola y el Congo, de las Molucas o las Indias Occidentales, ¿no se admiraría de este crecimiento de lo que él llamaba su «mínima Compañía»?

—O sin ir tan lejos, ahí tenéis al propio padre Francisco de Borja, que Dios se ha llevado hace aún poco tiempo, cargado de méritos, después de tan afanosa vida. ¡Quién iba a imaginar tal fin para el renombrado duque de Gandía!

De las grandes noticias descendieron al pequeño mundo de la vida doméstica.

—Por cierto, supongo que no ignoráis que se anuncian cambios en el escolasticado.

—Vendrán, supongo, como todos los años, a estudiar Gramática y Retórica los novicios que han hecho sus votos en Tarragona. Entre los que se van ya a estudiar filosofía, parte también Pedro Claver.

—¿Cómo? ¿Se marcha el hermano Claver? Si apenas ha estado un año entre nosotros.

—Él había cursado ya estudios en Barcelona, antes de entrar en la Compañía, y andaba aventajado en el uso del latín. Así que los superiores pensaron que con un año de estudio de los clásicos, griego y humanidades, tiene bastante para adentrarse en la filosofía.

—Predica discreto el hermano Claver.

—Sí, no es un orador brillante, pero habla con convicción. Entiendo que su secreto es el trabajo y muchas horas de estudio. Voluntad recia es lo que tiene Claver.

—Y un porte sereno y silencioso, como si aún siguiera en el noviciado. De ahí deduzco yo su afición a los oficios humildes, propios de los hermanos coadjutores, que algunos no estimen en demasía sus cualidades y puedan pensar que es un hombre mediocre. Por cierto, que no firmaría yo tales informes.

—Es lo de siempre: no pocos religiosos han pasado sus estudios en la sombra y después han revelado egregias cualidades apostólicas en el ministerio. ¡No hay que fiarse de las apariencias!

La campanilla de la portería cortó en seco el relato y me devolvió al presente de Cartagena. Unos caballeros venían a hablar con el rector de parte del señor gobernador.

—Continuaremos en otro momento —dijo Bobadilla.

Yo le respondí que también debía irme, y mientras me aproximaba a casa supe que en cierto modo aquellas tres escenas me aclaraban sólo en parte el enigma de Claver. Comprendí mejor su carácter hacia adentro, su fuerza de voluntad y sobre todo su interés

por los más despreciados de este mundo. Quizá por eso no quería al principio hacerse sacerdote y de ahí venía su radical manera de vivir a la apostólica en Cartagena. Con todo me seguía preguntando: ¿qué fe o qué locura puede engendrar a un hombre así? Su recia forma de vida, su entrega a los sucios negros me seguía pareciendo a mis escasas luces del todo inexplicable.

El hecho es que, con el tiempo y mis cuidados, la salud volvió a las mejillas de mi patrón y finalmente aquel período de cierta tranquilidad —«Pide a Dios que no mejore», solía decirme mi paisano Garcíaconcluyó cuando me encontré a don Marcial con la espada al cinto y el sombrero en la mano llamándome a gritos en medio del patio:

—¡Miguel, Miguel! ¿No me escucháis? Ya está bien de seguir aquí encallados en tierra. ¡Levad anclas, arriad velas! ¡Volvemos a navegar! ¡También va por ti, grumete! ¿Cómo puedes aguantar aquí tanto tiempo convertido en rata de seco? ¡Zarpamos dentro de un mes!

FILIBUSTEROS EN BOCAGRANDE

Apesar de las lágrimas de Inés, que me pedía a gritos que no la abandonara, los consejos de Bobadilla para que dejara a don Marcial y el paradójico magnetismo de aquella ciudad de locos, no pude resistirme una vez más a las órdenes del patrón y allí estaba de nuevo, encaramado sobre la cubierta de *O Explorador*, a velas desplegadas gustando de la brisa en el puente, esta vez con el timón en mis manos, entre don Marcial y García, quien reía y cantaba al mismo tiempo:

*Barquito de vela
que viene de Cai,
que viene de Cai
por esa bahía
y no llega al puerto,
puerto de Santa María.*

A mí la línea del horizonte perfecta y azul, sin límites ni amurallamientos, me ensanchaba el alma después de tantos años de secano. Me permitía romper el círculo de aquella comunidad enclaustrada, donde unos vigilaban a los otros y se vivía y moría con las pasiones en ascuas y los miedos a flor de alma. El mar me devolvía mi condición de aventurero. Es más, me recuperaba mi identidad de ser humano en busca de horizontes, el verdadero Miguel Orozco que empuñaba entonces como una pluma el timón de *O Explorador* y que no era ni por asomo el mismo que había desembarcado aún muchacho en Cartagena. Me aterrorizaba, eso sí, la mera idea de la vuelta, el regreso con la sentina lastrada de negros, y su olor, sus lamentos, sus enfermedades, sus inevitables muertes. En cierto sentido yo ya me sentía otro hombre por entonces, y el hecho de haberlos visto acariciados y asistidos con afecto por Claver y Sandoval había dado un vuelco a mis registros, a lo que contribuía además la experiencia de haberme relacionado personalmente con algunos de ellos, como Calepino y Sacabuche. Dentro de mí algo rechazaba ya de plano la trata, pero no osaba comentarlo con nadie, y menos con don Marcial, que estaba más entusiasmado que nunca, como resucitado después de su enfermedad, y que pensaba a la sazón comprar o alquilar más barcos y mantenerme a mí en el cargo de administrador de todos sus bienes, casi como si fuera su heredero.

—¡Seremos ricos, Miguel! Pide, pide, Orozco, por esa boca, que todos tus deseos se harán realidad. ¡Tierras, mujeres, honores, dinero! ¿Qué más anhelas, marinero?

Yo le dedicaba una mirada bovina sin contestarle o cambiaba de conversación. Mientras, íbamos tragando olas de un desierto de mar que engullía como un agujero mis pensamientos y me drogaba de monotonía y silencio. La singladura fue bonancible; el viaje de ida no planteó problemas. Tampoco en tierras africanas hubo nada digno de mención, si descuento las desagradables escenas de caza y traillado de esclavos que ya narré y las consabidas fiestas de Cha-Cha, a quien encontré enfermo y envejecido.

Todo al parecer iba a pedir de boca cuando emprendimos el regreso. Según sus cuentas, y gracias a que en este viaje los días de calma habían sido escasos, don Marcial de Andrade calculó que quedaba sólo una semana para que *O Explorador* tocara puerto de Cartagena de Indias. Sólo pensarlo le llenaba de nuevo de satisfacción. Miraba con orgullo el horizonte, experimentando cómo la brisa fría de la mañana que nos regalaba el mar le acariciaba la cicatriz de la cara. García, el capitán, subió al puente y confirmó con su rapidez de lobo de mar los cálculos. La cubierta de *O Explorador* volvía a navegar casi a ras de mar, lo que evidenciaba su importante cargamento humano, cuya negra respiración sentía don Marcial en las plantas de sus pies, llegándole como una exhalación de las bodegas, donde la negrada vivía ya su cuarenta y siete jornada de sepultura. Su jadeo se traducía en regocijo de los sebosos labios del negrero español, que estaba en aquellos momentos convirtiendo mentalmente en doblones de oro cada bozal que iba a desembarcar muy pronto conforme a lo pactado con sus intermediarios de los asientos.

Pero de pronto un grito interrumpió sus sueños de grandeza. El grumete, que había subido al palo mayor dispuesto a avizarar en seguida la cercana tierra, parecía desgañitarse vociferando:

—¡Naos a babor!

Todos enfilamos nuestros sobresaltados ojos hacia aquella dirección. García, que sabía las intenciones de un barco por su catadura, estiró aprisa el catalejo. Eran tres naves de berberiscos con idéntico rumbo que *O Explorador*: Cartagena de Indias.

—¡Señor, no tenemos otra solución que esquivarlos! Hacerles frente sería una locura. Hemos de esperar a ver qué ocurre y cómo les responden las baterías de Cartagena.

Don Marcial había enrojecido de ira en sólo un instante y su mano derecha apretaba nerviosa el pistolón del cinto.

O Explorador hizo un rápido viraje para no ser visto y perderse en la bruma del horizonte.

En la plaza fuerte los acontecimientos se precipitaron en cascada. Don Girón de Loaiza, capitán de navío y gobernador a la sazón de Cartagena, no había perdido la calma. Desde la encumbrada almena del aún en obras castillo de San Felipe ya había identificado y medido las fuerzas tanto de los piratas y bucaneros, como las de la ciudad, que habría sido cogida por sorpresa en el curso de aquella limpia y tensa mañana del mes de junio.

Veterano de la guerra morisca, Loaiza reservaba un truco para estos casos: navecillas veleras, una flotilla de espías que merodeaban continuamente los entornos marinos de la ciudad. Una de ellas había regresado veloz, antes del alba, a dar parte de la amenaza. Naos sospechosas bogaban cautelosamente desde las bocas del río Magdalena hacia el poniente, lo que había advertido su despierto piloto, cuando hacía aguadas en Punta Canoas, columbrándolas veinticuatro horas antes. Trataron de hacer otro tanto al caer la tarde, maniobra que él había aprovechado para arrancar prestamente y venir a escape a comunicar al gobernador cuanto había visto.

—¡Aprestad los dos galeones y los seis navíos del convoy que iban a zarpar para España! ¡Que se coloquen al paio en posición de acecho en la rada de Caño de Loro! —ordenó don Girón.

Equipados los galeones con treinta cañones y los navíos con sesenta, zarparon sin ruido con una doble misión: batir todo enemigo que penetrase en la bahía de Bocachica o volverse hacia el norte y cargar sobre las naves enemigas si intentaban entrar en Bocagrande, con la pretensión de pasar por Manzanillo para ir a atacar al fuerte de San Sebastián.

El gobernador había dado, además, órdenes estrictas a los comandantes de los fortines de San Matías de Gamboa para que permanecieran alerta y no dieran señales de vida, en ambos casos con la intención de que no entrara el enemigo por uno u otro sitio.

Al comandante de Pastelillo mandó por su lado que no retirase la cadena con que se cerraba en la noche la boca de entrada al arsenal y que estuviese listo para repeler con toda energía cualquier ataque imprevisto.

Además, ya estaban zarpando en canoas y chalupas hasta quinientos soldados armados de arcabuces y bien dispuestos de municiones, para que montasen guardia en los parapetos que se extendían por toda la península al occidente de San Sebastián de Pastelillo. Y al resto de la tropa, unos mil hombres, los distribuyó en los parapetos de tierra de Santo Domingo y Juan Angola, y en reforzar las guarniciones de los fuertes al oriente del barrio de Getsemaní.

Un soldado se presentó en seguida en cada casa con otra orden terminante de Loaiza: que todos los habitantes estuvieran tranquilos y guardaran el mayor reposo, para engañar al enemigo y hacerle creer que la plaza se hallaba por completo desprevenida. Así lo hicieron también los jesuitas. Los grupos se turnaban para la vela de oración en la capilla. Otros, desde las ventanas que daban al mar, contemplaban las operaciones que el gobernador había agilizado en el espacio mínimo de tres horas.

—Catad allá lejos, padre —exclamó el hermano González—, ¿acaso no veis despuntar unos palos?

Efectivamente, Pedro y sus compañeros tuvieron noticia de que a las seis de la mañana la flotilla pirata entraba a toda vela en Bocagrande, escalonando sus tres grandes naos y sus nueve o diez chalupas, enteramente convencidos de que el ataque por sorpresa iba a dar inmejorables resultados.

Poco después de las nueve de la mañana, los que desde la ciudad, con tensión y miedo, contemplaban la bahía oyeron las primeras explosiones. Habían desembarcado las primeras chalupas en la península de Castillo Grande, compuestas por partidas de marinería, armada de mosquetes y hachas de abordaje. A uno de los asaltantes se le escapó un tiro. Fue un aviso que aprovecharon en seguida las naos que esperaban en Caño de Loro. Pusieron proa, a toda vela, rumbo norte, y en pocos minutos rompieron fuego contra la flota pirata. Las luces de los fogonazos llegaban fantasmales a Cartagena, seguidas de las estampidas de las pelotas de cañón, como fuegos fatuos en medio del azul recién estrenado de la mañana.

Parte de la flota iniciaba en esos momentos el desembarco. El resto estaba entrando en la bahía para tomar por sorpresa la ciudad. Pero la estratagema se volvió contra ellos.

Del vientre de madera de los galeones españoles emergían amenazantes las bocas bien torneadas de los cañones escupiendo fuego y metralla. Se estremecían las jarcias y chirriaban las cuadernas de las naos. Con agitación y disciplina volvían una y otra vez a alimentarse los bronce con los barriles de pólvora, entre gritos de la marinería y a retroceder con el propio impulso de su descarga. Aquel cañoneo era la nueva señal. Los fuertes de Pastelillo, San Matías y Gamboa hicieron lo propio.

Pedro pudo ver desde la residencia cómo los piratas, atacados por tres frentes, ponían en juego toda su valentía y estrategia guerrera. Los que estaban en tierra intentaron la retirada mientras reembarcaban su infantería. Pero muchos de ellos caían alcanzados por la artillería del fuerte de Gamboa.

El intenso cañoneo duró más de dos intensas y agotadoras horas. Los filibusteros respondían con todo el fragor de sus baterías al continuo fuego de los españoles. Sólo dos de las tres naves mayores y tres o cuatro chalupas consiguieron, forzando la entrada de Bocagrande, salir a alta mar. El otro barco de los piratas y casi todas las embarcaciones menores, con más de cuatrocientos hombres, encontraron definitiva sepultura en la bahía de la península de Castillo Grande.

Escondido en una rada cercana, sin armar ruido y a la espera de los acontecimientos, *O Explorador* contemplaba la retirada. En el puente de una de las naves piratas, García creyó reconocer al francés Francisco Nau, más conocido con el sobrenombre de *el Olonés*. Los españoles habían obtenido la más rotunda victoria.

Don Girón de Loaiza sonreía, reunido con sus oficiales y brindando con fino vino español, conservado durante años en las bodegas del castillo como un tesoro para las grandes ocasiones. No sabía sólo a años de sombra y a remoto fuego de Jerez, sabía a triunfo, al orgullo de hombres que vivían exclusivamente para escribir las gestas de un imperio que ya comenzaba a decaer.

La noticia corrió en un santiamén por toda la ciudad y Cartagena se convirtió en un grito. La gente salía de las casas a cantar y bailar como posesa por las calles. En un rincón de la cocina de la residencia de los jesuitas, Pedro Claver, serio y meditabundo, ayudaba al hermano Lomparte, como acostumbraba, a fregar platos o a pelar papas.

Pensaba en los heridos, que estaban siendo transportados en aquellos momentos al hospital de San Sebastián, y en los moros o turcos, fácil carne de cañón y primeros en caer en estas batallas, forzados de galeras, que a pesar de todo seguían conservando su fe en Alá y en Mahoma, su profeta.

—¡Ya estáis pensando en socorrer a los heridos, Pedro! —dijo Lomparte—. ¡Os conozco bien! ¡Perderéis la salud!

—Callaos, que todo eso es oropel. ¡Yo no hago nada!

Las dos o tres amplias salas con que contaba el hospital de San Sebastián, puro almacenamiento de enfermos tirados en jergones por el suelo, no daban abasto a los heridos en combate. Dependencias de por sí estrechas para las necesidades de un trópico infeccioso y promiscuo crecían en fetidez y lamentos, cuando llegaba la peste, la viruela o un importante número de heridos después de una batalla como la que acababa de entablar la ciudad.

Detrás de las parihuelas en que los soldados transportaban a los quebrantados por la reciente batalla naval, los enfermos habituales descubrieron en seguida la mirada dulce de Claver, que venía acompañado del hermano Nicolás y algunos de sus negros colaboradores. Este hospital, situado en el centro de la ciudad, y el de San Lázaro, el de los leprosos, eran lugares de paso obligados para el heroico sacerdote.

Todo el mundo le conocía: los hermanos de San Juan de Dios, los enfermos, blancos, negros, jóvenes o viejos. Todos los días le recibían con aplausos y aclamaciones. Solía ir sin manteo. Luego, se arremangaba la sotanilla a media pierna y al entrar pedía una escoba, barría las salas, hacía las camas, servía la comida y fregaba los platos. Pero aquel día tenía prisa y acudió a los más graves de los heridos de guerra, que iba saludando con afecto. Luego, sacaba de su talega limones, mangos, dulces, tabaco, frascos con aguas de olor, que caían por la frente de los soldados aliviando el sudor pestífero y el dolor incesante. ¡Cómo sonreía el ciego Juan Ramírez, después de recibir dos besos en la mejilla! Le había torturado durante años un terrible dolor de cabeza, que no le dejaba dormir y que no le permitía sentirse persona, salir de su angustia, controlarse. Desde aquella noche supo qué era descansar. Más allá, al lado de uno de los recién llegados heridos de bala, el mendigo español Alfonso Salazar volvió la cara al ver a Claver. Tenía las piernas purulentas. Su orgullo no soportaba ver a aquel sacerdote que en cada visita le besaba sus extremidades repugnantes. Se revolvía entre las sábanas. Pero luego, cuando Pedro se iba, se echaba a llorar escondiendo su rostro entre las manos.

Después buscó entre los heridos a los turcos y berberiscos. Duros para la conversión, recalcitrantes en sus convicciones, eran también enfermos preferidos. Día a día, dentro y fuera del hospital los buscaba y pacientemente les repetía su frase preferida: «Jesús sea conmigo, ilumine mi inteligencia y ablande mi corazón». Viniendo al hospital

acababa de encontrarse al negro yolofo Francisco de Jesús, esclavo del rey, que seguía resistiéndose a la conversión. «Algún día, algún día verás la luz, Francisco», le había dicho al tropezárselo con un fardo al hombro camino de casa del gobernador.

Pedro conocía al dedillo el nombre de «sus moros», a los que durante más de veinte años habría de repetirles su frase: «Ablanda mi corazón». Allí, en uno de los lechos del hospital de San Sebastián, había recibido la paz un galeote turco. Al atender a estos moros ensangrentados en la refriega, recordó a otros amigos: el turco de sesenta años que quiso bautizarse, y a Amete, el sarcástico Amete, que se reía siempre de él, sentado en un escalón del mercado o la plaza de la Hierba, con una sonrisa enigmática, con un aire superior y burlón.

—¡Adiós, Amete! Y no te rías, que la vida es larga.

Antes de partir, Claver pasó por la sala de cirugía. Nada más abrir la puerta, una oleada fétida y repugnante salía de aquella habitación de enfermos infecciosos. Detrás de Pedro, la negra Margarita, que recogía limosnas para los enfermos, intentó huir horrorizada ante la pestilencia. Pedro se volvió y le tendió la mano:

—Vamos, Margarita, Margarita, no os vayáis, que éstos son nuestros prójimos, redimidos con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo —decía Claver sin inmutarse

Uno de los que más apestaba se llamaba Álvaro Barbosa Salazar. Tenía un oscuro pasado y una espantosa infección contraída en su deambular por lupanares de mil puertos. La putrefacción del brazo le mordía hasta la caña del hueso, por lo que había sido aislado en un departamento y ya se le había administrado como incurable la extremaunción.

Sus ojos se iluminaron al ver a Pedro, que se sentó en una silleta baja para estar a la altura de su brazo. Poco a poco, se acercaba con su mejilla a la llaga purulenta.

El propio Álvaro miraba a Pedro espantado:

—¡Padre, retírese, que yo mismo no me aguanto!

—Hermano, deje estar, que ni me molesta ni me cansa.

Por la ventana llegaba la luz y la animación de la calle de una Cartagena que celebraba la victoria con música y bailes, una bocanada de vida y color que destilaba risas, compra y venta, recién soñadas ilusiones, ese otro mundo que suele dar las espaldas al dolor y la muerte.

Álvaro, que estaba quedándose ciego, abrió su mano derecha y tendió a Claver cuatro reales.

—Esto, padre, para que me diga una misa.

—No, Álvaro, quedáoslo, que la misa la diré yo. Y estad alegre, que Dios os quiere mucho y espero que habéis de pasear de nuevo por las calles de Cartagena. Tened a Dios en la memoria. Él os pondrá un freno para que no le ofendáis más, porque os quiere, os quiere mucho.

Álvaro sintió que muy dentro de su ser repicaba por vez primera una lejana campanilla como de esperanza. La figura del amigo se perdió de sala en sala, inclinándose, abrazando, repartiendo frutas, tabaco y aguas de olor a cambio de sus llagas y sus lágrimas.

Todo eso y mucho más me contaron al llegar sobre cuanto ocurrió durante el ataque de los bucaneros a Cartagena y la victoria de nuestro ejército. Nosotros esperamos, arriadas las velas, a que los piratas desaparecieran del horizonte y a que don Marcial recuperara la tranquilidad. Cha-Cha se lo había dicho: «Hasta doce armazones, de cuatrocientos a seiscientos esclavos cada uno, llegan anualmente al puerto de Cartagena de Indias. Tenedlo en cuenta para evitar la competencia, sobre todo de los que no se computan: los negreros que llegan sin licencia y alijan en cualquier puerto de la costa, donde los esperan sus agentes ocultos en los manglares». Lo que menos podía imaginar era que habría de encontrarse con barcos piratas. Pero había habido suerte, la repulsión de filibusteros alcanzó tales cotas de rapidez, que el tonelero de *O Explorador* pudo resistir con economizar las últimas gotas de agua dulce; lo justo para llegar a puerto. Hechas las salvas de rigor, la nao se deslizaba ya, rompiendo el estanque azul pálido de la bahía de Cartagena de Indias. Mientras García contaba al práctico los avatares de su navegación desde el remoto corazón de África, don Marcial de Andrade no aguantó un minuto más. Corrió desde el puente, como ánima que se lleva el diablo, a lo más adelantado de proa en un intento infantil de tocar antes puerto. Yo lo miraba con tristeza y me adelantaba la alegría del abrazo de Inés. Pero tanto júbilo se empañaba bajo mis pies con la sorda respiración de la negrada.

Sandoval y Claver, como era su costumbre, supieron con antelación la llegada del buque negrero. Habían ajustado un premio para que les dieran noticia de cada arribo, que solía ganar casi siempre el ágil Calepino. El sudor frío volvía a bañar la frente de Sandoval y un calor intenso, mezclado con una inexplicable alegría, subía por las venas del misterioso Claver. El ciclo comenzaba una y otra vez: correr al puerto, bajar antes que nadie a la bodega, atender a los bozales más enfermos, dar consuelo a los desgraciados, iniciar su catequesis y bautizarlos. Pedro miraba desde el ventanuco de su cuarto las operaciones del atraque y el arriar velas, troqueladas en el azul, de *O Explorador* al deslizarse sobre el plato de la bahía. Se apresuró a comentar el hecho con Sandoval.

Alonso estaba inmerso en sus papeles. Desde que había regresado de Lima sus libros andaban muy avanzados. *Naturaleza sagrada y profana, costumbres y ritos de los etíopes* (1627) ya había visto la luz con cuidadosos grabados, en una lejana imprenta de Sevilla. Su obra más completa, en cambio, *De instauranda aethiopum salute*, supondría todavía algunos años más de trabajo. Con frecuencia, el rectorado del colegio y residencia de Cartagena le habían traído muchos quebraderos de cabeza. Tenía sobre su mesa un apretado fajo de cartas. «Roma», se leía en el remite de una de ellas, debida a

un personaje importante, el padre Vitelleschi, general de los jesuitas, y contenía una bendición para aquella tarea difícil que con Claver desarrollaban en medio del calor asfixiante del trópico.

«Agradezco a vuestra reverencia –le decía– el santo celo con que alienta y afervora los ministerios, en especial el de los morenos, que en esa ciudad es tan importante y de tanta gloria de Dios. Ruego a vuestra reverencia encarecidamente que lo lleve adelante y procure que vaya siempre en aumento, que la necesidad de esa pobre gente es tan grande que obliga que hagamos todo lo posible por socorrerla y ayudarla.» Pero ¡si eso fuera todo! Había que atender a un centenar de niños en las aulas del colegio, lo que le ocasionó la primera amonestación de Roma. Todo por una simple pieza de teatro. Sandoval quería la representación con todo lujo de detalles; pretendía revivir la casa solariega de Azpeitia, recrear la conversión de san Ignacio con la mayor viveza. El *monitum* o aviso vino porque salieron en la representación dos muchachos en traje de mujeres.

No faltaban otros sinsabores en la propia ciudad, como los provocados por el inquisidor don Agustín de Ugarte y Saravia, que se metía a cada momento, con una insistencia que encendía los nervios del sensible Sandoval, en el gobierno interno de los jesuitas. Los mismos jesuitas, sus súbditos, le habían criticado a Sandoval su carácter, que tachaban en varias cartas a Roma de «áspero, desabrido y riguroso». También le creó problemas la decisión de enviar a un hermano coadjutor a Cabo Verde a vender camisas y jubones, bálsamo, vino y otros objetos. Debió de pasarlo muy mal el hermano Jerónimo Valerio en aquellas tierras, sobre todo de regreso, cuando el barco en que venía fue atacado por los holandeses. Pero en medio de tantos sinsabores Sandoval contaba entre las cartas con algunas buenas noticias. Era correspondencia de compañeros y amigos que pedía para él al padre general la profesión solemne de cuatro votos, que no había podido pronunciar. Entre los motivos que se aducían se encontraba a favor de concederle la profesión de cuatro votos (grupo selecto de la Compañía), se argüía el haber sido el «primero de todos en dedicarse, con ardor, al cuidado y catequización de los negros, en estas regiones de las Indias» y todo lo que había pasado por ellos. Sin embargo, la respuesta de Roma fue terminante: «Estamos persuadidos que la sólida virtud del padre Alonso no querrá lo que repugna a las leyes de la Compañía». No se la concedieron a pesar de su alto nivel espiritual e intelectual.

Intentaba olvidar todos aquellos problemas y vivencias que se agolpaban en su imaginación, refugiándose en su propia menuda letra:

Por lo cual concluyo amonestando a los que dicen que estos negros son incapaces de administrarles los sacramentos y darles noticia de la ley de Dios, que no se la quieren dar en español, que no lo entienden, sino que, vestidos de caridad y celo de la gloria del Señor y bien de almas tan desamparadas, les busque intérpretes y lenguas

propias, que con ellas muy bien entenderán. Confieso que cuando un negro me habla en su lengua, no entiendo palabra; y que parezco más bozal que él cuando yo le hablo en la mía, y creo que todos confesarán lo mismo.

El escritor levantó los ojos y se asomó al Caribe, porque del puerto venía una oleada de voces y trajín de desembarco. El navío negrero, esta vez *O Explorador*, despuntaba al fondo de la bahía.

—¿Bestias? —pensó Sandoval—. ¿Por qué habrá aún teólogos que defiendan que son animales? ¿Sinceridad o conveniencia? No iba a ser fácil dar salida a aquel libro sin pasar por toda una batería de agudos teólogos censores. Mientras miraba el mar, recordó el contenido de un párrafo que acababa de dejar escrito un poco más arriba:

Otro a quien bauticé a lo último de su vida, por medio de cinco intérpretes, que unos hablaban a otros, como queda advertido, me lo agradecía, habiendo escapado con vida, cada vez que me encontraba, haciéndome dos reverencias con ambos pies y tan profundas, que juntamente me movía a risa, viniendo a mí la cara llena de risa y alabanza del Señor, viendo cómo esta gente reconocía a su modo el bien que se le había hecho, y daba en agradecimiento lo que podía. Y no era éste sólo, porque otros muchos hacían lo mismo, y no sólo daban a mí las gracias, sino a mi compañero y al intérprete que le servía de lengua para bautizarse.

Pálida y ojerosa, pero riéndole los ojos, apareció la figura querida de Claver. De su hombro pendía el consabido costal con aguardiente, frutos, tabaco y saumerios. Alonso, por asociación de ideas, retuvo la arcada de un vómito, intentando arrancar su imaginación la enrarecida atmósfera de la sentina que iban a visitar.

En la nao todo era agitación. Don Marcial de Andrade no cabía dentro de sí. Nada más avistar tierra se había perfumado y vestido su mejor vellorí para aquel momento, esperado con tensión y fiebre durante meses. Me pidió los papeles que nos había dado Cha-Cha para autentificar aquella trata y entregar el armazón en puerto a los intermediarios que los conducirían a sus nuevos amos en una mina de Antioquía o del Chocó, en los trapiches de Monpós y en las linajudas casas payanesas. De Cartagena les podrían esperar prolongadas caminatas a Tierra Caliente, a Nueva Andalucía y Venezuela, desde Maracaibo hasta Cumaná. Pronto se vería a aquellos esclavos buceando en los ostrales del río Hacha, sembrando caña de azúcar cerca de los barrizales del río Magdalena, cosechando tabaco en Cumaná, lavando oro en las quebradas de Antioquía, o convertidos en bogas de los champanes del gran río. Pero antes tendrían que pasar una vez más por el hacinamiento de barracas, la subasta y hasta el hierro candente, hendido para siempre en su piel de ébano con una «T», de Torma, o una «S», de Silva, o las marcas de otros compradores.

Ya estaba don Marcial despachando con los oficiales del puerto, cuando de lejos vi una figura familiar que avanzaba hacia donde había atado amarras *O Explorador*. Iba con un grupo de alegres negros, que caminaban riendo y bailoteando a su alrededor.

—¿Quiénes son aquéllos? —preguntó De Andrade.

—El padre Claver y sus intérpretes —respondí sin inmutarme.

—¿Vienen hacia aquí?

—Sí, acuden siempre a los barcos a socorrer y cristianar a los negros bozales. Pedro Claver es famoso en Cartagena de Indias y sus alrededores por no haber apostema, lepra o esclavitud a la que no acuda sin hacer ascos y entregándose a todos en cuerpo y alma. Vos no lo conocéis porque casi siempre habéis desembarcado y alijado en Portobelo.

—Hay negreros —apostilló García— que no soportan su ministerio, porque dicen que, con tanto cuidado, consiente a los bozales y les hace añorar la perdida libertad. No faltan los capataces que han ido incluso a protestar a sus superiores. Pero como si nada. Él no cesa de estar con ellos día y noche hasta que se los llevan los compradores a las haciendas.

Claver subió de prisa las pasarelas.

Al cruzar la cubierta, advirtió la presencia del negrero e iba a decir «Dios os guarde», cuando el saludo se le heló en los labios. Al sol rutilante de la mañana, la cabeza de don Marcial, con su barba de meses recortándose en el nítido azul del Caribe, parecía una aparición. En un instante aquella cicatriz que le surcaba el rostro debió de levantarle una marejada de recuerdos. España, Sevilla, su juventud. ¿No era aquél el mismo hombre al que había visto a mi lado en el muelle andaluz pujar por unas telas y relatar por vez primera la horrible historia de la caza, el transporte y la esclavitud del negro? ¿No era el hombre que le abrió los ojos al tropezarse con el primer negro maltratado, la víctima que había asociado con la estremecedora mirada del Cristo de Verdú? Como por encanto, Pedro leyó su historia apretada y dolorosa en aquel rostro desfigurado de verdugo, en busca, a costa de cualquier cosa, del oro, el honor y la fama. Al ver aquel hombre en Sevilla se había iluminado, por contraste, el sentido de su vida. Lo mismo que amaba barrer la casa y limpiar los excrementos de los retretes; lo mismo que había anhelado perderse en el rincón sombreado de una anónima portería, había visto la desembocadura de su sacerdocio al tocar, consagrar con sus manos las inmundicias de una humanidad alocada e injusta que comerciaba con el amor, la libertad y la sangre de personas, de hijos de Dios.

Miré a ambos y me vi a mí mismo. Don Marcial de Andrade era la personificación del mal y la culpa, pero era un hombre que yo conocía bien, cruel, hediondo, aunque quizás en el fondo tan frágil, desgraciado y torpe como un niño. ¿A veces la corrosiva mordida del mal no permite por ausencia encontrar el amor y la vida? Si Dios existe —pensé—, ¿qué sitio ocupa entre Marcial y Pedro? Porque sin Marcial no podría existir Pedro. Llamamos bien y mal a las dos caras de un planeta que en su entraña es uno mismo, tan misterioso como absurdo. Seguramente, para Claver los rostros de Alonso

Rodríguez y Alonso de Sandoval deberían aparecérselo en cubierta en contrapunto con aquel rostro acalorado del corpulento don Marcial, el prototipo de negrero, el antagonismo de todo por cuanto luchaba.

—Padre Claver, me han hablado tanto de vos que me agradaría mucho conversar. ¡No de escrúpulos de conciencia, por cierto! —dijo con una sonrisa pícara de sus dientes amarillos—, sino para que me contéis cuál es vuestro modo de proceder y qué pretendéis de estos negros...

—Permitidme, señor, en nombre de Dios, que antes baje a verlos. Llevan muchas semanas allá dentro y ellos me necesitan más que vos.

—Pero, eh, padre... —iba a replicar don Marcial, cuando Claver se había dado media vuelta y corría a las recién abiertas claraboyas, no sin dedicarme una mirada entre dulce y desafiante que nunca se borraría de mi mente.

Sacabuche, que se le había adelantado, se echó para atrás medio mareado al abrir la bodega y sentirse envuelto en la nube de pestilencia que salía del agujero. Vi cómo Pedro cerraba los ojos y sonreía. Intuí algo de lo que debía de pasar por la mente de aquel hombre que me descabalaba. Quizás el rostro bendito de su madre; un paseo con el hermano Alonso por la costa de Mallorca; los años de estudio, la duda ante la ordenación, los largos viajes de mar oscuro y tierra caliente; las críticas internas de sus compañeros jesuitas que por aquellos días comenzaban a torturarlo; el calor asfixiante, la soledad, los ratos de escoba y portería. Todo, todo pedía su desembocadura en aquel mar de podredumbre, al bajar aquella escala y oír aquellos lamentos. Pero al mismo tiempo pude ver cómo su cuerpo temblaba y sudaba frío al descender al infierno de pestes y quejidos negros, aunque su alma volara y pareciera ensimismarse como en los momentos más íntimos de oración. Si su naturaleza se rebelaba, la castigaría. Si los demás le hacían el vacío, ¡qué importaba eso, si él había visto claro! Así de recio era Claver.

No era la única vez que yo había bajado a la sentina. De modo que volví a hacerlo sin dudar un instante para no perderme la escena. Mientras la figura exangüe de Pedro Claver se deslizaba por los escasos espacios que dejaban en la bodega las ristras de negros, espalda a espalda, sus desvelados ojos descubrían en seguida la necesidad más urgente: una negra que acaba de parir y que pide aire, otro viejo apostemado que se debate entre la vida y la muerte. Como gatos en la madrugada de aquel ambiente cerrado y contagioso le miraban cientos de ojos enrojecidos, había cabezas que se hacinaban, en el corto trayecto que le permiten las cadenas, para ver por el abierto ventanuco las torres de piedra de Cartagena. ¿Qué misterioso puerto de torturas crearían descubrir los desdichados en su imaginación surcada de ríos, selvas lujuriantes y amplias sabanas de las tierras de África? ¿Los traerían para ser comidos, como decían en los poblados? La madre se aferra al niño creyendo que aquel hombre vestido de negro se lo va a llevar. Tres intérpretes escalonados le explican que el padre la quiere bien, al par que salen dulces del talego, e incansables, las lenguas resacas no se sacian de despertarse al frío y el saludo del agua, el agua tan ansiada.

Otro esclavo joven, roído de llagas, tiene la mirada perdida en aquel baobab donde se citaba al atardecer con una muchacha de su tribu, espigada y grácil como un chopo junto al lago. Aquella tarde ella no acudió a la cita, sino que se presentaron los pumberos, se oyó el ulular de la jauría de perros, por lo que desde entonces la noche se metió en sus ojos y se había negado a comer bocado, a abrir los labios, a pronunciar palabra. La infección había penetrado con más profundidad en su carne. Pero en sus ojos podía adivinarse aún la nostalgia del amor. La mano de Claver se apoyó sobre su hombro una y otra vez, le acarició el acalorado cabello y la frente febril mientras le acercaba a los labios la temblorosa botella. «Lo envolverá en su manteo y se lo llevará al hospital.» Pero advierte que una chispa de vida acaba de encenderse en los ojos tristes del joven africano. El muchacho mira sus manos. ¿Qué tendrían aquellas misteriosas manos de Claver? Por el ventanuco del miraclaro, el blando mecerse del mar reverberante al sol parecía una alegre leyenda, como las que contaban los viejos brujos de la tribu. El muchacho, alucinado por el agua y los brazos de Pedro, creía ver con sus encandilados ojos que, junto al baobab una muchacha corría hacia él con los brazos tendidos. A su oído, con paciencia, con un susurro, con ternura, Pedro repite:

–Sólo soy yo. Os quiero bien, no tengáis miedo.

A los pocos minutos, las voces de cubierta se apagaron del asombro. Don Marcial, con la boca abierta, no daba crédito a sus ojos. Entre la negrada y la marinería se abría paso Pedro con aquel muchacho a sus espaldas, camino del hospital. Don Marcial intentó abrir sus labios con la intención de hablar, de protestar por aquella violación de sus órdenes, pero no pudo articular palabra. De lejos vi a Inés con su sombrilla blanca, como una luminosa aparición en medio de la triste y larga fila de esclavos, que, atadas las manos, desembarcaba a puerto como una ristra de ganado.

Cartagena hervía de nuevo.

¡MILAGRO!

Entornadas las celosías y al amparo de los mosquiteros, los hidalgos, encomenderos y funcionarios de Cartagena intentaban dormir la siesta. Un sopor de sol cansino y sobremesa tenía aplastada a la ciudad y las calles desiertas. Sentado en mi mecedora predilecta dormitaba yo también frente a un refresco de tamarindo, mientras repasaba en mi mente los apretados acontecimientos desde el último viaje tras el que don Marcial, cansado y viejo, decidió aposentarse definitivamente en Cartagena, mientras sus barcos y capitanes, una flotilla de cinco, se encargaban del trabajo denigrante de la trata.

Fueron años duros en los que el mar se trocó para mí en largas incursiones tierra adentro casi siempre en compañía del patrón para adquirir encomiendas y ocuparnos de las nuevas fincas y plantaciones de tierra caliente. Reconozco que don Marcial fue generoso conmigo y que llegué a enriquecerme en poco tiempo, aunque nada apagaba mi sed e insatisfacción interior. Pese a que mi relación con Inés se iba estrechando, me encontraba solo, y solo daba mis paseos junto al mar pensando en que se marchaba mi juventud sin en realidad haber realizado cabalmente mis sueños.

Fue también por entonces cuando se produjo un vuelco en la vida de Inés, como consecuencia de los aquelarres de su hermana. El inquisidor Muñozca, que supo por cartas de España que doña Elena no tenía tantos validos como aseguraba, se declaró en guerra abierta contra ella, y sus alguaciles la sorprendieron una noche bailando con los pechos al aire en torno al «gran cambrón» figurativo junto al que se desahogaban las iras y represiones de la colonia.

Elena fue encarcelada y procesada, aunque esta vez se salvó por un pelo. Como es sabido, una de las pruebas a la que se someten las brujas por el Tribunal de la Inquisición de Nueva Granada es la del peso. Se la hace sentar en una gran balanza o romana y, como se supone que la bruja está poseída por algún espíritu maligno, se colige que debe de pesar menos que un ser humano normal, ya que los espíritus, tanto buenos como malos, son por definición etéreos. Pero doña Elena, como creo haber dicho, estaba algo más que entrada en carnes y Muñozca no paraba de echar plomo en el otro platillo hasta contrabalancear las más de ochenta libras que en realidad pesaba la oronda dama. Total que esto, añadido al prestigio que tenía en la ciudad el cirujano De la Cruz, por los muchos españoles que se habían salvado gracias a sus sangrados y emplastos en tiempos de peste, doña Elena se libró por el momento de la hoguera o el destierro y pudo volver a lucir de nuevo su famoso guardainfante.

Pero Inés quedó tocada de esta refriega, pues las pesquisas de la Inquisición reincidían en que se la vio repetidas noches junto a su hermana, aunque no era tal, sino confusión de cuando salía conmigo y a veces curioseábamos ambos de lejos los hechizos y bailes de los brujos.

Al mismo tiempo no decrecía mi curiosidad por Pedro Claver, que ya había adquirido fama de santo, sobre todo entre los morenos, puesto que a los españoles e incluso a muchos de sus hermanos jesuitas les daba en rostro. No faltaban los que aseguraban haberle visto hacer milagros, como Calepino, que me relató docenas de estos prodigios que se contaban precisamente a aquella hora de la siesta los esclavos en la angosta calleja de los Estribos. Ésta tomó su nombre de los recios contrafuertes adosados a la fachada lateral de la iglesia de Santo Domingo que, para contrarrestar el peso de la bóveda, recibe la sombra de la mole blanca del templo, rota tan sólo por una extraña portada renacentista de columnas dóricas, entablamento clásico, y un remate de frontón, que se rompe para dar paso a un empinado óculo. Tampoco en el claustro umbroso de los dominicos se movía una alma.

Al amparo de la sombra de la torre, solían matar el tiempo los que no tienen derecho a siesta de alcoba. Junto a la tapia del convento se entregaba a la charla, cuando no dormitaba, un grupo de esclavos, los más, amigos y colaboradores de Claver. Las voces caen, con su deje moreno graciosamente derrotado, en el corro de las historias y consejas. Un día, narraciones de brujas; otro, de piratas; la última tarde fueron recuerdos con sabor a prohibido de la brumosa e inaccesible tierra de África. Hasta que un día cruzaron el aire las pretendidas maravillas de un hombre que gozaba con ser la antítesis de toda maravilla: Pedro Claver.

Ángela parecía transfigurarse cuando lo contaba, abriendo mucho sus pupilas, relampagueando su negro rostro de risa fulgurante y en tensión los pómulos tersos y sudorosos:

—Y entonces me llamó el capitán don Vicente de Villalobos, que le acompañara para ir a buscar al padrecito, que la pobre negra Augusta de Angola estaba muriéndose. Así que fuimos los dos en busca del padre. Pero llegamos tarde. Cuando entramos en la casa del señor alguacil mayor, toda la familia estaba velando el cadáver y se disponían a amortajarla. La tocó el padre Claver y dicen que estaba fría como un cuchillo. Pocas veces le he visto gritar a ese bendito hombre. Pero nunca como aquel día. ¿Sabéis qué hizo? Empezó a llamarla a grandes voces por su nombre: «¡Agustina! ¡Agustina!». Le echó agua bendita, se arrodilló y estuvo una hora rezando al pie de la cama.

Los ojos de los negros parecían salirse de sus órbitas, mientras escuchaban a Ángela. No se movía una hoja del arbolillo de la plaza y la historia enajenaba el calor asfixiante y pegajoso que paralizaba a la ciudad.

—Mucho temor y espanto había en el aposento —prosiguió Ángela—. Todos esperábamos algo, cuando de pronto la muerta empezó a moverse y a echar sangre por la boca. Caímos de rodillas, y Agustina (¡ay, qué escalofrío me entra en el cuerpo cuando

lo cuento!) dijo, como quien se despabila después de un largo y pesado sueño: «Jesús, Jesús, qué cansada vengo». Y va el padrecito y le dice que llame a Dios, que tanto la ama, y que se arrepienta. Al momento uno de los que allí estaban no pudo aguantar su curiosidad y le pidió al padre Claver que le preguntase de dónde venía. «Vengo de caminar –dijo Agustina– un camino muy largo –Ángela lo contaba haciendo aspavientos y poniendo una grave voz de ultratumba–, un camino muy largo y deleitoso, y después de haber andado mucho por él, me encontré con un hombre blanco de muy lindo aspecto y muy hermoso, el cual se me puso delante y me dijo: “Deténte, que no puedes pasar adelante”; “pues, ¿qué tengo que hacer?”, dije yo, y él me respondió: “Volverte por donde has venido, al hogar de donde saliste”, y así he vuelto sin saber cómo». Luego el padre la confesó y vino a saber que no había sido bautizada. Todos en la casa decían que era cristiana, pues solía confesar y comulgar. Pero el padre Claver dijo que no, y la bautizó y antes de medio cuarto de hora se fue la buena de Agustina al cielo.

Todos los oyentes se quedaron en silencio, atemorizados por la historia. Andrés Yolofo rompió el embrujo, riendo:

–Seguro estoy de que el padre Claver no quiere oír esa historia ni acepta que la cuentes, Ángela. Además, ¿quién sabe si la negra estaba realmente muerta? ¡Pueden ser fantasías!

–Muerta o no, yo os digo que este padre resucita. ¿No os acordáis de aquel bozal que llegó más muerto que mi abuelo, que en gloria esté, en un armazón, y que el padre exclamó «¡Eso no!», y antes de que lo tiraran al patio se encerró con él? Al rato, salió el cura apretando su cruz de palo. Y a su lado, el bozal, que pedía a gritos el bautismo.

–Claro que lo recuerdo –asintió Ángela–. Y dicen que a Antonia, la que pide para los leprosos de San Lázaro, le devolvió la vida para que siguiera ayudándole, y la negra de don Gaspar de los Reyes. Yo lo he visto poner en boca las reliquias de los santos y curar a enfermos incurables. ¿O acaso no conocéis a Francisco López, el hijo de Juana de Mercado, la hermana del cura Mercado? Dicen que fue uno de los primeros milagros del padre. Y lo curó sólo con una esponjilla.

–¡A los dátiles que regala el padre también les atribuyen prodigios! –apuntó Calepino, que comenzaba a entusiasmarse con aquellas historias.

–¿Y nada decís de cómo el bendito padre predice el futuro? Pues preguntad al capitán Pedro de Arriola, alguacil mayor del Santo Oficio. Había enviado a su hijo a estudiar a Salamanca y, preocupado, pidió a Claver que lo encomendara. «En eso está –le respondió el padre–, porque ahora padecen los galeones una gran tormenta, pero ellos saldrán sin daño.» El capitán anotó en un cuaderno día y hora. No tardó en recibir una carta de su hijo. Le contaba cómo salió ileso de la tormenta el mismo día y la misma hora que él había anotado en el cuaderno.

Los prodigios del jesuita crecían en tamaño y misterio en la narración de aquellos ingenuos amigos. Pero Ángela insistía una y otra vez que los había oído contar también de labios de blancos. Como Teodora, aquella muchacha que le pidió consejo antes de

casarse con un caballero de Calatrava y gobernador de Santa Marta. Cuentan que el padre la miró con extrañeza y le dijo: «Id con la bendición, id a España, pero lleve él bien arregladas sus cuentas, porque después de este largo viaje ha de emprender otro mucho más largo». De modo que yendo ambos en la nao se lo dijo la muchacha. El joven lo creyó y al mes moría. ¡Os aseguro que no miento, que el padrecito sabe leer el futuro!

Todos estaban encantados con las narraciones de Ángela, menos Andrés Yolofo, que de vez en cuando cerraba sus ojillos con picardía y reía, reía.

—¿Queréis callar, Andrés? —le dijo Sacabuche—. ¿A qué viene tanta risa? ¿Acaso no creéis que el padre Claver es un verdadero santo?

—Santo es —dijo Yolofo—. Pero no como creéis. ¡Es un santo tan distinto! ¿Pensáis que el padre va por ahí haciendo títeres y magia? Si fuera así, toda Cartagena le llevaría en palmas, y ya veis, ni muchos curas le quieren bien ni le comprenden. Sacerdotes y grandes señores he visto que le desprecian. No son éstos los milagros mejores del padre. No sé si lo que contáis será verdad o mentira. Sólo sé que hay otras maravillas que pocos conocen y que son las que a él seguramente le gustan más.

En los rostros de los intérpretes negros y colaboradores de Claver se dibujó el morbo de la curiosidad. Creían conocer a Claver, pero a veces se les escapaba con su callado misterio. Quizá por esa mezcla de fuerza terrible para acudir al dolor y la miseria, y esa fragilidad a la vez de poca cosa, de hombre con aire enfermizo y amarillento. Todos habían experimentado en alguna ocasión sus manos acariciadoras y su protección en los momentos difíciles. Habían tenido que ser literalmente comprados por él, no sin dificultad, porque a la comunidad de jesuitas le parecía que se dedicaban a la holganza en vez de tener un oficio material en el Colegio de San Ignacio. Pero detrás del alma grande y melancólica del insignificante Claver siempre quedaban enigmas por descifrar, rasgos de su temperamento que tanto los morenos, como sus amigos y conocidos blancos, no acabábamos de explicarnos.

Lentamente, la ciudad comenzó a desperezarse de la siesta. Se abrían las ventanas y resurgían las atemperadas voces desde el interior de los patios.

—A fe que los milagros del padre Claver harán reír a algunos —insistió Yolofo—; pero sólo el que es negro y esclavo en Cartagena sabe entender por qué él los hace.

—¡Cuenta, Yolofo, que nos tienes en vilo!

—Iba el padre por la calle de Carretas con su bastón, cuando vio una multitud de muchachos que se reían a carcajadas de una pobre negra. Se acercó Claver. La vieja lloraba porque, con su canasta de huevos, que era todo lo que tenía y que llevaba sobre la cabeza, había tropezado al pasar por un balcón muy bajo, de forma que perdió el equilibrio y cayó en tierra. Los niños se reían a su alrededor. Claver intentaba consolar a la pobre mujer, que, poniendo el grito en el cielo, se volvía a todas partes, maldecía al balcón y miraba los huevos estrellados, sin atreverse a tocar aquel destrozo. El padre Claver le sonrió y le puso la mano en el hombro: «No te desconsueles tanto, mujer, que

Dios socorre a los pobres»; y llegándose cerca, empezó a batir los huevos con el bastón. Parecía que con eso iba a acabar con alguno sano que hubiera quedado. Pero no, conforme iba repasando el báculo, aquella masa o caldo de yemas, claras, cáscaras, todo revuelto, empezó a cambiar de forma. Iban rehaciéndose los huevos, hasta que quedó limpio el suelo y todos los huevos enteros. «Mirad cómo Dios ayuda a los pobres», dijo, y dejó a la vieja recogiendo sus huevos, entre la algazara de los chiquillos. Estaba allí doña Isabel de Mieres, que vio el suceso y que conocía al ama de la esclava, doña García de la Serpa, a quien temía mucho la negra. Y todo el mundo (que aquella calle estaba concurrida) quedó muy maravillado, y la negra pudo vender los huevos que todos querían comprar, pues llamaban los «huevos del milagro». ¿Qué os parece?

De nuevo hubo crédulos e incrédulos. En la sonrisa de Yolofo al contarle se leía su intento de querer demostrar cómo era el padre Claver, como un Francisco de Asís, amigo de lo diminuto, de los prodigios «inútiles», realizados tan sólo para devolver la alegría a una olvidada esclava. Después contó otro suceso que creó leyenda en Cartagena y que llamaban el «milagro de las clavellinas».

—¿Sabéis dónde está la linajuda casa de don Francisco de Silva y Castillo, con sus amplios balcones? ¿No habéis visto su patio lleno de flores y aljibes? Pues en aquel mismo patio, tendida en el suelo, apareció un buen día una de sus negritas sin respiración, pulso ni movimiento. Como don Francisco es muy amigo del padre Claver, hizo que no movieran a la negra hasta que el padre llegara. No estaba bautizada, pero el padrecito la llamó por su nombre cristiano y la negra se incorporó y quiso ser bautizada.

—¿Resucitó? —saltó en seguida Ángela.

—No es eso lo importante, mujer —dijo Yolofo—, que a lo mejor estaba privada de sentido. Lo que vale es lo que sigue. El agua con que se bautizó se quedó en un barreño o pila. El padre mandó que, por reverencia, no tiraran aquella agua a la calle, por haber sido materia de un sacramento. Pues bien, la criada que la iba a arrojar no halló otro sitio para recogerla, sino uno de los cuatro tiestos que había en la ventana y habían sido de flores, cuyas raíces estaban secas de hacía cuatro meses. Regó el tiesto con agua para que nadie la pisara. A los pocos días brotaron allí clavellinas muy nuevas, flores cuya especie nadie conocía, tan fragantes que no se podía creer. Cuando vio don Francisco de Silva aquella maravilla, mandó que se regasen también los otros dos tiestos. Pero hete aquí que, como se regaban con otra agua, se mojaron mucho y no reverdecieron nada. Nadie conocía en las Indias ni en los reinos de España fragancia como las de aquellas flores. Ni el nardo, ni el heliotropo, ni el jazmín glorioso o las azucenas de la Virgen podían hacerle ventaja. Dicen que le pusieron «clavellina», por Claver, y que olerán así mientras él viva. Yo os digo que cada vez que paso por la esquina de la calle Mantilla y Don Sancho y veo el escudo de piedra de la casa de don Francisco de Silva y Castillo, con su yelmo coronado de plumas, me santiguo con harta devoción, pues despide un perfume como ningún lugar en toda Cartagena.

Las sombras se habían hecho más largas. A la calle volvía el movimiento. Los primeros negros se levantaron del corro para acudir a la voz de sus amos, que ya estarían despiertos. La pesada paz de la siesta se había quebrado como por hechizo. La ciudad parecía otra. Pero todavía en la plazuela, junto a la tapia ardiente de Santo Domingo, flotaba una atmósfera de sobrenatural prodigio. Algunas miradas se habían quedado medio extáticas, contemplando aún en la imaginación al pobre Claver como un ser caído del cielo o un personaje de otro mundo. Superstición, hechos asombrosos y fe balbuciente se cruzaban en sus almas ingenuas escapando en la ilusión y los sueños de la realidad descarnada de la esclavitud. Pero ¿quién dudaba, y yo entre ellos, que aquellos milagros, lo fueran o no, eran de «donoso gusto» y como una brisa refrescante, sobre todo para los más pobres, tristes, enfermos y olvidados de Cartagena de Indias?

Otras noticias de Pedro durante aquellos meses de rutina las obtuve gracias a Bobadilla, que me contó lo que ocurrió un día después de comer, cuando en la residencia de los jesuitas entraba una insignificante brisa de mar, que invitaba a los religiosos a la conversación. Sentados junto a una ventana, con la bahía al fondo, o paseando por las amplias arcadas blancas del claustro, los clérigos y hermanos comentaban las incidencias del día, nuevas recién llegadas de los reinos de España o el último suceso apostólico de la residencia.

Pedro tuvo aquel día un primer impulso de irse a su cuarto para preparar una catequesis de la tarde o dar instrucciones a sus negros, que esperaban abajo; pero hacía días que notaba enrarecido el ambiente y una cierta agresividad contra él. De modo que prefirió quedarse en la *quiete*, que así llaman los jesuitas al recreo, con sus compañeros.

Coincidió con dos padres muy apreciados por su inteligencia y dotes oratorias en Cartagena. Conversaban de las rúbricas de la misa.

—¿Creéis que hablo del rito mozárabe, al modo como lo celebran en Toledo? —decía uno—. No, quiero referirme a nuestro rito latino y, en concreto, a las genuflexiones tal como ha dispuesto la Santa Iglesia de Roma.

—¿Me discutiréis entonces por una genuflexión de más o menos —replicó el otro—, siempre que la misa venga celebrada con la debida atención y reverencia?

Pedro escuchaba en silencio, paseando por el amplio corredor del claustro. Su sotana raída, corta y desangelada, contrastaba con el porte patriarcal e impecable de los otros dos jesuitas. Miraba con atención a uno y otro lado siguiendo el razonamiento de ambos interlocutores. Pero al advertir que no salían del propio cerco de sus argumentos, intentó terciar:

—Creo, padres —dijo—, que todo depende de la buena intención y espíritu del celebrante.

Uno de los sacerdotes, canoso y enjuto, le miró indignado y le dijo sin poder controlar su ira:

—¡Cállese, padre, y ande con sus negros, que es un ignorante que aún no sabe latín!

Esta destemplada intervención abrió la compuerta de otros muchos comentarios que se decían a media voz y a espaldas de Pedro en los tránsitos de la residencia jesuítica. Tachaban de «imprudente» su modo de andar con los negros, de catequizar y bautizar. Ya hubo superior en Cartagena que no miraba con buenos ojos, como «poco espiritual», su método de enseñanza sirviéndose de cuadros e imágenes. Lo sucedido aquella tarde no era nuevo. Algunos miembros de la pequeña residencia de Indias, fácil para que una crítica ácida o una pequeña envidia prendiera en los ánimos, le tachaban de «ignorante», «simple», «impertinente», «sin letras» ni prudencia. Hasta decían de él que «no sabía gramática».

Con el alma dolorida recordaba Pedro cómo el padre Juan de Arcos, cuando era superior, le hizo el vacío. En aquella ocasión le llamó a su cuarto y le reprendió severamente. «Sus negros alborotan, llenando la casa de ruidos», le dijo. Le interrogó sobre por qué perdía tanto tiempo con tales negros, demasiados bozales para sacar provecho de ellos. Que se pasaba en las delicadezas de tratarlos, que hacía perder tiempo a los criados de la casa; que «vaya un defensor de los esclavos que tenía esclavos intérpretes». Y finalmente algo que no le perdonaban: el tener aguardiente en su aposento, aquel aguardiente que reanimaba los exhaustos labios de africanos sepultados en vida en la sentina de los barcos negreros. ¿No sabían todos que él no tocaba aquel vino, que le bastaba para todo el día medio plato de arroz o un pedazo de pan mojado en agua?

Pero Bobadilla sabía bien la verdadera causa de aquella reprensión. Le hacían responsable de un altercado que había tenido uno de sus intérpretes negros con otra persona del colegio. «Váyase, padre Claver, al comedor y póngase de rodillas hasta nueva orden.» Debió de sentir a Dios cerca, su único y verdadero amigo —opinaba Bobadilla—, aquellas tres horas que dedicó a rezar el breviario a la luz de una candela. Pasaba el tiempo y el rector no aparecía. ¡Se había olvidado de llamarle! Hasta que alguien debió de darse cuenta y fue a avisarle y a interceder por Claver.

Las murmuraciones y críticas —lo sabía también Pedro— no se quedaban entre las blancas paredes de la residencia de Cartagena. Navegaban hasta Roma, porque un día le llamó el provincial, padre Perlín, y le leyó una carta del superior general, padre Viteleschi, en la que le permitía seguir en su difícil labor apostólica, pero insistía en que sus intérpretes tuvieran otros trabajos en la residencia, y añadía «que el padre no tenga plata en su poder para socorrer a los pobres morenos». Debía pedirla cada vez al procurador. «También conviene que no tenga en su aposento el padre Claver dos bonjes de vino, que no pueden parecer bien en uno de la Compañía de Jesús tenerlos en su aposento.» Otro superior, un provincial, le había amonestado por faltar al voto de pobreza. ¡Porque había dicho «mi negro», refiriéndose a uno de sus queridos intérpretes!

Las voces de los dos jesuitas que discutían sobre las rúbricas litúrgicas se habían quedado en segundo plano. Pedro estaba sumido en estas impresiones domésticas, de correveidile de pasillo, que habían crecido durante los últimos años. Reconocía,

reflexionando en este punto, que los superiores mayores no eran precisamente, quitando algunas excepciones, los que más le habían hecho la guerra. Casi se podía decir que en conjunto, a lo largo de su vida apostólica en Cartagena, eran quizá los que más le habían defendido e incluso regalado con alguna alabanza. Pero de la veintena de sujetos que vivían en aquella comunidad, Pedro había oído –todo se sabe– comentarios de los que se escapaban detrás de las puertas:

–¿Qué pensáis del padre Claver? Aunque es cosa que no debe comentarse, he de escribir las *cartas annuas* para informar a Roma y no le conozco lo bastante. ¡Es tan callado!

–Para mí que es poca cosa y creo coincidir con los informes que se han enviado al padre general estos últimos años. Su ingenio está por debajo de la mediocridad. De su prudencia diría que es escasa, por no decir nula, como su experiencia de las cosas. Dicen que no es inútil para las letras, pero al parecer, siendo profeso, no quiere mostrar esa cualidad. También dicen que hace años era de carácter «colérico»; ahora, según yo creo, parece muy melancólico y sanguíneo. Pero en lo que siempre hemos estado todos de acuerdo es en que es apto para tratar a los etíopes. Y nadie duda de su óptimo aprovechamiento espiritual.

Desde 1616, año a año, Pedro no podía ignorar qué pensaban de él sus compañeros y qué cartas enviaban enjuiciándolo a Roma. Pero si tan poca cosa le consideraban –se preguntaba Bobadilla–, ¿por qué cuando había algún pleito difícil o juez contrario a la Compañía echaban mano de él?

Bobadilla me contó que un día el superior le mandó ir a amansar a una mujer enfurecida, que gritaba con lengua de víbora por toda Cartagena, requiriendo de los jesuitas un dinero que éstos en realidad no le debían. Había sido inútil la sentencia de los jueces y ella seguía sembrando la ciudad de murmuraciones y pestes contra el colegio. Desencajada y con los pelos revueltos, le llamaba «ladrón, infame, engañador, hipócrita, robador de gentes». Por lo visto, Pedro tuvo que aguantar firme, en silencio. Pero a ella eso le dolió más, y otra noche lo llamó, fingiéndose mala para que la confesase. Él salió con gusto, como siempre, amigo de la noche y la vigilia. Pero la mala hembra le tendió una trampa. Ocultos en la oscuridad de su casa le esperaban dos soldados forajidos, que embistieron contra él, llamándole ladrón, engañador, turco y pirata. Y si no hubiera sido por el bueno del hermano que le acompañaba y que gritó, llamando a la Inquisición, con lo que aquellos hombres se asustaron y salieron corriendo, habrían acabado con él a palos. Al final, tan sorprendente mujer se amansó y le pidió perdón.

Lo que no aguantaba la comunidad era el alboroto de sus negros.

–Padre Claver, ¡otra vez sus ruidosos negros! ¿Es que no será nunca capaz de hacerlos callar?

–Gran cosa, gran cosa, padre mío –respondía Pedro–, que no acierte a hacer un poco de bien, sin causar mucho mal y alborotar toda la casa. Ya veis. Pero no extrañaros, esto es propio de un ignorante, indiscreto y para nada como yo.

—Para mí —opinaba uno de los graves sacerdotes— que dedicáis demasiado tiempo en instruir y acariciar a gente tan ruda y feroz.

A eso Pedro no respondía palabra, se limitaba a asentir en silencio o se daba media vuelta y se iba, sin amargura, saboreando quizás aquellas frases de su querido Alonso Rodríguez, que tantas veces había releído en el cuaderno de apuntes: «Hacer como el asno. Siempre que no hago lo que el asno hace, me va mal. ¿Qué es lo que hace el asno? Que si dicen mal de él, calla; si no le dan de comer, calla; y si se olvidan de él, calla; no se queja jamás por mucho que le digan o hagan o traten mal porque es sufrido como asno. Así ha de ser el siervo de Dios; como un jumento, Señor, ante Ti.»

Y eso para los de dentro y los de fuera. Para los que les molestaba oír cuatro verdades, o que quisiese a sus negros. «Los echa a perder —decían—; con tanto favor y regalo toman alas y se vuelven insolentes.» Luego, el golpe seco de una puerta que le cerraban «para que no estropear a los negros de la casa».

«Prudencia, ninguna. Juicio, mediocre. Experiencia de las cosas, ninguna.» Así rezaban, según pude investigar después, los informes enviados a Roma. ¿Y había locos que contaban de él milagros? Los que superaban las apariencias, al verle pasar, raído y silencioso, y cuantos le conocían de veras no se preocupaban de muchos milagros. Les bastaba con mirarle: él era el milagro.

En otra ocasión, añadió Bobadilla, que en la portería saludó al hermano Nicolás González y éste le devolvió la sonrisa, y cuando ya iba a salir con los negros a la calle, le llamó:

—¡Padre! Estoy muy contento, ¿sabe? ¡Ha ocurrido una cosa maravillosa!

—¿Qué queréis decir, hermano?

—¿Recordáis el segundo día de Pascua Florida? Os revestisteis con nuestra mejor casulla, la blanca, con forro de tafetán carmesí, la de «primera», para decir la misa de once. Y vos, al terminar la misa y volveros para dar la comunión, tropezasteis con la lámpara del Santísimo y el aceite cayó sobre la casulla.

—Sí, hermano, lo recuerdo bien y siento el disgusto que os di.

—Tanto que me enojé y os dije que, claro, «¡como no teníais que comprarla!». Vos callasteis, sin pronunciar palabra, como un niño. Pues bien, padre, yo la puse aparte para que no manchara a las otras y se secase.

—¿Y bien? —dijo Pedro.

—Padre, ¡estoy maravillado! Esta mañana la he vuelto a ver. ¡Ha desaparecido toda mancha, no sólo en la lana, sino hasta en el delicado tafetán! ¿Qué habéis hecho?

Pedro sonrió con cariño a su amigo el hermano, compañero de muchas fatigas por las calles de Cartagena, quitando importancia al hecho, dejándolo sin más con la palabra en los labios y los ojos estupefactos. Se echó al hombro el zurrón con frutas y aguardiente, y se perdió calle arriba, seguido de sus negros.

—¿Milagro? —me decía Bobadilla—. Él es el milagro.

Desde luego para mí, educado en la ruda y desgarrada vida marinera, seguía siendo inexplicable y me decía a mí mismo: no quiero demorarlo. Un día iré y hablaré con él. Desearía preguntarle tantas cosas. Pero ¿cómo un negrero podía pedir audiencia al «esclavo de los negros»? Siempre lo posponía para mañana, por una indefinible mezcla de pavor y respeto.

FUEGOS DE FIESTA

Había raros días en la vida de la ciudad en los que se producía como un estallido de júbilo. Desde las primeras horas de la mañana, un olor a estreno y un rumor de impaciencia recorrían las calles recién regadas de Cartagena de Indias, que se adornaba de toldos y banderas. La noticia se había comentado de boca en boca desde el día anterior bajo las arcadas de la muralla, en las tabernas y la gente de mar, en el desayuno de los oficiales y en los claustros de los conventos: ¡Mañana llega la flota! Era como decir que desembarcaba un pedazo de España; la música, la fiesta, la algarabía de las cosas con sabor a los queridos reinos lejanos: paños de Talavera, aceite andaluz, miel de la Alcarria, rojos caldos de La Mancha y La Rioja. Vendrían españoles, quizá parientes o amigos, gentes con historia, ríos de novedad para romper secos meses de monotonía, que había que celebrar con cante, baile y alcohol.

Curiosos y desocupados, parientes que esperaban a sus deudos, traficantes que aguardan su mercancía, iban llegando al puerto. Una variopinta multitud vestida de uniforme, gala o simple trapillo, siempre ávida del espectáculo del desembarco, bullía bajo el incipiente sol mañanero.

Creció el ruido con la llegada de las primeras velas perfiladas sobre el azul. Una salva de gritos saludó el lejano avistar de palos y jarcias de los galeones:

—¡La flota! ¡La flota!

Ya apuntaban en el horizonte las siluetas de las naos españolas, que penetraron en la bahía por Bocagrande, cruzaron la punta del Indio, luego el fuerte del Boquerón y eran recibidas por las barquillas del puerto que, menudas y saltadoras, cabriolaban sobre la espuma.

Los navíos de España se acercaban más pausada y solemnemente, henchidas las velas, tendidas al viento las banderas. Por sus altas cubiertas y vientres de madera asomaba el bronce bruñido de sus cañones mientras, balanceándose, iban haciéndose más próximos y a su tamaño. Los colosos del mar, hacía muy poco cáscaras de nuez perdidas en el océano, ya estaban allí, cercados de un hervidero de barcazas y petaches.

Las salvas de los fuertes ahogaban los compases de la música mientras el muelle estallaba de expectación, lleno de gritos y vivos colores, como una paleta de pintor. Los marineros ascendían ágilmente las escalas y, colgándose de las cuerdas, arriaban las velas impregnadas de un acre olor a salitre. Roncaba la cadena de anclas y rezones al resbalar libre y tocar fondo. A las órdenes del capitán, el piloto diestro de Cartagena y los contramaestres dirigían las maniobras de atraque.

Faltaban pocos minutos para que los abrazos, efusiones y parabienes recuperaran añoranzas, despertaran dormidos recuerdos, hicieran olvidar el tiempo pasado y la penosa espera. Entonces las manos de los navegantes tocaban ultramar, y las de los colonos, España. Se veían bajar de los galeones capitanes con la cruz de Santiago en el pecho, frailes de diversos hábitos, damas, muchachos aventureros, gentes de mar, mezclados con los provistos del Nuevo Reino, algún procurador o escribano, quizás un obispo o beneficiado. Los que arribaban con el futuro firmado en una real cédula y los que huían de un fracaso o soñaban con una imposible libertad.

Era sólo el comienzo, porque el jolgorio y la fiesta continuaban durante todo el día. Los recién llegados y los residentes se diseminaban mezclados ya por la ciudad y por doquier corrían el vino y las coplas españolas.

De la mano de Inés –a raíz de los problemas de su hermana, habíamos decidido abandonar el secreto de nuestra relación a riesgo de que nos acusaran de públicos amancebados, pero ¿quién no era amancebado o cornudo en la lujuriosa Cartagena?– acudí a recibir a una prima suya, bordadora en Baeza, que había decidido hacer las Indias por un desengaño amoroso con un alabardero del rey. Como los demás, nos perdimos en los puestos de refrescos, dulces y frutas tropicales, comentando cosas de España.

«¿Y Pedro Claver?», pensé en mi obsesión por el jesuita, mientras atracaban los galeones, tan pendiente siempre de los movimientos del puerto cuando anclaban los barcos negreros. ¿Por qué no estaba allí, disfrutando del momento como otros clérigos de Cartagena? Seguramente se hallaría sumido en su lugar favorito, la penumbra de la capilla, más solitario mientras brillaba la fiesta, como a sus trece años en Verdú, su primera soledad cuando se quedó sin madre. Ahora, aquel viejo y madurado silencio se habría hecho más profundo y habitado.

–Padre Claver –le preguntaron González y Bobadilla–, ¿no quiere ver llegar la flota? ¡Es el espectáculo más bello de Cartagena de Indias, el que nadie se pierde!

Claver aprovechaba las fiestas, hasta las excursiones, para orar o visitar a los enfermos.

–Ellos son mi carnaval –respondía.

Así, poco a poco, el puerto, con las primeras sombras, se iba quedando desierto y solitario y comenzaban a brillar los puntos de fuego en los faroles de popa de los galeones acunados por la quieta bahía. Soldados y marineros provocaban pendencias, mientras en los hogares y tabernas todos los oídos se colgaban de los labios de los recién llegados con sus nuevas de los reinos de España, las noticias de Flandes y Nápoles, los rumores de la Corte.

Nadie dormía aquellas noches y por esquinas, plazas y soportales, entre brindis saltaban los dados, se burlaban las leyes, se olvidaba incluso el Santo Oficio, que hacía la vista gorda y cada cual, enardecido por el acontecimiento, rompía códigos propios y ajenos a su antojo.

*Iyá ma iché lobi, Changó,
Iyá ma iché lobi, Changó
bobo araye oni kelé.
Iyá ma iché lobi, Changó.*

Estremeciéndose de pies a cabeza, como si el cuerpo fuera una llama de fuego, poseído, un negro danzaba y danzaba, transportado por el ritmo del tamtan. Alrededor, un corro de hombres y mujeres de su raza repetía a coro la misma estrofa, un canto de vituperio donde se pregunta al dios que quién era su madre y quién le había dado a luz.

El que llevaba la voz cantante volvió a entonar: *Ibiono mandó muto echecheré*. Y el coro respondió: *Efion mene Batebé bongó*.

Las voces se hundían ardientes en la oscuridad del despoblado, cerca de Getsemaní, envolviendo a los esclavos en una liberación momentánea, mientras sus amos disfrutaban de su propia fiesta a la española, es decir, comer y beber. Pronto la euforia del ritmo y del vino les envolvía todo el cuerpo, fecundando saltos y temblores. El sudor corría sobre las «piezas de ébano» y los arremolinaba en un solo cantar monótono y ascendente como borrachera de música. Se contorsionaban los miembros en algo más que un desahogo báquico de sus danzas autóctonas. Cuando andaban eran danza; cuando danzaban, eran fuego.

Entones comenzaron a desnudarse.

Como había dejado escrito el padre Sandoval en su libro: «Cuando están solos y que no los ven los españoles, andan todos desnudos en carnes», y aunque «vino no tienen de uvas, súpleles el ordinario de palmas, y nunca les faltan bebidas con las que festejar sus borracheras, celebrando sus fiestas y llantos, las cuales toman a sorbos, maravillándose al ver que los nuestros beben de una vez; y tienen tanta facilidad puesta en la embriaguez, que entre ellos el más honrado es el mayor bebedor».

El embrujo de la noche y el calor de una hoguera proyectaba el resplandor de sus cuerpos sobre el horizonte cuando Inés y yo, atizados una vez más por mi curiosidad, los contemplábamos desde nuestro observatorio entre la maleza. Al fondo la negra Isabel, con los brazos cruzados, esperaba en la puerta de la casucha el momento preciso. Sobre las mesas tenía ya preparado el licor de guarape; dentro reían las muchachas morenas mostrando sus relucientes pechos tersos y redondos, echándose agua de olor mientras esbozaban su propia danza excitante y erótica.

De pronto el rostro de Sacabuche apareció a nuestro lado, entre unas ramas, acompañado de Andrés Yolofo y Diego Folupo.

—¡Si se entera el padre!

—Bien dicho les tiene que dancen si quieren; pero no así, en cueros y borrachos, cerca de esa casa.

—¡Bueno se pondrá cuando lo sepa! ¡Él, que siempre va tan callado y los quiere tanto!

—¡Después suplicarán que el padrecito los ayude cuando los lleven a prisión o los azoten sus amos y los dejen por ahí tirados de puro enfermos!

—Pues yo voy a decírselo —dijo Sacabuche—, que no se merece esto el padre Claver.

—Vamos contigo —replicaron los otros.

Intenté inútilmente detenerlos y explicarles que era el único momento en que aquellos pobres diablos gozaban de su reducida cuota de libertad. A los pocos minutos, apareció Claver entre la maleza, por el caminito que llevaba a la casa de prostitución. Han pasado muchos años, pero no puedo olvidar el impacto que me causó su rostro aquella noche. Pedro parecía otro; su mirada apacible y sus ojos dulces se habían transformado como por encanto. Lo vi tenso, con las pupilas encendidas, como si hubiera rejuvenecido en un segundo. Había dejado en casa su misericordioso manteo y venía a cuerpo gentil haciendo sonar al paso apresurado el vuelo de su raída sotana. Por excepción llevaba también las manos en los bolsillos.

Los más de los negros habían entrado ya en la casa, entregándose a la bacanal entre gritos y risas. Las habitaciones de arriba estaban encendidas. Por la escalera guardaban cola los esclavos, contoneándose sin parar de bailar y chorreando guarape. Las mujeres semidesnudas los incitaban con sus chillidos por las ventanas.

Un reducido grupo de esclavos bailaba aún fuera, mientras otros, casi exhaustos, palmoteaban insistentes, con la fuerza rítmica del viejo tambor. Éstos fueron los primeros en darse cuenta de que Claver había aparecido al fondo del camino. Se quedaron estupefactos, los ojos muy abiertos, como felinos asustados en la noche. Yo sabía que todos respetaban al padre. Su sola presencia les hacía abandonar sus malos manejos, cuando lo veían pasar por la plaza de la Hierba o la calle de la Media Luna. Claver cruzó entonces impertérrito por medio del campo. No les dijo palabra a los que bailaban. Sacabuche, Yolofo y Folupo sabían ya lo que tenían que hacer: recoger los tambores y ponerlos mañana a la venta para los leprosos.

Claver avanzó decidido hasta la casa. Hacia él llegaban las oleadas del sincopado ritmo, la gritería, los ecos de borrachera, los gemidos de la promiscuidad y el placer anónimo. Aceleraba el paso. Estupefacto, comprobé que su espaciosa frente sudaba de ira; apretaba los dientes y la sangre le subía a la cara, dándole un aspecto insólito, como si el insignificante Claver se hubiera transformado en un soldado arrogante que va espada en mano a rescatar a su dama.

Cuando entró en la casa nadie cayó en la cuenta. Estaban demasiado entregados a la fiebre de su menguada orgía. Pedro, el misericordioso esclavo de los esclavos, no se contuvo más. Sacó de su bolsillo la disciplina con que azotaba su propio cuerpo y empezó a golpear a diestra y siniestra. A su paso caían mesas y botijas del licor de guarape. Los gigantes mandingas y los musculosos lucumíes corrían atropellando muebles y vasos en su carrera como ovejas despavoridas. Las mujeres gritaban mientras intentaban malamente taparse con los manteles y sábanas. Pedro lloraba de una santa rabia contenida. Pensé en aquel Jesús airado por su templo porque los mercaderes lo

«habían convertido en una cueva de ladrones». Era como una explosión reprimida con años de silencio, de contención, de cariño, de paciencia infinita, por llegar paso a paso al corazón de aquella gente. Había también en su mirada un resplandor de humano fracaso quizás, una sensación de no haber hecho nada después de entregar la vida por ellos. Pateó las flautas, los adufes y los tamboriles, mientras apretaba con su mano izquierda el gélido crucifijo de sus votos.

En poco tiempo la casa quedó vacía. Todos se dispersaron corriendo. Pedro salió también respirando fatigosamente y contemplando el fuego que se consumía fuera. Sus amigos derramaban las últimas botijas de alcohol y recogían los instrumentos musicales caídos al suelo. Una noche cálida y oscura, sin estrellas, le contemplaba exhausto y fatigoso.

Cuando los intérpretes salieron al raso, se encontraron a Claver sentado en una piedra, meditando. Entonces comprobé que volvía a ser el mismo de siempre. Levantó la cabeza con media sonrisa, un rostro que había recobrado el habitual color cetrino, que parecía de nuevo pequeño, insignificante, perdido en medio de la interminable noche. Se limitó a decir:

–Ya que estamos aquí, podríamos hacer una visita al hospital de San Lázaro.

Entonces Inés y yo, impresionados por la escena, nos retiramos y nos perdimos como tantas otras noches a ver amanecer en la playa. Desde nuestra roca preferida, apoyada la cabeza en mi hombro, ella dijo tras un rato de silencio:

–¡Qué hombre!

Yo le confirmé mi admiración, aunque llena de desconcierto.

–Hoy, enfurecido, me ha parecido más cercano, en realidad más frágil. ¿No crees? La ira, por muy santa que sea, está mas cerca y puede ser a veces más humana que tanta dulzura y gratuita abnegación en silencio. Tanta calma y dominio asustan. La mar, si bravía, revela más su oculta verdad que la quieta y bonancible. Ay, Inés, ¿dónde estará nuestra verdad y nuestro puerto?

Ella me respondió con un beso, un largo que beso en el que ardía, junto al propio desconsuelo, el fuego y la desesperación de aquella ciudad en ascuas.

Ya amanecía detrás del oscuro cerro de San Felipe, cuando entre la penumbra y las primeras luces, a campo traviesa, volvimos a ver a Pedro y a sus intérpretes caminar en silencio. Sus negros debían de comprender que el padre necesitaba ir callado. Por eso nadie preguntó si había que preparar algo. Eso sí, Sacabuche, despabilado como siempre, había tomado medidas; le había dicho a Diego al oído que corriera a Cartagena, a por un saquito de dátiles de los que ellos habían ido recogiendo de la última cosecha y que avisara a Ángela y a Margarita Caboverde para traer provisión de dulces, rosmary, tabaco, sahumeros y aguardiente en abundancia. También algunas medicinas que guardaba Claver en su cuarto, porque eran muy costosas y había que conseguirlas pidiendo limosna de puerta en puerta por toda Cartagena.

Desde allí se divisaba, una vez atravesado el puentecillo, la ceiba gigantesca detrás de la pared prohibida que era como de cuatro varas de alta. Rodearon el muro de piedra para alcanzar la única puerta del recinto, que daba al mar. Pedro, ensimismado, parecía estar preparándose para el horrible encuentro, aunque llevaba ya su media sonrisa de peregrino, a gusto en su propio pellejo, en busca de los miserables. Todo era para él una inesperada propina.

Llamaron a la puerta y salió un flaco hermano de San Juan de Dios, que abrazó al sacerdote como a uno de casa. Sobre una loma se destacaba un pequeño y destartado edificio que era el hospital. Los alrededores eran campo cercado, cubierto de bohíos, chozas donde vivían los leprosos incurables, que llegaron a sumar setenta en número. Calepino me contó al día siguiente lo que sucedió dentro.

—No hace falta, padre, que freguéis platos hoy, ni que me pidáis la escoba. ¡Habéis venido tan temprano!

Bajo un grupo de palmeras y la copuda majestad de la ceiba fueron apareciendo los leprosos que podían caminar. Eran los habitantes de otro mundo, un mundo cercado, donde la elefantiasis hacía terribles estragos y el mal de la lepra se reproducía sin cesar. Contraían matrimonio entre ellos y engendraban niños deformes, seres con cabezas abultadas y llagas que les corroían las carnes. «Engendran —decían los tratadistas de entonces para definir la vieja y misteriosa enfermedad— una sangre gruesa, turbia o melancólica.»

Uno, con los ojos irritados, fruncidos y redondos, con las cejas y el labio inferior abultado, y el cuerpo lleno de costras y úlceras pestilentes, corrió en seguida hacia el jesuita. Con un hilo de voz gangosa apuntó una suerte de grito que parecía surgir de las entrañas de la tierra:

—¡Padre, padre!

Y como un niño se echó en sus brazos. El resto de los leprosos se apartó en seguida, evitando la presencia del más repugnante enfermo los que aún podían caminar. Luego Pedro se sentó con él bajo el árbol, lo apoyó en sus rodillas y le acarició la cabeza ensangrentada. De pronto, según opinión de Calepino, debió de sentirse flaquear. Los testigos percibieron tan insufrible olor que les venían arcadas desde la boca del estómago. El propio Pedro hizo ademán de ganas de devolver. Entonces le vieron levantarse de un salto, con los nervios en tensión, y se escondió detrás de un bohío. Fue a hacer algo que sólo sus amigos conocían, que el propio hermano Bobadilla y Nicolás González habían presenciado varias veces. Sacó otra vez del bolsillo su disciplina y se flageló para domar su repugnancia y poder acariciar a aquella terrible gente. Sudando, jadeante aún, retornó a su amigo el leproso, besó sus úlceras, acercó sus labios a sus llagas putrefactas. Luego, sacó un frasquito con agua de olor y se lo dio con una sonrisa.

A los pocos minutos los leprosos que podían valerse por sí mismos se encontraban reunidos bajo las palmeras. Pedro inició entonces su catequesis; les habló de un Dios que amaba sus cuerpos y sus almas, de un hombre que por ellos llegó a hacerse «como

leproso» en la cruz, sin que pudiera «encontrarse en él parte sana». Que gracias a él podían estar alegres a pesar de su dolor, y aunque se le cayeran las carnes, nadie podría arrancarles esa alegría, que estaba más allá del tiempo y del espacio, pues esta vida es como un suspiro y su permanencia está más allá de las miradas.

—Ahora —dijo— hemos de consolar a los que guardan cama.

La pequeña sala del destartado hospital parecía un infierno. Detrás de los mosquiteros asomaban simulacros de rostros desencajados que sin poder pretendían articular palabras. Sólo eran ruidos extraños, mugidos irracionales, lamentos de un indescriptible dolor.

—Quieren agradeceros los catorce mosquiteros que habéis conseguido con tanto trabajo para ellos —explicó el religioso que le acompañaba—. Ayer les dije que tiene doble mérito, pues he sabido por los padres que usted mismo no usa mosquitero y que se deja picar de los zancudos.

Pedro se limitó a sonreír. Algunos leprosos lograban levantarse de sus camas y se arrojaban cojeando sobre el recién llegado, para abrazarle en señal de gratitud por lo que para ellos, con todo el cuerpo llagado, pasto de los mosquitos, era mejor que una caricia, un prolongado alivio.

En seguida mandó que trajeran la comida. Las bocas desencajadas y las encías en carne viva se abrían con dulzura. Claver, una a una, les acercaba la cucharada de sopa.

—Para el día del Corpus tengo dicho a doña Isabel de Urbina que os prepare una comida especial y además vendrán todos los cantores del colegio con arpas y guitarras.

Luego encendió una estufa en medio de la sala para quemar sustancias aromáticas. El sahumerio perfumó la habitación llevándose en sus humos algo del olor a putrefacción y carroña. Parecía un mago repartiendo pequeños obsequios, dulces, buenos olores. Nadie, absolutamente nadie que le viera, podría imaginar que era aquel catalán seco, corto en palabras, que acababa de azotar a la negra que se prostituía, el mismo que estaba repartiendo, con ternura casi femenina, efusiones y delicadezas de un increíble niño grande.

Fuera, ya resplandecía el quemante sol del trópico. A los leprosos los esperaba una dura jornada de calor.

—Esas paredes van a caerse —dijo señalando una de las casas ruinosas del hospital—. Traeré a los novicios de casa, y entre todos hemos de recomponerlas.

Por entonces se ocupaba de instruir, además, a los hermanos novicios coadjutores.

En esto llegaron corriendo varios de los enfermos de lepra que podían tenerse en pie. Venían gritando y asustados.

—¡Padre, padre! ¡La negra Magdalena! ¡La hemos encontrado muerta en su bohío!

Claver y sus acompañantes se dirigieron entonces a la choza. Escuálida, apenas unos mechones de cabello blanco ilustraban su desnudo cráneo. Aquella mujer de la casta Brau había servido como esclava, y en su ancianidad había vivido sola y muerto sola.

—¡No tenía nada! —dijo llorando otra negra—. ¡Ni siquiera para el ataúd, ni para el entierro, padre!

Pedro le dio la extremaunción, hizo comprar cera, mandó agujerear cuatro naranjas que llevaba en su morral y las colocó a modo de candelabros, mientras todos rezaban por ella. Luego dijo:

—Yo pagaré los dos pesos para que pueda ser enterrada en sagrado.

La triste comitiva —Pedro con sus cinco negros— entró en la ciudad cuando ya era casi mediodía. Llevaban en hombros el ataúd a paso rápido por la calle de la Media Luna. El improvisado entierro pasaba inadvertido en medio de la vida y creciente animación. El puerto hervía de gentes diversas. Los estibadores todavía andaban descargando los fardos de los navíos recién anclados en la bahía y atracados al muelle. Venían cañones, barriles de pólvora y arcabuces para provisionar los fuertes de Cartagena. Fardos de cereales y tejidos, mercancías de España largamente esperadas, como mantas de Palencia, paños de Segovia y Béjar, papel de Alcoy, canastos de aceitunas, botijas de aceite, tinajas de vino, cajas de herramientas y hasta túrculos de impresor.

El pequeño cortejo fúnebre cruzó por medio de aquella multitud de negros estibadores que portaban la mercadería sobre la cabeza, entre los tenderetes recién montados para la compra y la venta, y los justicias y escribanos que controlaban el tráfico portuario. También abundaban los aprovechados de la oportunidad fácil, que intentaban vender el «agua milagrosa contra la perlesía» y el «ungüento mágico que protege de los mosquitos»; los embriagados que andaban sin rumbo desde la noche anterior; los que cantaban aún con voz cascada, y los que en medio de corros de curiosos tendían trampas, usuras y fullerías con nombre de destreza.

Alguna mujer se arrodilla al verlos, un negro se santigua, y muy pocos, dos o tres esclavos, se unen a la comitiva, que conduce a suelo sagrado el tosco ataúd de la negra Magdalena.

—¡Murió solita! ¡Murió sin nadie! —sigue canturreando detrás la afligida Ángela entre lágrimas.

A duras penas veían, deslumbrados sus ojos, en la penumbra de la catedral. Casi tropezaron con las imponentes columnas cilíndricas. Ya en la cripta, Pedro entregó al canónigo un par de pesos, volvió a encender candelas y se quedó en silencio de rodillas, velando el cadáver mientras abrían nicho para la difunta.

El ruido callejero de una Cartagena en fiestas apenas llegaba a la cripta, fresca, oscura, acogedora como un regazo. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra. El perfil seco, la nariz austera y la barba recortada de Pedro se distinguía con gesto recogido entre el llamear de las candelas y los rostros silenciosos de los negros que le acompañaban, sombras entre sombras.

Al cabo de un rato de callada oración, los miró a todos y esbozando su peculiar sonrisa, detuvo sus ojos en el ataúd de Magdalena. Sin levantar la voz, como en un susurro, dijo:

—Al menos ahora ella quedó consolada.

Todo eso me contó con pelos y señales el negro Calepino de aquella noche, mientras yo firmaba en el puerto recibos de las partidas de géneros destinadas a don Marcial. Después me fui agotado a casa, abrí con avidez mis sábanas de lino y bajo el tupido mosquitero y el canto de la fuente del patio intenté dormir. Pero no pude. No era el sol que se filtraba en los resquicios del ventanal lo que me impedía descansar. Me quemaban las entrañas, al mismo tiempo, el largo beso de Inés y la terrible mirada de Pedro.

EL AMIGO PORTERO

Hasta diez armazones, querida hija, consiguió desembarcar mi señor el negrero don Marcial de Andrade en sólo tres años entre Cartagena y Portobelo, lo que acrecentó sobremanera sus arcas y extendió los límites de sus tierras, entregadas a encomenderos para que dieran cumplido fruto. El patrón había bajado a la sazón bastante su agresividad, aunque no sus humos, pues ya se codeaba con el gobernador, los alcaldes de la ciudad y los caballeros de la Armada, que aquí, repito, la plata y el oro convierten a los plebeyos en Grandes de España.

No puedo deciros sino que yo, como de costumbre, le seguía la corriente para evitarme problemas y le daba gusto en cuanto me pedía. Negras, mulatas, criollas y españolas pasaban por su lecho, sin saciarle jamás, salvedad hecha de la chispeante negra Lucía de la que no quería apartarse día y noche.

Ajustaba una tarde, sentado en el patio, las cuentas de mi patrón con ayuda de un viejo escribano, cuando se presentó de improviso en casa la esclava negra de doña Elena de la Cruz.

–Venid, don Miguel, en seguida, que mi señor os requiere con gran urgencia.

Dejé mis libros de cuentas y corrí tras la esclava a casa de Inés. Don Francisco me recibió pálido y tembloroso.

–¡Miguel, Miguel! –balbuceaba el cirujano con fuertes hipidos y aire de res degollada sin apenas poder articular palabra.

–¿Qué os sucede? ¡Hablad, por Dios, don Francisco!

El médico logró explicarme que los oficiales de la Inquisición se habían vuelto a llevar a su esposa, doña Elena, bajo nuevas acusaciones de brujería y tratos con el demonio.

–¿E Inés? ¿Dónde se encuentra?

–¡Ay, Miguel, a doña Inés se la han llevado también! –dijo De la Cruz con la respiración entrecortada.

–Pero ¿por qué razón? ¿Qué cargos caen sobre ella? –pregunté con un nudo en la garganta.

–La acusan de complicidad en el aquelarre, Miguel, con pública obscenidad además en las iglesias.

Me quedé petrificado en medio del patio, en el que sólo se oía el murmullo indiferente de un surtidor. Lo que tanto temía había sucedido. ¿Qué podría hacer yo? Tras varias noches incapaz de conciliar el sueño, se lo conté a don Marcial, que me

prometió hablarlo con el gobernador. Probé también contactar personalmente con algunas personas influyentes de la ciudad. Todos decían lo mismo: «Contra la Inquisición no hay otra salida que llamar a la puerta de Mañozca. Eso sí, ya sabéis, la puede estrellar en vuestras narices».

Desesperado, sin saber nada de mi frágil Inés, opté por dirigirme al padre Claver, una entrevista que por varias razones siempre había remitido, pero que, como he dicho, deseaba realizar.

Hacía meses mi amigo Bobadilla había sido retirado de la portería de los jesuitas y destinado tierra adentro. Le sustituía Nicolás González, otro hermano coadjutor gran amigo de Claver, con el que también hice buenas migas. Era domingo de Cuaresma y el jesuita había salido a la calle con algunos colegiales precedido de Sacabuche, que llevaba un estandarte rojo.

—Estará en la plaza de la Hierba, dando catequesis.

Sin perder un instante corrí hacia ésta y, en efecto, sobre un escalón y valiéndose de unos llamativos cuadros, estaba Pedro explicando a los morenos las maravillas de la misericordia de Dios. Tuve que esperar a que concluyera y a que, en procesión y reuniendo a los esclavos por las calles, se dirigiera a la iglesia de los jesuitas, donde realizó con sus fieles un acto de contrición.

Se ponía el sol cuando finalmente el padre me recibió en una angosta sala de visitas.

—¿No sois aquel joven que conocí en Sevilla junto al negrero don Marcial y luego asististeis a mi primera misa?

—Así es, padre

—Decidme, ¿qué se os ofrece?

—Ante todo querría deciros cuánto os admiro por vuestra caridad con los negros bozales...

—¿No trabajáis vos para un negrero llamado Marcial de Andrade?

—En efecto. Ahí me han llevado las circunstancias azarosas de mi vida.

No pude evitar el sonrojarme y aproveché la ocasión para contarle a grandes rasgos los principales episodios de mi vida, salvedad hecha de mis amores y momentos más escandalosos. Pedro Claver me miraba a los ojos escrutándome las entrañas, hasta el punto de que sentí que su mirada clarividente iba más allá de cuanto podían manifestar mis palabras.

Paseábamos por el fuerte de San Ignacio y el crepúsculo daba paso a unas madrugadoras y pálidas estrellas.

—Pero, veréis, el motivo de mi visita... —inicié el tema mientras me traicionaba un leve temblor de manos.

—Doña Inés de la Cruz —cortó en seco el padre Claver.

—Sí. ¿Cómo lo sabéis?

—Es notorio en Cartagena que ambos vivís amancebados.

Por un momento pensé que iba a perder pie, pero la mansedumbre y serenidad de su rostro me animaron a continuar. Le dije que tan cierto era eso como el hecho de que nos amábamos y que a diferencia de otros muchos españoles, incluso criados que tenían de tres a cinco mancebas en aquella ciudad, donde la lujuria se vivía sin freno, yo era fiel a una sola mujer. Le dije que no contraía matrimonio no sólo porque nunca tuve ataduras en mi vida, sino por mis problemas de fe.

—¿Acaso no creéis en Dios Nuestro Señor, Miguel? —me preguntó con enorme dulzura.

—En Dios o en algo que explique este extraño mundo sí quiero creer, pero no conforme a una Iglesia o religión, que no veo practiquen la mayoría de sus ministros lo que los Evangelios enseñan. Vuestra vida, padre, en cambio, me inquieta y descoloca, pues vos sí sois como una página viva de la doctrina de Jesús.

—No hago sino mi deber. Veamos qué puedo hacer por vos, Miguel. Volved mañana a esta misma hora.

La entrevista con Pedro me dejó con una gran paz y certeza interior. Sus palabras fueron bálsamo para mi corazón torturado, por lo que aquella noche pude dormir y albergar alguna esperanza. Al día siguiente acudí puntualmente a la cita con Claver, que me recibió un momento y me dijo con una sonrisa:

—Esta mañana he estado en las mazmorras de la Inquisición. He visitado a doña Inés, que en efecto, según he podido colegir de sus palabras y actitud, nada tiene que ver con los manejos de su hermana doña Elena, quien por cierto no ha querido hablar conmigo. Ya sabéis, desde el episodio del guardainfante no quiere ni verme.

—¿Y cómo está Inés, padre? —pregunté angustiado.

—Desconsolada y llena de miedo. Los jueces le han hecho la prueba del peso y como es joven y tan delgada ha dado positiva, por lo que la acusan de tener al demonio dentro. Pero esos inquisidores... Basta con mirar a los ojos a esa pobre joven para advertir que lo único que tiene es horror. Le he llevado dulces, perfume y un poco de licor. Le he explicado cómo Dios la ama y le he preguntado si desea confesar y comulgar. «Haré lo que vos queráis», me ha dicho.

Como aquellos encuentros me tranquilizaban y me permitían saber de Inés, acudía semanalmente a visitar al padre Claver, lo que acrecentó mi admiración y amistad hacia él. Un día le confesé directamente mi confusión y mi curiosidad por su misteriosa vida.

—Muchas veces me he preguntado, padre, cómo podéis soportar ese género de vida y más en una ciudad y un clima como los de Cartagena. Sé que apenas descansáis, que vuestro manto sirve de cama, almohada y mortaja a los negros y leprosos, que no os importa besar incluso sus llagas. Os confieso que no puedo entenderlo, que nunca en toda mi vida he visto alguien como vos.

—Miguel, no admiraos de mí, sino de la gracia de Nuestro Señor. Yo soy poca cosa al lado de otros padres muy letrados que hay en esta casa, quizá por eso sirvo sólo para el apostolado de los morenos.

Lo dijo con tal sencillez que comprobé que su humildad no era ficticia y que, en efecto, era un verdadero hombre de Dios. Pero yo no estaba satisfecho, necesitaba saber más. Claver no era muy conversador, aunque advertí que a medida que pasaba el tiempo crecía nuestra amistad, reforzada, he de confesarlo, por mi interés por ayudar como fuera a mi amada Inés. Un día le pregunté:

—Los hermanos Bobadilla y González me han hablado de vuestra amistad con Alonso Rodríguez en Mallorca. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué influyó tanto en vos?

—¡Ah, Alonso, mi querido Alonso! —se emocionó Pedro sólo al oír el nombre.

Tras unos segundos de silencio y como transportado en un raptó, revivió delante de mí la historia del santo hermano portero. He aquí, reconstruido y completado con otros detalles que conseguí recabar después, el hermoso relato de una amistad.

El olor penetrante de la brisa llenaba sus poros y el azul del Mediterráneo chapoteaba en las tablas de la pequeña embarcación meciéndola blandamente. Todo era nuevo: el giro sosegado de las gaviotas, el chirriar de las jarcias, los gritos de los marineros. Con trabajo se henchía el velamen en medio de una calma que retrasaba el esperado arribo. Mi amor al mar me permite casi verlo.

«Calma de viento, bella la mar, cerca de tierra, y saber nadar», recordó un viejo pescador sentado sobre unos cordeles en cubierta, mientras el joven viajero observaba cómo los remeros ocupaban sus puestos para enfilar la nave por la bahía, pura y brillante como un cristal italiano.

Pedro aprendía a respirar el mar y sentía cómo sus horas de niñez campesina, de soledad y estudio se dilataban ahora, como despertando en un país de sorpresas, el mundo de los navegantes, más cerca de los horizontes de sus sueños juveniles. Se restregaba los ojos, emocionado junto a sus compañeros Antonio Palao, Gabriel Alegre y Juan Humanes, que comentaban las incidencias del viaje.

—¡Catad, ya rebasamos la punta de cala Figuera!

La ciudad, envuelta en un polvillo de color de rosa seca, se ofrecía a los ojos como regalo. Sobre el increíble fondo montañoso, cubierto por las primeras nieves de noviembre y rutilante por el sol, se recortaba el caserío blanco de Palma de Mallorca, la ciudad de la calma, racimos de casas encaladas que se desparraman por los dos cuernos de la bahía y que los viajeros comparaban con otra ciudad del imperio, el golfo de Nápoles. A la derecha, el llano de la isla sobre el que predomina la montaña de Randa y la costa blanquecina hasta el cap Enderrocat. A la izquierda, la ciudad crece sobre su ribera de poniente. Más cerca ya surge en detalle, por encima de un bosque de mástiles de veleros, la muralla, las cresterías de la catedral, la Lonja, los palacios, y más a la izquierda, en la ribera del poniente, sobre un altozano cubierto de pinos, el castillo de Bellver con su perfil lleno de gracia mediterránea. En medio, los molinos desmantelados y el barrio de pescadores.

El joven sintió cómo la sangre le bullía en las venas en contacto con aquella visión, que parecía arrancada de un libro de aventuras y que ahora era suya, en un descubrimiento y confirmación del Dios amor de sus meditaciones, que pintaba aquel rincón con una deslumbrante paleta de sol, azul y blanco. Así que el murmullo de los viajeros, las risas y los gritos de marear de la tripulación quedaron en un segundo plano. Absorta, su alma se inclinó ante el misterioso secreto de aquel mar que le traía desde Barcelona el 11 de noviembre de 1605.

También entraba el mar por la portería. El mar se reflejaba en la sonrisa, en la boca pequeña y algo torcida. Era de mediana estatura, pero iba tan encorvado que parecía pequeño. Su calva despejada le daba un extraño aire de serenidad, que se convertía en dolor al resbalar hasta su frente arrugada, y en emoción al tropezar con aquellos ojos grandes y lagrimales encendidos de tanto llorar.

El hermano Alonso se ha levantado. Cierra silenciosamente la ventana. En la pequeña mesa de la portería todo está limpio. Ni una mota de polvo. Un tintero y una pluma de ave. Una pequeña imagen de María y un crucifijo. Candil, yesca, y una claveteada arqueta con algo de dinero para atender a los pobres.

Alonso se sienta. Es una de esas horas quietas en que el bullir del colegio se calla y todos los alumnos, jesuitas o no, están inmersos en sus clases de artes: *Súmmulas* (Lógica), Física y Metafísica.

Era una de esas horas de silencio adoradas por él. La luz inundaba la pequeña portería y el viejo lego sentía quemarse por dentro, en sus presencias, sus diálogos silenciosos, sus místicos encuentros. Abre el cuaderno, toma el recado de escribir y traza una «e» limpia y sosegada. Es tan pequeño, tan insignificante el portero, que le encanta escribir en tercera persona, como si no fuera él sino alguien a quien Dios ha querido con locura y del que su propio «yo» está totalmente desprendido.

Es tan grande la presencia de Jesús y de María dentro del alma cuando le recibe corporalmente, que entonces más parece evidencia clara y certidumbre que fe, porque parece que cesa la fe, porque parece que hasta aquí puede llegar la seguridad y certidumbre de que el alma está con Jesús y con María.

El portero sonríe. La soledad tiene alas. Dios está allí, en el animado puerto de la isla, por las callejuelas serpenteantes de la vieja ciudad. También en lo profundo Dios le habita, acurrucado dentro de sí. Pero además puede venir en cualquier momento e incluso llamar a la puerta.

La otra presencia de Dios –continúa escribiendo– es por vía de entendimiento, conociendo el alma sin discurso alguno –porque ya han pasado–, cómo Dios está dentro de su alma... Este sentir a Dios tan presente no es por vía de imaginación, sino que es una certidumbre espiritual que la han dado, sensible, que está Dios en el alma y en todo lugar... Y es tan grande el susto que Dios tiene que andemos con él, que de que acontece

que el alma por justos respetos se olvida con algún negocio necesario algo, es cosa maravillosa que, sin darse cato de ello, el alma siente a Dios presente dentro de sí, suplicando él la falta de ella; de lo cual se halla avergonzado de ver el cuidado que tiene Dios que no se aparte de él.

De pronto sonó la campanilla. El hermano dejó cuidadosamente la pluma de ave sobre el tintero. Se alzó, encorvado y enjuto, y dibujó una vez más en sus labios aquella media sonrisa, llena a la vez de alegría y sufrimiento, mientras pronunciaba como para sí, balbuceándolas apenas, las mágicas palabras:

—¡Voy, Señor!

Con sus pasos menudos se dirigió a la puerta. Poco importaba quién fuera. Alonso sabía que siempre eran los mismos: «Jesús», con cara de corregidor, mendigo, o clérigo, y, vieja o moza, «María», rodeada de sencillez y ternura, con aquellas manos blancas con que un día él, Alonso, coadjutor y portero del colegio de Montesión, había sentido que le enjugaba el sudor en medio de los grandes calores, una jornada en que subía al castillo de Bellver, acompañando a un padre del colegio que iba a decir misa. Volvió a sonar la campanilla.

—¡Ya, ya voy, Señor!

Esta vez el Señor tenía cara de picaruelo de barrio. Era el muchacho del sastre que venía con una gran cesta sobre el hombro y se limitó a decir:

—Son los manteos de los padres. El maestro dice que si no os va mal, cobrará todo junto.

Y en un papel le entregó el mozo la cuenta, gritando desde la esquina:

—¡Dios guarde a vuesa merced, hermano Alonso!

Alonso se quedó mirando las cifras de la cuenta.

Eran cifras redondas, bien hechas, unas cifras que se fueron multiplicando poco a poco, como por encanto, hasta llenar un libro de cuentas. Desde la ventana se veían los arcos dorados del acueducto de Segovia, y el frío del Guadarrama se colaba entre los barrotes de la apuntalada puerta. Alonso tiene entonces treinta y dos años de edad. Cerca se oye un rumor de telares, el trasiego de los que traen la cosecha de vellón y el ir y venir a los lavaderos, el continuo trajín desde el amanecer para urdir, teñir, tejer. Debajo de las cuentas, Alonso ha escrito: «Año del Señor de 1561».

—Deja eso, Alonso, y acércame la jofaina, que me vuelven las fiebres.

Cerró el libro de cuentas. Alonso miró con infinita ternura a María Juárez, que se debatía con la enfermedad, pálida, la frente llena de gotas de sudor. Tomó luego la mano de su esposa, que no tenía aún veintisiete años. Dulce y callada, conservaba el aire castellano de esas mujeres que ocupan poco sitio, que desde la infancia alguien les ha ido programando la vida: ahora juegas, ahora trabajas, ahora cocinas, ahora te casas.

Cuando se cogieron las manos, los dos esposos creían ver corretear todavía a la pequeña María, lumbre de sus ojos, que llenaba la casa con sus risas y que justificaba todo el empeño y trabajo de Alonso en el comercio de telas, a la sazón poco saneado por cierto. Dios se había llevado a la niña y ahora sólo le quedaban aquellos ojos de mujer, apagados por las calenturas.

—Os quiero con toda mi alma —dijo Alonso mientras acariciaba sus cabellos castaños no sin un temblor disimulado de su mano.

—Voy a traerlos a Alonso —añadió.

Un niño corría en la cercana plaza del Azoguejo, jugando con los amigos, en esa hora de la tarde en que clérigos, soldados y campesinos se cruzaban por aquel lugar de encuentro de la ciudad, cuando las piedras se incendian en Segovia de cobre crepuscular.

Alonso tomó a su hijo de la mano y retornó a casa. El niño colmó la habitación al entrar de sonrisas inconscientes, pequeñas preguntas a su madre y, tras besarla, se sentó en el suelo a jugar con una pelota.

Segovia. ¿No hay en Segovia, cerca de su casa, una calle que se llama calle de la Vida y la Muerte? El hermano jesuita cerró la puerta como quien ejecuta un rito, el rito más importante de todos los días, la liturgia que llenaba sus horas y su corazón.

¿Sólo recuerdos? Ya estaban serenados por la pátina del tiempo. Era como uno de esos viejos cuadros con paisajes arramblados por el padre ministro en el desván, que sin embargo eran pedazos de vida. Él, Alonso Rodríguez, se había enamorado, había abrazado muchas veces a su mujer y había tenido dos hijos. Luego, Dios se los fue llevando a todos; primero, la niña; luego la mujer; finalmente al pequeño, en el que había refugiado su difícil viudez. Dios le había desnudado hasta del negocio, que había llegado a ser un fracaso.

Calle de la Vida y la Muerte. La vida, la muerte, el amor, ¡qué extraños caminos —pensaba Alonso—, qué formas sólo aparentemente opuestas de hablar! Porque todo había comenzado de nuevo con ese arte de la Providencia, que como él hacía con los jubones, les daba del revés para que la pieza durara más. Porque no era tarde, nunca es tarde para recomenzar. ¡Qué bien lo decía entonces el padre Juan Bautista Martínez por las calles empinadas de Segovia o sentado junto a las aguas del Clamores, mientras la ciudad despertaba después de una misa de amanecer!

—Como dijo Dante, Alonso, como dijo Dante: «*Nel mezzo del camin di nostra vita*».

La mitad era el principio. Tanto que el dolor ya no era un recuerdo, sino un hermano, compañero de su amor y del misterio de toda su vida.

El portero revolvió una vez más las páginas de su cuaderno y leyó sus propias palabras con renovada atención, igual que el antiguo manuscrito de un antepasado querido:

Otro ejercicio hay, que también es muy precioso y divino para imitar a Cristo Nuestro Señor, tomando lo dulce por amargo y lo amargo por dulce de su amor, y es ponerse el alma delante de Cristo Nuestro Señor Crucificado, mirándole todo lleno de dolores y derramando por todo su cuerpo toda su sangre y lleno de tantos trabajos que pasó por mí; y pues tanto le debo, veo lo que debo padecer por tan buen Señor que tanto me ama, que dio la vida y pasó tanto por mí; porque amor con amor se paga.

«Amor con amor se paga», repitió, evocando a san Ignacio, mientras por las cuencas de sus mejillas horadadas caían dos lagrimones, brillantes y blandos como los de un niño que no sabe si ríe o llora.

Porque Alonso era débil, sabía que ése era el secreto de su fortaleza: abrir y cerrar la puerta; callar, llorar, orar, sonreír, sacar todos los días el cubo del pozo o barrer el zaguán como quien celebra la liturgia del simple quehacer rutinario, el trato franciscano con la bendita materia, el esplendor grande de lo pequeño. Como una insignificante caracola que guardaba él en el bolsillo de su sotana, pequeña, pero llena de música e infinita como el mar.

Se había hecho tan manso el Mediterráneo en la bahía que tenía la apariencia de un estanque limpio y transparente, cuando tocaron puerto en medio de la brillante mañana primaveral.

—A fe que el clima es en esta isla placentero. Nadie diría que es noviembre —comentó Gabriel, dirigiéndose a sus compañeros jesuitas Antonio, Juan y Pedro, mientras los marineros faenaban con gritos al lanzar maromas y organizar el desembarco.

—Dos y tres mantas necesitará mi familia a estas alturas para dormir en mi villa de Verdú —subrayó Pedro sonriendo y mesándose la incipiente barba, que, sombreándole el rostro, daba a sus veinticinco años un aire magro y misterioso.

El puerto llenó de color las pupilas de los viajeros. La marinería subía y bajaba a hombros los bultos de saco y los grandes botijones de aceite, paños de los telares catalanes, jaulas de aves y canastas de pescado. Un grupo en corro rodeaba cientos de peces de plata, aún vivos, y atendía a la gritada cuenta atrás de la subasta. El olor a mar, a madera húmeda y a marisco se mezclaba en el puerto con el de las frutas y las hortalizas.

Había pescadores que calafateaban una barca y otros que salían riendo animadamente, con su ropilla gruesa y gorra de paño, de las tabernas y cantinas próximas.

Dieron gracias a Dios los jesuitas por el apacible viaje y se signaron al pisar la isla dorada, mientras se despedían de otros viajeros: un comerciante de Terrassa, una vieja dama con sus criadas y una familia de campesinos con sus cestas de tomates, gallinas y hasta aperos de labranza.

Sumergido en cavilaciones sobre su futuro, Pedro cayó en la cuenta que ya estaban frente a la portada del colegio no lejano del mar, próximo también al convento de Santa Clara y a una calle de nombre querido: Montserrat.

Con alegría y comedimiento –el padre Ignacio recomendaba en sus reglas un porte modesto y educado–, los nuevos filósofos –que así llamaban a los estudiantes de Lógica y Metafísica– pudieron disimular a duras penas su alegría. Tiraron con más energía de la debida de la campanilla colgante de la gran puerta de madera.

Tras un amago de sobresalto, Alonso reaccionó como siempre. Levantó la cabeza de su cuaderno, apuntó una sonrisa y encendió sus ojos enrojecidos, igual que si, veinte veces al día, fuera objeto de una aparición del mismísimo Señor Jesucristo o de su Madre bendita, Nuestra Señora: «¡Voy, Señor!».

Abrió la puerta.

Pedro miró al viejo. Alonso miró a Pedro. Una intensa descarga de vibraciones los arrebató a los dos. Los ojos jóvenes del catalán se quedaron fijos en la mirada pequeña, brillante, hundida, pero transida de luz del humilde segoviano. Fue de golpe, intuitivamente. Era como el reencuentro misterioso de dos seres que se hubieran conocido toda la vida, o quizás en otro mundo, antesala de éste, y ahora se vieran y se reconocieran por dentro palmo a palmo, casi como dos almas gemelas hechas para una amistad de fácil soporte humano y ancho horizonte.

–¿Vuestas mercedes son, sin duda, los nuevos escolares de la Compañía, que acaban de arribar a puerto? ¡Bien venidos a casa! Todos en la comunidad los están esperando. Pero no se demoren. Dadme esos atillos, yo los subiré hasta sus cámaras, que vendrán harto cansados y es hora de que tomen un poco de solaz y refrigerio.

Como por instinto, antes de recoger el austero equipaje, Alonso se adelantó a saludar a sus hermanos estudiantes, y ante Pedro no pudo dominarse. Se le saltaron las lágrimas, aquellas blandas lágrimas, dulces y reposadas de contemplativo, y le estrechó entre sus brazos, como se abraza a un hijo que viene de lejos, quizás aquel hijo que Dios se llevó de las calles empedradas de la añosa y señorial Segovia.

–¡Hijo! –murmuró entre dientes.

Luego, comentando las incidencias del viaje, su bautismo de mar y las noticias de los jesuitas de tierra adentro, cruzaron todos el patio, y pronto la comunidad entera de Montesión supo la grata nueva de que ya estaban allí los estudiantes de artes, para engrosar las por entonces famosas aulas del colegio y adentrarse por los intrincados vericuetos de la filosofía.

Pedro olvidó la angustia de sus dudas; sentía, radiante, saltar su corazón.

*Omnis effectus habet causam sui. Atqui: Quidquid incipit esse habent causam sui efficientem realiter ab ipso distinctam. Ergo, omne contingens habet causam sui efficientem a se realiter distinctam...*⁷

El padre Blas Vayllo dictaba con la seguridad contundente de un profesor experimentado. En sus argumentos filosóficos había tal aplomo que su latín resonaba con la brillantez de las más afamadas aulas europeas. Detrás de cada disputa y silogismo parecía ocultar, al arquear sus cejas o esgrimir la mano, como volteándolos en un giro de sus dedos, a los más hábiles adversarios: «Mirad que corren tiempos difíciles –solía decir–. La Iglesia se recupera con la Contrarreforma. Pero los luteranos cierran filas en el norte de Europa; los iluminados siguen trayendo de cabeza en nuestra propia casa al Santo Tribunal de la Inquisición y más que nunca urge compaginar “virtud con letras”, fortalecerse en el torneo de las ideas, formar la mente con la estructura escolástica, distinguir y subdistinguir para detectar el error al vuelo y adecuar el entendimiento con la cosa para alcanzar en toda su pureza la verdad lógica. Que letrados quería a sus hijos el santo padre Ignacio, como él mismo consiguió en París».

Por un momento la atmósfera del aula era tan densa que los entendimientos de los jóvenes clérigos no alcanzaban a dar un paso más. Pedro escribía desde un escaño, luchando con el tiempo para no perder ni uno solo de los verbos latinos en los que cabalgaba la alta filosofía. «Oír filosofía», se llamaba entonces aquello que estaban cumpliendo los escolares, pero si sólo fuera «oír».

El que sentaba cátedra comprobó en seguida que las mentes de sus alumnos estaban saturadas. Cerró sus cartapacios, miró con docta seguridad a sus pupilos y dio por terminada la clase.

El patio se convirtió entonces en un fogueo de comentarios, bromas y corrillos que iban desde el «no veo la distinción» a el «aire desaguado con que se encasqueta el bonete el padre Vayllo» y los mil planes apostólicos de los jóvenes religiosos.

Pedro se zafó de un grupo que, no satisfecho con las horas de clase, debatía aún la existencia real de una *actio indistans*.⁸ Cruzó el patio y se dirigió a la portería. En el zaguán entreabierto el hermano Alonso despedía a unos rapaces a los que acababa de dar la acostumbrada catequesis.

–Con mis pocas luces y menos estudios, al menos no he olvidado la Doctrina. Pero esta chiquillería sólo necesita cuentos e imágenes, amén de algún dulce para seguir la Historia Sagrada sin pestañear. ¿Y a vos, cómo os fue hoy la lección, Pedro?

–Bien, hermano –respondió Pedro, dejando sus papeles sobre una banqueta–. Pero permitidme una pregunta: ¿por qué sois tan modesto? ¿Acaso no estudiasteis en la Universidad de Alcalá de Henares?

–¡Ah, querido Pedro, tuve que dejar los estudios para atender los negocios de Segovia, al fallecer mi padre! Ya sabéis, «mi hermana la muerte» –sonrió Alonso–. Yo dejé aquella ciencia y no sé más que dar doctrina a los niños, cómo sacar agua del pozo, abrir esta puerta, barrer el refectorio y fregar escudillas. Bueno y un poco de todo: un remiendo aquí, dos clavos acullá. ¡Nadie sabe cómo me complace ser servidor de todos y el último de la casa!

–¡El último de la casa! ¡Para mí sois el primero, Alonso!

Desde su sonrisa de abuelo el casi octogenario religioso miraba con admiración a Pedro en la plenitud energética de sus veinticinco años. Le inquietaba algo del joven. Quizá su silencio un tanto taciturno, su misteriosa mirada insegura, que él sabía ocultaba una gran generosidad en busca de cauce. ¡Qué a gusto se sentía con él!

—¿Sabéis, Alonso? —añadió Pedro—. Tengo una buena noticia que contaros. Ayer conversé largo y tendido con el padre rector y me ha concedido autorización para tener un rato de charla con vos todas las tardes y pasear incluso los domingos, y así ayudarme con vuestros consejos y experiencias. ¿Veis como sois también maestro? Más aún, desde ahora seréis mi verdadero maestro.

Rió el anciano de buena gana, como ante la diablura de un nieto, y ambos amigos se prometieron felices encuentros. Se sintieron «amigos en el Señor», como Ignacio con sus primeros compañeros.

Mientras, en la villa natal de Pedro, Verdú, la vida de su padre había dado un importante giro.

—¡Joan, sírvenos otra ronda de vino! —gritó el viejo Claver desde su taburete, sentado en la taberna con los amigos, que le miraban riéndose con las narices enrojecidas y el aire de forzado relajo tras una dura jornada de labranza.

—¡Cuidado, Pedro, que todo es empalmar y que tú, si bien no eres de poca resistencia, ya has recobrado el calor del cuerpo!

—No hay dos sin tres, ni tres sin cuatro —rió el campesino, mientras servía a los amigos el rojo vinillo de la tierra y charlaban de las buenas mozas de Verdú, las esperanzas de cosechas o de los éxitos y fracasos de los tercios españoles por Europa.

De pronto se abrió la puerta de la taberna y entró como un cuchillo el frío de invierno meneando la tibia luz de los candiles. El cartero, tras descabargar un viejo rocín, penetró en el figón y dio un grito con aires de hombre importante:

—¿Quién es aquí Pedro Claver?

Se levantó el labrador y cogió un sobre lacrado que le tendió el correo, en el que podía leerse: «*A Pere Claver, que Déu Guardi. En Verdú*».

—¡Es de mi hijo Pedro! Escribe desde Mallorca. Largo tiempo estábamos sin sus noticias.

Pedro intentó abstraerse del ruido de la taberna y comenzó a leer:

Pax Christi. Señor padre, madre Germana y los demás de casa. Ésta os la escribo no por necesidad sino para daros contento, que pienso que todos lo recibiréis....

—¡Media jarra de clarete! —pidió alguien en el mostrador—. ¿A que no sabéis a quién he visto ayer noche con la Montse...?

... y también porque amén de escribir al mosén Jerónimo de Guimerá para corresponder a su buena voluntad, me pareció que si solamente escribía a Jerónimo y no a vosotros, sería daros disgusto. De cara pues a todo lo que es conforme a la

voluntad de Dios, procuro y deseo daros todo el gusto, para lo que os escribo esta presente para haceros saber que mi salud es hasta ahora buena, gracias a Dios...

–Lo de la Montse ya lo saben hasta los gatos. Pero ¿a que nadie aquí ha oído contar las historias del arcipreste?

–¿No será el arcipreste de Hita, que dicen que ni tan siquiera era arcipreste? –preguntó otro riendo–. Menudo lagarto era el falso clérigo.

–Andad con cuidado no se presente la Santa Hermandad –intentó desviar la conversación un anciano, que hasta ahora dormitaba en un rincón.

... Estoy ahora oyendo los cursos de filosofía –volvió a enfrascarse Pedro Claver en la carta de su hijo–, juntamente con los queridos hermanos con los que embarqué en Barcelona y otros tres, con lo que sumamos en total seis. Asistimos a la Schola todos juntos, queriéndonos unos a otros como si fuésemos hermanos carnales, lo que pasa también entre nosotros y los padres; y así he de dar gracias a Dios por la merced que me hace de ponerme en una religión donde hay tanta caridad...

–¿Y vos, Pedro, qué decís –interrumpió otro a carcajadas–, ¿cuándo vais a pescar a la cuarta mujer?

–¡Alto, Sebastián, que todo tiene un límite! –cortó Pedro Claver, levantándose en dirección a la puerta–. ¿No me dejaréis leer esta carta hasta el final?

El viejo Pedro saltó a la calle. Un claro de luna iluminaba a retazos el empedrado, luz que aprovechó el campesino para seguir leyendo la carta de su hijo. Hacía frío, un frío que le despertó del sopor del vino y la atmósfera cargada de la taberna. Fue entonces cuando se apercibió que aquella carta, escrita desde una cámara sencilla de convento perdido en la bella isla de Mallorca, era importante. Hacía largo tiempo que Pedro no escribía. En cambio lo hacía a mosén Jerónimo. Su padre sabía por qué. Recordó por un instante a Ana, su primera esposa. La vio leyendo el gran libro de imágenes a la cabecera de la cama de Pedrito. Y luego a sus otras dos mujeres. Como caen los decorados de un teatro, observó el labrador catalán los cambios que habían traído a la casa y la familia sus tres matrimonios. Cómo había tenido incluso que dividir la vivienda para dar cobijo al heredero, su hijo Joan; cómo era hasta algo normal que Pedro se sintiera lejos de aquel rincón familiar tan transformado. «Si al menos hubiera seguido los consejos de su tío canónigo», pensó Pedro, intentando encubrirse a sí mismo la verdad.

Esto he querido escribiros –siguió leyendo– para cumplir con mi obligación de alguna manera desde hace ya mucho tiempo. Ahora será razón que vosotros también cumpláis mi deseo y pues yo os he escrito para alegraros a todos vosotros, hagáis otro tanto para alegrarme a mí.

Sin darse cuenta, Pedro había llegado bajo la gran sombra negra de la torre del castillo y junto a la iglesia parroquial. ¡Cuántos recuerdos de Pedrito! Lo vio salir a la plaza vestido de monaguillo aquellas mañanas de oro de Corpus Christi y pasear taciturno de adolescente, mirando a los vencejos o conversando con el rector de la iglesia, con aquel su aire de misterio, recio, distinguido.

El Señor os lo premiará y además porque conociereis el gozo que ha de tener un buen cristiano en el regirse bien él y su familia. Igualmente os suplico a vos, señor padre, y a vos, hermano mío, que os esmeréis y procuréis muy de veras en esto. Así toda la casa irá concertada y así confío que, si vosotros vais adelante en el hacer, que todos os imitarán. Si queréis darme buenas noticias, escribidme cómo os va en el espíritu, las demás noticias, con éstas, me serán gustosas, y todas las demás, sin éstas, amargas. A mi cuñada, a la que debo mucho, muchos recuerdos y besamanos en señal de agradecimiento; a mi hermana, a mi tío Jaime Corberó y a los demás parientes, lo mismo de mi parte. A Magín, Sebastián, Catalina y a los demás amigos, mil recomendaciones. Jesús Nuestro Señor os guarde a todos de todo pecado y os dé gracias para cumplir lo que os he escrito. De Mallorca....

El viejo Claver se guardó la carta y dio media vuelta, calle arriba, de regreso a casa. Sintió que sus ojos se empañaban. La carta de su hijo Pedro le había recordado otros tiempos, más brillantes, más felices. Sabía que se había roto algo, que un religioso ha de partir y dejarlo todo; pero las «circunstancias» habían abierto un pequeño abismo entre el muchacho y su familia. Él hablaba de «mucho tiempo» sin escribir. ¿De cuánto sin hacer lo mismo tendría que confesarse su padre? En fin, había que comprender esas circunstancias. El viejo Claver apretó dentro del bolsillo la carta de su hijo, como queriendo agarrar por última vez su mano viajera. Más allá de los tejados de Verdú, la luna se había ocultado tras una espesa nube. Aceleró el paso. Realmente hacía mucho frío.

En Mallorca, mucho más de prisa de lo que mandan las reglas, bajan hoy los estudiantes jesuitas la escalera del escolasticado. Con un morrón y sus respectivos bordones, Pedro Claver y Miguel Serra, buenos amigos, cruzaron el claustro riéndose, con el sol de la mañana dentro.

—¡Feliz día de campo! —les deseó un padre que rezaba su breviario en el claustro.

Al pasar por la portería y antes de esbozar un saludo, Alonso se adelanta, ilumina su rostro con una sonrisa y, lleno de sencillez, les dice:

—¿Vais a pasear? Haced cuenta que a un lado está Jesús y al otro María.

Los dos se quedaron impresionados.

Pedro no respondió, pues la sencilla frase fue pronunciada en tal tono que se le clavó dentro como una flecha.

—Gracias, hermano —se limitó a decir—. Esta noche nos veremos como de costumbre.

El sol era un disco rojo sobre el mar y venía una brisa fresca de la costa, cuando los dos compañeros regresaban, sudorosos del día de campo.

—Siento alegría de volver a casa —dijo Pedro—. Veremos a Alonso. ¿No es, Miguel, como un padre o un abuelo? Confieso que nunca me había sentido tan seguro y contento como estos años en Mallorca. Alonso me alivia de las arideces de la filosofía oyéndole hablar de Dios.

—A mí me sucede lo mismo. Es como si conociera directamente el amor de Nuestro Señor sin el esfuerzo de las disquisiciones teológicas. *Connaturaliter*, como diría el padre Vayllo.

—Tan fácil como mirar este paisaje, y tan exigente a la vez como si nada ni nadie en el mundo pudiera comprometer más a una persona. Es simplemente un santo.

—Un santo.

El sol ya se había puesto en el Mediterráneo. Todo tenía las tonalidades violáceas del morir del día y el mar se cubría de una inmensa nostalgia horizontal: preguntaba con su movimiento al pasado y al futuro en su ambiguo vaivén. Barcas de pescadores encallaban en la playa arrastrando el copo como sombras entre las últimas luces.

Aquella noche, después de refrescarse tras el paseo y de la cena en común en el refectorio, Pedro paseó con Alonso bajo las estrellas. Sentía esa flácida quietud en su cuerpo tras haber caminado y llenado sus ojos con las sensaciones multicolores del campo y el mar. Alonso cobraba a esas horas de la noche el porte de una sombra sin peso. Mientras paseaban por el huerto, ambos escuchaban los secretos sonidos de la noche. Porque entre los dos había ese don inapreciable de la amistad que es saber permanecer en silencio. De vez en cuando la sombra del hermano se volvía, levantaba sobre sus hombros hundidos la cansada cabeza, y su rostro se diría entonces el de un ermitaño que hubiera leído en los rincones de su cueva verdades incommunicables.

—La santidad no está en tener visiones ni consuelos, querido Pedro; ni en tener el don de profecía, ni revelaciones, porque todas estas cosas cuestan poco al alma, Dios se lo da todo. Pero la santidad cuesta grandes trabajos de mortificación y vencerse desde dentro con la gracia de Dios.

La serenidad del mar no lejano parecía reflejarse en las estrellas especialmente brillantes aquella noche primaveral.

—Pero ¿dónde está entonces la santidad, Alonso?

—La santidad está en el amor de Dios y en el prójimo y en la profunda humildad de corazón y paciencia y obediencia y resignación y en la imitación de Cristo Nuestro Señor; y en esto no hay peligro como en esos otros prodigios. La santidad no está en las cosas extraordinarias y así las hurta el cuerpo.

Los minutos se hacían cortos para beber aquellas palabras, que tenían sabor a sabiduría y que estaban tan lejos de las doctas distinciones filosóficas de los maestros en artes.

–¿Amáis mucho a Jesús, verdad, Alonso?

– Pedro, me pasma que cuando paso delante de un Cristo crucificado y veo en él lo que Cristo pasó por mí y por todo el mundo, en seguida levanto los ojos al cielo y conozco que el que es Señor de tanta majestad, tan glorioso en el cielo, es el que pasó todo aquello por mí y descubro como mucho más de lo que veo en su figura. Entonces se me despierta el corazón y le digo: «Señor, ¿quién no muere de amor de tal Señor, que de amor ha hecho tal cosa por mí y todos los hombres? ¿Y quién no sirve a tal Señor?».

Pedro recordó las frases de Ignacio de Loyola que había meditado tantas veces en los *Ejercicios* delante del Crucificado: «¿Qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, ¿qué pienso hacer por Cristo?». Y sintió un amor ardiente y puro que crecía dentro de él con una fuerza tal que por un momento se asustó. Pensó a las locuras que podría llegar un amor así y comenzó a sentirse dispuesto a todo. Entonces el rostro pálido y sonriente de Alonso se volvió hacia él con esa extraña y humilde majestad casi etérea.

–Veo que sois muy aficionado a las imágenes –comentó Pedro.

–Las imágenes –subrayó suspirando el viejo castellano– son preciosas para que el hombre vea lo que debe a Dios y ha hecho por él y hace siendo Dios de tanta alta majestad para que se encienda en su amor y en el cuidado de servirle y contentarle y de serle agradecido. Particularmente las figuras de Cristo y su Madre. Usad imágenes en el futuro, que así el amor entra por los ojos, querido Pedro.

El tiempo límite para retirarse a descansar se iba aproximando. En su interior Pedro hubiera deseado seguir toda la noche en compañía de aquel ser transparente para quien Jesús y María eran presencias habituales, a quienes incluso acostumbraba a pedir licencia para dar cada paso, para salir del aposento o para entrar en él.

–Para vos, Alonso, Dios es como el aire que respiráis.

–Puedo aseguraros –confesó el portero con la mayor sencillez que siempre que quiero, en cualquier cabo que estoy, sin trabajo alguno, estoy con mi Dios a solas, sin discurso alguno, porque ya tengo conmigo lo que con los discursos se suele buscar, que es a Dios; y así negocio lo que he menester con mi Dios con gran descanso, amor y suavidad. De tal manera que a veces me ha acontecido que estando acostado me pongo en oración, y la tengo, y, en seguida, dormirme bien dormido. Y como me dormía estando en oración, tenía la misma oración estando durmiendo como cuando estaba despierto.

–*Ego dormio et cor meum vigilat*⁹ –citó el texto bíblico Pedro.

Después volvió a preguntar con toda ingenuidad:

–He oído decir aquí en Montesión que en ningún momento del día dejáis de estar en la presencia de Dios. ¿Os importaría decirme si esto es cierto? ¿La perdéis por algún tiempo?

–Rara vez al día, y por el espacio de un Credo.

Pedro, a sus veinticinco años, lleno de ilusión por conocer a Jesucristo y hacer grandes cosas por él, no salía de su asombro. El hermano Alonso Rodríguez decía todas aquellas cosas sin la menor vanidad, pero sin callarlas tampoco, como una verdad que está simplemente ahí, igual que un árbol da sombra sin saberlo. Con la misma llaneza Alonso oía la voz de María, la Virgen, sentado en su portería, que le decía al corazón: «Os quiero mucho, Alonso». Y él, sin ningún rebozo, respondía: «Yo os quiero mucho más a vos, Señora».

—Y, decidme, ¿cómo explicáis la comunión de Dios y el alma?

—Pues Dios se ha con el alma como el fuego con el hierro; y es que como está el hierro con el fuego, se le comunica el fuego, y viene a comunicársele tanto, si el fuego es grande, que el hierro viene a estar hecho un fuego y así el hierro es fuego y hierro, y fuego por comunicación, no por naturaleza. De la misma manera, cuando el Señor se mete al alma, dentro de su corazón, que todo es fuego de amor, viénele a abrasar en su amor: y con el amor tan grande que la comunica, viene a estar, por comunicación de Cristo y su gracia, endiosada y unida y transformada en él... Y ha venido a ser esta presencia de Cristo Nuestro Señor en mí tan grande, que de que ando por las calles voy tan absorto en Cristo crucificado, que no veo a las gentes, si no como a manera de sombras.

Se despidieron los dos amigos y Pedro se retiró a su aposento, donde no pudo conciliar el sueño recordando todo aquel maravilloso día, iniciado con la impresionante despedida de Alonso, cuando salían de campo, y finalizado con este coloquio inolvidable. Desde aquel momento decidió tomar por escrito todas y cada una de las frases importantes de aquel hermano portero, que era como un padre para él. Fue entonces cuando una corazonada le dijo que llevaría siempre consigo, por muy lejos que viajara, aquel cuaderno con las enseñanzas llenas de sencillez y fuerza mística del insignificante portero. Después de escribir, concilió el sueño lleno de paz, imaginando que con mucho trabajo conseguía abrir una puerta inmensa, detrás de la cual, cargado de hombros y sonriente, aparecía un portero señalando el camino. Tenía la misma cara que Alonso. Dentro, la luz le cegaba los ojos.

Cada noche se repetían al menos quince minutos de intensidad en la comunicación con Alonso, a quien Pedro ya no dudaba en calificar de un auténtico místico. Un día de primavera el estudiante se propuso conseguir un permiso especial y llevarse a Alonso de paseo. No era cosa fácil, pues el hermano adolecía de una meticulosa fidelidad al zaguán de su portería. Pero Pedro lo arregló todo para encontrarle sustituto y ambos eligieron una tarde limpia, soleada y fresca para subir al castillo de Bellver.

En el camino se paraban de vez en cuando a mirar el paisaje y escuchar el zumbido de las abejas, oler el perfume a tomillo, y dar gracias a Dios de los múltiples colores con que se revestía, mientras iban subiéndolo, el famoso cerro.

Sobre un talud y las escarpadas roqueras surgió en seguida el cuerpo cilíndrico y macizo del castillo, matizando en sus piedras el sol y sombra de la primera tarde. La redonda torre del Homenaje, más alta y robusta que las otras tres, coronada por barbacanas y matacanes y unida al castillo por un elegante puente de arco ojival, le trajo en seguida a la memoria su torre de Verdú, sus juegos de niño y su vocación de muchacho nacida en la plaza e iglesia de su pueblo. Bellver tenía un señorío gótico que parecía ocultarse detrás de las ventanas de doble ajimez, en las galerías circulares del patio central, el puente levadizo que salva el foso y conduce hasta la puerta y el zaguán.

Resoplaban ambos amigos cuando conquistaron el cerro, sobre todo el viejo Alonso, que sudaba al subir la cuesta un sudor alegre, pues le recordaba aquel día en que, según su experiencia mística, sintió que allí mismo la mano blanca de la Virgen refrescaba su frente.

Cuando se volvieron para mirar atrás, la brisa fresca del mar envolvía los pinos, aliviando el regreso a un panorama único. Envuelta en el aire de nácar de la isla, resurgía la ciudad, la bahía, la catedral, el puerto; y, en la lejanía, el perfil de la montaña de Randa y el llano de Mallorca flotando bajo el resol de la tarde.

Sentados en una piedra, ambos disfrutaron de la experiencia de poder conversar sin medida. Pedro abrió su corazón y le explicó a Alonso sus dudas sobre el sacerdocio, su predilección por las cosas pequeñas, su gusto a pasar inadvertido, su retraimiento y sus crisis.

Alonso no respondió directamente a las preguntas. Amparado por la sombra heroica del castillo y mirando a un Mediterráneo imperturbable y azul, se limitó a hablar de las Indias. Pero no de El Dorado que codiciaban muchos conquistadores de capa y espada, ni siquiera de los ríos caudalosos y la vegetación exuberante que contaban en sus crónicas Hernán Cortés, Quesada o Pizarro; ni del mundo aventurero de judíos conversos que daban con sus huesos en las nuevas tierras para huir de la Inquisición o de los que ya iban a hacer fortuna con los armazones negreros. Alonso se limitó a derramar lágrimas que le caían, hilo a hilo, blandamente, como si salieran de los mismos ojos de aquel crucificado con el que convivía.

—¿Qué os pasa, Alonso?

—Sólo pensaba en todos los que están ociosos en Europa y podrían ser apóstoles en América. ¡Cuántos se van pensando en el oro, la huida, la aventura! ¡Que el amor de Dios no haya de surcar aquellos mares que ha sabido hendir la avaricia humana! ¿Es que no valen aquellas gentes la vida de un Dios? ¿Por ventura no ha muerto él también por ellas?

El joven estudiante escuchaba silencioso, con el respeto de siempre, pero con una nueva inquietud interior que le traían la brisa que subía del mar, las viajeras gaviotas, las nubes deshilachadas y mensajeras de otros mundos. Volvió a ver dentro de sí el rostro del Cristo de Verdú, mientras las palabras de Alonso golpeaban como un yunque en su alma: «Cuántos, cuántos, cuántos».

La mano del anciano se posó sobre el hombro de Pedro. Éste sintió un escalofrío. Los ojos enrojecidos de Alonso se clavaron en los suyos, como aquel primer día en que se habían abrazado al llegar al colegio de Montesión. Con seguridad y aplomo sorprendentes, Alonso dijo:

—Pedro, querido hijo, ¿y tú?, ¿por qué no vas a recoger también la sangre de Jesucristo?

Pedro tenía en ascuas el corazón: no razonaba, veía; no hablaba, se limitaba a escuchar y comprobar cómo dentro de sí una centella provocaba un incendio. También el sol se escapaba enrojecido y había teñido las nubes y el mar de una sangre derramada: ¿la sangre de Dios, la sangre de los solitarios, de los olvidados y los pequeños? Las ideas y las imágenes se agolpaban contradictoriamente en su mente, pero su intuición, su fe en Alonso, una alegría mezclada de intenso dolor le decía interiormente: sí, sí.

—No sabe amar el que no sabe padecer —siguió hablando el anciano—. Jesucristo te espera allá. Piratas, soldados, marinos, aventureros cruzan el océano en busca de oro y poder. ¿Tendremos más miedo nosotros por llevar a aquellas gentes hacia la verdadera libertad? Algunos amontonan tesoros a costa de la sangre de infelices. ¿Irán sólo los violentos en las flotas del rey? Mis huesos están enmohecidos y ya no tengo fuerzas. Pero tú eres joven, Pedro. También he hablado a Juan de Humanes y a otros. Pero tú, Pedro, tú...

Por un momento Alonso estuvo a punto de revelar un secreto, un delicado mensaje que había recibido de Dios y que sólo había descubierto a su confesor. En uno de sus arrebatos había visto un lugar luminoso, como un sitio libre, un trono vacío destinado para Pedro. Pero hasta llegar allí había un camino largo y tortuoso que venía de las Indias y que cruzaba por el sudor y la sangre. Alonso sintió que sus ojos se inundaban de lágrimas y se limitó a repetir, casi sollozando:

—Tú.

Pedro sintió sobre su hombro la mano de Alonso ligera como el ala de un ángel, como la brisa de la marea, que traía aquella tarde paisajes tropicales, selvas remotas y un lamento largo de los pobres y explotados de este mundo. Por primera vez miró sus manos jóvenes y pensó que quizá pudieran ser alguna vez ungidas. No para reservarlas, bien cuidadas, al mero cometido de hojear confortablemente un breviario y empuñar una pluma de ave, sino para enjugar el sudor, quizá la sangre.

Hasta que no echó del frasco el polvo secante sobre su manuscrito no quedó contento. Allí, sobre la mesa, estaba la carta dirigida al padre provincial, ofreciéndose para misionero en las Indias Occidentales. Era una carta clara, directa, sin complicaciones. Gracias a Alonso había visto claro. Ahora sólo quedaba cerrar aquel sobre, lacrarlo y esperar los caminos de Dios. ¿Sólo eso? No, quedaba además algo muy difícil. Sus tres años de estudio de artes habían acabado ya, y abajo, en el claustro, esperaban los demás para decirle adiós. Pedro echó una última mirada al pequeño aposento y pensó que allí había sido feliz aquellos tres años, que entre los conceptos de

Lógica, Física y Metafísica, se llevaba descubrimientos que nadie podría arrancarle, horas intensas de diálogo con Dios, con los compañeros, con Alonso sobre todo, su nuevo padre, su entrañable amigo.

El hermano le esperaba menudo e insignificante en un rincón de la portería, entre sus cosas habituales: la arqueta, el cuaderno, el crucifijo. Todos multiplicaron los abrazos, las risas, los parabienes, felicitando a los que habían acabado y partían para Barcelona, a estudiar Teología. Pedro se zafó del grupo de despedidas y se dirigió hacia Alonso.

Ambos se miraron de lejos y temieron dar el primer paso. Recordaron cómo corrieron la primera vez, cuando la corazonada adelantó en un instante toda la fuerza del encuentro. Alonso sintió un desgarró parecido a aquel en Segovia, cuando la muerte le arrancó al hijo de sus entrañas. Ahora él sabía —se lo había dicho Dios en las horas interminables en las que perdía la dimensión del tiempo— que no volvería a ver al joven amigo. Porque se iría lejos, muy lejos y a sufrir mucho.

Pedro sabía por su parte que aquel hombre era una pieza clave de su vida y que ya no se podría separar jamás de él, porque lo llevaba consigo en el recuerdo, la oración, la encrucijada de sus futuros caminos. En sus noches oscuras aparecería entre sombras aquella mirada lacrimosa de luz y de años de Alonso. Que, al sentirse pequeño y perdido en medio de un mundo de poderosos, advenedizos y farsantes, la endeblez de Alonso en su pobre portería sería una inyección de fuerza, de ilusión para seguir luchando.

Se adelantó Alonso. Llevaba algo en las manos.

—Pedro, toma este oficio de la Virgen y una copia de mis modestos apuntes. Ya sabes que fue prohibido por el padre rector llevar apuntes espirituales ajenos. Pero yo he conseguido un permiso especial para ti. Irás lejos y te acompañarán siempre.

El joven estudiante no supo responder. Se abalanzó sobre el flaco coadjutor y lo abrazó y besó repetidas veces con todas sus fuerzas. Las lágrimas llenaban los ojos de ambos.

—¡Hijo —musitó simplemente Alonso—, Él te acompaña!

Después no vio nada. La cortina de sus lágrimas emborronaba las demás formas de los jesuitas, que decían adiós. Sus ojos no se aclararon hasta que el vaivén del mar los volvió a llenar de azul, las olas chapotearon sobre la galera y una voz rompió la paz de su silencio semejante al de un horizonte perfecto, la única raya que divide el cielo y la tierra.

—¡Soltad trinquete! ¡Todo a babor!

Embarcado en una pequeña nave bretona, la isla dorada era ya sólo un punto blanco perdido en el horizonte, un oasis clavado en su alma, para recuperar en los momentos difíciles, que bien podía emerger en medio de la turbación de las olas; un refugio para las dudas y el miedo. Detrás de sus palmeras, con un fondo de marea que va y viene acariciando su costa y cantando su vieja copla de querencias, riesgos y eternos amores,

seguiría siempre escuchando los pasos leves y enternecidos de unas zapatillas: las del viejo Alonso, que pasearía continuamente su alma igual que la isla, al atardecer, musitando entre lágrimas después de sonar la campanilla: «Ya voy, Señor».

Aquel día de noviembre de 1608 se salvó del cautiverio junto al padre Juan Hurtado y tres novicios, pues otros compañeros que habían esperado una embarcación más segura cayeron en manos de piratas que se los llevaron a Argel.

Hasta aquí, reconstruido por mi pluma, el relato de una amistad que me aclaró algunos de los misterios de Pedro Claver. Sin dejar de admirarle y de considerarle inimitable, entreví algo del incendio interior que se ocultaba detrás de aquella insignificante apariencia, prolongación del portero de Mallorca. Desde entonces supe que hay hombres que poseen visión interior y dones místicos, y también en cierto modo de dónde procedía tanta fuerza, aunque reconozco que, quizá pese a todo y por mi escaso entendimiento espiritual, nunca dejaría Pedro de ser un enigma para mí.

No olvidé el obsequio que supusieron tales confidencias y, sobre todo, las visitas que él hacía a Inés, a conciencia de que ella era mi amada, pues en socorrer a los que sufren nunca miró Pedro Claver ni pecado, ni política, ni raza, ni religión, sino sólo gentes hambrientas de misericordia. Para él eran pedazos del Cristo roto que llamaban a su puerta y a los que respondía como Alonso: «Ya voy, Señor». Sólo que ahora, como en cierto modo le había también profetizado el portero, era toda una ciudad dolorida la que estaba llamando y él era demasiado pequeño para abrir tan enormes y desconsoladas puertas.

TIENE QUE LLOVER

De las pocas certezas que logré alcanzar por entonces una era que la brisa del mar no llegaba a las oscuras y sucias mazmorras de la Inquisición. Desde los balcones de la mansión de don Marcial estaba habituado a ver la hermosa fachada, que nunca imaginé que ocultara en sus sótanos tanta injusticia, intolerancia y dolor. ¡Cuántas veces había contemplado entrar y salir a los reos acusados *de leví* o herejía sin imaginar que las decisiones de aquel tribunal iban a afectarme de cerca y personalmente, a mí, tan lejano a los intereses y pleitos de clérigos! A esta profunda tristeza por la acusaciones que pesaban contra Inés se sumaron años de peste que habían azotado la ciudad entre 1633 y 1636. Cartagena había vivido un largo período de luto y cuarentena y el padre Claver fue su más destacado protagonista. Se le había visto de aquí para allá, como siempre, arrojando con su manto a las víctimas de la viruela, atendiendo día y noche a los apestados y acompañándolos después de muertos con su pequeña comitiva de negros músicos y sus funerales, tanto más solemnes cuanto más pobre era el difunto.

Un día en que don Marcial estaba convidado a una fiesta en casa del gobernador, Pedro me dio una grata sorpresa. Me envió recado a través de Calepino que le esperara al atardecer en la puerta del Santo Oficio. Preocupado e inquieto, pues pensé que le ocurría algo grave a doña Inés, me adelanté una hora, que multiplicó mis nervios y el agobio de la espera.

Finalmente lo vi aparecer por una esquina más flaco que nunca, enfrascado en sus meditaciones y con su media sonrisa y su zurrón al hombro.

—¡Venid, Miguel! ¡Os he conseguido permiso para que os dejen visitar a doña Inés!

Emocionado por la nueva, le acompañé hasta la puerta de la Casa de la Inquisición. Oficiales y corchetes nos abrían paso y se apartaban como por encanto ante su humilde presencia, que era en los calabozos tan habitual como la de un empleado del Santo Oficio. Mis ojos buscaban inquietos el rostro de Inés a medida que avanzábamos por la humedad de un oscuro y estrecho pasillo con calabozos a ambos lados.

—Hablad bajo —me dijo al llegar a las rejas de Inés—, y no os demoréis mucho.

Pálida, ojerosa y desgredada, parecía otra. Detrás de los barrotes asomaba su lívido rostro como una aparición de otro mundo. No se creía que yo fuera real, ni podía despegar los labios. Nos limitamos a estrecharnos fuertemente las manos. Las suyas, frías y huesudas como sarmientos, temblaban de miedo; temía yo que fueran a quebrarse como cristal entre las mías.

—¡Miguel, Miguel! ¿Cómo es posible? ¿Cómo has podido entrar?

—¡Mi amor, mi señora! El padre Claver —me limité a decir, al tiempo que intentaba aprovechar aquellos instantes besando una y otra vez sus escuálidos dedos.

—¿Cómo es que aún no te han puesto en libertad? ¡Si eres inocente!

—Mi hermana está más endurecida e intransigente que nunca. Se niega a declarar a mi favor. Por el contrario, afirma que soy su cómplice y asegura a los jueces que soy más bruja que ella. Para mí, Miguel, que nunca me ha perdonado que los demás elogiaron mi talle y mi belleza. Las pocas veces que nos hemos cruzado en estas mazmorras se burla de mí con grandes risotadas, mientras me grita: «¡Bruja, más que bruja!». No sólo parece que le importa bien poco la hoguera, sino que haya perdido el juicio y quiera arrastrarme al fuego con ella. Ay, mi amor, si Dios no lo remedia, nos quemarán juntas en el próximo auto de fe.

Un mar de lágrimas anegó sus dulces ojos, mientras yo sentía toda la impotencia del mundo, como si tampoco pudiera escapar de aquel sótano. ¿En qué clase de Dios creían estos asesinos para torturar y matar en su nombre? ¿Eran éstos los representantes del Evangelio de aquel Jesús que decían curaba a los enfermos, que libró del apedreamiento a la adúltera y fustigó la hipocresía de los fariseos? Ni siquiera Elena, por muy cínica que fuera, me parecía culpable de nada. Desde el calor de mis manos intenté irradiar a Inés ánimo y esperanza.

—No tengas miedo, querida mía. Algo se nos ocurrirá para sacarte de aquí. Don Marcial ha hablado con el gobernador —dije sin mucho convencimiento.

Aquellos instantes de conversación con Inés tenían como fondo otros lamentos de la celda contigua, donde Pedro Claver asistía a Blas de Paz Pinto. A este hombre el dolor le subía por la pierna, los nervios, los ligamentos, todo el cuerpo. A veces yo mismo había oído sus ayes desde la plaza, que se perdían en el atardecer, entre los corros de gentes cuando, fuera de las casas de la Inquisición, comentaban los últimos sucesos del día.

Blas de Paz Pinto era muy conocido en Cartagena. Incluso durante los periodos de peste, en los que había conseguido gozar de buena salud, echaba una mano para enlucir las iglesias y los altares y ayudar a los más pobres con los beneficios de su comercio.

Lo peor siempre había venido del inquisidor Mañozca. Aunque para entonces ya no se hallaba en Cartagena, su ambición, incluso desde la lejana Lima, seguía produciendo efectos entre nosotros. Ahora comenzaban a llegar sus tormentosas olas al Caribe y alcanzaban hasta la ciudad de México. Además, el radio de acción de los tribunales se había ido ampliando. Abarcaba no ya a infelices negros, sino a hombres de posición y de caudal. No se preocupaba tan sólo de brujas, sino de judíos. Mañozca consiguió que uno de los portugueses encarcelados en Lima y acusado de judío denunciara que en Cartagena vivía un compatriota suyo, secuaz como él de la secta de Moisés. Se llamaba Juan Rodríguez Mesa. Y toda la acusación se centraba en que habían hallado en su casa un libro que se intitulaba *Recopilación de la Biblia*, que guardaba los sábados sin trabajar; que ese día ponía ropa limpia en su persona, mesa y cama, que, en fin, cenaba pescado, huevos y legumbres los viernes en vez de carne «ayunando en todo él hasta

salida la estrella». Sólo fue el principio. Tras Juan Rodríguez vendrían doce más acusados *de leví*, entre ellos el propio Blas. Mañozca seguía de lejos también el proceso de Elena e Inés, que él personalmente había puesto en marcha durante su estancia en Cartagena.

Dos inquisidores y dos fiscales de las casas de la Inquisición sometieron a votación si tenderían o no a Blas en el potro. Al final decidieron recostarlo sobre el tormento. Atado de pies y manos lo retorcieron todo como se escurre una gamuza. Tanto que el cordel llegó a romperse durante la tortura, lo que se hizo constar en el acta del proceso. A la tercera vuelta el pobre acusado no pudo más. Confesó: «Sí, soy judío». ¡Qué más daba! Al menos así le liberarían de la tortura.

Luego le devolvieron a la celda, la contigua a la de Inés. Y a las pocas horas pretendían tomarle nueva declaración. Blas, entre ciegas nubes de dolor, vio primero entrar al cirujano para curarle, cuando ya era inútil. Luego llegó el alcaide de la prisión y su ayudante. Volvieron a preguntarle. Pero Blas no pudo pronunciar palabra. Entre brumas oyó cómo el cirujano sentenciaba:

—Está medio pasmado, porque se le han trabado las quijadas y no puede abrir la boca.

El alcaide escribió aquellas palabras mientras todo Blas era un quejido. Más tarde el cirujano Ramírez, colega de Francisco de la Cruz, me contaría los detalles que iba a dejar escritos en su informe para los archivos de la Inquisición: «Tiene —decía— unas llagas de contusión de los dedos pulgares de los pies, cuyos dedos estaban extirpados por la coyuntura mayor, particularmente el dedo pulgar del pie derecho, el cual en su extremidad tenía mortificación, por lo cual había sido necesario cortarle, y como era llaga de nervios y ligamentos, sobrevienen hinchazones e inflamaciones, de donde procedían muchos accidentes de calentura, pasmos y perlesía».

Su dolor debía de tener proporciones sobrehumanas. Con la respiración entrecortada Inés y yo oímos un grito con que, aterrorizado, suplicaba la comunión.

—Vamos, Miguel, tenemos que irnos —me dijo Claver—. He de traer a este hombre el viático.

Llené de besos y lágrimas las manos que, desesperadas, escapaban, pensé que para siempre, de las mías entre los barrotes de la celda.

Acompañé a Pedro hasta su residencia y luego a la Inquisición. Era noche cerrada y la bujía llameaba junto al catre en la oscuridad, cuando volvió a chirriar la reja de la celda de Blas. Un hombre flaco, de mediana estatura, pálido, cabello y barba canas, entró envuelto en su manto.

—Es el padre Claver —dijo el carcelero—, que viene a traeros la comunión.

Pedro se arrodilló en seguida junto al catre. Tomó la mano de Blas de Paz Pinto. ¿Era aquello el Blas que Pedro había visto encaramándose en el retablo para colgar los brocados destinados a enlucir el monumento del Corpus y el que aderezaba con tanto

mimo los pasos de Semana Santa? Se había convertido en un manojo de huesos y en su rostro amarilleaba la muerte.

De forma casi ininteligible, y ayudándose con gestos, repetía una y otra vez:

—¡Dadme la comunión!

Pedro le acarició y le dio a beber un poco de aguardiente para animarlo. Tras un rato de compañía, cuando comprobó que comenzaba a serenarse, sacó de una bolsita la eucaristía. Se la llevó a los labios de Blas de Paz Pinto, que no abría la boca. ¿Se habría arrepentido de comulgar? Sin embargo, aquellos ojos reflejaban ansia por recibirla. Hubo que llamar de nuevo al cirujano. Éste aclaró que De Paz Pinto no podía comulgar, porque era incapaz de abrir la boca. Así lo hizo constar un escribano del Santo Oficio, añadiendo que fue reconciliado, «reservando como reservaban, decían sus jueces, el hacer con él la diligencia de segunda tortura, si quedase con la vida».

A las pocas horas Blas volvió a abrir los ojos. No estaba solo. Pedro Claver seguía a su lado. El jesuita le abrazaba y lo arropaba con su manteo. Fue lo último que vio en su vida. Después, en un acto extremo de dolor, cerró los ojos y con un estertor en todo el cuerpo expiró. Era el 19 de febrero de 1637.

No tardó en llegar el día tan esperado por todos y temido por mí. La ciudad amanecía vestida de gala. Un redoble de tambor anunció a las seis de la mañana el festivo día del auto de fe. Por el griterío y la fanfarria se diría que iban a correr toros como en mi tierra. Pero aquellos aires de fiesta no eran para lidiar reses sino seres humanos y el son de las chirimías se clavaba en mis oídos como agudos puñales. Don Marcial amaneció de buen humor, vestido con su mejor vellorí y apestando a una terrible mezcla de perfume de albahaca y pachulí.

—¡Gran día, Miguel, gran día! ¡Anímate, hombre, que de mujeres anda sobrado este mundo!

Tal insensatez no tenía otra respuesta que el silencio. Entre las descargas de mosquetes y arcabuces, un inmenso gentío esperaba impaciente la procesión. La caja que encerraba las sentencias la llevaba un fraile de San Francisco, escoltado del secretario de secuestros y del cabildo y, por remate, el alguacil del Santo Oficio con un caballo a la brida. La comitiva se dirigía a la catedral, donde estaba dispuesto el tablado. Iba precedida por los reos Duarte López Mesa y Ana Rodríguez de Villena, condenados al destierro y que abjuraron *de leví*; Francisco Rodríguez de Solís, a quien le confiscaron cuarenta mil pesos, y otros judaizantes, entre ellos, Luis Fernández Suárez, «que sufrió cinco vueltas de mancuera y estuvo siempre negativo».

Desde el público vi una estatua que encabezaba la procesión. Era una figura de cartón piedra, que, debajo, llevaba colgado un letrero: «Blas de Paz Pinto, comerciante. Abjuró *de leví*. Se le confiscaron cincuenta mil pesos». Al final, en lo alto de un carro conducido por bueyes aparecieron atadas espalda contra espalda ambas hermanas, Inés y

Elena, completamente rasuradas y vestidas con un sayal de saco. Oleadas del griterío del pueblo, ayuno de espectáculo y carne quemada acompañaban el implacable y seco son de los timbales.

–¡Brujas! ¡Malditas! ¡Hijas de Satanás!

–¡Al fuego, al fuego con ellas! ¡Que quemen vuestra carne empecatada! ¡Así no danzaréis más con los pechos al aire delante del gran cambrón! –gritaba la gente al paso del cortejo.

Elena reía a carcajadas, desafiando al público. Inés, con la cabeza baja, parecía más flaca, una mártir cristiana, pensé, camino del foso de los leones. De pronto levantó los ojos, que me buscaban en la multitud. En aquel cruce vidrioso de miradas intenté enviarle todo mi amor y, en medio de tanta angustia, un resplandor de esperanza: «Ánimo, Inés amada. Ni el fuego ni la muerte podrán separarnos», murmuré entre dientes.

A las afueras de la ciudad, en el mismo sitio en que quemaron al hereje inglés, habían levantado una pira. Ambas damas fueron entregadas al brazo secular y atadas a un palo en la misma postura, espalda contra espalda. El oficial de la Inquisición leyó la sentencia que las condenaba por brujería contumaz, obscenidades y trato blasfemo con Satanás. Luego les preguntó si abjuraban de sus errores.

Un hilo de voz salió de boca de Inés, que apenas podía sostenerse.

–Lo he dicho y ahora lo repito ante todos: jamás, nunca en mi vida practiqué brujería ni tuve trato con Belcebú.

En aquel momento vi que Pedro se adelantaba con su canastillo al brazo y trepaba al cadalso. Luego alivió sus labios con un pequeño vaso de aguardiente, al tiempo que le ungía la cabeza con un frasco de perfume. Lo mismo iba a hacer con Elena, cuando advertí que el jesuita se ponía de rodillas ante ella para después levantarse y susurrarle algo al oído. Después, con gran decisión, se dirigió al alguacil de la Inquisición y éste hizo callar a la multitud, pues la bruja Elena de la Cruz quería exponer ante la concurrencia sus últimas y solemnes voluntades. Un gran silencio se apoderó entonces de la plaza.

–Reconozco mis malas artes, que he echado mal de ojo y he tenido tratos con Belcebú y otros espíritus, que también he adivinado el futuro y fabricado pociones y brebajes. Pero antes de morir debo declarar públicamente que, por envidia, he mentido sobre mi hermana, doña Inés, que ni es bruja ni cosa parecida, sino ángel de Dios y jamás asistió a mis aquelarres ni participó en mis conjuros. Dios, que todo lo ve y que sabe que no soy tan perversa como aparento, conoce que esto es verdad y perdone mis pecados. Pero a ella, señores de la Inquisición, déjenla ir, que es inocente.

Un clamor subió de la multitud como una marea.

–¡Clemencia para doña Inés! ¡Clemencia! –gritaban los encomenderos, las encofetadas damas, las criadas negras, los soldados y las modistillas recién llegadas a la ciudad, con los ojos llenos de lágrimas, pues transcurrían fácilmente de la risa al llanto

como en los antiguos circos romanos.

Los jueces del Santo Oficio cuchichearon entre sí ante aquel escalofriante testimonio *ante mortem* y, como no tenían evidencia de culpa, si no por la acusación de su hermana, y por el gusto de complacer al pueblo en día tan señalado decidieron dejar libre a Inés, que seguía temblando como una ave desplumada mientras deshacían sus ataduras. Finalmente, el verdugo encendió una antorcha y la acercó a la pira de leña, y entre el ulular de las gentes el fuego subió por las carnes rosadas de doña Elena, que fue convirtiéndose en una pavesa y luego tizón al tiempo que las multitudes gritaban con morboso paroxismo.

La fiesta, si así puede llamarse, terminó a las dos y media de la tarde. El escribano concluyó su relación de aquel día con estas palabras: «Y cada uno se fue a su casa a descansar, dando a Dios gracias de haber visto un auto, el más deseado que se había visto en este lugar». El cirujano De la Cruz y yo recogimos a una Inés escuálida que nos miraba con miedo, como incapaz de creer que todo había terminado, y tras dejarla a buen recaudo, enterramos en el campo y sola, no en sagrado, pues lo prohibían las leyes, las escasas cenizas en las que se había convertido la pobre doña Elena.

Sólo el tiempo, la paciencia y los cuidados de los médicos recuperaron el cuerpo de Inés, que no su alma, que quedaría para siempre tocada por aquellos horribles sucesos, hechos que arrastro yo también desde entonces sobre mis hombros como una insoportable losa.

Pasado un año, estas y otras impresiones llegaron a provocar un gran vuelco en mi vida. No sé si por gratitud a Pedro Claver o para compensar de sus sufrimientos a Inés, decidí, contra todos mis antiguos propósitos, pedirla en matrimonio. El hecho coincidió con otra grave decisión que venía madurando lentamente desde hacía muchos años: opté finalmente por dejar de servir a don Marcial, pues, aunque yo no me ocupaba directamente de la trata de negros, cada día vivía más convencido de que los doblones y pesos que pasaban por mis manos estaban manchados de la sangre inocente y la vergüenza de los negros esclavos.

Al principio don Marcial montó en cólera y soltó por su boca toda suerte de insultos, blasfemias, sapos y culebras. Luego comprobé lo que siempre había intuido; que no es tan fiero el león como lo pintan y que el negrero no pasaba de ser un pobre hombre, maltratado durante su dura infancia, que torpemente y muy en el fondo me profesaba incluso cierto afecto de padre.

Dadas las circunstancias y la fama adquirida por Inés, decidimos que la boda se celebraría al amanecer de un día cualquiera en la iglesia de los jesuitas. Pedro celebró la ceremonia; predicó brillantemente el padre Sandoval; don Francisco de la Cruz y doña Isabel de Urbina actuaron como padrinos, y los invitados, un puñado de cuarenta marineros y negros intérpretes, no llenaron el templo, pero en total participaron, comieron y bebieron en número de doscientos. Don Marcial nos regaló con tan fausto motivo una modesta casa cerca del puerto, donde yo me empleé como consignatario, lo

que me permitió navegar de vez en cuando, aunque en viajes cortos y sin abandonar las costas de Indias para no dejar sola a Inés, que se sobresaltaba con el más mínimo ruido y veía sombras de inquisidores agitar sus atormentados sueños.

Todo transcurría pues con la normalidad que este turbulento enclave colonial permitía, hasta que una noticia, un par de años más tarde, corrió como tiro de arcabuz por toda la ciudad. Acababan de ser arrojados de las islas de San Cristóbal y Santa Catalina ejércitos de ingleses y holandeses, que se habían apoderado de ellas. La rivalidad con los europeos de rubio o rojo cabello venía al parecer de antiguo, por sus ataques al crédito y autoridad de los españoles en el Nuevo Mundo. Cuando intervenía algún embajador, los españoles los acusaban de piratería y tomaban sus represalias. Ésta fue la respuesta, por ejemplo, al embajador veneciano en Londres, cuando dio parte de que los nuestros habían capturado en las Indias Occidentales dos bajeles ingleses: cortaron las manos, pies y orejas de los tripulantes y atáronlos a los árboles para que los torturasen las moscas y otros insectos del campo.

Los marineros contaban estas historias delante de un vaso de vino en las tardes calurosas de Cartagena. La más reciente, motivo de conversación y admirados comentarios, se refería a don Fadrique de Toledo, quien, a la cabeza de una gran flota, había caído sobre la isla de Santa Catalina conquistándola para el rey Felipe y desmantelando así el centro de operaciones de los ingleses y holandeses para el ataque a los barcos que volvían a España.

En Cartagena no se hablaba de otro tema, porque los prisioneros de aquella batalla no andaban lejos de la costa. Repartidos en un par de naos ancladas en la bahía, permanecían a bordo con la prohibición de desembarcar a tierra unos seiscientos ingleses.

No faltaban en la ciudad partidarios de una nueva intervención de la Inquisición para curar aquel mal de herejía, aunque fuera absolviéndolos *ad cautelam* para ser entregados luego, como se acostumbraba, al colegio de la Compañía de Jesús, «para que los adoctrinasen» en la verdadera fe.

Pero Claver se adelantó a todas las previsiones. Antes del amanecer había dispuesto dos pequeñas embarcaciones en la punta del largo malecón del puerto, un espigón de madera que servía para fondear los galeones de un mayor calado. La pequeña expedición de religiosos junto a algunos intérpretes católicos del inglés se hizo a la mar apenas irisaban en el horizonte los primeros brochazos de luz.

Era pleno día cuando el petache de Pedro tocó el casco del navío de mayor eslora. Echadas anclas, Claver y otros jesuitas escalaron a cubierta. Los saludó el capitán:

–Bien venidos, padres. No saben cuánto agradecemos su venida. Ante todo os ruego que nos celebréis, si es oportuno, la santa misa, pues los catorce soldados que custodiamos a estos prisioneros no hemos oído una desde que salimos de las islas.

Pedro se revistió. Fue montado el altar sobre cubierta, en la que lucía un sol brillante y corría una agradable brisa que aliviaba la piel. Lejos, como un decorado, despuntaban las torres y casas blancas de Cartagena. Al otro lado, un interminable horizonte azul turquesa.

Con la sagrada forma en sus manos, cansadas de acariciar heridas y limpiar inmundicias, Pedro miró a los soldados, rodilla en tierra, y más allá a los ingleses. Seguían atentos una ceremonia que no habían visto en todos los días de su vida. Les impresionaba sobre todo la ternura y concentración interior con que celebraba aquel cura flaco de barba cana. Al terminar preguntaron con extrañeza quién era tal hombre.

Pedro se ofreció a hablarles por medio de intérpretes y a predicarles la Palabra de Dios.

—Es tarde, padre —replicó el capitán—. Ya tendrá ocasión de hablarles despacio y es posible que puedan ir a oírle en tierra. Venga, venga a comer con nosotros y podrá dialogar con uno de los más notables de ellos.

Cuando se dirigían a la mesa, salió de la cámara de popa un anciano venerable de mucho respeto. Nevado el cabello, de rostro grave y barba asimismo blanca, andaba con pasos cortos y tenía gestos solemnes revestidos de una gran finura y veneración.

Se lo presentaron como arcediano de Londres. El anglicano tendió la mano al jesuita y éste le recibió con idéntica cortesía. Tras almorzar juntos, a los postres el capitán español indicó al oído de Claver cómo acostumbraban a brindar los ingleses. Pedro tomó su copa y brindó a dicha usanza. Aquel detalle impresionó al viejo arcediano, que se dirigió en latín a Pedro y le pidió que si podía entrevistarse con él a solas.

El sol comenzaba a sonrojar las aguas quietas del Caribe. Planeaban en el aire los últimos alcatraces de recogida y ni el jesuita ni el obispo anglicano salían de la cámara. Los otros sacerdotes habían empleado el tiempo en departir, por medio de intérpretes, con los herejes. De vez en cuando dirigían su mirada con curiosidad a aquella puerta que estuvo largas horas cerrada. Dentro, ambos habían recorrido juntos los temas capitales de la fe. Pedro observaba muy buena voluntad en aquel hombre. Pero ya se había hecho de noche e iba a dejarlo, cuando recordó que era el día de Santa Úrsula, natural de Inglaterra.

Le evocó al obispo que tal día como ése Úrsula había dado la vida por la fe y que san Lucio I, rey de Inglaterra, fue tan obediente a la Sede Apostólica de Roma y tuvo tan gran respeto a la Silla de Pedro, que todos los años le enviaba ricos dones y preseas como pruebas y tributos de su reconocimiento, y lo mismo hicieron todos los reyes, sus descendientes, hasta Enrique VIII y Ana Bolena.

Una chispa se había iluminado en los ojos del anciano. Oía con atención y asentía, pero replicó a Claver que no podía declarar lo que comenzaba a ver, pues se lo impedían la dignidad, su hacienda, mujer e hijos. Que esperaba, sin embargo, poder volver a verle antes de la muerte.

Un clima de cordialidad reinaba fuera. Los altos y rubios marinos ingleses habían hecho buenas migas con los jesuitas. Éstos invitaron a los herejes que visitaran la casa de la Compañía, cuando los autorizaran a desembarcar. Les tendrían preparado un agasajo.

Así que Pedro dijo adiós desde la navecilla que le devolvía a tierra. Asomado a cubierta, el arcediano de Londres, agradecido y sonriente, parecía un grave patriarca del Antiguo Testamento.

—¡Volveremos a vernos! —gritó agitando su mano.

Nubes deshilachadas dejaban escapar escasos fulgores de luna. En los petaches, entre brisa y brisa, venía una oleada de suaves, monótonas avemarías, que caían en la oscuridad de la noche. Para Claver Dios había dejado de ser algo oscuro, enigmático, como el mar en la tiniebla. Era la brisa que respiraba, la gente que había departido con él, los negros que hacían chapotear en torno a la barca mientras hundían los remos. Desgranaba las cuentas del *iaconcillo* —una fruta como el cinamomo, que él hacía recoger para fabricar rosarios y regalarlos a sus negros—, y hundió sus ojos en el mar oscuro e infinito, como el rostro de María, la Virgen, como se lo dictaba su imaginación, con piel de color, un rostro negro, y sonrió por dentro recordando aquel simpático párrafo que el padre Sandoval había escrito en una de sus obras: «La Virgen parece que tiene especial predilección en aparecer de color negro. En la Sagrada Escritura, aparece en el Cantar de los Cantares, como símbolo, y luego en tantas imágenes, como la de la Iglesia Mayor de Lisboa de la Candelaria; la de la isla de Tenerife, en Canarias; Guadalupe, en México; Montserrat, en Barcelona; el Pilar, en Zaragoza, y Loreto, en Italia». Y debió de verse a sí mismo joven, lleno de vida e ilusiones subiendo las escarpadas montañas de Montserrat. Entonces había intuido el secreto. María se había llamado a sí misma «la esclava», pues en realidad siempre había sido pobre, pequeña, olvidada, negra.

Por aquellos tiempos don Marcial de Andrade, aunque lleno de achaques más por sus aventuras y excesos que por su edad, ya era todo un personaje en la ciudad. Con media docena de armazones más y tras superar no pocos reveses había explotado pingüemente la trata y abastecido los asientos de Cartagena de Indias. Ahora podía asomarse desde su balconada casa, junto a su pretencioso blasón en el centro de la ciudad, y codearse con lo más granado de la misma, familias hartas conocidas como los Méndez, los Urbina o los Villalobos.

Aquella mañana de 1640 se levantó de su lujosa cama con dosel y finísimas holandas, dando gritos a la pobre Lucía y con el endiablado picor en la cicatriz del rostro, que le traía un mal presentimiento. Hacía meses que las cosas no iban nada bien. La trata estaba bajando en Cartagena y se hablaba, por la separación de España y Portugal, de una interrupción definitiva, al mismo tiempo que los ingleses y holandeses gozaban de una maldita prosperidad.

Meses atrás, en los comienzos de agosto de 1639, el obispo, ilustrísimo señor Ronquillo, había hecho fijar en todas las iglesias la bula del papa Urbano VIII, en la que el pontífice condenaba como pecado lo que llamaba «infame comercio de esclavos negros». Desde aquel domingo en que se leyó la bula, tenía mala digestión don Marcial, y más violento el genio. Él, que una semana antes había ido a protestar al superior de los jesuitas por ese loco de Claver que le estropeaba a los negros despabilándoselos. El superior tuvo que escucharle con respeto porque ya eran muchos los negreros que le habían presentado quejas contra Claver. A los pocos días creció la rabia al conocer la noticia: el sucio y raquíptico jesuita iba, dicen, como unas castañuelas, contando por ahí que el papa había amenazado a los negreros de excomunión, y que ya nadie podía invocar argumentos paganos de Aristóteles para demostrar que había «siervos por naturaleza». Y pensar que ese frailecillo ha llegado a escribir a Roma para solicitar, si se acaba aquí el tráfico, ir a cristianar negros en África o en Santo Domingo, Cumaná, Maracaibo, donde había trata ilegal. ¡Chochea ese viejo, que no puede con su cuerpo!

Lucía sirvió a don Marcial el desayuno en vajilla de plata. El temor y el sonrojo se subía a los ojos y mejillas de la muchacha cada vez que tenía que pasar a la amplia alcoba del negrero. Abrió los ventanales y corrió los visillos. Una bendición de sol encandiló los ojos al negrero. Por la balconada de roble entró el rumor a vida de la calle.

—Hola, Lucía —rió don Marcial—, supongo que vendrás a algo más que a traerme el desayuno. Tú sabes lo que me gusta.

El negrero la asió de una mano. Todo el cuerpo de la muchacha empezó a temblar. No sabía cómo zafarse. De pronto se le ocurrió una idea.

—¿Habéis olvidado, señor, que hoy ajustician a vuestro amigo el capitán? Ya lo han llevado del calabozo de los sótanos del cabildo. Si corréis, aún podéis llegar a tiempo de verlo morir en la horca.

Don Marcial aceptó la sugerencia y dejó por el momento a la negrita. Había conocido a aquel capitán en una recepción del gobernador de la plaza, don Melchor de Aguilera. Había sido un caso muy sonado en la ciudad, de gran escándalo y alboroto. Un hombre tan notable y de consideración, un capitán al servicio del rey, procesado por «monedero», es decir, falsificador de moneda. Las mejores familias de Cartagena irían a presenciar la ejecución y a regodearse una vez más en el suplicio, esta vez menos frecuente por ser de un notable. ¡No podía faltar don Marcial de Andrade! Se puso sus mejores jubones y la camisa de encaje y ordenó que le ensillaran inmediatamente su caballo.

Eran las cuatro de la tarde. Inés no quiso, por razones obvias, asistir al espectáculo. Fuera de las murallas, detrás del baluarte de Santo Domingo, estaban formados los soldados y preparado el cadalso. Por la proximidad había acompañado al reo toda la comunidad de religiosos dominicos. El gobernador que regía la plaza entonces tenía una

enconada enemistad con los jesuitas, por lo que había dado orden a sus oficiales de que no llamaran a ninguno de ellos para asistir a los condenados a muerte. Pero el capitán pidió expresamente que le confesase Pedro Claver, que estuvo con él aquella noche.

El reo, cabizbajo y lleno de pesadumbre, estaba sentado en una silla, al lado del palo en donde se le debía colgar. El hermano González y yo mirábamos desde el público, sin perder detalle, aquella escena que nunca olvidaríamos. Claver estaba muy cerca en el suelo con su sombrero desteñido de puro viejo, caídas las alas, rota la badana del forro que le daba en la cara, los ojos profundos enmarcados en dos líneas oscuras de espesas cejas. Estaba más serio que de ordinario. Flotaba en el aire húmedo de la tarde el drama de aquel hombre notable que iba a morir y reinaba el silencio, quizá porque aquella ejecución civil era muy distinta de un auto de fe. A veces sólo se oía el bramido cercano del mar golpear una y otra vez sobre la muralla.

Claver había echado agua bendita en el cadalso y llevaba en el brazo izquierdo, como de costumbre, su canastilla con algunos vasitos de vidrio con agua perfumada, vino, bizcochos y otros regalos. En alta voz iba diciendo el acto de contrición, cuando cerca de mí oí a dos clérigos comentar entre el público:

—No sé para qué trae ése víveres al cadalso. ¿Acaso no es más bien tiempo de auxilios espirituales que materiales?

Pero un dominico, al verlo humilde y frágil como una pluma ir de aquí para allá cerca del condenado acompañándole en su soledad y en momentos en que toda la ciudad que en otro tiempo le había honrado le daba la espalda, comentó:

—Esto es ser religioso y enseñar a serlo, que no se da nada del mundo. Esto es ir por el camino derecho de la humildad.

El momento solemne de la ejecución había llegado. La multitud estaba sobrecogida. Redoblaron los tambores. El verdugo fue a torcer el garrote, pero le falló, se rompió la cuerda; el bonete de bayeta del sentenciado cayó sobre la cara. Ya iba a dar el reo con su cuerpo en el suelo, cuando Pedro le tomó en sus brazos. Le acercó su propio rostro, juntándolo al del capitán, y le susurró algo en voz baja y cariñosa. Teniéndole así, el verdugo le puso otra vez el cordel. Algunos religiosos que contemplaban la escena gritaron a Claver:

—¡Cuidado, que vais a quedar irregular!

Pedro se volvió y, con una energía inusitada, respondió:

—¡Qué más da quedar irregular si es por salvar a un hombre!

De nuevo se hizo un espeso silencio. El verdugo volvió a su tarea. Torció la cuerda y por segunda vez se rompió el cordel. Allí estaban de nuevo esperando los brazos del padre Claver, que recibía ahora un cuerpo amoratado y una lengua negra. Pero ya no hacía falta volverlo a subir. El capitán estaba agonizando, «por falsificar moneda». A los pocos minutos daba el último estertor en los brazos de Pedro.

Esperé a que todos se fueran poco a poco, comentando entre ellos el espectáculo de la ejecución. Cuando la explanada se quedó desierta, después de rezar antes de que se llevaran el cadáver, el jesuita levantó los ojos. Su amigo González, que lo había visto todo, estaba esperándole. Sin decir palabra, los dos se perdieron camino de casa y de unas guedejas de nubes que parecían sangrar detrás de la muralla.

Por aquellos tiempos, Inés y yo, agradecidos, íbamos con frecuencia al colegio a saludar a Pedro Claver y, en su ausencia, que era casi siempre, al hermano Nicolás González, que aquella mañana guardaba con mimo los ornamentos y los vasos sagrados en la sacristía. Habían pasado dos años del último episodio y el hermano jesuita no salía de su asombro. En realidad no comprendía del todo cómo en casa algunos le seguían haciendo el vacío, cuando él consideraba al padre Claver cada día más sencillo y más santo.

Salió del presbiterio el padre Sandoval, que acababa de celebrar misa. Quitándose la casulla nos saludó con su habitual elegancia y se dirigió a Nicolás:

—Hermano, ¿sabéis dónde está el padre Claver?

—Salió hoy muy de mañana a misionar en Tolú. Ya sabéis que es incansable.

—Bien. Decidle cuando regrese que le han llamado del castillo de Bocachica, por lo de los portugueses. No cesan de avisarle de las cárceles a nuestro buen padre Claver.

—Sin embargo, en casa —replicó Nicolás, consciente de que nosotros éramos como de la familia—, siguen haciéndole la guerra. Ayer un padre le echaba en cara su afición a que la gente comulgue, incluso los bozales, casi sin preparación. Pero yo respondí a este padre con palabras del propio Pedro, que suele recordar la parábola del Convite en la que Jesús llama a los pobres y lisiados a su mesa. Cuando le hacen estas acusaciones, dice: «Si son brutos y bozales, mi trabajo me cuesta desbastarlos; y si repugnantes, la fealdad del cuerpo no mancha, sino la del alma, que también en cuerpos hermosos se esconden almas bien hediondas, y si para ellos mis negros son horrra de la naturaleza mirados de fuera, dentro hermoseados están por la gracia. ¡Es blasón de la Iglesia alimentar a los pobres y los humildes!».

—¡Cuando ve claro, ante nada se arredra este Claver! —sonrió Sandoval—. Me parece abierta y liberal su concepción de la comunión, que nuestro santo padre Ignacio también quería frecuente. Pero, decidme, he oído que él suele retrasar a veces el comienzo de la misa. Vos, como sacristán, lo sabréis. ¿Es esto cierto?

—Sí, así es. Y un día que se lo pregunté, me contestó: «Sí, hermano, espero, para que ninguna viejecita se quede sin misa».

—Pues el otro día —añadió Alonso de Sandoval, dirigiéndose a nosotros mientras plegaba el amito— me dejó aún más sorprendido. Salió de casa muy decidido a hora intempestiva, cuando ya todos estábamos comiendo. Me quedé harto intrigado, por lo que pregunté después a uno de sus intérpretes: «¿Sabéis adónde fue?» «Tomó el camino de la muralla hasta el bohío donde vive ese viejo negro que visita regularmente desde

hace catorce años». A los pocos minutos de entrar Claver en la cabaña expiraba el negro José, después de recibir los sacramentos y el consuelo de su gran amigo. ¡Hasta le dio recomendaciones para el cielo!

—Yo lo que temo, padre —señaló González—, es por la salud de este bendito hombre. No tiene medida en el rigor de sus penitencias. ¿Os acordáis de aquel día de cuaresma que cayó desmayado en pleno confesonario de tan largas horas que pasaba en él y que vos os acercasteis para decirle: «Buena es penitencia, pero no tan rigurosa. Zamora no se ganó en una hora».

—Claro que lo recuerdo —respondió Sandoval—, mas no hay forma de disuadirle de tanto rigor. La última vez que estuvo enfermo, el doctor Bartolomé Torres dijo que había descubierto que llevaba la más recia penitencia que puede usarse en el trópico: ¡una camisa de lana gruesa de sacos de harina! Yo, como su confesor que soy, le ordené que se despojara de todos sus cilicios.

Las historias de Claver me seguían sorprendiendo, aunque ya su peripecia y su secreta ternura habían adquirido en mi mente una cierta coherencia, que en todo caso en mi lógica no explicaba tanto heroísmo en un hombre de carne y hueso. Inés le dijo al padre Sandoval:

—Hoy Miguel no tiene mucho trabajo en su escribanía. Si queréis, podemos ir a buscarlo.

Agradecido, asintió el jesuita.

En Tolú el cilicio mayor era el sol. Dada la prolongada sequía, hacía cuartear la tierra y tenía desesperadas a las gentes, que se protegían de la canícula en sus chozas de paja, que daban a la población un sello netamente africano. Los niños, con la barriga abultada, lloraban de sed o corrían tras animales con el esqueleto a flor de piel. Sacabuche le había llevado una mazorca a Pedro, que acusaba el cansancio de un día entero sin comer y del viaje misional a ratos en balsa o a lomos de un asno.

Todavía se veía el altar improvisado en que aquella mañana celebró la misa, con su cruz de leño y unos búcaros de tristes flores. Olía a menta, poleo e hinojo cuando se inclinó para la consagración. Recordaba que le dolía la espalda de dormir en el suelo y que sintió la boca reseca al comulgar.

Sacabuche llegó como una exhalación.

—Padre, en el último bohío hay un enfermo que está muy mal. Os llama.

Pedro volvió a ponerse de pie mientras mordisqueaba los aún secos granos de mazorca. Un niño sucio y harapiento le tiraba del manteo a la vez que una negra le llamaba llorando, suplicando algo de agua para su criatura, porque sus pechos estaban secos. Los mugidos del ganado llenaban de un lamento agudo, ardiente y sin saliva, los caminos de barro, los plátanos verdeantes, los sedientos labrantíos.

—¡Ay, padre, tiene que llover!

El enfermo, que se queja sobre un troje de cañas, articula palabras ininteligibles. Tolú era un infierno de donde no se podía salir. Veíamos que Pedro apenas podría resistir más bajo aquel cielo despoblado, sin una nube. Entonces congregó al pueblo y levantó su rostro magro a las alturas con una oración, que sale con fuerza desde el corazón hasta los labios cuarteados.

—¡Tiene que llover!

Inés y yo vimos cómo cerraba los ojos y se hundía en un inefable abismo. Cuando los abrió —puedo jurarlo porque estaba presente—, en el cielo habían aparecido rebaños de oscuras nubes. En la frente y en las manos de los campesinos caían las primeras gotas.

—¡Llueve! ¡Llueve! ¡Milagro! —gritaba todo el pueblo.

Cuando van a recuperarse de su asombro y besar la sotana del taumaturgo, nadie encuentra al padre Claver. «Se fue —dice alguno— con su talego al hombro.» ¿Adónde? Nadie sabe. Hacia Tierra Bomba, Turbaco, San Juan Nepomuceno, San Estanislao, San Jacinto, San Onofre, Las Geleras, Arroyo de Piedra, Punta Canoa, La Boquilla..., pueblos olvidados que visita regularmente. Nosotros tampoco lo vimos desaparecer. Se habría ido a buscar a sus negros que trabajan la cantera, laborean la sal, cultivan la tierra o pescan para vivir. Quizás a visitar en secreto uno de los *palenques*, donde los cimarrones, negros rebeldes, abren sus empalizadas para dejar pasar al padrecito, el único español que tiene vía libre en aquel lugar prohibido. Pedro quería aquellos insignificantes y miserables poblados. ¿No era como ir a África? ¿No era como ayudar a negros que, a pesar de su pobreza, vivían en libertad? Sacabuche me contaba cómo leía, al pie del camino, el gran libro de la naturaleza. Aún llovía blandamente en Tolú. Vi a campesinos que en todo el tiempo no habían bajado la cabeza. Siguen mirando hacia arriba, dejándose empapar la cara. Reían al cielo. ¡Llueve! No escamparía ya en tres días.

PARECÍA LIBRE

Aunque entre los españoles de Cartagena el orgullo del imperio no había disminuido un ápice, comenzaban a llegar a nuestras costas vientos de corrupción y decadencia. Corría el mes de julio de 1642 cuando, desde la tronera del castillo de Bocachica, el mundo de afuera se antojaba a los ojos de los encarcelados impropio de cárcel, casi una visión paradisíaca. Entre los barrotes del fuerte de San Luis, el sargento y el mulato portugués, que habrían de morir ahorcados al amanecer, recorrían con la mirada el estrecho paso natural, donde las naos enemigas se ven obligadas a entrar entre dos fuegos. Pero detrás de aquellas piedras y empalizadas brotaba también la vida: un trópico arborescente que, con vegetación lujuriente, gana tierra al mar, y que al borde de las playas y palmeras se diría pintado como un escenario puesto allí sólo para el reposo y la alegría.

Sin embargo, en aquel paisaje de ensueño habían vivido ellos su tragedia. A principios de 1640 llegó a Cartagena Juan Rodríguez de Vasconcelos e Sousa, conde de Castemehor, con mil quinientos hombres. Un par de años antes corrieron por estos reinos rumores de la Corte de Madrid, cuya nobleza vivía cada vez más preocupada de enriquecerse a costa de la Corona y más gustosa de la vida muelle y cortesana que del campo de batalla y de los asuntos de gobierno. Los excesivos gastos habían enflaquecido las arcas reales y el mal ejemplo de los nobles era seguido por todos los demás. Felipe IV y el conde duque de Olivares no cesaban de acumular errores, entre ellos maltratar a los portugueses, ya muy descontentos con Felipe III, sobre todo tras el nombramiento de Margarita de Saboya, prima del rey, como virreina, que se entregó para asuntos de gobierno a su vez a Miguel de Vasconcelos, cuñado de un familiar de Olivares. Todo el mundo sabía, pues, en Cartagena que era en realidad el conde duque quien señoreaba aquel imperio español en decadencia. Los tributos sobre los portugueses habían provocado motines y un sinfín de protestas en la ciudad de Évora, hechos que desembocarían finalmente en el motín de Lisboa de diciembre de 1640, con el asesinato de Vasconcellos y la reclusión de la virreina en un convento. El duque de Braganza fue nombrado entonces rey de Portugal con el nombre de Juan IV.

Podría parecer extraño que tales nuevas llegaran tan rápidamente a Nueva Granada. Pero este otro Vasconcelos, Juan Rodríguez, tan pronto fue informado, quiso aprovechar la oportunidad y vino dispuesto a todo. Preparó concienzudamente su golpe de fuerza sobre Cartagena. Pero para su desgracia, la conspiración fue descubierta y fue encerrado en aquel mismo castillo de Bocachica.

Un año llevaba allí preso cuando, en la noche del 16 al 17 de julio de aquel año de 1642, un navío portugués, escoltado por otros dos holandeses, se acercó sigilosamente a los muros del castillo y llevóse sin más al prisionero. En alta mar, fuera ya del alcance de los fuegos del castillo, disparó el barco toda su artillería para burlarse de los castellanos.

El orgullo herido del gobernador, a la sazón don Ortuño de Aldape, no sabía cómo lavar tamaña afrenta. Fue entonces cuando los amotinados fueron descubiertos y encarcelados. La visión placentera del mar tranquilo y las islas tropicales se convirtió desde entonces para ambos en desesperanza desde la lóbrega cueva de la muerte.

Estaban en estos pensamientos los prisioneros cuando oyeron gritos de alerta de la guardia. Chapoteaba abajo una embarcación. Al poco rato, subía la escala un Claver ya canoso y algo encorvado. Se cerró tras él la puerta claveteada del calabozo. Nadie supo qué ocurría allí dentro; sólo que tras varias horas de entrevista volvió a chirriar la puerta.

—Estos hombres quieren hacer una nueva declaración —dijo Claver a los guardias—. Ya se han preparado para bien morir.

Al amanecer del día siguiente los soldados formados en el patio de armas iban a presenciar el escarmiento. Todos sabían que los reos habían retirado sus falsas acusaciones contra personas inocentes. El sargento se dirigió al patíbulo sin permitir que le atasen las manos. El mulato portugués se santiguó. Pedro estaba a su lado intentando darles fuerza, prestándoles su crucifijo y su serenidad. Se oyó un golpe seco. Los cuerpos colgaron. Pero el gobernador, no contento con la ejecución, quiso llevar hasta el final el escarmiento. Mandó que clavaran las dos cabezas de los ajusticiados en el sitio donde se había fugado el conde. Allí estuvieron durante mucho tiempo, como advertencia, sin que nadie se atreviera a quitarlas.

A los pocos días la canoa del padre Claver volvía a arribar al fuerte. Pedro, sin solicitar permiso de nadie, se dirigió con paso decidido a donde se hallaban las cabezas ya descompuestas mientras los soldados le miraban con una mezcla de curiosidad y respeto, sin osar menearse. Ni corto ni perezoso, el sacerdote se encaramó al palo, desclavó ambas cabezas y se las llevó a la ciudad para darles cristiana sepultura.

Cuando se alejaba de Bocachica y las palmeras se recortaban en contraluz, con su mente elevada al cielo, seguramente Claver pensaba en sus dos amigos ajusticiados bañándose en alguna playa luminosa. Así lo creía él. Por eso, con silencioso respeto y en su recuerdo se llevaba a enterrar aquel despojo. Fue uno de sus gestos y episodios que más me impresionó y más comenté con Inés durante muchos días, precisamente por su aparente inutilidad. Toda la gente era para él digna de respeto, incluso después de muerta. ¡Todos eran seres humanos: negros o blancos, inocentes o culpables, vivos o muertos!

Otra historia que vivimos de cerca en aquel tiempo fue la del negro yolofo Francisco de Jesús. Porque he de recordar que la escena de la ejecución del capitán falsificador de moneda no había sido la única por aquellos años en Cartagena. En todas, como en el caso de Inés y Elena, había aparecido de un modo o de otro, como he

narrado, la sombra amable y consoladora del viejo Claver. Lo que no había podido imaginar el negro yolofo Francisco es que él, uno de los mahometanos intransigentes que no aceptaban las continuas sugerencias del santo jesuita para que se fijase en Jesucristo, un buen día iba a participar activamente en una de aquellas estremecedoras ejecuciones.

Fue cuando lo de Esteban Malone. Este conocido ladrón y homicida había logrado escapar varias veces de la justicia, amparado en las noches oscuras de Cartagena, y ocultarse en los poblados de alrededor. Pero los soldados, tras repetidas incursiones tierra adentro, acabaron por atrapar a tan peligroso delincuente. Y aquí entró el buen moro Francisco sin comerlo ni beberlo. Porque resultó que en toda Cartagena no se encontraba verdugo a mano para ajusticiar a Malone y tuvieron que fijarse en él, un negro yolofo mahometano, quizá pensando que era «turco» y así podía matar o lo que fuere con la conciencia más tranquila.

La idea de convertirse en verdugo le tenía horrorizado, pues si él no era cristiano, creía en Alá y no quería hacer daño ni a una mosca. «Cristiano era Malone, mátenle los cristianos en buena hora», insistía Francisco. Tan asustado estaba que, con falsas promesas al alguacil, se escapó. Nunca olvidaría aquella noche temblorosa en la que se deslizaba a golpe de sigiloso remo en una chalupa a Bocachica. Lejos de la ciudad pensaba pasar todo el día y, de este modo, a otro, no a él, tocaría en suerte el desagradable oficio de apretar la cuerda en torno al tierno cuello de Esteban Malone. Pero al cabo fue dada la alarma; por las almenadas murallas del castillo de Bocachica resonaron en la noche gritos de caza y captura. Francisco los oyó: no le quedaba más remedio que entregarse para evitar males mayores.

El mundo parecía hundirse a su derredor cuando se encasquetó el capuchón de verdugo. A los pocos minutos, se le pegaba el paño al sudor del rostro y respiraba con dificultad. Tras el redoble de tambor, cerró los ojos y apretó el nudo de la cuerda. Pero el peso, una vez más, fue demasiado y la cuerda se quebró. Tres veces, como en la ejecución del capitán, sucedió lo mismo, y tres veces el bendito Pedro Claver recibía como siempre a Malone entre los brazos, le enjugaba el sudor y le refrescaba el rostro con vinagre. Ya no era el reo solamente el que necesitaba ayuda; el propio verdugo se tambaleó y casi no podía mantenerse en pie al ver la cara amoratada de su víctima. Entonces Claver, que se dio cuenta, subió al patíbulo y le regaló con vino y bizcochos que llevaba en su faltriquera.

El verdugo recuperó energías para concluir su cometido y para siempre se le quedaría grabada en su alma, en medio de aquel espectáculo de muerte causada a la fuerza por sus propias manos, el resplandor de los ojos de aquel hombre sencillo. Era una indescriptible mirada, la misma para el reo y el verdugo. Después de treinta y un años resistiéndose, una mirada le había convertido. Jesús debía de parecerse algo a aquel sacerdote, pensó; quizá valdría la pena ir tras él. Al día siguiente subió a la cámara del jesuita, lo abrazó con toda su alma y, llorando como un niño, le dijo:

—¡Quiero ser cristiano!

También con ilusión, Claver le dedicó desde entonces varios días de catequesis. Cuando aprendió los primeros pasos del cristianismo, el padre quiso que fuera bautizado solemnemente en la catedral por el licenciado Juan Bautista Fajardo, sirviéndole de padrino Bernardino de Peñaranda. Desde entonces trabajaría como intérprete de Claver y le acompañaría en sus correrías apostólicas.

Francisco de Jesús, yolofo como otros de sus negros, era de los que visitaban periódicamente el hospital de San Sebastián. Desde entonces se sentiría feliz, un verdugo que, de la propia muerte abrazada entre sus manos, había arrancado vida.

A aquellas visitas de San Sebastián últimamente Claver llevaba una particular intención. Un numeroso grupo de los marineros ingleses que había visitado hacía poco en las naos ancladas en la bahía, y que luego había atendido en tierra, yacían ahora enfermos. En los lechos del hospital extrañaba ver a aquellos altos y rubios sajones comidos por la enfermedad y la tristeza. Pedro, como de costumbre, iba de cama en cama, consolando. Al poco rato un enfermero le dijo algo al oído. El sacerdote se retiró de la sala, subió la escalera y corrió a una habitación individual.

Desfigurado, flaco y muy enfermo, no era fácil reconocerle, por lo que acentuó su atención desde el umbral de la cámara. ¿No era aquél el patriarcal obispo anglicano que le había gritado desde la nave «volveremos a vernos»?

En efecto, corrió al lecho y abrazó con alegría al anciano que le había mandado llamar. En los ojos cansados de éste aparecieron abundantes lágrimas, que mojaron su leve sonrisa.

—Ya ha llegado el tiempo de cumplir mis promesas que hice a Dios y a ti —dijo el arcediano—. Quiero convertirme a la católica religión que profesaron mis padres de la Santa Iglesia Romana.

Puedo testimoniar que fue uno de los días más felices de la vida de Pedro. En pocas horas improvisó casi todos los sacramentos para su amigo. Voltearon a gloria y muerto a la vez las campanas de Cartagena de Indias por aquella memorable jornada. A los pocos días, en el entierro, que quiso solemne como de auténtico obispo, desfilaban junto a los soldados del rey de España, contratados a sueldo e incorporados a la fe católica, cuatrocientos marineros ingleses que descollaban, rubios y colorados, entre la media y baja estatura de los tercios españoles. Siguiéron hasta el final a su obispo, el canoso, educado y venerable arcediano de Londres. Junto al féretro, paso a paso, lloraba y sonreía a la vez otro anciano, también de barba y pelo blanco, pero encorvado y pequeño, de leonada sotana raída, y con una mezcla de purificada ternura y dolor en los ojos. Con cada campanada pensé que iba a estallarle el corazón.

No puedo olvidar estos acontecimientos porque precedieron a fechas grabadas con sangre en mi alma, los dos años de terrible peste que asolaron las tierras y ciudades de Nueva Granada con un fantasma de muerte y devastación. Comenzó en Santafé, para extenderse luego por Tunja y Pamplona y alcanzar finalmente Cartagena. Todo contribuyó a esta catástrofe y tanto más trabajo originó cuanto por mucho tiempo la

ignoró la medicina, no alcanzando a conocer qué género de enfermedad era aquélla. Los médicos de estas tierras, poco expertos, las medicinas estragadas con el paisaje de los mares y los destemples de cálidas regiones dicen que contribuyeron a su propagación. Lo que a unos servía de remedio a otros apresuraba la muerte.

Tanto sufrí con ella que casi no puedo ni quiero recordarla. Para describirla me remitiré a informes que prepararon y me mostraron después jesuitas compañeros de Pedro. Son más elocuentes que cuanto pueda yo relatar:

El principio era lo común de fríos y calenturas, y a dos días la enfermedad hacía raptó a la cabeza, privando totalmente del juicio a las personas. Dejo el postrarse, de suerte que se hacían ineptos para ayudarse, las desganas de comer, ciertos hastíos, horribles vómitos y ansias, el cuerpo estropeado, la cabeza condolida, sin poder ni aun volver en la cama, decaimientos del corazón, molidos los huesos, la garganta llagada, y los dientes y las muelas danzando, y todo el hombre ardiendo con la fiebre y loqueando contables frenesíes; hallándose las casas con tantos locos como había enfermos, incapaces de curar el alma, inútiles para admitir la medicina del cuerpo.

Además de estos delirios, «si alguno escapaba de estos rigores, quedaba por mucho tiempo lisiado de los sentidos, sin poder hallar convalecencia, algunos tullidos, otros contrahechos, muchos sordos y los más sin memoria alguna de las cosas de la vida, olvidándose hasta de las oraciones más comunes, como el padrenuestro y el avemaría».

Lo peor de esta enfermedad es que se propagaba por contagio con una gran rapidez.

No había contagio como éste. Se pegaba de solo llegar al enfermo; de tocarle, de respirar el aire de la sala y aun de la cuadra en que estaba. Los vestidos, las camisas, las camas, la ropa y los platos de su comida, todo quedaba infectado. Duró este contagio más de dos años y se extendió por las principales partes de este reino, en ciudades, pueblos, en villas, en estancias, en valles, en montes, y en toda suerte de personas. Nadie escapaba de su rigor; ni al pobre sirvió su pobreza, ni al religioso clausura, ni al trabajador la carne hecha al mal pasar; todo estado tuvo que padecer y toda suerte de gente que llorar.

Llegó momento en «que no había lugar en las parroquias para sepultar a los muertos, amontonando a muchos en los sepulcros y confundiendo los entierros de las casas. Alcanzó a tanto la falta de vivos que, al no poder acompañarlos al funeral, echaban de noche los difuntos a la calle, exponiéndolos a misericordia de los piadosos. No amanecía día en que se hallasen a las puertas de las iglesias, parroquias y conventos y monasterios, de cinco a seis amortajados. Y a veces sucedió hallar a todos los de la familia difuntos, y todos los cuerpos de ella llenos de corrupción, sin haber en todas las casas quien diese aviso de mortandad. De esta suerte crecía el daño».

Basten estas pinceladas para describir aquella horrible peste que nos visitó para mi desgracia, pues en pocos días se llevó cuanto más amaba en este mundo, a mi inolvidable Inés a mejor vida, ya que en ésta poco pudo ella disfrutar. En realidad, después del auto de fe en que estuvo a punto de ser ejecutada con su hermana, no había levantado cabeza. Había perdido desde entonces el apetito y la ilusión de vivir y se desvelaba, sentándose en la cama casi todas las noches, despavorida por los sueños que la despertaban, habitados de demonios, brujas e inquisidores. No era extraño que en un ser tan débil y afectado mordiera en seguida tamaña enfermedad, si lo hacía sin tregua en los más fuertes y sanos. Yo no me aparté de su lecho día y noche, consolándola como pude. Pedro, que no daba abasto, también vino varias veces a verla y traerle consuelo y el viático, dejándola con gran paz. Un día Inés se me escurrió de las manos dulcemente y, con ella, el sentido y la alegría de vivir. Como siempre me había sucedido en asuntos de amor, un raro árbol del que acerté sólo a disfrutar algo del perfume de sus flores pasajeras, pero nunca la sazón de sus frutos. Inés murió sin haberme dado hijos y yo, pese al contagio que asolaba la ciudad, quizá por mi reciedumbre marinera logré sobrevivir.

Contrastes de la vida: era el año 1650 y en la lejana Roma el papa Inocencio X había hecho fulgurante aparición en la basílica de San Pedro coronado con su espléndida tiara de oro y piedras preciosas, para anunciar al orbe católico que aquel año del Señor se celebraba el gran jubileo. Un año de perdón, decía, e indulgencia, que para mí fue de honda pena y soledad.

Los ecos del bronce de las remotas campanas romanas llegaron pronto a esta plaza fuerte del imperio español en las Indias. En las más pequeñas iglesias campesinas y en las catedrales coloniales del Nuevo Continente se comenzó a predicar el jubileo del Año Santo. Europa acababa de finalizar una guerra cruenta. En Westfalia los diplomáticos de blancas pelucas habían firmado la paz, dejando atrás nubes de pólvora y miles de cadáveres ensangrentados. Mientras, los ingleses habían conducido al patíbulo a su rey. Nuevos filósofos e iluminados provocaban las discusiones de los teólogos y la preocupación de Roma. Venía pues a punto el jubileo, para que todos los romeros se calzaran las sandalias y peregrinaran a Roma, a granjear las plenarias indulgencias. Allí encontrarían el milagro de sus cúpulas, fuentes, columnatas y palacios, con que seguían ornándola los papas de la Contrarreforma, mientras desde su silla gestatoria Inocencio X absolvía al criminal y al incestuoso que se arrodillaba a su paso. El pontífice, cuando extendía su mirada, parecía abarcar los más remotos rincones del mundo, adonde habían llegado ya los predicadores del Evangelio. En la nueva Congregación de *Propaganda Fide*, para la que se construía en Roma un palacio, desembocaban nuevas de América, Guinea y la India. La Ciudad Eterna parecía estallar en un brillante culto de oro, arte, incienso y repicar de sus basílicas.

¡Qué distinta languidecía nuestra ciudad, repleta de cadáveres! Pedro, por entonces exhausto, espantaba ratas de su bohío de paja, ya que, tras predicar sin descanso toda la cuaresma, los jesuitas de la residencia de Cartagena consideraron que era el momento indicado para intensificar las misiones por los contornos. La venida de esclavos había disminuido notablemente desde la separación de Portugal de la Corona de Castilla. Así que Pedro decidió irse a misionar, como acostumbraba todos los años, a las regiones de Tolú. Y ahora, en la ribera del río Sinú, se preparaba a cumplir otro deseo dorado: entrar en Urabá, región de indios paganos.

Pero el día anterior habían flaqueado sus fuerzas. En aquel poblado reseco y famélico estuvo confesando ocho horas por la mañana y seis por la tarde, hasta las diez de la noche. Aquella mañana se había levantado con el cuerpo roto y la cabeza aturdida, y tras reunir a las gentes de Cotocá, había reanudado las confesiones. A las diez de la mañana pensaba celebrar la misa. Pero no pudo. Derrotado, aquella debilidad le indignó consigo mismo, proponiéndose ayunar para vencerla.

Sus negros corrieron a llevar la noticia de la enfermedad de Pedro a Cartagena. Informado el superior, el padre Arcos, mandó un recado ordenándole por obediencia que retornara a la ciudad. Sacabuche, su incondicional intérprete, dado el estado de Claver, tuvo que cargarlo sobre una mula.

Cuando su familiar figura apareció en el zaguán de la residencia, el hermano González se asustó. Tenía el rostro más pálido que de costumbre, las facciones desencajadas, las fuerzas débiles y el movimiento torpe. «Una especie de estatua de la penitencia con honores de persona.» Ahora no iba a poder curarse, como otras veces, «con repetidas sangrías». El mal era profundo. Y a su propia enfermedad rodeaba una mancha negra que se extendía por toda Cartagena de Indias: ¡la peste! Era el año 1651.

Se miró las manos, que no paraban de temblar. Agotadas de aliviar y acariciar, ¿por qué no podían encontrar ahora reposo? Parecía estar oyendo al doctor Bartolomé Torres: «Es curioso –decía–, le tiemblan mucho y continuamente, menos cuando celebra misa».

Le castañeteaban los dientes. ¿Quién sabe? ¡Quizá podría echarse de nuevo su talego al hombro y recorrer paso a paso las calles de Cartagena, y embarcarse para acudir a algún barco apestado en la bahía! Pero desde el día que oyó al padre superior conversar con don Bartolomé, desde el pasillo, por la puerta entreabierta, se convenció de que ya era un paralítico para el resto de su vida:

–La enfermedad ha sacudido todas las partes exteriores –diagnosticaba don Bartolomé– y ha terminado en una perlesía de raros efectos. Su cabeza está buena en lo racional y aún tiene movimientos en todos los artejos. Pero sus pies y piernas están tan débiles que no se podrá mantener si no le ayudan y sostienen. Tiene movimientos como convulsivos, involuntarios y continuos en pies, manos y boca, y menea ésta sin poder contener ni refrenar las quijadas, dando diente con diente con aquella especie de temblor que suele ocasionar el frío de la terciana. Ya no podrá celebrar y tendrán que ayudarle a vestirse y aun a comer.

El superior se negó a que lo llevaran a su pequeña cámara, el tugurio oscuro de encima de la portería. En el extremo de la casa, cerca de la tribuna de la iglesia, había un aposento especialmente destinado a los enfermos más graves. Por su ventana podía verse el mar y el puerto. Con sólo bajar una escalerilla era fácil alcanzar la sacristía y, con dar unos pocos pasos, tenía acceso a la tribuna de la iglesia, desde donde se podía ver el altar y oír misa.

Cuando entró Pedro en su nuevo cuarto, se asomó, como un rito, como una inveterada costumbre, a la ventana que daba al puerto, aquel puerto donde él había consolado y bautizado a más de trescientos mil esclavos, durante treinta y cinco años. Estaba desierto. Hasta las aguas de la bahía parecían más grises y contaminadas. El fantasma de la muerte recorría el malecón, adonde había llegado de nuevo, embarcado desde el lejano Veracruz hasta Portobelo, pasando por San Cristóbal de la Habana y Puerto Rico. En Cartagena la pálida parca había saltado las tapias blancas de los conventos y penetrado en las amplias estancias de los señores. Además de mi adorada Inés, ya habían muerto personas de renombre, como el nuncio de la Inquisición, Juan Ramón Pérez, y el inquisidor Juan de Mesa; y acababan de recibir el viático el visitador Medina Rico y el fiscal Tomás Vega. En el hospital de San Sebastián no quedaba sitio para los apestados. Se habían habilitado los patios, y los carpinteros no daban abasto para clavetear ataúdes. ¡Cómo habrá cundido la desolación en los tristes arrabales de Getsemaní!

Pedro se volvió desolado hacia la puerta de su cuarto, donde le miraba en silencio el hermano Nicolás:

—¡Esta peste, hermano, ha venido por mis pecados. En ella no se ha querido Dios servir de mí porque soy mal sacerdote.

Nicolás intentó disuadirle de aquellas peregrinas ideas y le anunció que por precaución le traerían el viático la mañana siguiente. Antes el hermano tuvo la delicadeza de llamarme para que, como amigo, asistiera al acto.

Con esa ilusión se despertó Pedro. El tintinear de la campanilla que precedía al Santísimo —en manos del padre Joaquín de Amestoyy que acababa de visitar a nueve jesuitas moribundos por la peste que también asolaba a la casa, llegó a su cuarto. Con esfuerzo se alzó de la cama. Al padre Amestoy le acompañaba el provincial, Gabriel de Melgar. Cuando Pedro se iba a hincar de rodillas, el superior se lo impidió con un gesto.

Después comenzaron a transcurrir una a una las horas eternas, en las que alguna vez tuve la suerte de visitarle. Al principio tenía el consuelo de celebrar la misa, un momento de paz para él en que excepcionalmente se le aquietaban, como he dicho, las manos. Después tenía que contentarse con ir pasito a paso hasta la tribuna y sentarse en su banqueta, con el bastón entre las manos, simplemente a «estar» con su Dios.

Todos los días llegaba la noticia de una nueva víctima de la peste en la ciudad o en casa. Hasta nueve jesuitas se llevó la horrible enfermedad contagiosa, seis de ellos sacerdotes.

El día más triste fue la Navidad de 1652. El querido padre Alonso de Sandoval llevaba ya dos años enfermo de aquella horrenda epidemia que los médicos no sabían clasificar. Apoyado en el hombro del hermano Nicolás, Pedro fue a ver a su amigo. En el lecho de muerte quedaba poco de aquel hombre brillante que le había recibido en Cartagena hacía casi cuarenta años. ¡Cuántas vivencias juntos! ¡Cuánto había aprendido de él sobre las costumbres de los africanos, la llegada de los armazones y el modo de bautizar a los pobres esclavos bozales! Hasta el último momento aquel sevillano nacido en los afanes de un viaje a las Indias había combinado su tarea evangelizadora con sus miles de fichas eruditas; la bodega del barco negrero con las interminables horas de estudio en la sombra de su cuarto repleto de libros. Decían que su mal procedía de una negra gravemente enferma que había llegado hacía diez años con un horrible tumor en la mejilla por el que respiraba, «como si fuera una chimenea –había informado a Roma uno de los jesuitas–, un anhelito a manera de un espeso humo, con un tufo tan pestilente que sólo para ella se había reservado una gran sala, para que no infeccionase a todos los demás». Sandoval sustituyó a Pedro en el cuidado de aquella enferma.

Ahora Alonso se iba con la mirada vidriosa, enflaquecido. A los setenta y seis años de edad el sabio sacerdote parecía una sombra de sí mismo. Pero Pedro reconoció aún en sus ojos aquella llama de inteligencia y amor que desde el primer momento le cautivó. Se acercó al lecho. Con respiración fatigosa le dijo adiós. Un olor de tumores purulentos que Claver conocía muy bien emanaba del cuerpo de su amiga de Sandoval. Poco a poco, aquel día de Navidad, la llama de sus ojos se extinguió, cuando Alonso de Sandoval, sabio y héroe, nació para la vida en que creía. Pedro perdía a un maestro y a un amigo, uno de los pocos que entendían de verdad sus «locuras». Cuando volvió a su cuarto, sintió como una caricia lejana, una presencia, en medio de la orfandad de su noche oscura.

Pero la vida seguía desde un tiempo que comenzó a transcurrir pesada y lentamente. Un día don Marcial de Andrade, que había logrado escapar de las garras de la peste, le mandó llamar. Había decidido, dadas las circunstancias, regresar a España para liberarse de la quema cuanto antes. Con este fin tuvo que vender parte de sus haciendas y comprarse una nao en Portobelo, recién llegada de Portugal y libre de peste. Aquel insensible fortachón ni siquiera le había dado el pésame por Inés.

–Veníos conmigo, Miguel, a mi finca de Extremadura, donde el jamón se cura como en ningún sitio. ¿O queréis morir aquí como un perro?

Me limité a dedicarle una sonrisa de benevolencia. Afortunadamente, con él yo no iría ya a ninguna parte.

Mientras, la parálisis de Pedro crecía, y veía que minuto a minuto su cuerpo se hacía más torpe. Su comunidad estaba diezmada y no daba abasto en el trabajo pastoral. Él, que se había sentido prácticamente toda su vida un tanto al margen, ¿iba ahora a

polarizar la atención? Ninguno de sus intérpretes y amigos, quizás ocupados en tareas más importantes, fueron designados para servirle. Llamaron a un esclavo recién adquirido, el bozal biáfara, Manuel Moreno, para que le atendiera.

Un día en que me encontraba haciéndole compañía apareció el negro Manuel en la puerta con el plato de comida. Pedro no se esforzó en revisarlo, pero se veía claramente que Manuel había sisado la mitad. Comprobé con qué silencio soportó que aquel esclavo le diera de comer. El negro Manuel no tenía paciencia y a Pedro le temblaban los labios.

—¡Queréis parar de una vez! —gritaba Manuel.

Yo le arrebaté la cuchara y eché al negro del cuarto.

No había subido ni vaso, ni agua ni pan y a veces se negaba a vestirle o acompañarle a la capilla. Nicolás me contó que un día rehusó acompañarlo y que el anciano cayó redondo sobre la loza del suelo.

Aquel día tuve la oportunidad de dar una grata noticia al enfermo, tras asomarme a la ventana:

—¡Una nave, padre, ha atracado una nave en Cartagena!

Pedro se incorporó en el lecho y me rogó que le ayudara a acercarse a la ventana. Vi entonces cómo su rostro se encendía como en los buenos tiempos:

—¡Es el anunciado armazón de negros de nación araraes!

Él había aprendido de Sandoval que los araraes eran los más estimados en las Indias. Fuertes y valientes, resistían bien el trabajo y por su misma ferocidad y desenfado se convertían en «ladinos» en poco tiempo. La imaginación del jesuita se puso a trabajar. Me comentó el problema de los intérpretes. De limosna había conseguido que llevaran de Berbería a algunos negros. Pero ninguno servía para esta lengua. A las pocas horas tenía la solución. En toda Cartagena tenía que haber un intérprete y lo encontró.

Llamó al hermano Nicolás y por amor de Dios pidió que le llevaran a la nave. Se hizo vestir por Diego Folupo. Entre dos negros transportaron su silla. El viejo Claver cruzó las calles de siempre hacia el puerto, donde los viandantes se paraban a mirarlo con admiración y respeto, como a un aparecido.

Al subirlo a cubierta del navío de Juan Enríquez, mil evocaciones debieron de acudir a su mente. Habló con voz temblorosa, por medio del intérprete, a aquel puñado de musculosos africanos. Siempre me pregunté por qué lo escuchaban tan atentos. Quizá la curiosidad, una rara veneración o el resplandor de su personalidad los cautivaba. Le rodearon mientras les hablaba de Jesús, el Salvador, sin poder contener las lágrimas. Confieso que yo mismo me emocioné al verlo: la brisa del mar movía sus blancos cabellos y por todos los poros de su cuerpo paralítico respiraba aquella fuerza de siempre. Sabía que era la última vez que acudiría a un armazón.

Hacía ya más de treinta años que había muerto como un santo su amigo el hermano Alonso Rodríguez. Desde entonces le gustaba a Pedro encomendarse a él, por lo que, como he relatado, lo puso entre los «santos» preferidos en su compromiso solemne con

Dios como «esclavo de los esclavos», con dos palabras cargadas de afecto: «Alonso mío».

Otro día, en que yo había ido a llevarle unos dulces en recuerdo de Inés, entró alegre en el cuarto el hermano Nicolás.

–Traigo un regalo. Ha venido impresa la vida del santo hermano Alonso Rodríguez.

Le tendió el libro. En su primera página podía leerse «*Vida, hechos y doctrina del venerable hermano Alonso Rodríguez*. Madrid, Domingo García y Morera, en cuarto, 1652». La firmaba el catalán padre Francisco Colín.

Pedro estrechó aquel libro y dijo:

–Bendito sea Dios, que me ha dejado ver impresa cosa que tanto deseaba.

Nicolás abrió el libro por la página en que aparecía reproducido un grabado con el retrato de Alonso. A Pedro le brillaron los ojos, y no pudo contenerse. Volvió a comentarnos cómo habían sido aquellos días inolvidables en Palma de Mallorca, y su amistad con Alonso, el entrañable portero encorvado que le había enseñado a entregarse a los demás y perderse en el mar de Dios.

El hermano sacristán de los jesuitas de Cartagena de Indias era ahora también su mejor amigo. Se sentó a su lado y le leyó un capítulo de la vida de Alonso. Mientras contemplaba aquel cuadro no podía creer que al final de su vida precisamente un esclavo le estuviera maltratando, lo malvistiera, desgovernándole a estirones y crujiéndole los brazos, lo tratara con desprecio. Sólo tenía una alegría, cuando rogaba una y otra vez:

–Hermano Nicolás, ¿queríais leerme de nuevo la vida del hermano Alonso? ¡Es para mí de tanto consuelo!

Al terminar, comprobé que Pedro, encorvado y tembloroso como el portero de Montesión, sonreía, creyendo ver al viejo amigo arrastrar sus piernas cansadas, para ir en zapatillas a abrir la puerta del colegio. Luego preguntó a Nicolás si había enviado al noviciado de Tunja, según sus indicaciones, el cuadernillo de apuntes del hermano Alonso, que había prometido a los novicios.

–Sí, lo hice el año pasado, padre. Pero tengo copia de la carta. ¿Queréis que os la relea?

Pedro asintió.

Con licencia de nuestro padre provincial y de nuestro padre general, según constará por su carta, deposito, estando de partida de este mundo, digo deposito un tesoro grande, que recibí del santo hermano Alonso Rodríguez, que es un libro escrito de su mano de él, en el cual dejó estampadas su alma y sus virtudes. Y así lo envió al noviciado para que los santos novicios se aprovechen de él y el padre maestro de ellos, pues yo no supe aprovechar. Cuiden de este tesoro. Suplico y ruego al que esto leyere ruegue a Dios por este pecador que, habiendo tenido en su poder un tan gran tesoro, en vez de sacar oro de santidad, no sacó sino escoria; por lo cual no pido premio ni paga, sino perdón y misericordia. Fecho en Cartagena el 28 de octubre de 1651.

Luego vi al viejo sacerdote subir la escalera con ayuda del negro Manuel, más alegre y consolado. ¿Había temido que le arrancaran también ese valioso cuaderno de su amigo? No era extraño, porque ya había sufrido pruebas parecidas. El año del jubileo pasó por Cartagena el señor Marqués de Mancera, virrey del Perú, de regreso para España. Mancera había oído hablar de Claver y pidió verle. Entró e intentó besarle las manos. Pedro las escondió. Mancera le rogó que pidiera por él y los suyos para que regresara a España sin ningún percance. Así lo prometió Claver. Pero cuando Mancera le pidió un recuerdo, Pedro le contestó que era pobre y que no tenía nada que darle. Entonces el padre Sebastián Morillo, rector del colegio en aquel momento, le ordenó que entregara a aquel gran señor su cruz de madera, la que llevaba cuando visitaba a los enfermos y moribundos. No dudó un momento en entregarla, pero no disimuló al virrey que la daba a disgusto, porque aquella cruz había sido siempre su medicina y su remedio. El marqués se signó con ella y la acercó a su pecho, afirmando que la llevaba como el mejor tesoro. Pensé: ¡Pobre Pedro! ¡Le había arrebatado hasta su cruz de palo!

Además del mal trato del negro Manuel, el calor y los zancudos, comenzó a sentir nuevos dolores. Era un mal de orina muy penoso. Don Bartolomé lo llamaba extranguria y solía venir con ardor y dolores intolerables.

Pero, por dentro, el dolor de no poder hacer nada era mucho más intenso. Tenía amigos de los que se sentía deudor. Doña Isabel de Urbina le enviaba de vez en cuando algún plato preparado por la negra Margarita Caboverde, que él tomaba con gusto cuando le dejaba algo el negro Manuel.

Un buen día la paz dolorosa de sus cuatro paredes se turbó. Ruidos de equipajes, voces en el patio, negros que suben bultos. Al rato se abrió la puerta de su aposento. El hermano Nicolás entraba acompañado de un sacerdote, que recogía con donaire su manteo. Tenía porte distinguido y conciencia de su valía. Había arribado el 23 de agosto de 1654, en una flota de galeones mandada por el marqués de Montealegre.

—Es el padre Diego Fariña, que acaba de llegar y que viene a sucederle en el apostolado de los etíopes. ¿Sabéis? El padre Fariña es harto famoso y bien conocido en los reinos de España. Ha sido calificador del Santo Oficio y confesor del rey. Además predica como los ángeles.

Pedro hizo ademán de levantarse. Quería besarle los pies. Fariña se lo impidió. Se limitó a decirle:

—Oh, gran cosa, gran cosa venir a bautizar a negros.

Pasado el tiempo, la víspera de San Pedro de 1654, Pedro volvió a llamar al hermano Nicolás. Tembloroso, pero con voz decidida, le dijo:

—Hermano, preparadme una silla de manos y que dos intérpretes me lleven con usted a casa de doña Isabel.

Nicolás le miró con ojos atónitos. ¿Se acercaría su muerte? Hacia 1652 le había dicho muy claro: «He de morir un día de la Virgen». El hermano le obedeció. Después de vestirle, le subieron a la silla. Quería darle la última bendición a doña Isabel de Urbina, viuda del castellano don Hipólito de Salazar. Ella estaba recluida en su casa por una larga enfermedad.

Mientras le transportaban por las calles de Cartagena, tan llenas de recuerdos, Pedro dedicó sus pensamientos a su querida amiga Isabel, solícita siempre para ayudar, fiel cuando todos se olvidaban. También doña Jerónima, su hermana, que se pasaba las horas esperando en el confesonario hasta que acabara el último esclavo y que tuvo dos hijos jesuitas, cuya vocación predijo Pedro: los padres Francisco y Pedro Estrada.

De lejos vio la blanca fachada colonial y la espléndida balconada de la casa de doña Isabel, como el primer día que llamó a su puerta y le abrió la cocinera, pidiendo «un poco de miel, de pan y tabaco para mis esclavos».

Los negros de doña Isabel salieron a recibirle. No se atrevían a gritar ante el paso de aquel anciano macilento y tembloroso. Con embarazoso silencio, le abrieron camino a través de los tres patios cuajados de flores. Isabel, vestida de negro, se levantó de su butaca. A ambos se les saltaron las lágrimas. Pedro le dio a besar la mano, raro gesto en toda la vida de Claver.

—Señora, ya tenéis quien os confiese, que es el padre Diego Ramírez Fariña, gran hombre que viene a cumplir mi oficio. Yo ya no lo puedo hacer, me voy a morir.

A Isabel se le cuajaron los ojos de lágrimas. Al principio se resistía a ir con el nuevo confesor. Pero a insistencias de Claver, aceptó.

—¿Dónde está Margarita? —preguntó Pedro.

La cocinera caboverdiana salió secándose las manos en el delantal y echa, a su vez, un mar de lágrimas. No podía articular palabra mientras el anciano Pedro daba a todos su bendición.

La tercera salida de Claver durante su parálisis no se hizo esperar. Había dejado su cuarto de enfermo para ir a ver a sus negros y a su mejor amiga y colaboradora. Quedaba lo peor y más marginado de Cartagena: los leprosos de San Lázaro.

No permitió, sin embargo, que en aquella ocasión le llevaran en silla. ¿Ir a Getsemaní, como un notable, entre los pobres y despreciados? De ninguna manera. Un terciario del hospital tenía una mula muy mansa. El propio Claver la había utilizado muchas veces para llevar limosnas a San Lázaro. Así que pidió a los hermanos de San Juan de Dios que se la trajeran.

Los negros esclavos e intérpretes, Andrés Sacabuche, Diego Folupo y un grupo de curiosos, vieron cómo subía con dificultad a la cabalgadura. Pedro por entonces no sentía las piernas, ni sus manos podían asir las riendas.

—¡Es mansa! —le dijeron—. Sabe el camino.

La mula comenzó a caminar por la plazoleta del colegio de San Ignacio, la plaza de la Hierba, hacia la puerta del desembarcadero y la calle de la Media Luna. Pero apenas cruzar la puerta del desembarcadero, la cabalgadura se desbocó.

—¡Ese animal está endiablado!

La mula corría a galope por las orillas del puerto y atravesó la calle principal. Iba y venía sin control, en medio del espanto de la gente.

—¡Detened a ese animal! ¡Lo va a matar!

Claver, por su parálisis, no podía dominarla. De repente la mula se aquietó frente a la casa del capitán José de Julio. El negro Benito, esclavo del licenciado Juan Alvarado, se lanzó a cogerle la brida. Mansamente, el animal, por propia iniciativa, tomó el camino de San Lázaro.

La gente que había visto la escena se acercó a preguntarle si le había pasado algo. Pedro se limitó a decir:

—Dios, Dios.

A pesar de su dolor, se sentía contento. Ya estaba por última vez entre su pobre gente de Getsemaní.

El domingo 6 de septiembre de 1654 Sacabuche llamó a mi puerta:

—¡El hermano Nicolás dice que vayáis en seguida!

Yo, que le visitaba periódicamente porque me avivaba el recuerdo de Inés, corrí a los jesuitas. Aquella mañana había hecho un gesto supremo de esfuerzo. Había pedido a dos negros que le llevaran a la iglesia. El templo semioscuro, donde había sido ordenado sacerdote y confesado tantas horas, estaba desierto. Medio arrastrándose, se acercó al altar de Nuestra Señora del Milagro, bañada la frente de un sudor frío, como aquel día en que se volvió hacia el pueblo tras celebrar por vez primera. Miró por última vez los ojos de la imagen de la Virgen que tanto quería su amigo Sandoval. Luego, se hizo pasar por la sacristía.

Nicolás no salía de su sorpresa. Pedro, mirándole serenamente, con un hilo de voz, exclamó:

—Hermano, voy a morir. ¿Qué se os ofrece para la otra vida?

Atragantado, Nicolás le dijo que se acordara de él, del colegio, de la ciudad. Pedro asintió y fue transportado al cuarto, donde recibió la comunión por viático. Al día siguiente, lunes 7, perdió el habla. Nicolás subió a su cámara y lo encontró con los ojos alzados al cielo, como si lo mirase, y las manos sobre el lecho. Corrió a avisar al padre superior, Juan de Arcos. Se dispuso que le dieran la extremaunción. Lo hizo el padre Francisco Jimeno. Estuvimos presentes, de fuera de la comunidad, don Antonio de Betancur, gobernador de la provincia, Pedro de Calderón, familiar del Santo Oficio y yo mismo. Nicolás recordó aquella oración en la que pedía a la Virgen tiempo para bien morir.

Pronto se corrió la nueva por la ciudad. Aquella gente que durante cuatro años casi se había olvidado de la existencia de Claver gritaba: «¡El santo, se muere el santo!». Y se agolpaban a la puerta de los jesuitas para verlo por última vez. Las clarisas y las carmelitas enviaban haces de rosarios para tocarlos con su cuerpo. Clérigos y religiosos, junto a los notables de la ciudad, guardaban cola para visitarle y arrancaban fragmentos del cuarto como reliquias. Comenzaba una improvisada apoteosis.

—¡Dejad pasar a los pintores! —se oyó una voz.

Eran Alonso de Torres, enviado por doña Isabel de Urbina, y Juan Pérez de Miranda, que comenzaron a retratar a carbón al moribundo. El silencio y la soledad de aquel cuarto se habían convertido en pocas horas en un tumulto parecido a una fiesta.

Pedro, entre la vida y la muerte —me pregunté—, ¿oiría las voces de aquella conmoción, o estaba una vez más ausente, como aquel niño que naciera a la orfandad solitaria en Verdú? La escalera retumbaba con el gentío.

—¡Paso a don Antonio Farfán, tesorero de la Casa Real!

A los pocos minutos hicieron su aparición también el comandante de la armada, marqués de Montealegre, y los capitanes de los galeones anclados en esos días en el puerto. El solitario y olvidado aposento de Claver se había transformado en unos minutos en el centro de Cartagena.

A las nueve de la noche el padre Juan Alarcón dispuso que se cerrara la portería. Volvió la paz y el silencio. Los jesuitas, en presencia de algunos seglares íntimos, le hicieron la recomendación del alma. Nicolás, a la cabecera de su cama, sostenía un crucifijo a la altura de sus ojos. Pero no volvió más en sí. Entre la una y las dos de la madrugada del 8 de septiembre de 1654, sin hacer movimiento alguno, con paz y suavidad, se extinguió Pedro Claver Corberó. Tan blandamente que algunos llegamos a pensar que no había muerto.

La tensión en su rostro se suavizó, desaparecieron las arrugas del dolor. «Se le mudó la cara —anotó Nicolás—, pálida y muy macilenta, en un esplendor y belleza extraordinarios, y conocí que su alma gozaba de Dios, separada del cuerpo.»

Algo extraño, como un temblor de ángeles mudos, inundaba la estancia. Entonces todos nos arrodillamos y uno a uno fuimos besando sus pies blancos e inertes. No los tenía duros, sino muelles y suaves, como de quien había caminado mucho.

Parecía otro. Parecía libre.

MAR ADENTRO

Contemplo desde mi ventana cómo los negros estibadores acarrear sobre sus cabezas los últimos fardos hasta la cubierta de los galeones, mientras la marinería apresta cabos y aparejos y da los últimos brochazos de brea para calafatear las naves que han de cruzar el océano. Sólo quedan unas horas, querida Lucía, para que zarpe la flota que os llevará allende los mares esta larga carta o, si queréis, mis pobres memorias hasta mi Cádiz natal, donde espero que alguna vez podáis, leyéndolas, conocer algo de vuestro padre, con el que muchas veces os habréis indignado, seguramente preguntándoos por qué os abandonó, sin nunca retornar ni tan siquiera a conoceros.

No sé si estos pliegos emborronados de letra puntiaguda y cansada con mis aventuras y desventuras os servirán de alguna respuesta. ¡Es tan difícil comunicar experiencias irrepetibles y aún más desde tierras y mentalidades tan distintas! Eso sí, os he abierto mi alma como un fanal, aun a riesgo de incluir también mis debilidades, incertidumbres y hasta mis sentimientos de culpa y heridas por restañar. Pero si algo he aprendido durante mi ajetreada vida, hija mía, es que la altanería y el orgullo son tan ridículos que mueven a risa más que a comprensión y que lo que más nos dignifica como hombres es la aceptación de nuestra verdad, por pobre e insignificante que sea.

Pues bien, ésta es mi verdad, éstas son las enseñanzas de mi vida. Pensaréis que vuestro padre no es mucho más que un aventurero entre tantos que hicieron las Indias para probar fortuna, arrastrado como un frágil velero por muchos y contradictorios vientos. Un marinero que apenas supo agarrar con fuerza el gobernalle de su propia nao. Sí, es cierto; siempre lo he reconocido, que para la vida no tengo madera de timonel, que ella me ha conducido por extrañas e inesperadas circunstancias más allá de mis decisiones. Pero ésa es la lasitud sureña con que me engendró mi madre cuando vi la luz resplandeciente de mi añorada tierra natal. Por otra parte, ¿acaso nos piden permiso para nacer? Lo que al cabo de mi singladura sí puedo confesaros es que hoy sé que, pese a ello, no navegué a la deriva, que una rara y misteriosa fuerza empujaba siempre mis velas para aprender algo de cada travesía.

Ese viento impetuoso me llevó a la mar y el mar a la cubierta de un barco negrero, sin otro libro entre mis manos que el de las olas ni otro maestro que la soledad del horizonte. He aborrecido muchas veces el día en que acabé sin saberlo a las órdenes de don Marcial. Pero ahora, al cabo de los años y con la lucidez que me da la fiebre, reconozco que también se aprende y mucho al tocar el fondo de la crueldad y la estupidez humana. Sólo en la sentinas de los barcos negreros me descubrí cabalmente a

mí mismo y pude aprender que ser hombre es una misteriosa frontera que linda entre la miseria y el heroísmo, porque sólo el hombre ha llegado a esclavizar a sus semejantes y al mismo tiempo a olvidarse de sí y entregarse sin medida para hacerlos libres.

Nunca regresé a España porque una fuerza superior me arrastraba y cada momento me seducía con su reto a seguir adelante, como el marinero que avizora continuamente una nueva isla más lejana e inalcanzable por descubrir. ¿Cuál era mi isla? No lo sé, hija mía, quizás aún no la he descubierto. Os preguntaréis si mi amistad y hasta obsesión por el entrañable Pedro Claver, cuya vida corrió paralela a la mía, no han sido suficientes para convertirme al menos en un cristiano fiel y convencido.

Reconozco que ese hombre cambió mi vida. Más que convertirme, me convenció de que existe en este mundo algo tan increíble en medio del egoísmo dominante como la gratuidad. Entre bucaneros, tratantes, terratenientes, encomenderos, inquisidores y soldados ávidos de oro y honra, este cura, este cristiano, me parecía al principio un loco, un descerebrado. Escudriñé en su alma a ver qué oscuros secretos podían motivarle. Y, por más que busqué, sólo vi a un ser humano sencillo, hondo y coherente hasta el final, que, no sé por qué potente fuerza interior, consiguió realizar hazañas realmente sobrehumanas. Un hombre que en esta época de odio y competencia, donde se aborrece al otro sólo por ser distinto, extranjero, o simplemente por el color de su piel hasta llegar a venderlo, esclavizarlo, explotarlo y matarlo, miraba al fondo de nuestra condición humana que asoma por mil rostros, colores y apariencias diferentes, y amaba sin medida más allá de lenguas, razas, ideas y hasta religiones esa realidad invisible que nos une en un hálito de esperanza.

Es cierto que moriré lejos de vos, de vuestra madre, de aquellas mujeres que abracé y que también de un modo u otro han ido muriendo o escurriéndose de entre mis brazos. Pero muchas veces me pregunto: ¿han muerto realmente? ¿Estoy lejos de ellas? ¿Qué es este mar que nos separa, sino una gota de agua comparado con el insondable enigma de nuestra vida? Cuando creí que Inés iba a perecer consumida como una pavesa por la insania cruel de la Inquisición, y cuando murió de peste entre mis brazos, mi pensamiento voló sin pretenderlo a Francisca, la muchacha extremeña que maté sin saberlo por amarla horas antes que mi patrón. «¿Es que el amor mata? –me preguntaba—. ¿Es que cuanto toco se esfuma como una ilusión irreal?» De pronto, mientras subía Inés al cadalso, supe que no era distinta de las negras bozales que he visto perecer a latigazos en las haciendas de los españoles. Entonces vi claro. Hay que llegar a lo más hondo del dolor y la ignominia para palpar esa frontera sutil de la vida y la muerte. Es la tierra de nadie que nos hace iguales y nos arroja la luz; en la que vivía Pedro, muerto en vida, intensamente vivo en medio del dolor y la muerte que le rodeaban. Creo que él había visto el otro lado de este corral de comedias que es vivir y por eso era libre y un tronco a flote donde pudo asirse tanto náufrago desesperado. Hay quienes dicen, no sé si es o no

cierto, que estuvieron a punto de expulsarle de la Compañía de Jesús, y otros que incluso venían ya cartas dimisorias de Roma con tal fin y que habrían sido detenidas a raíz de su muerte.

No lo sé. Quizá no son más que habladurías, que tengo visto que los jesuitas respetan mucho las individualidades brillantes en diversos campos. Pero no hubiera sido extraño, porque los héroes y los santos son incomprensidos para el común de los mortales; viven en esa zona donde la apariencia no existe, sólo la corriente oculta que yo intuí alguna vez en los ojos de un africano moribundo y en la última, indescriptible mirada que me dedicó Inés antes de abrazar el infinito. Ojalá estas experiencias os sirvan algún día, hija, para deslindar las dos caras con que nos habla e interroga la vida. A mí me han ayudado y me ayudan al menos para perdonarme a mí mismo y para comprender incluso lo imperdonable e incomprensible en los demás. Si eso es ser cristiano, pues soy cristiano; aunque no ciertamente de los convencionales, que no han despertado por dentro y remiten su fe a unas simples prácticas y normas externas.

Don Marcial no pudo huir de la peste, pese a haber puesto mar por medio, porque el oro no compra la vida. Le contagió un marinero del barco y llegó exhausto a sus tierras de Extremadura, donde falleció a los pocos días, sin poder disfrutar de las posesiones y riquezas que había amontonado tan obsesivamente. Lo que más pena me causó es que nunca pude hablar con él, pues sólo se escuchaba a sí mismo, y eso que llegué a intuir que detrás de aquella fachada, como casi siempre, sólo se ocultaba un niño harapiento y desconsolado, que siempre usaba de los demás como objetos sin llegar a disfrutar de la alegría de amarlos.

¿Y Pedro? El tiempo lo ha convertido en un personaje importante, quizás un santo que probablemente la Iglesia canonizará algún día remoto y subirá a los altares. ¡Qué poco le van los altares a aquel hombre que pisaba barro y besaba úlceras! Yo lo seguiré recordando como un semejante que me reconcilió con la naturaleza humana, mal visto por los poderosos, con su sotana descolorida deslizándose sin ser notado por las calles ambiguas y misteriosas de Cartagena, una ciudad que sin él ya no es la misma. Cuando murió, tras los fuertes y aspillerados bastiones de esta ciudad heroica, todo parecía igual, pero no era así.

Amanecía un domingo cualquiera bañado de una luz rosada en la cal viva de las fachadas y torres. Cantaba un jilguero, la jaula al sol, desde uno de los balcones de la linajuda casa de don Francisco de Silva y Castillo. Una esclava negra, endomingada de lino, abría el ventanal. Como de costumbre, se acerca a un tiesto colocado en lugar preferente a aspirar el perfume de sus flores. Se queda sorprendida y da un grito:

—Señora, ¿no tienen perfume las flores del padre Claver!

Doña Amalia sale al balcón. Permanece por un momento en suspenso. Luego exclama:

—¿Y cómo habría de tenerlo? El santo se lo llevó.

No era sólo su perfume secreto, historias que se hacen leyendas. En la plazuela del colegio de San Ignacio el sol se ha hecho ya dueño del día y del cercano mar, azuleándolo con un añil ardiente. No hay una nube en el cielo. Mi buen amigo Nicolás González, coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, pasea por el zaguán rezando el rosario.

Sentado en un bordillo, al otro lado de la plaza, le observa el moro Amete, el que contestó con una sonrisa sarcástica a todas las invitaciones de Pedro Claver durante cuarenta años. Nicolás le descubrió y lo llamó. Amete no se movía. El hermano insistió. A regañadientes y enfadado, el moro se levantó.

–Heme aquí, veamos ahora qué me quieres.

–Que te hagas cristiano.

–No es tiempo.

–Siempre lo es para volver a Dios.

–¡No quiero! –respondió Amete bruscamente.

Se acercó un pordiosero, otro amigo de Pedro. Le repitió la frase que habían oído tantas veces de labios del padre Claver: «Jesús sea conmigo, me alumbre el entendimiento y me ablande el corazón». La gente se había arremolinado alrededor. El moro, furioso, se levantó para irse. Al día siguiente le volvieron a llamar. El hermano, el mendigo y el moro se sentaron en la capilla del Cristo, cerca de donde estaba enterrado Claver.

–¿Es posible que después de una vida tan larga en galeras no quieras tomar un descanso? ¿No conociste al padre Claver? ¿No te invitó tantas veces a que te hicieras cristiano? Allí está su cuerpo.

Nicolás cogió al moro y lo llevó del brazo hasta tocar el sepulcro. No se resistió. Amete preguntó, conmovido:

–¿Ahí está enterrado el padre Claver?

–Aquí está. Pídele que ruegue a Dios por ti, que ilumine tu inteligencia, que ablande tu corazón. Repite conmigo: «Jesús, sé conmigo...».

Amete, apretando la cabeza junto al sepulcro, gimió:

–Si Dios quiere ahora que yo sea cristiano, yo quiero también. Quiero ser cristiano, quiero la fe de Cristo.

Poco después besaba por primera vez la cruz en setenta años.

–¡Milagro, milagro! –gritaron los negros, que conocían bien a Amete. Se recitó el Credo y bajó el padre provincial, Gaspar de Cugía, que estaba por entonces en la casa. Amete fue bautizado con toda solemnidad en la catedral. Su padrino fue el capitán Diego de Torre y Castellana, que le dio su propio nombre. Amete vestía siempre como un señor, lujosa y elegantemente.

–¿Qué buenas obras has hecho en tu vida, Amete? –le preguntaron los negros, curiosos.

—Pocas recuerdo. Tal vez una: todas las semanas, de mi pobreza daba una limosna a los leprosos de San Lázaro.

A los seis meses murió Amete.

Cuando Nicolás lo vio, pensó que el galeote había descansado y estaba ya con el padre Claver. Así me lo comentó y recordamos ambos el entierro de Pedro. A los esclavos, los primeros en besar las manos del apóstol de los negros. A Margarita Caboverde, llorando y riendo a la vez, recién liberada por doña Isabel en homenaje al padre. Las disposiciones del cabildo, que comisionó a los regidores García de Zarpa de Laoyza y Antonio del Castillo para pedir al padre rector que difiriera los funerales para el día siguiente, con el fin de celebrarlos con mayor solemnidad. La cera la envió el contador don Pedro de Estrada. Doña Isabel, el ataúd, una caja de cedro forrada de tela blanca, guarnecida con pasamanos de oro. Nunca tuvo tan rico lecho en vida. Todos querían tocar el cuerpo aquella memorable noche. A empujones hubo que defenderlo. El propio gobernador, dos alcaldes e ilustres caballeros de la Armada condujeron su ataúd a hombros.

Luego vinieron los funerales. La comunidad de San Juan de Dios le cantó una misa. Otra con sermón, los agustinos. El propio gobernador, don Pedro de Zapata, los alcaldes y otros caballeros ilustres llevaron en hombros el cadáver de Pedro Claver hasta la sepultura, junto al Santo Cristo. Todo el mundo agasajaba al amigo de los negros.

Hubo más funerales los días siguientes: del cabildo, del gobernador, de los propios negros, que hicieron cantar una misa solemne por su amigo. Predicó el tesorero de la catedral, Gregorio Bellín.

Todo había sido hermoso. Todo lo había anotado además el hermano Nicolás punto por punto, y precisamente por orden de uno de los superiores más injustos con Pedro, el padre Arcos, que se lo mandó ocho días después de su muerte. Pero Nicolás y yo preferíamos recordar a Claver como lo hacían los más viejos del lugar, caminando con su sotana corta y raída, y el morral al hombro, hacia donde estaban los más pobres y olvidados de la ciudad, tan pobres y olvidados como fue él hasta en los últimos años de su vida.

Se ha hecho de noche y sólo me queda estampar mi firma con esta temblorosa mano de viejo enfermo y lacrar estos pergaminos que confío por entero al mar y los vientos, los mismos que me condujeron hasta aquí. En el puerto se ha hecho una pastosa calma, como cuando Inés y yo espiábamos la noche de Cartagena y tomábamos el pulso al amor y la vida igual que niños que jugaran a ser eternos. Si algo he aprendido de mi amigo Pedro es que nada se pierde, ni un vaso de agua que se da, ni un frasquito de aguardiente o sahumerio de aquellos que él repartía entre los condenados al cadalso. ¿Hay algo más inútil que gastarse el dinero en un muerto? ¿Hay algo que pese menos que un buen olor? No he encontrado aún mi isla soñada. Pero estoy en paz. He descubierto, hija mía, que

jugamos a ser eternos y lo somos, que cada gesto de nuestra vida queda prendido del aire y nuestros susurros se escuchan en la noche como un poso de ternura, odio, crueldad o tristeza y parafrasean para siempre secretos al mar en la escollera.

En esas noches solitarias te confieso, querida Lucía, que el indiferente y descreído Miguel Orozco repite una y otra vez, como aferrado a su único salvavidas en medio de la galerna, la misma frase tan querida de Pedro: «Jesús sea conmigo, ilumine mi entendimiento y me ablande el corazón», y así mi existencia caiga en tierra como un fruto maduro. Quizá, sin apenas darme cuenta, Dios lo haya querido así, hasta el punto de permitirme volcaros algo de esa luz y ese amor crecidos a golpe de vida y distancia en esta larga misiva que navega hoy hacia vos con viento bonancible, el mismo que en la ancianidad sigue empujando mar adentro las viejas velas de un corazón aventurero.

NOTA HISTÓRICA

Es muy frecuente que, tras la lectura de una novela histórica, el curioso lector se pregunte qué hay de verídico y fabulado en la misma. Puedo asegurar que, a excepción de pequeñas pinceladas muy secundarias, todos los datos de este libro están fundamentados históricamente. El propio hilo conductor que constituye la ficción del relato, que son las aventuras del marinero Miguel Orozco, sirve de percha para la narración de datos igualmente históricos sobre la trata de negros, la navegación de la época, la vida turbulenta en Cartagena de Indias, así como procesos auténticos de la Inquisición y muchos otros detalles de las costumbres y la geografía de aquellas tierras en sus tiempos heroicos.

Las fuentes básicas de esta obra han sido en primer lugar los procesos de beatificación y canonización de san Pedro Claver, junto a las *Letras annuas de la Compañía de Iesus de la Provincia del Nuevo Reyno de Granada*, por el padre Sebastián Hazareño, S. I. (véase bibliografía al final del libro). De las primeras biografías, un tanto difusas, pero con el sabor hagiográfico de la época, señalamos la *Vida del venerable y apostólico Pedro Claver*, firmada por el licenciado Jerónimo Suárez de Somoza en 1657, pero en realidad debida a la pluma del padre Alonso de Andrade. Más completa y basada en los procesos de beatificación de Cartagena es *La apostólica y penitente vida del V. P. Pedro Claver*, publicada por el padre José Fernández en 1666, que hace un buen acopio de materiales recientes. Fue luego completada por los catalanes Solá y Fiter. Pero sin duda, la más fresca, directa y limpia de estilo de todas las primitivas es la incluida en la *Historia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada*, del padre Joseph Cassani (1741).

Entre los contemporáneos, Ángel Valtierra es quien más colaboró a aportar nuevos datos sobre un personaje histórico tan oscuro documentalmente como Pedro Claver. Su trabajo más valioso, *El santo que libertó una raza*, «San Pedro Claver, su vida y su época» (1954), es, en sustancia, una amplia recopilación de documentos comentados e interpretados por el autor. De otras obras consultadas quiero hacer especial mención de *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, breve novela del escritor venezolano Mariano Picón Salas, que tiene graves errores históricos y confusiones lamentables, pero que enmarca admirablemente, con un sabroso estilo de época, el ambiente sociopolítico y cultural en que vivió Claver, recreándolo con gran viveza literaria. Con todo quizá los dos resúmenes biográficos más inteligentes que existen se deban a los historiadores Astrain y Pacheco. El primero, en su *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, es ya antiguo (1916), y por tanto conocido. Sin embargo, la de Juan Manuel Pacheco, *Los jesuitas en Colombia* (tomo I), ofrece datos en un apretado y fecundo

resumen que no he encontrado en otros biógrafos más prolijos. Sobria y documentada, entre las biografías escritas en otras lenguas, es la del francés Gabriel Ledos, *Saint Pierre Claver* (1923).

Para la ambientación fueron muy válidas las obras de J. T. Medina, Manuel Tejado Fernández y Enrique Marco Dorta, que han estudiado algunos aspectos de los siglos XVI y XVII en Cartagena de Indias. Sus títulos, junto a una amplia bibliografía sobre la historia, formas de vida y costumbres de España y América en dicha época, aparecen citados en las últimas páginas de este libro, pues aunque las novelas históricas no suelen ir seguidas de bibliografía, he creído conveniente en este caso incluirla, por si el lector deseara saciar su curiosidad sobre temas por lo general poco conocidos.

De estas fuentes me he servido para reconstruir escenas mínimas de nuestro Siglo de Oro y la España colonial: particularidades que van desde cómo se comía en una venta a la compleja navegación en los galeones. Muy especialmente he de hacer constancia de la enorme vigencia de la obra del jesuita Alonso de Sandoval, *De Instauranda Aethiopum Salute*, que publicó en vida de Pedro Claver y que sigue siendo una aportación fundamental para el estudio de la negritud, además de una ingente e increíble empresa para haber sido realizada con los menguados medios de su época. Para la descripción de la trata y la vida de los negreros es indispensable además la obra de Lino Novas Calvo, *El negrero*, biografía novelada de Pedro Blanco Fernández de Trava. De él, inspirado a su vez por Duncan (*Travels on West Africa*, 1847) y Canot (*Adventures of an African Slaver*, 1928), me he permitido tomar personajes como Cha-cha y la descripción de la caza y captura del negro en la actual Dahomey.

Sólo me queda agradecer a los que con su apoyo y estímulo hicieron posible esta novela, como último fruto de otros trabajos biográficos que publiqué anteriormente sobre Claver. En Colombia fue inestimable el consejo del historiador Juan Manuel Pacheco y del equipo del CINEP, especialmente Jaime Heredia y Fernán González, así como de Jesús Sanín y Hernán Umaña, todos ellos jesuitas de Bogotá. En Cartagena de Indias agradezco la colaboración de toda la comunidad de la residencia y misión de san Pedro Claver, como de su biógrafo Ángel Valtierra, hoy fallecido. También fue iluminador el contacto con los académicos de la historia de dicha ciudad, y en concreto con su entonces presidente, el historiador Eduardo Lemaitre, y el antropólogo español Ildefonso Gutiérrez Azopardo. Pero, sobre todo, nunca agradeceré lo bastante el testimonio de los que compartían entonces el destino de los actuales descendientes de los esclavos, los jesuitas que convivían en aquel momento con los negros y para los negros de los arrabales y misérrimos poblados de Cartagena de Indias: Alfredo Vargas, Efraín Aldana, José Roberto Arango, Enrique Giraldo y L. Villegas, entre otros. Sin ellos no habría sido posible la parte más vivencial de este libro, que sólo pretende demostrar que, después de más de cuatro siglos, Pedro Claver, o cuanto él representa para una sociedad injusta, sigue vivo.

Lo demuestra el hecho de que esta obra aparece en un momento en el que sin el más mínimo rubor se rechaza a los inmigrantes, se los arrincona a los peores trabajos; se les escatiman los permisos de residencia o simplemente se los deporta. En una palabra, aunque hoy no se les llame esclavos, existen nuevas formas de esclavitud, sobre todo para mujeres y niños, y el mundo se divide en dos grandes sectores: los que tienen el poder y el dinero, y los que por su pobreza siguen siendo minusvalorados, explotados y sometidos como si lo fueran. Todos ellos siguen alentando una esperanza, la que procede de quienes, como Pedro Claver, hoy comprometidos con la defensa de los derechos humanos, desde la fe, la gratuidad u organizaciones no gubernamentales, sufren con ellos y luchan a su lado.

Tras un minucioso y largo proceso, con varias etapas, el 21 de septiembre de 1851 Pío IX declaraba beato a Pedro Claver. Y León XIII, —que llegó a decir «es la vida que más me ha impresionado después de la de Cristo»— lo canonizó el 15 de enero de 1888 junto a los también jesuitas Juan Berchmans y el hermano portero del colegio de Montesión, Alonso Rodríguez. En el proceso de Claver declararon sus amigos y sus negros intérpretes: desde el hermano Nicolás González a Andrés Sacabuche. Como recuerda Juan Pablo II, que lo llama en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, «modelo de solidaridad y testimonio para nuestros tiempos», gracias a Sandoval y a Claver, Cartagena de Indias fue declarada «Cuna de los Derechos Humanos».

Después de la canonización se colocó cerca de la iglesia de los jesuitas de Cartagena de Indias una imagen blanca de Pedro Claver. Con el tiempo y la brisa del mar, el rostro de la estatua se fue ennegreciendo.

Dos negros estibadores del puerto, descendientes de esclavos, pasaron junto a la iglesia.

—Mira, ése es san Pedro Claver, y un blanco que amaba mucho a los negros. Todo el mundo en Cartagena lo recuerda.

—¿Blanco? No nos hubiera querido tanto. ¡Claver era un negro! ¿O es que no lo ves? Es negro, lo dice todo el mundo.

En Cartagena de Indias, cuatro siglos después, se conservan aún piedras de los baluartes españoles, castillos que fueron famosos y mucho de la gracia colonial en la vieja ciudad heroica, blanca y amurallada sobre el azul del mar. Se cuentan historias de brujas y se visita el palacio de la Inquisición, con su fachada barroca entrecortada por la arboleda de la animada y provinciana plaza, y, dentro, las mazmorras y los instrumentos de tortura que se usaban entonces, como el potro o la balanza. Restos todos de lo que fue un imperio. Es difícil, sin embargo, encontrar ya huellas de negreros famosos como don Marcial de Andrade o de damas y brujas como doña Elena de la Cruz. Sus nombres se han perdido bajo un inventario de esclavos o una acta procesual de la Inquisición. Sin embargo, cualquier negrito de los extensos arrabales de Cartagena, de los que venden

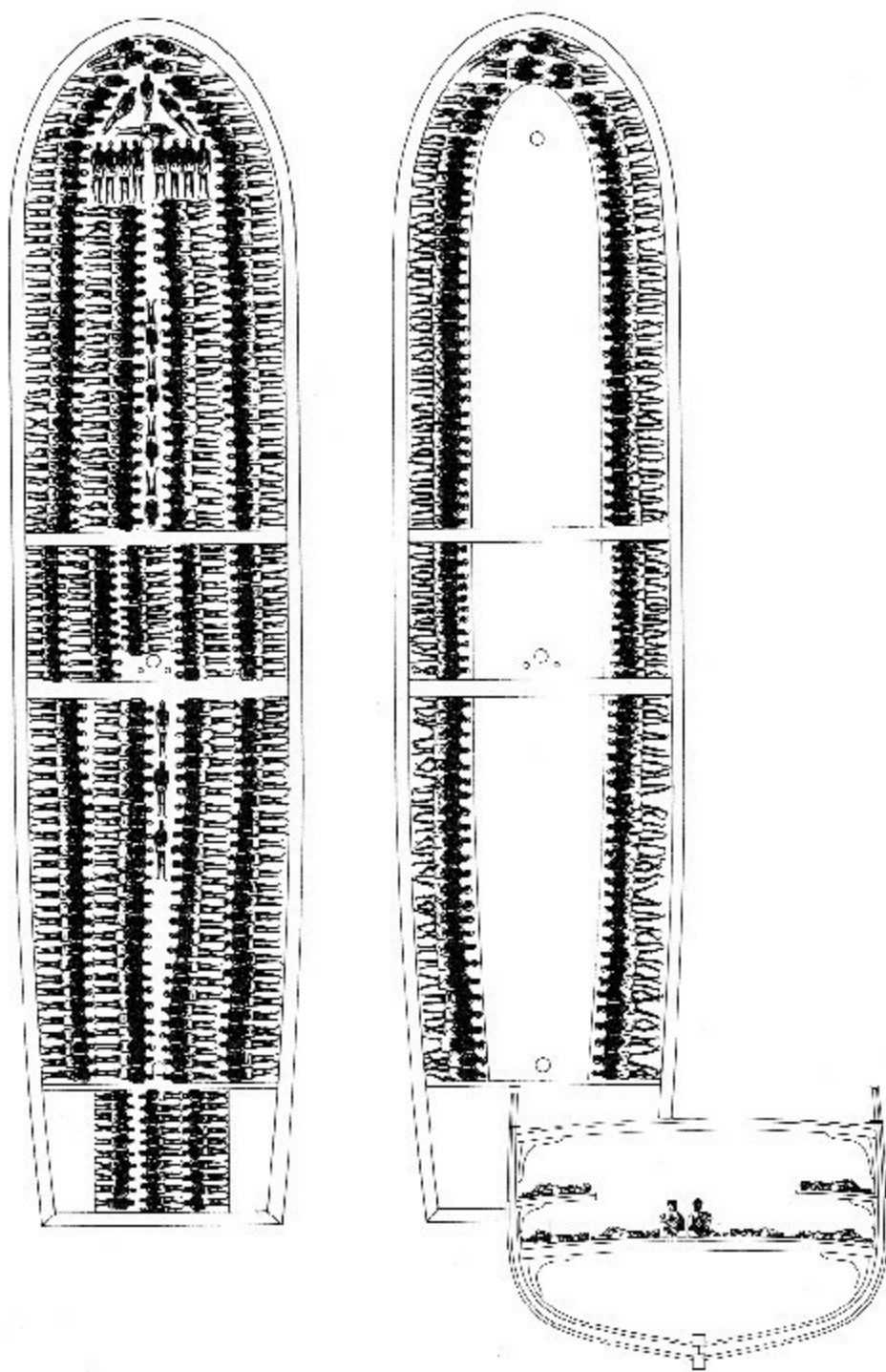
cigarrillos a los turistas de Bocagrande o dormitan en las plazas junto a un puesto de mangos, sabe dónde descansa, acompañado como siempre del íntimo rumor del mar Caribe, un esclavo blanco llamado Pedro Claver Corberó.



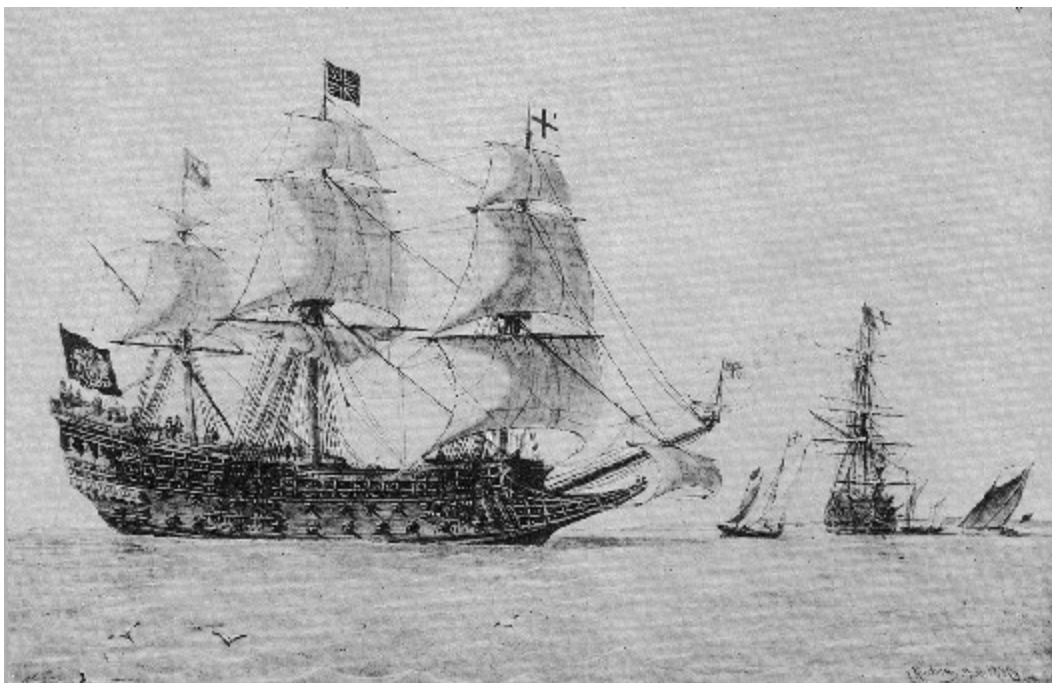
Pedro Claver Corberó
(grabado de 1887).



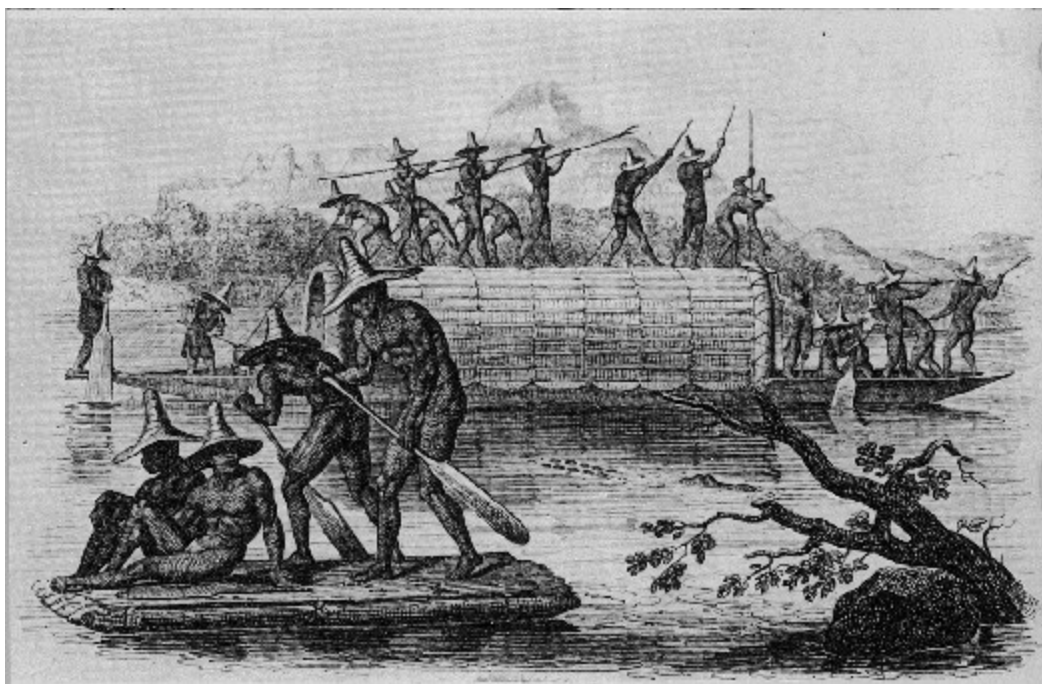
Cartagena de Indias en el siglo XVIII.



Sección vertical y horizontal
de un navío negrero.



Galeón del siglo XVII (Museo Naval de Madrid).



Navegación de un champán por el río Magdalena.

BIBLIOGRAFÍA

I. El personaje

- ANDRADE, P. ALONSO DE, *Vida del venerable y apostólico Pedro Claver* (aparece bajo la firma del licenciado Jerónimo Suárez de Somoza), María de Quiñones, Madrid, 1657.
- ARDERIU TIU, JOSEP, *Vida de sant Pere Claver*, Foment de Pietat Catalana, Barcelona, 1929.
- ASTRAIN, ANTONIO, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Tomo V, Cap. VIII, «San Pedro Claver», pp. 479-495, Razón y Fe, Madrid, 1916.
- BOERO, GIUSEPPE, S. J., *Compendio della vita di S. Pietro Claver*, Armanni, Roma, 1887.
- BRIOSCHI, PEDRO A., *Vida de san Pedro Claver, heroico apóstol de los negros*, Garnier, París, 1889.
- CASSANI, JOSEPH, S. J., *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada*, «Exemplar vida del venerable siervo de Dios, el apostólico y penitente Padre Pedro Claver» (libro II, pp. 331-424), en Madrid: en la imprenta y librería de Manuel Fernández, frente de la Cruz de Puerta Cerrada, 1741.
- CHARRAU, JEAN, *L'esclave des negres. Saint Pierre Claver*, Pierre Téqui, París, 1914.
- DELGADO IRIBARREN, JOSÉ L., S. J., *San Pedro Claver (1580-1654)*, Paulinas, Madrid, 1955.
- DÍAZ DÍAZ, OSWALDO, *Claver* (drama religioso), vol. I, pp. 271-389, Editoriales, Bogotá, 1963.
- DÍEZ, JOSÉ LUIS, S. J., *Vida de san Pedro Claver*, S. J., Colección «Vidas», Escelicer, Cádiz, 1943.
- DOURIGNAC, J. M. S., *Histoire du bienhereux Pierre Claver*, (dos volúmenes) J. B. Pilazard, Lyon-París, 1865.
- ENRIQUE Y TARANCÓN, VICENTE, *La cruzada del Señor, Carta pastoral con motivo del III Centenario de la muerte de san Pedro Claver*, F. Camps Calmet, Tárrega, 1954.
- FARNUM, MABEL, *Street of Half-Moon* (novelada), Bruce, Milwaukee, 1940.
- FERNÁNDEZ, JOSÉ, S. J., *Apostólica y penitente Vida del V. P. Pedro Claver, de la Compañía de Jesús*, Diego Dormer, Zaragoza, 1666.
- , *Vida de san Pedro Claver, apóstol de los negros*, refundida y acrecentada por el P. Juan Maria Solá, S. J., apéndice del padre Luis Fiter, S. J., Imprenta y Librería de V. E. H. de J. Subirana, Barcelona, 1888.
- FERRARI, GIACINTO DE, *Panegirico del Beato Pietro Claver*, Roma, 1852.
- FERRER MALUQUER, MANUEL, *San Pedro Claver* (biografía novelada), Barcelona, 1944.
- FLEURIAU, BERTRAND GABRIEL, S. J., *La vie du venerable P. Pierre Claver*, Barcelona, 1851.
- , *Compendio de la ... Vida del V. P. Pedro Claver*, Barcelona, 1851.
- GABERNET, JOAN, *Pere Claver*, Claret, Barcelona, 1980.
- GRANERO, JESÚS MARÍA, S. J., *Vidas heroicas, san Pedro Claver*, pp. 71-XI, Mensajero, Bilbao, 1947.
- HAZAÑERO, SEBASTIÁN, S. J., *Letras Annuas de la Compañía de Iesus en la Provincia del Nuevo Reyno de Cranada*, Zaragoza, 1645.
- KOLB, VIKTOR, S. J., *Der Heilige Peter Claver. S. J.*, Fanne Mariens, Wien, 1929.
- LAMET, PEDRO MIGUEL, *Un cristiano protesta*, Bibliograf, Barcelona, 1980.
- , *Esclavo de esclavos*, Mensajero, Bilbao, 1997.
- LAURES, JOHANNES, S. J., *Der Sklave der Negersklaven. Der Heiligt Peter Claver, S. J. (1580-1654)*, Colonia, 1922.
- LEDOS, GABRIEL, *Saint Pierre Claver (1585- 1654)*, Víctor Lecoffre, París, 1923.
- , *Los Clavers en Verdú* (notas sobre esta familia) (San Pedro Claver) Manuscrito fotocopiado.
- LUNN, ARNOLD, *A Saint in the Slave Trade. Peter Claver* (novela), Sheed and Ward, Londres, 1935.
- LLANOS, JOSÉ MARÍA DE, S. J., *El desfile de los santos*, «Una parábola en carne viva», Madrid, 1956.
- MARCOLINI, EGIDIO, S. J., *L'Angelo degli schiavi. S. Pietro Claver della Compagnia di Gesu (1580-1654)*, Le Missioni, Venecia.

- MARTINDALE, C. C., S. J., *Nell'esercito di Dio. I Capitani. S. Pietro Claver*, pp. 165-221, Morcelliana, Brescia, 1932.
- MATEOS, FRANCISCO, S. J. *El recuerdo de Claver (1654-1954)*, en *Razón y Fe*, vol. 149, Madrid, 1954.
- MEJIA, MANUEL, S. J., *San Pedro Claver de la Compañía de Jesús* (reseña histórica de su vida y su culto en Cartagena), Cartagena.
- MICO BUCHÓN, JOSÉ LUIS, *S. Pedro Claver y el sentido democrático del pueblo español*. En el tercer centenario de la muerte del santo. (1654-1954). «Instituto de estudios ilerenses». Imp. Escuela Provincial, Lérida, 1954.
- MIRANON, ALBERTO, *El Santo Oficio de la Inquisición en el Nuevo Reino*, en *América*, 10, p. 133.
- NATIVIDADE, JOAQUIN A. C. DA, *Vida de S. Pedro Claver, da Companhia de Jesus. Apostolo dos Negros*, Augusto Rodrigues, Lisboa, 1888.
- NONELL, JAUME, S. J., *Breu biografia de l'apostol de les negres sant Pere Claver*, Imp. de S. Joseph, Manresa, 1908.
- ODDI, LONGARO DEGLI, S. J., *Vita del venerabile servo di Dio P. Pietro Claver*, Generoso Salomoni, Roma, 1748 (segunda edición aumentada por Giuseppe Andreassi, S. J., Roma, 1888).
- PACHECO, JUAN MANUEL, S. J., *Los jesuitas en Colombia*, tomo I (1567-1654), pp. 239-265, S. Juan Eudes, Bogotá, 1959.
- PICÓN SALAS, MARIANO, *San Pedro Claver, el santo de los esclavos*, (novela), Fondo de Cultura Económica, México, 1949; *Rev. de Occidente*, Madrid, 1969; Monte Ávila, Caracas, 1972.
- PORRAS TROCONIS, GABRIEL, *Vida de san Pedro Claver, esclavo de los esclavos*, Bogotá, 1954.
- PUIG, IGNACIO, S. J., *San Pedro Claver, apóstol de los negros (1654-1954)*, en *Ibérica*, Barcelona, 1959.
- RESTREPO, DANIEL, S. J., *Breve historia de san Pedro Claver de la Compañía de Jesús*, Bogotá, 1952.
- RESTREPO, LUIS MEJÍA, *Historias de san Pedro Claver*, Biblioteca de Escritores Caldenses, Manizales, 1951.
- , Sac. Rituum Congregatione, sive Emmentissimo et Reverendissimo Domino Card. de Abdua Cartagen. *Beatificationis et Canonizationis Ven. Servi Dei Petri Claver, sacerdotis Societ. Iesu. Positio super dubio an sit signanda commissio per introductione Causae*, Romae, Typis. Kev., Camerae Apost., MDCXCVI.
- , *Sanctissimi in Christo Patris et Domini Nostri D.P.P.P. XIII Letterae Apostolicae quibus B. Petro Claver, S. J. Negritatum Apostolo Sanctum honores decernuntur*, Tip. Vaticanis, Roma, 1929.
- SCHENK, JOHANN, *Der Apostel einer grossen Stadt, Petrus Claver*, Regensburg (Fr. Pustet), 1954.
- SOLANES, FRANCISCO, S. J., *San Pedro Claver, esclavo de los esclavos*, «El siglo de las misiones», Bilbao, 1942.
- TARSO, ROBERTO DE, *O Escravo de Cartagena*, Coleção: Em busca do ideal, IV, Edições Paulinas, Porto Alegre, 1955.
- TESTORE, CELESTINO, *San Pedro Claver, el apóstol de los negros*, «Los Santos jesuitas», Bolaños y Aguilar, Madrid, 1943.
- VALTIERRA, ÁNGEL, S. J., *El esclavo de los esclavos. San Pedro Claver, S. J.*, 3.^a edición, Colográficas, Cartagena de Indias, 1980. Nueva ed. preparada por Rafael María de Hornedo, BAC, Madrid, 1985.
- , *El Santo que libertó una raza. San Pedro Claver, su vida y su época*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1954.
- , *El santo que libertó una raza, San Pedro Claver, S. J.*, Cartagena, 1964.
- VAN TRICHT, VÍCTOR, «Obras amenas», VI, *El esclavo de los esclavos* (conferencia), 10.^a edición, Mensajero, Bilbao, 1935.

II. Entorno y época

- ALCALÁ Y HENKE, *La esclavitud de los negros en la América Española*, Madrid, 1919.
- ALLARD, PAUL, *Los esclavos cristianos*, Ed. Cast. Madrid.
- ARBOLEDA, JOSÉ RAFAEL, *La Historia y la Antropología del negro en Colombia*, Rev. Universidad de Antioquia, abril-junio 1964.
- , «Nuevas investigaciones afrocolombianas», en *Revista Javierana*, 183, t. XXXVII, Bogotá, 1952.
- BALLESTEROS, A., *Historia de América*, «La Iglesia», vol. XVII, por Antonio Ibot Leon, Salvat, Barcelona, 1961.
- BAYLE, CONSTANTINO, *El dorado fantasma*, Consejo Hispanidad, Madrid 1943.
- , *España en Indias*, Vitoria, 1934.
- , *Felipe II y la evangelización de América*, Madrid, 1947.

- , *Santa María de Indias*, Madrid, 1928.
- , *Boletín Historial de la Academia de Historia de Cartagena*, desde 1915 (documentos y estudios).
- BOSSA HERAZO, DONALDO, *Construcciones, demoliciones, restauraciones y remodelaciones en Cartagena de Indias*, El Faro, Cartagena, 1975.
- BUSTAMANTE, FRANCISCO DE, *Cartagena de Indias, Ciudad heroica, historial de 1533 a 1830*. Bolívar, Cartagena, 1977.
- CANOT, THEODORE, *Adventures of an African Slave Trade, 1839-1865*, Nueva York, 1928.
- CAPPA, RICARDO, S. J., *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, p. III, Industria Naval, Madrid, 1894.
- CASANOVAS, IGNACIO, S. J., *San Alonso Rodríguez, coadjutor temporal de la Compañía de Jesús*, E. Subirana, Barcelona, 1917.
- CASTELLANOS, JUAN, *Historia de Cartagena*, BPCC, Bogotá, 1942.
- CISCAR, FRANCISCO, *Reflexiones sobre las máquinas y maniobras del uso a bordo*, Imprenta Real, Madrid, 1791.
- COLIN, FRANCISCO, S. J., *Vida, hechos y doctrina del venerable hermano Alonso Rodríguez*, Domingo García Morera, Madrid, 1652.
- COLMENARES, GERMÁN, *Historia Económica y Social de Colombia (1527-1719)*, «Los esclavos», pp. 278-299, 2.^a edición, La Carreta, 1975.
- DE GUEVARA, ANTONIO, *Libro de los inventores del arte de marear*, Industria del honrado varón Impresor de Libros, Juan de Villaquirán, Valladolid, 1539.
- DELGADO, CAMILO, *Historia, leyendas y tradiciones de Cartagena de Indias*, Talleres Mogollón, tomo 1, 1950.
- DE PINERES, EDUARDO G., *Documentos para la historia del Departamento de Bolívar*, Cartagena, 1924, 1.^a ed. Cartagena, Tip. Araújo, 1889.
- DORTA, ENRIQUE MARCO, *Cartagena de Indias, la ciudad y sus monumentos*, Impr. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1951.
- DOUSDEBES, PEDRO JULIO, *Cartagena, plaza fuerte*, Bogotá, 1948.
- DUFFY, JAMES, *Shipwreck & empire. Being an account of Portuguese Maritime disasters in a century of decline*, Harvard University Press, Londres, 1955.
- ESCALANTE, AGUILES, *El negro en Colombia*, Fac. de Sociología, U. Nal. Imp. Nal., julio de 1964.
- EYMERICO, NICOLAO, (inquisidor general de Aragón a la mitad del siglo XIV), *Manual de inquisidores para uso de las Inquisiciones de España y Portugal*, Imprenta de Félix Aviñón, Montpellier, 1821.
- GARCÍA DE PALACIO, DIEGO, *Instrucción náutica para navegar*, col. de incunables americanos, vol. VIII, facsímil de 1587, Cultura Hispánica, Madrid, 1944.
- GELLA ITURRIAGA, JOSÉ, *Refranero del mar*, Instituto Histórico de Marina, 1944.
- GÓMEZ VALDERRAMA, PEDRO, *Muestras del diablo. Justificadas por consideración de brujas y otras gentes engañosas en el reino de buziraco y el engañado*, Mito, Bogotá, 1958.
- GREDILLA, FEDERICO, *Biografía de José Celestino Mutis con relación de su viaje y estudios practicados en el Nuevo Reino de Granada* («Diario de viaje marítimo», Cartagena), Estab. Tip. de Fortanet, Madrid, 1911.
- GROOT, JOSÉ MANUEL, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, 2.^a ed., M. Rivas, Bogotá, 1889.
- HARING, C. H., *Los bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo XVII*, París, 1939.
- HENAO Y ARRUBLA, *Historia de Colombia*, 8.^a ed., Lib. Voluntad, Bogotá, 1910.
- HOPE FRINKLIN, JOHN, *From Slavery to Freedom*, Nueva York, 1947.
- IBOT LEÓN, ANTONIO, *La arteria histórica del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 1952.
- JARAMILLO URIBE, JAIME, *Ensayos sobre la historia social colombiana*, Univ. Nacional de Colombia, Bogotá, 1972.
- JUNCO, ALONSO, *Inquisición sobre la Inquisición*, México, 1949.
- LANDÍN CARRASCO, VENANCIO, *Vida y viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa*, Inst. Histórico de Marina, Madrid, 1945.
- LEA, E., *History of the Inquisition of Spain*, 4 vols., Nueva York, 1922.
- LEMAITRE, EDUARDO, *Cartagena colonial*, Inst. Colombiano de Cultura, 1973.
- LLORCA, BERNARDINO, S. J., *La Inquisición en España*, Labor, Barcelona, 1936.
- LLORENTE, *Anales de la Inquisición en España*, 2 vols., 1812.
- MAJO FRAMIS, RICARDO, *Vida de los navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI*, Aguilar, Madrid, 1950.

- MARTÍNEZ-HIDALGO, JOSÉ MARÍA, *Enciclopedia general del mar*, Garriga, Madrid-Barcelona, 1957.
- MARTIN, GASTÓN, *L'Ere des Negriers*, París, 1932.
- , *Histoire de l'esclavage*, Presses Universitaires, París.
- MEDINA, JOSÉ TORIBIO, *La Inquisición en Cartagena de Indias*, 2.^a ed., Carlos Valencia, Bogotá, 1978.
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN, *Historia de España*, vol. XIX, Espasa Calpe, Madrid, 1958.
- MESA ÁLVAREZ, L. A., *La Inquisición en Cartagena de Indias*, lecturas dominicales de *El Tiempo*, 5 de enero de 1964.
- MIRAMÓN, ALBERTO, *Los negreros del Caribe*, BHA, Bogotá.
- MONTOTO, SANTIAGO, *Sevilla en el imperio* (siglo XVI), Nueva Librería, Sevilla, 1937.
- NONELL, JAIME, S. J., *Obras espirituales del Beato Alonso Rodríguez*, 3 vols., Barcelona, 1887.
- NOVAS CALVO, LINO, *Pedro Blanco, el negrero*, 4.^a ed., Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1955; nueva ed.: *El negrero. Vida novelada de Pedro Blanco Fernández de Treva*, Tusquets, Barcelona, 1999.
- ORTÍZ, FERNANDO, *Los esclavos negros*, Habana, 1916.
- OVIDO, BASILIO VICENTE DE, *Cualidades y Riquezas del Nuevo Reino de Granada*, BHN, Bogotá.
- PACHECO, JUAN MANUEL, S. J., *Historia extensa de Colombia*, vol. XIII, tomo II: «Historia eclesiástica. La consolidación de la Iglesia» (siglo XVII), Bogotá, 1975.
- PALACIOS PRECIADOS, JORGE, *Cartagena de Indias, gran factoría de mano de obra esclava*, Lecturas de Historia, Pato Marino, 1975.
- PFANDL, LUDWIG, *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII*, Araluce, Barcelona, 1929.
- PIQUER i JOVER, JOSEP JOAN, *El Senyoriu de Verdú. Introducció per a l'estudi del règim jurisdiccional que els abats de Poblet exerciren sobre la vila*, Tarragona, Real Societat Arqueològica, 1968.
- PLA, JOSÉ, *Mallorca, Menorca e Ibiza*, Destino, 1962.
- PORRAS TROCONIS, GABRIEL, *Cartagena Hispánica*, Min. Ed. Nal. Ed. «Cromos», 1954.
- , *Historia de Cartagena (1533-1943)*, Cartagena.
- POSADA, EDUARDO, *La esclavitud en Colombia*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1935.
- RAMOS, DEMETRIO, *Historia de la colonización española en América*, lib. III, cap. VII, «Los negros», Madrid, 1947.
- RECLUS, ELISEO, *Colombia*, Biblioteca de la Presidencia, Bogotá, 1958.
- ROJAS GÓMEZ, ROBERTO, *La esclavitud en Colombia*, BHA, Bogotá.
- RUMEU DE ARMAS, ANTONIO, *Los viajes de John Hawkins a América (1562-1595)*, Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1949.
- SACCO, JOSÉ ANTONIO, *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo*, Habana, 1923.
- SANDOVAL, ALONSO DE, S. J., *Naturaleza, policía sagrada y profana, costumbres y ritos, disciplina y catecismo evangélico de todos los etíopes*, Sevilla, Francisco de Lira impresos, 1627.
- , *Tomo primero de «Instauranda Aethiopum Salute». Historia de Etiopía, naturaleza, policía sagrada y profana, costumbres, ritos y catecismo evangélico de todos los Aetiopes*, Madrid, Alonso de Paredes, 1647. Edición contemporánea: Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 22, Empresa nacional de Publicaciones, Bogotá, 1956.
- SCELLE, GEORGE, *La traite negriere aux Indes de Castille*, París, 1845.
- SILVESTRE, FRANCISCO, *Descripción del Rey de Santa Fe de Bogotá*, Bogotá, 1950.
- SIMON, FRAY PEDRO, *Noticia, Historiales de la Conquista de tierra firme*, BAC, Bogotá, 1953.
- SMITH, N. H., *Political History of Slavery*, Londres, 1903.
- STARKIE, WALTER, *La España de Cisneros*, Juventud, Buenos Aires (versión A. de Mestas), 1942.
- TEJADO FERNÁNDEZ, MANUEL, *Aspectos de la vida social en Cartagena de Indias durante el seiscientos*, Pub. Esc. de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1954.
- TURBEVILLE, A. S., *La Inquisición Española*, Breviarios Fondo Cultura Económica, México, 1950.
- URUETA, JOSÉ P. y GUTIÉRREZ DE PINERES, (eds.), *Cartagena y sus cercanías*, Tip. Vapor «Mogollón», 1912.
- VARGAS MACHUCA, BERNARDO, *Milicia y descripción de las Indias* (colección de libros raros o curiosos que tratan de América), Madrid, 1892.
- VICENS VIVES, J., *Historia social y económica de España y América*, tomo III, «Imperio, aristocracia, absolutismo».
- WEST, ROBERT C., *The pacific lowlands of Colombia*, State University Studies, Louisiana, 1957.

WYNDAM, H. A. *The Athlantic and Slavery*, Oxford University, Londres, 1935.

Notas

1. Actual Dahomey.

2. Actualmente, Colombia, Panamá, Venezuela y Ecuador.

3. Hoy, Tierrabomba.

4. «Esto es mi cuerpo.»

5. Actual Dahomey.

6. «Pedro Claver, esclavo de los esclavos para siempre.»

7. «Todo efecto tiene su causa. Es así que cualquier cosa que tiene comienzo tiene una causa eficiente realmente distinta de sí misma. Luego todo ser contingente tiene una causa eficiente realmente distinta de sí misma.»

8. «Acción a distancia.»

9. «Yo duermo y mi corazón vela.»

El esclavo blanco
Pedro Miguel Lamet

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Pedro Miguel Lamet, 2002

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2012
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2012

ISBN: 978-84-270-3131-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice

CITA	3
1. ZARPAR EN PRIMAVERA	4
2. CAMINOS EN EL MAR	22
3. DEL MUNDO NUEVO	35
4. ESCLAVO Y LIBRE	53
5. LA SED DE LA NOCHE	68
6. AUTO DE FE	82
7. AQUELLARRE DE TOLÚ	90
8. AQUELLOS CÁNTAROS NEGROS	102
9. FILIBUSTEROS EN BOCAGRANDE	118
10. ¡MILAGRO!	130
11. FUEGOS DE FIESTA	140
12. EL AMIGO PORTERO	149
13. TIENE QUE LLOVER	169
14. PARECÍA LIBRE	183
15. MAR ADENTRO	198
NOTA HISTÓRICA	204
ILUSTRACIONES	208
BIBLIOGRAFÍA	212
NOTAS	217
CRÉDITOS	226